

Comarca de Tarazona y el Moncayo

1.-El largo camino hacia las comarcas en Aragón (aproximación didáctica).

AGUSTÍN UBIETO ARTETA.

2.-Comarca del Aranda.

JAVIER HERNÁNDEZ, JULIÁN MILLÁN y AGUSTÍN SERRA (coordinadores).

3.-Comarca del Alto Gállego.

JOSÉ LUIS ACÍN FANLO (coordinador).

4.-Comarca de Valdejalón.

MANUEL BALLARÍN AURED (coordinador).

5.-Las comarcas de Aragón: territorio y futuro.

JORGE INFANTE DÍAZ (editor).

6.-El proceso de comarcalización de Aragón. Análisis político y administrativo.

ALFREDO BONÉ PUEYO y ROGELIO SILVA GAYOSO (coordinadores).

7.-Comarca del Matarraña.

JOSÉ ANTONIO BENAVENTE SERRANO y TERESA THOMSON LLISTERRI (coordinadores).

8.-Comarca del Campo de Daroca.

FABIÁN MAÑAS BALLESTÍN (coordinador).

9.-Comarca del Jiloca.

EMILIO BENEDICTO GIMENO (coordinador).

10.-Comarca del Campo de Borja.

ISIDRO AGUILERA ARAGÓN y MARÍA FERNANDA BLASCO SANCHO (coordinadores).

11.-Comarca de Tarazona y el Moncayo.

MARÍA TERESA AINAGA ANDRÉS y JESÚS CRIADO MAINAR (coordinadores).

Títulos en preparación

12.-Comarca de La Jacetania.

JOSÉ LUIS ONA GONZÁLEZ y SERGIO SÁNCHEZ LANASPA (coordinadores).

13.-Comarca de Gúdar-Javalambre.

MARÍA VICTORIA LOZANO TENA (coordinadora).

14.-Comarca del Bajo Cinca.

FÉLIX J. MONTÓN BROTO (coordinador).

Comarca de Tarazona y el Moncayo

M.^a Teresa Ainaga Andrés
Jesús Criado Mainar
(Coordinadores)



Edita:

Diputación General de Aragón
Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales

Dirección de la colección:

Isidro Aguilera Aragón

Coordinación general:

José Luis Ona González (Sargantana-Patrimonio)

Coordinación:

M.^a Teresa Ainaga Andrés y Jesús Criado Mainar

Diseño cubierta (colección):

Cano & Cano

Imagen cubierta:

Añón de Moncayo. Puente sobre el río Huecha (Foto: José Latova)

Autores de las fotografías:

José Latova para ASF Imagen, salvo las consignadas a continuación:

Fernando Alvira [257, 260]. Juan Asensio [233, 242]. ASOMO [241, 297, 334]. Ayuntamiento de Grisel [237]. Ayuntamiento de Tarazona [137, 357]. Biblioteca Nacional de Lisboa [215]. Fundación Lázaro Galdiano [281]. José A. García [57, 59]. Gobierno de Aragón [47, 49, 50]. Ismael González [22, 34]. José Miguel Larraz [13, 18, 126]. Susana Lozano [267]. Francisco José Martínez [96, 322, 325, 327, 329, 332]. Alfredo Morilla [28, 39]. Museo del Agua de Malón [303]. Museo de Zaragoza [79, 80]. Luis Javier Navarro [71, 72, 73]. Jesús A. Orte [190, 191]. Marian Pulido [35, 37, 38, 108]. Ricardo Vila [249]. Colección Jesús Hernández [235]. Colección Carmen Lapuente [133]. Colección Emilianita León [291]. Colección Juan Cruz Martínez [135]. Colección Sanz-Sebastián [239]. Colección Luis Tarazona [139].

Preimpresión:

Ebro Composición, S. L.

Impresión:

ARPIrelieve, S. A.

I.S.B.N.:

84-96223-51-5

Depósito legal:

Z-1.865/04

Índice

Presentación JOSÉ ÁNGEL BIEL RIVERA	9
La comarca: un marco de convivencia PILAR PÉREZ LAPUENTE	11
Una larga trayectoria M ^a TERESA AINAGA ANDRÉS Y JESÚS CRIADO MAINAR	15
I. De la naturaleza	
1. La geología. ALFREDO MORILLA PIÑEIRO	21
2. La naturaleza. ALFREDO MORILLA PIÑEIRO	33
<i>Historia y actualidad del Parque Natural del Moncayo.</i> ENRIQUE ARRECHEA VERAMENDI	46
II. De la historia	
1. La Prehistoria. JOSÉ ÁNGEL GARCÍA SERRANO	53
2. Los celtíberos. LUIS JAVIER NAVARRO ROYO	65
<i>El Municipium Turiasso.</i> MIGUEL BELTRÁN LLORIS Y JUAN Á. PAZ PERALTA	77
3. El monasterio de Veruela y la repoblación durante la Edad Media. M ^a DE LOS DESAMPARADOS CABANES PECOURT	81
4. El Moncayo, camino y frontera. JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ OTAL	101
5. Una sociedad rural en transformación: el tránsito de los siglos XIX-XX (1872-1914). GLORIA SANZ LAFUENTE	111
6. Desarrollo económico, vida social y cambios políticos (1914-1936). ROBERTO CEAMANOS LLORENS	125
III. Del arte	
1. La primera arquitectura cristiana. PEDRO L. HERNANDO SEBASTIÁN	143
2. El arte mudéjar. GONZALO M. BORRÁS GUALIS	157
3. Tradición y modernidad en la arquitectura del siglo XVI. JAVIER IBÁÑEZ FERNÁNDEZ	171

4. La decoración de la capilla mayor de la catedral de Tarazona. JESÚS CRIADO MAINAR	187
5. Tarazona, ciudad conventual. REBECA CARRETERO CALVO	193

IV. De la literatura, leyendas y tradiciones

1. Pedro Manuel de Urrea (1485-1524), señor de Trasmoz y autor de un <i>Cancionero</i> . JOSÉ E. GALÉ CASAJÚS	211
2. Bécquer, Veruela, Moncayo. JAVIER DELGADO	221
3. Las fiestas <i>a redol</i> de Moncayo. VICENTE M. CHUECA YUS	229

V. De los moradores

1. Mosé (Muça) de Portella, judío de Tarazona, baile del rey. MIGUEL ÁNGEL MOTIS DOLADER	245
2. Pedro y Fernando Pérez Calvillo. M ^a TERESA AINAGA ANDRÉS	253
3. La voz de Marién, antes llamada Dueña. MARÍA DEL CARMEN GARCÍA HERRERO	261
4. Persistencia inquisitorial en la persecución de un morisco. M ^a CARMEN ANSÓN CALVO	269
5. Vicente Calvo y Julián: insigne ilustrado aragonés, canónigo de Tarazona. M ^a CARMEN ANSÓN CALVO	277
6. Bernardo Zamboray Angós (1864-1926). GLORIA SANZ LAFUENTE	285
7. Manuela Blasco Pardillas. ROBERTO CEAMANOS LLORENS	289

VI. Del presente y del futuro

1. Tarazona y el Moncayo, mosaico de contrastes. LUISA M ^a ESPINO GIL	295
2. El presente industrial y comercial de Tarazona. ANA BELÉN HERNÁNDEZ SÁNCHEZ	311
3. Aprender trabajando. Las restauraciones en el monasterio de Veruela. FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ GARCÍA	321
4. Claves de futuro para el territorio. LUISA M ^a ESPINO GIL	333
<i>Espacios para la cultura</i> . LUISA M ^a ESPINO GIL	340

VII. Anexos

1. Las poblaciones. REBECA CARRETERO CALVO	345
2. Información estadística	363

Presentación

Aragón ha hecho una apuesta decidida por la comarcalización como vía para su vertebración territorial. La creación de la comarca como entidad político-administrativa entre el municipio y la provincia persigue la optimización de los recursos a través de una gestión próxima y eficaz basada en un conocimiento más exacto de las necesidades. Las treinta y tres comarcas definidas se corresponden con espacios geográficos donde ya existían relaciones económicas y de servicios, cuya población estaba vinculada tanto por características socioculturales como por una historia y tradiciones comunes.

La Mancomunidad de la Comarca de Tarazona y el Moncayo, declarada de interés comarcal por el Decreto 91/1993, de 28 de julio, tomó el acuerdo de iniciativa de creación de la comarca. Esta decisión fue apoyada por todos los municipios integrantes de la Delimitación Comarcal del Somontano del Moncayo, prevista en el Anexo de la Ley de Delimitación Comarcal como comarca número 12, mediante acuerdo pleno de sus dieciséis ayuntamientos. El 2 de julio de 2001 se promulgaba la Ley 14/2001, de Creación de la Comarca de Tarazona y el Moncayo, y en marzo de 2002 el Gobierno de Aragón emprendió el proceso de descentralización de funciones y servicios con la firma del decreto de transferencias a la comarca.

La comarca de Tarazona y el Moncayo se sitúa en el extremo occidental de la provincia de Zaragoza, lindante con las Comunidades Autónomas de Navarra, Castilla-León y La Rioja, en una zona de tránsito entre la meseta castellana y la depresión del Ebro periférica respecto al gran eje de comunicaciones que es el corredor del Ebro. Su condición de área de transición de tierras geográfica y económicamente diferentes, y de frontera histórica del reino de Aragón, ha contribuido a erigirla en una unidad con personalidad propia.

El medio físico es heterogéneo, con diversas unidades morfológicas y estructurales. No obstante, el valle y el piedemonte constituyen dos economías con recursos distintos que necesitan complementarse. El llano fue siempre de vocación agrícola en el regadío y ganadera en el secano, pero



Añón de Moncayo. Puente sobre el río Huecha

la última precisaba de los pastos veraniegos de las tierras altas. Éstas contenían madera, carbón vegetal y mineral de hierro que permitieron el nacimiento de la actividad artesanal. En cambio, por su dedicación pastoril y ganadera, sus habitantes precisaban para satisfacer sus necesidades diarias los productos agrícolas y manufacturados del llano. Esta función complementaria, plasmada en constantes intercambios económicos y humanos, forjó durante siglos la identidad de la comarca, vertebrada en torno a la ciudad episcopal de Tarazona.

En sintonía con la filosofía de la “Colección Territorio”, el título que ahora ve la luz pretende aproximar estos signos de identidad tanto a los comarcanos como a todos los interesados por la esencia de esta tierra.

JOSÉ ÁNGEL BIEL RIVERA

*Vicepresidente y Consejero de Presidencia
y Relaciones Institucionales del Gobierno de Aragón*



Añón de Moncayo. Cauce del río Huecha

La comarca: un marco de convivencia

PILAR PÉREZ LAPUENTE
PRESIDENTA DE LA COMARCA DE TARAZONA Y EL MONCAYO

El ser humano, ser social, ha tenido en su entorno más inmediato el escenario de socialización. *No somos islas, somos partes de un continente*, ha dicho el poeta definiendo la condición humana. Pues bien, desde la noche de los tiempos, ese *continente* que conforma la humanidad ha estado poblado por millones de personas que han tenido su principal –acaso único– escenario vital en una pequeña parte de ese inmenso espacio que es el mundo: la comarca.

La comarca ha sido el escenario del ciclo de la tierra, del ciclo de la vida. La economía, la producción agrícola, el trueque y después comercio se han sustanciado en la comarca. El ciclo de la vida ha sido acotado en el imaginario de unos lindes concretos: ahí uno o una ha nacido, estudiará, vivirá en la casa familiar, se reconocerá en los otros, construirá su propia familia y será enterrado con los suyos.

Comarcano, afirma Julio Casares desde la Real Academia Española de la Lengua, será lo cercano, inmediato, contiguo. Eso ha sido, durante generaciones, durante siglos, la comarca de Tarazona y el Moncayo: el espacio contiguo a las vidas de generaciones de hombres y mujeres. Allí donde conocieron el amor, donde se afanaron en el trabajo, donde se contempló el ciclo de la vida, la siembra, la cosecha; donde se engendró y se recogió en un abrazo cálido la pequeña y frágil nueva vida; donde se lloró el dolor y donde se veló la muerte.

La industrialización del siglo XIX, la revolución tecnológica del XX, la globalización con que se abre este nuevo siglo no han roto, no han podido romper esos lazos ancestrales y telúricos que definieron los lindes de nuestra vida. Y si el desa-



Tarazona. Panorámica del Moncayo desde Lanzas Agudas



Tarazona. Cimborrio de la Seo y palacio Episcopal

rollo social nos permite conocer mundos infinitos, viajar por ellos, enriquecernos con las culturas que formularon durante milenios esos *otros* con los que conformamos este continente humano, queremos también mantener nuestros vínculos históricos. Gobernarnos *nosotros mismos desde nosotros mismos*.

La Ley de Comarcalización de Aragón sanciona ese deseo. Adaptar la administración al marco histórico de convivencia de los aragoneses. Las treinta y tres comarcas de Aragón.

Con el traspaso de funciones y servicios se pretende la optimización de recursos, la agilización de la gestión administrativa, acercar la administración al ciudadano. Pero, sobre todo, se convierte a la administración en vida. Subsumiéndola en el ciclo de la vida. En los lindes de la relación humana.

De esta forma, dieciséis municipios que conforman nuestro paisaje humano adquieren un estatus administrativo. Trasmoz, Grisel, Vierlas, Santa Cruz de Moncayo, El Buste, Lituénigo, Alcalá de Moncayo, Litago, Los Fayos, San Martín de la Virgen del Moncayo, Añón de Moncayo, Torrellas, Malón, Vera de Moncayo, Novallas y Tarazona.

El 24 de octubre de 2001 se constituyó formalmente este ente administrativo, conformándose en esa fecha el Consejo Comarcal, máximo órgano de decisión de la comarca. El 1 de abril de 2002 se hicieron efectivas las transferencias del Gobierno de Aragón.

Han sido necesarios, pues, varios siglos, para acompañar el ciclo de la vida de las gentes al ciclo la gestión administrativa. Por fin, los boletines oficiales sancionan el *gobierno de nosotros mismos desde nosotros mismos*.

El libro que tienes en las manos, lector, es el trabajo de un grupo de autores que conocen excepcionalmente nuestra tierra; que han estudiado minuciosamente su geografía, su historia, su economía, su cultura.

Te propongo la aventura de sumergirte en estas páginas; de leer con otros ojos el espacio en el que hemos vivido tú y yo como tantos moncaínos. Seguro que, con esta mirada prestada, con estos ojos de otros que son nuestra mirada durante la lectura de este libro, vamos a conocernos y reconocernos; o vamos a descubrir otra tierra que también existía y parecíamos desconocer.

A tí, lector que has formado la parte de ese continente humano ajeno al nuestro; que naciste y que poblaste otras comarcas, quiero invitarte a entrar en nuestro mundo a través de esta puerta de papel; a recorrer los senderos que marcan sus páginas, los arroyos de los párrafos que nos definen; la orografía de los adjetivos que nos califican.

Esos caminos la palabra, el párrafo, las páginas, este libro, serán sin duda la autovía más rápida, más segura y más moderna para que entres, ya físicamente, en nuestro pequeño territorio. Tienes que hacerlo, porque, al igual que en la tierra que habitó Pablo Neruda, *en mi patria hay un monte, en mi patria, hay un río, ven conmigo*. Sé, sabemos, que vendrás, querido lector, querida lectora, muy pronto con nosotros.



Añón de Moncayo. Puerta de la muralla



Una larga trayectoria

M^ª TERESA AINAGA ANDRÉS Y JESÚS CRIADO MAINAR
COORDINADORES

La comarca de Tarazona y el Moncayo gravita entre el valle y la montaña, entre la vega de los ríos que la fecundan y los picos agrestes de incomparable belleza que la dominan casi desde el cielo. Dos realidades más complementarias que antagónicas de cuyo contacto nace el Parque Natural de la Dehesa del Moncayo, verdadero remanso de biodiversidad, cuyos límites se extienden también por las vecinas comarcas del Campo de Borja y el Aranda.

El Moncayo no sólo constituye un colosal *accidente* orográfico, sino que ha sido el principal punto de atención comarcano de viajeros e historiadores desde época clásica, que resaltaron la excelencia de sus aguas para el temple del hierro [Plinio el Viejo, *Naturalis Historia*, XXXIV, 144] e, incluso, situaron las correrías de Hércules en las faldas de la montaña, llevando allí el célebre episodio del robo de los ganados del héroe a manos de Caco. No en vano, a Enrique Cock, *arquero* de Felipe II, le contaron en 1592 que el osado ladrón había encontrado refugio en su alocada huida en las cuevas de los imponentes mallos que protegen el caserío de Los Fayos.

Rodrigo Ximénez de Rada (hacia 1241-1242) y Alfonso X el Sabio (hacia 1270) fijaron los elementos fundamentales de este ciclo legendario que, conocido en Tarazona ya en el siglo XV, cristalizaría a mediados de la siguiente centuria en la leyenda de la fundación de la ciudad por Tubalcaín y su refundación por Hércules, tal y como recoge la divisa municipal desde al menos 1534 y los regidores ordenaron escenificar en 1571 en la fachada de la vieja Lonja, ahora sede del Ayuntamiento.

La comarca de Tarazona y el Moncayo forma parte de una unidad geográfica más amplia, el Somontano de Moncayo, que también incluye las tierras del Campo de Borja en la vertiente aragonesa y las de la comarca de Ágreda en la castellana. Los cursos de los ríos Huecha y Queiles-Val, caminos naturales hacia la depresión del Ebro, constituyen el eje vertebrador de un vasto espacio natural que se despliega entre San Martín de la Virgen del Moncayo, una verdadera atalaya en el corazón de la montaña, y El Buste, excepcional mirador por el que nuestra comarca se asoma al valle.

Esta aproximación entre dos formas de vida tuvo repercusiones en una temprana ocupación del territorio, como demuestra el asentamiento paleolítico de La Bardalera en Litago, y ayuda a comprender la importancia de los testimonios materiales que han localizado los arqueólogos, en especial para época celtibérica –en torno al rico yacimiento de La Oruña, en las inmediaciones de Vera de



Tarazona. Ayuntamiento. Hércules desquijarando al león de Nemea

Moncayo— y el período de la romanización, salpicado de múltiples hallazgos entre los que sobresale el del Colegio Joaquín Costa de Tarazona, un balneario sagrado con culto a la ninfa Silbis y más tarde a la diosa Minerva Médica.

A estos condicionantes naturales se unió desde comienzos del siglo XII otro de carácter político. Tras su reconquista por Alfonso el Batallador en 1119, esta tierra se convirtió en el límite entre tres reinos, Aragón, Castilla y Navarra, lo que le otorgó un valor estratégico que mantuvo intacto hasta la reunificación de los territorios peninsulares en tiempos de los Reyes Católicos y que le ocasionó momentos tan difíciles como los acontecidos en la Guerra de los dos Pedros (1359-1366). Perdida su condición defensiva, castillos como los de Añón de Moncayo y Lituénigo siguen conservando un

uso residencial; por su parte, el de Trasmoz se ha convertido con los años en referencia mágica de la comarca.

Ciudad episcopal desde la Antigüedad Tardía, la reconquista supuso para Tarazona la restauración de su sede y le concedió una relevancia sociocultural por encima de su peso poblacional. Durante siglos vivirá un notable esplendor artístico que tiene su reflejo en los magníficos monumentos que han llegado a nosotros, en particular la catedral de Santa María de la Huerta, las parroquias y los conventos, pero también en edificios civiles tan notables como el palacio Episcopal de la Zuda, la antigua Lonja, el palacio de Eguarás o la célebre y singular Plaza de Toros Vieja.

Como contrapunto, el área del somontano vio nacer en 1146 el monasterio cisterciense de Santa María de Veruela, un complejo monumental impresionante que, además, desempeñó un papel de primer orden en el proceso de vertebración del territorio al asumir la responsabilidad de poblar Alcalá de Moncayo, Litago y Vera de Moncayo.

Tierra de frontera, nuestra comarca ha sido y sigue siendo un lugar de intercambios a la que históricamente han afluído gentes de las más diversas procedencias, facilitando un fecundo proceso de sincretismo cultural. La Tarazona medieval asis-

tió a la convivencia de tres comunidades religiosas: cristiana, hebrea e islámica, situación que se empezó a quebrar en 1492 con la expulsión de los judíos y que clausuraría en 1610 la de los moriscos, un suceso que en nuestra comarca supuso una enorme sangría humana y una catástrofe económica que costaría siglos superar, pues localidades como Grisel, Santa Cruz de Moncayo, Torrellas y Trasmoz, y los barrios rurales de Tórtoles y Cunchillos, quedaron completamente vacíos, mientras que Malón, Novallas y Vierlas vieron muy diezmado su vecindario.

En la actualidad, estos dieciséis municipios intentan reafirmar su identidad en el mapa aragonés bajo el manto de ese órgano representativo que es la comarca, dotado de capacidad de gestión y decisión, y del que se espera armonizará el desarrollo del territorio optimizando sus recursos naturales, un riquísimo patrimonio histórico y cultural, y toda una serie de iniciativas industriales que ayudan a ver el futuro con cierto optimismo.

En sintonía con la colección en la que se inscribe este título, el lector encontrará en las páginas que siguen un conjunto de estudios que intentan presentar nuestra comarca desde los más variados puntos de vista, pero que en absoluto pretenden agotar ninguna cuestión ni ser exhaustivos con todos los temas posibles.

No queremos concluir estas reflexiones sin expresar nuestro agradecimiento a todas aquellas personas e instituciones que han hecho posible la elaboración de este trabajo. Ante todo y en primer lugar, a los autores de las colaboraciones, que a sus conocimientos sobre materias específicas han sumado su entusiasmo por este proyecto para dar forma a una obra de vocación interdisciplinar. También al Obispado de Tarazona, la Diputación de Zaragoza, los Ayuntamientos de Tarazona y Malón, y el Centro de Estudios Turiasonenses por facilitar el acceso a edificios de su propiedad. A las empresas Delphi-Pakard, Aeromac y Bodegas Guelbenzu por permitirnos fotografiar sus centros de trabajo. A Jesús Hernández por su cálida acogida en el modélico Museo del Labrador de Lituénigo.

Además de mencionar la disponibilidad de quienes han proporcionado fotografías para su reproducción, debemos recordar el respaldo recibido desde distintos ámbi-



Tarazona. Ayuntamiento. Caco robando los ganados de Hércules

tos y que no queda reflejado en los créditos del libro. Así, el Parque Natural de la Dehesa del Moncayo, el Museo de Zaragoza, el proyecto “Tierras del Moncayo” impulsado por la Asociación para el Desarrollo de las Tierras del Moncayo y la comarca de Tarazona y el Moncayo, el proyecto Aragón Espacio Sefarad dependiente del Patronato de Turismo de la Diputación de Zaragoza, los Ayuntamientos de Torrellas y Grisel, la Sección de Patrimonio Rural y Medio Ambiente del Ayuntamiento de Tarazona, y la Cooperativa El Acebo del Moncayo. Por último –aunque no en último lugar–, a quienes han cooperado a título personal, en especial a Javier Bona, Ana Marta de Catalina, Jesús Coloma, José Guillermo, Francisco Lamata, Isabel Lancis, Pilar Lancis, Pilar Orte, José M.^a Royo, Amelia Ruiz, Jacinto Sanz y Pedro Villa.

La impresión visual de la comarca de Tarazona y el Moncayo que refleja esta obra debe mucho a la forma de mirar la realidad de José Latova, con quien nos sentimos especialmente obligados.



Grisel. Cabaña de pico en el monte de La Diezma

De la naturaleza



Página anterior:
Tarazona. Fachada hacia el paseo de la Constitución
del inmueble n.º 4 de travesía Juan Navarro

ALFREDO MORILLA PIÑEIRO

Singularidad natural y simbólica del pequeño país del Moncayo

El cuerpo de relieve que se levanta bajo las cimas de San Miguel (2.315 m) y Lobera (2.226 m) destaca en altura y firmeza sobre la alineación del Sistema Ibérico septentrional desde las tierras de Zaragoza, Soria, La Rioja y Navarra como un gran eje por el cual orbita la identidad natural y paisajística de las tierras circundantes. Inserto en el borde de la Meseta castellana, el macizo del Moncayo es un bastión orográfico en la divisoria de las cuencas del Ebro y del Duero. Su volumen erguido proyecta una figura panda, vigorosa y compacta sugiriendo un silencioso y digno enfrentamiento hacia la distante y a la vez cercana crestería pirenaica.

La montaña moncaína es un enclave repleto de presencia y sustancia geográfica del territorio de la Celtiberia: el magno, solemne y sereno enraizamiento y la verticalidad devocional de sus laderas sostienen instante a instante un polarizado equilibrio de tensión simbólica. La magnética asimetría del contorno de sus cimas, las sugerentes concavidades de sus recuencos glaciares, las mutaciones que los ciclos del invierno y la primavera otorgan a su toga de nieve, la danza imprevisible de nubes, neblinas y calimas sobre sus flancos son algunas de las cualidades e impresiones que confieren al Moncayo la categoría de pirámide sacra, *axis mundi* conector de cielo y tierra.

El Moncayo es así la gran montaña sagrada de la Península Ibérica como lo es el Olimpo (2.971 m) en la Península Balcánica y el Ararat (5.137 m) en la Anatólica. Las tres forman una tríada de grandes columnas telúricas del mundo mediterráneo que a su vez también señalan divisiones en el plano horizontal: Grecia y Macedonia separadas por el Olimpo, el Ararat muy cerca de la confluencia de Turquía, Armenia e Irán, así como la raya de Aragón y Castilla es señalada por el *Mons Cains*.

Como un manto prendido a las cumbres de este macizo se extiende descendiendo hacia el Ebro la comarca de Tarazona y el Moncayo, extensión de 462 km² que



Tarazona. Formas morfológicas del valle del Val

comprime una singular variedad de afloramientos y procesos ligados al sustrato heredado de un significativo intervalo temporal de evolución geológica. Esta primera reunión prepara y ordena otro encuentro poco frecuente entre distintas regiones bioclimáticas constituyendo la base de un gran número de ecosistemas naturales escalonados desde el sector de las cumbres hasta las proximidades del Ebro.

Historia geológica de la comarca

El flujo de estimaciones y cálculos de la edad de nuestro planeta arroja una cantidad estabilizada entorno a los 4.800 millones de años (mma). La geología actual ha podido desentrañar con relativa coherencia y precisión la historia de los últimos 600 mma. Mas allá nos encontramos con un periodo nebuloso que hemos denominado la Era Proterozoica. Los registros y testimonios del sustrato de la comarca se remontan hasta los 500 mma y proporcionan el conocimiento de una evolución marcada por grandes ciclos en los que los episodios puntuales de construcción de relieve dan paso a largos periodos de desgaste erosivo y sedimentación.

En el interior del macizo encontramos materiales de la Edad Primaria o Paleozoica. Son pizarras y cuarcitas que en opinión de algunos autores pertenecen al Ordo-

vífico o Silúrico. Una fracción importante de sus pliegues y fracturas proviene de antiguas colisiones entre placas –Orogenia Hercínica–. Este conjunto genera el núcleo interno del macizo del Moncayo así como de otras sierras próximas –Sierra de la Virgen, Algairén y Vicort al sur, y Sierra de la Demanda, Urbión y Cebollera en el sector noroccidental del Sistema Ibérico–.

El Triásico –Triásico, Jurásico y Cretácico son los periodos de la Era Mesozoica o Secundaria– es el periodo de mayor protagonismo y representación en la composición superficial de la Sierra. Las capas adheridas al núcleo Paleozoico se remontan a los 230 mma. Atrás, cuando la depresión del Ebro era un gran macizo montañoso sometido a la erosión de climas áridos con breves periodos de lluvias torrenciales. Las aguas en arroyadas y los ambientes costeros derramaron los sedimentos de las desaparecidas montañas durante 35 mma –Triásico Inferior o *Bunsandstein*– acumulando a su alrededor estratos de gran espesor que fueron el origen de los actuales conglomerados, lutitas y las areniscas que cubren las cumbres de la Sierra del Moncayo además de amplios sectores de las laderas del Macizo.

Extensiones de aguas someras invadieron posteriormente la región y depositaron finos sedimentos que una vez deshidratados, compactados y cementados formarían la estrecha capa de calizas y dolomías –Triásico Inferior o *Muschelkalk*– presentes bajo los Picos de Herrera y en la plana del Morrón pero mucho más abundantes en el sinclinal de Calcena, en la vecina comarca del Aranda.

La última fase del Triásico –Trias Superior o *Keuper*– se caracterizó por un paisaje muy parecido a las regiones áridas de los desiertos norteafricanos en los que abundan depósitos lagunares evaporíticos y que dejaron su huella en forma de series de yesos de color cárdeno sobre las capas subyacentes. En este momento, las distensiones entre las placas permitieron el ascenso de magma profundo a la superficie en un proceso más suave que los fenómenos volcánicos –subvulcanismo–. Manifestaciones del subvulcanismo en la comarca son la abundancia de diversos materiales magmáticos en las capas del *Keuper*, entre los que destacan las ofitas, ligeras rocas de color cárdeno o gris oscuro.

En la transición al Jurásico (195 mma), la Península fue invadida en su sector oriental por inmensos brazos de mar que sobrepasaron las cuencas marinas para sumergir grandes áreas de los continentes –mares epicontinentales– que evolucionaron en ciclos de avance-transgresión y retroceso-regresión sobre las tierras emergidas dejando en la tipologías de sus sedimentos y fósiles el registro de su profundidad, movimiento y el clima que por entonces reinaba. Las dolomías del Morrón y de los Picos de Herrera son los últimos restos respetados por la erosión posterior que perduran de aquellos tiempos. Antes de que se iniciara el Cretácico (140 mma) la presencia marina ha remitido en la región para dar paso en el territorio a etapas lacustres alternadas con áreas emergidas e intervalos deltaicos de los que apenas encontramos testimonio en la comarca.

Hasta el Cretácico Superior y desde las colisiones hercinianas que antiguamente deformaron y rompieron el esqueleto interno del Moncayo, en la comarca así como en el resto de la Península han transcurrido 200 mma de «calma tectónica» en los que las contribuciones geológicas principales consistieron en extender diversas capas de deposiciones de origen marino o continental. A partir del Cretácico Superior (100 mma), la placa africana incidirá en su movimiento ascendente a presionar la placa ibérica en una larga secuencia que permanecerá activa hasta tiempos relativamente recientes. Se trata de distintas etapas de compresiones y distensiones con periodos intermedios de calma y erosión que en conjunto –la orogénesis alpina– conforma el origen de la inmensa mayor parte de las formas de relieve actual del continente europeo.

Las fases pirenaico-provenzales del ciclo Alpino en el Paleógeno plegaron los estratos antiguos de modo que configuraron topografías –pliegue anticlinal– que durante el Oligoceno Superior y el Mioceno Inferior fueron desmanteladas por la erosión. Entretanto ocurrieron periodos en los que predominó la sedimentación procedente de ocupaciones marinas –Eoceno Inferior y Medio– y más tarde de origen continental y lacustre –Eoceno Superior–. Las fases alpinas tardías levantaron el bloque entre planos de fractura –fallas– el bloque del macizo al mismo tiempo que el conjunto del Ebro se hundía. Durante el Mioceno Superior y Plioceno Inferior la intensidad de la nueva etapa de erosión y sedimentación fue tan grande en la Península que las cuencas del Ebro, Duero y Tajo se colmataron y nivelaron constituyendo así una única llanura –superficie de erosión-colmatación miocena–. Según algunos geógrafos, como Francisco Pellicer, el relieve del Moncayo representaba entonces la única elevación visible del Sistema Ibérico.

Los materiales excavados de las cadenas ibéricas y pirenaicas en tiempos miocenos fueron depositándose hacia la depresión del Ebro de modo que las aguas de escorrentía arrastraban más lejos del origen los sedimentos más finos. Por esta sencilla lógica, los conglomerados de cantos más gruesos se encuentran al pie del macizo –Los Fayos– y otros conglomerados compuestos por partículas de menor diámetro se distribuyeron por la banda noroccidental de la comarca alternando con depósitos no cementados, arcillas y limolitas.

La progresión de finura material y distancia recorrida hacia el Ebro continúa con la secuencia de arenisca, arcillas, limolitas, y margas. En el centro de la cubeta bolsas de margas yesíferas y yesos se acumularon como precipitado de lagunas salinas muy similares a las actuales *sebkas* norteafricanas. Los ciclos de aridez y humedad del Mioceno alteran este orden horizontal de modo que en la elevación de La Ciezma –prolongación comarcal de La Muela de Borja– podemos comprobar la alternancia vertical de arcillas, margas y calizas que indican las variaciones climáticas de este periodo en el territorio comarcal. La capa de calizas que recubre el techo de La Ciezma y de La Muela de Borja –también presente en El Buste– protegiendo de la erosión las capas subyacentes tiene su origen en un régimen lagunar ocurrido en el periodo Pontiense, la fase final del

Mioceno, y nos muestra el nivel máximo que alcanzó la gran superficie de erosión-colmatación de aquel periodo.

Las distensiones de las últimas fases de la orogenia alpina en el Plioceno intensificaron el hundimiento de la depresión del Ebro y bascularon la Meseta hacia el Oeste –desviando el trazado de los grandes ríos mesetarios– de modo que el bloque del Moncayo, encajado como una cuña entre los dos conjuntos afectados por diferentes movimientos, reaccionó incrementando su altura y volumen, ultimando así la edificación actual del relieve. A partir de entonces todas las contribuciones durante los 2 ó 3 últimos mma serán diferentes formas de un nuevo ciclo de erosión y sedimentación cuyos grandes hitos son:

La construcción del somontano, el gran pedestal del Moncayo elaborado a partir del flujo de gravas, cantos y arenas que se derramaban desde la Sierra por arroyadas y abanicos aluviales al término del Plioceno Final.

La organización de la red de ríos y barrancos que drenan la comarca, vaciando y esculpiendo el relleno sedimentario y depositando niveles de terrazas en procesos que continúan funcionando en el momento actual.

Los retoques erosivos-sedimentarios en la Sierra por los fenómenos glaciares y periglaciares ocurridos durante la última glaciación –Glaciación del *Würm*– cuyo resultado es la progresiva regularización de las laderas. Los geógrafos han reconocido la funcionalidad actual de la actividad periglacial durante los meses más fríos del año.

La Sierra del Moncayo

El volumen de la Sierra del Moncayo en la comarca comprende las laderas bajo los altos de San Miguel (2.315 m) y Lobera (2.226 m) al norte y según descendemos hacia el sur el collado del Muerto (1.724 m), el cabezo del Caíz (1.822 m). Hasta aquí quedaría englobado propiamente el Macizo del Moncayo, a partir del cual prosigue la línea de cimas en un arco que inicialmente se dirige al sureste y al alcanzar el alto de Almudejos (1.703 m), continúa hacia el este en las planas de La Muela (1.655 m) el Morrón y, al fin, en las Peñas de Herrera (1.522 m) como extremo sudoriental de la comarca de la Sierra.

El conjunto serrano integra unidades de relieve acompañantes fuera de los límites de la comarca como las Planas de Purujosa, el cabezo de la Tonda y las Peñas del Cabo al sur, en la comarca del Aranda, y toda la orla mesozoica desde Ágreda a Beratón, en Soria.

Los geólogos definen el macizo como un bloque plegado en anticlinal –con curvatura hacia arriba– elevado entre fallas que lo separa de bloques hundidos plegados en sinclinal –curvatura hacia abajo–: el sinclinal de Calcena al suroeste y el sinclinal

nal de Litago-Talamantes al noroeste. Este bloque anticlinal está caracterizado por una doble asimetría: la ocasionada por su inclinación hacia el Ebro y la derivada de las diferencias topográficas entre el escalón de Peña Negrilla al norte y el descenso gradual hasta la Tonda al sur.

Los planos de fractura de dirección NO-SE –fallas inversas– que han permitido la proyección vertical del bloque yacen bajo sedimentos posteriores en el segmento de Litago-Añón de Moncayo y en la falla entre la Sierra del Tablado y el sinclinal de Calcena. Retazos de la «osamenta» paleozoica del núcleo interno pueden observarse allí donde la erosión ha descubierto las capas superiores: Peñas Meleras debajo del Santuario del Moncayo, un tramo del fondo del barranco de Morca. La serie del *Buntsandstein* se dispone adherida sobre el núcleo de conglomerados, lutitas y areniscas. Estas últimas cubren un alto porcentaje de la superficie del edificio moncaíno y sus características de granulometría y dureza condicionarán posteriormente la respuesta a los agentes del modelado glaciario y periglaciario del cuaternario. El Morrón, la Muela y las Peñas de Herrera son estructuras de dolomías con formas de castillos de techo plano que «flotan» formando un arco anticlinal sobre el bloque levantado señalando la destrucción de la antigua capa del Jurásico marino.

El último periodo frío del Pleistoceno –periodo *Würm*– dejó su huella en las laderas nororientales del Moncayo en un original modelado glaciario. Su posición marginal respecto a las regiones más frías y su exposición a factores que restringían la acumulación de nieve explica la alta sensibilidad del sustrato del macizo a las variaciones climáticas y la sencillez de sus glaciares que dispusieron de circo pero carecieron de la lengua que caracteriza las imágenes de los clásicos glaciares pirenaicos y alpinos.

Los cristales de nieve acumulados en los meses fríos del *Würm* se compactaban en las altas cabeceras de los valles nororientales del Moncayo para transformarse gradualmente en hielo y una vez que el peso –incrementado por el flujo de nuevas aportaciones– llegó a sobrepasar la resistencia de fricción, la masa de hielo iniciaba un desbordamiento por el valle excavando la zona de acumulación y evacuando por arrastre los derrubios al exterior y contribuyendo a crear las morrenas por debajo de la zona de acumulación. Los ciclos anuales sucesivos construyeron el cóncavo rehundimiento con planta en forma de herradura denominados circo y que hoy contemplamos sobre la cota de 1.800 m.

Los restos moncaínos de los tres glaciares consisten en tres circos situados junto a sus sistemas morrénicos: de norte a sur encontramos el circo de San Miguel, también llamado «el Cucharón» por la gran definición geométrica y el mayor volumen de vaciamiento, el circo de San Gaudioso, más reducido en dimensiones, y el circo de Morca, el de mayor extensión de los tres. Según Francisco Pellicer, las morrenas asociadas se ordenan en tres estructuras: morrenas frontales que indican el límite de los glaciares, morrenas de retroceso en las que



Panorámica de la Sierra del Moncayo nevado desde La Muela de Borja

la fracción de derrubios sobrepasaba a la del hielo y las morrenas recientes elaboradas por los canchales depositados por gravedad junto a las paredes internas del circo.

La formación de depósitos morrénicos en acción simultánea con la fractura de rocas por el hielo –crioclastia– y el transporte de derrubios tienen como producto paisajístico final la regularización progresiva de las laderas –suavización de sus pendientes–. Las estructuras conservadas del periglaciario de los tiempos glaciares en el Moncayo no son ya funcionales pero su fácil identificación permite visualizar la última fase de evolución geológica de las montañas.

Los depósitos de solifluxión son abundantes y frecuentes hasta el límite de la franja forestal (1.900 m). Su presencia se manifiesta sobresaliendo sobre el terreno como suaves abultamientos en forma de mantos o lóbulos. Son masas desordenadas de bloques y cantos embutidos en una matriz arcilloso-arenosa. El volumen interno de estos depósitos aumentaba y disminuía por el embebimiento del agua procedente de la fusión al tiempo que su estructura se fracturaba por los ciclos de hielo-deshielo. El resultado global era el lento descenso conjunto de la masa de lajas y bloques por la ladera a modo de masivas «bandas de deslizamiento». Algunos de ellos han perdido el relleno de arcilla y arena formando coladas de bloques y corrientes de bloques. Las primeras interrumpen la continuidad de la masa forestal abriendo amplios claros y las corrientes se extienden como grandes conjuntos lineales de grandes bloques de cuarcita y arenisca por el fondo de los barrancos desde las mismas morrenas hasta la base del macizo.

Los derrubios de gravedad al pie de los escarpes internos de los circos y de los resaltes complementan la amplia variedad de formas periglaciares.



Colada de bloques en un claro de bosque de la Sierra del Moncayo

La regularización de laderas prosigue en la actualidad con fenómenos periglaciares más modestos que permanecen activos en los meses fríos del año. El mecanismo primordial son los fenómenos de crioclastia y de desplazamiento por reptación y saltación de cantos y lajas causados por los fenómenos de hielo y deshielo —en concreto, la creación de pequeños pilares de hielo llamados *pipe-crake* que tienden a levantar verticalmente los cantos favoreciendo así su traslación posterior ladera abajo—. Las manifestaciones más visibles de la acción del hielo son las curiosas y características agrupaciones de piedras, lajas y cantos en las zonas más altas del Moncayo: nidos, rosetas y copos de piedra, suelos estriados, suelos en guirnaldas y terracitas.

El somontano moncaíno

El somontano del Moncayo en el territorio comarcal está delimitado por el nivel de base de La Valluenga (700 m), la ruptura de pendiente con la ladera del macizo, el río Queiles al norte y el río Huecha limitándolo al sur ocupando el conjunto un área de 95 km². Esta superficie coincide con la de los términos de las poblaciones de la comarca tradicionalmente identificadas al somontano: San Martín de la Virgen del Moncayo, Lituénigo, Litago, Trasmoz, Añón de Moncayo, Alcalá de Moncayo y Vera de Moncayo.

El contacto entre el edificio masivo del macizo moncaíno y el valle del Ebro ha sido progresivamente suavizado desde su último levantamiento pliocénico hasta periodos recientes a través de los procesos de desmenuzamiento y transporte de los materiales de las laderas y su deposición extendida en el derramamiento activado por arroyadas laminares —modelado en glacis—. Los glacis del somontano han sido excavados posteriormente en numerosos barrancos por la erosión asociada a la escorrentía de las laderas alterando significativamente su característica planitud. La base principal del somontano se ha configurado una estructura escalonada de dos rellanos generados en intervalos temporales distintos. Se trata de un doble pedestal en los que el nivel inferior se ha construido con posterioridad a expensas del primero. La plataforma superior se encuentra unida a la ladera del Moncayo a una altura de 1.100 m y forma una llanura excavada por incisiones de

los barrancos. Se encuentra compuesto principalmente por una mezcla de gravas, arenas y bloques aislados de naturaleza silíceo en una matriz arenosa.

El glacis inferior con dos sectores bien diferenciados –oriental y occidental– ha sido elaborado a partir del superior en condiciones climáticas diferentes al primero y su nivel de conservación es mucho menor debido al mayor grado de incisión de los barrancos más desarrollados. En el sector occidental –desde el curso del Queiles hasta el barranco de los Huertos– se mantienen planas con cubiertas de cantos de arenisca sobre arcillas rojas y depósitos de cantos de antiguos canales de drenaje. En el sector oriental –desde el barranco de los Huertos hasta los entornos de Valcortín y Añón de Moncayo– el intenso grado de alteración permite la afloración del sustrato mesozoico.

Los cursos de agua que drenan los flancos del macizo y entallan los barrancos en el pedestal somontano son: barrancos de Huecha de San Martín en San Martín de la Virgen del Moncayo, del Pradillo en Lituénigo, de Huecha o Morana en Añón de Moncayo y Alcalá de Moncayo; son los principales colectores que encauzan redes de barrancos secundarios que canalizarán la escorrentía hacia el curso del Huecha pero la permeabilidad de los diversos materiales del somontano infiltran una fracción importante –drenaje subterráneo– para descargar en tres áreas distintas: las surgencias de Añón de Moncayo –en los manantiales del Rey, Prado y Cuevas de Añón–, las surgencias de Borja-Maleján y los manantiales de Ainzón-Pozuelo.

La depresión del Ebro en la comarca

La superficie comprendida por los territorios de Novallas, Malón, Vierlas, El Busto, Grisel, Tarazona, Los Fayos y un pequeño sector del municipio de Trasmoz integran una rampa cuyo segmento más elevado oscila entre los 800 m –Peña Amarilla– del borde occidental hasta los 600 m en el valle del Queiles y desciende en un gradiente dirigido hacia el Ebro para situarse encima de los 400 m en la frontera de Malón.

Esta franja septentrional de la comarca está incluida en el gran conjunto de la depresión de Ebro. La complejidad que presenta en el número y la disposición de estratos y en la cantidad de elementos geomorfológicos responde a los diferentes regímenes de sedimentación miocena y a la variedad posterior de procesos diferenciales de erosión. Los «fayos» del Queiles y del Val, los relieves tabulares de La Ciezma y El Busto, los enclaves de yesos y las terrazas fluviales del Queiles son las unidades mejor definidas y destacadas de este ámbito.

En un corto tramo de la margen izquierda del Queiles y del Val se erige con gran vistosidad una línea de columnas verticales soldadas entre sí de techo plano o cupular formadas por conglomerados. Son los denominados mallos –y localmente denominados «fayos»–. Su desarrollo espacial discurre siguiendo los tramos del



Los Fayos. Pudingas

Val y Queiles cercanos a su confluencia hasta envolver la población de Los Fayos.

El origen de estas estructuras con periferia de paredes verticales es el mismo de otros conjuntos semejantes a ambos lados del Ebro –los tormos del Matarraña en la margen derecha y los del flanco pirenaico, entre los que destacan los de Riglos y Agüero–. Unos y otros son antiguos depósitos de arroyadas de pie de monte –conos de deyección– compuestos por cantos de diversos tamaños empastados en una matriz arcillosa-carbonatada que posteriormente es cementada –diagenización–.

Los «fayos» de la comarca se distinguen, sin embargo, por proceder de acumulaciones más recientes –Mioceno Final, Vindoboniense-Pontiense–. Las pulsaciones tectónicas han configurado una red de fracturas ortogonales sobre la masa global de los conglomerados articulando columnas de

planta poligonal. La erosión posterior actúa en las aristas de estos pilares desbastándolos hasta alcanzar un contorno cilíndrico. La juventud diferencial de los mallos comarcales puede explicar que su nivel de desarrollo geomorfológico sea significativamente menor que otras formaciones típicas del valle del Ebro. Aparecen como una masa más individualizada que los conjuntos de Riglos o Alquézar.

La elevación de La Ciezma y la fracción comarcal de La Muela de Borja representan en el territorio las formas de relieve tabular característico del valle del Ebro: La Muela, La Plana de Zaragoza, etc.

La Ciezma forma una «barra» de relieve (820 m de altura máxima) cuyo eje longitudinal se extiende en un segmento de 8 km orientados en dirección noroeste-sureste a modo de listón que cierra al norte el somontano y La Valluenga separándolos de la depresión. El alargado cerro de La Ciezma es, en realidad, un fragmento individualizado de La Muela de Borja, unidad con la que está vinculada estrechamente por la composición de estratos: secuencias de arcillas y margas techadas por una capa de calizas lagunares pontienses que confieren protección al conjunto e indican el nivel de base de la antigua superficie de colmatación miocena.



Grisel. Sima del pozo de Los Aínes

El Raso Bajo de la Muela de Borja se adentra muy moderadamente en la comarca por el término de El Buste, al nordeste del territorio alcanzando apenas la cota 700 m, aunque la perspectiva que ofrece su Mirador es privilegiada por su situación estratégica. La capa caliza superior, bien por su porosidad o por la existencia de diaclasas, permite un flujo de entrada de agua en su interior. La capa de margas impermeables marca el plano de salida del flujo hídrico y contribuye a acelerar la destrucción del contorno de sendos relieves tabulares y el crecimiento de sedimentos desprendidos y acumulados sobre el talud.

La apretada y compleja variedad de sedimentos de yeso primario –yeso «caramelo» y yeso verdoso– y secundario –yesos alabastrinos y nódulos de albastrós– acompañados por nódulos de sílex se localizan en un área que comienza con el límite septentrional de la comarca: área de Monteagudo, Ablitas, Cascante y Tudela. Sin embargo, existen interesantes formaciones de yeso primario en el término de Tarazona, en una franja al oeste de las terrazas del Queiles cuyas capas se intercalan con las franjas de conglomerados y depósitos de arcillas y areniscas.

Bibliografía

- GIL OCINA, A., y GÓMEZ MENDOZA, J. [coord.], 2001, *Geografía de España*, Barcelona, Ariel Geografía.
- LAGO, M., POCOVI, A., BASTIDA, J., y BESTEIRO, J., 1989, «El magmatismo alcalino del tránsito Trias-Lias inferior en el área del Moncayo: aspectos geológicos, petrológicos y geoquímicos», *Trias*, IX, t. I, (Tarazona), pp. 91-107.

- MUÑOZ, J., y SANZ, C., 1995, *Las montañas. Guía Física de España*, Madrid, Alianza Editorial.
- PELLICER CORELLANO, F., 1984 «Geomorfología de las cadenas Ibéricas entre el Jalón y el Moncayo», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XIII-XIV, (Borja).
- PELLICER CORELLANO, F., *et alii*, 1988, *El Moncayo*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.
- PELLICER, F., y ECHEVERRÍA, M^a T., 1989, *Formas de relieve del centro de la depresión del Ebro*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- PELLICER CORELLANO, F., 1989, *El relieve del Moncayo*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- PELLICER CORELLANO, F., 1989, «El medio físico inerte de la sierra del Moncayo en el contexto de las montañas del interior de la Península Ibérica», *Triasos*, IX, t. I, (Tarazona), pp. 29-59.
- SALVANY DURÁN, J. M., 1989, «Aspectos petrológicos y sedimentológicos de los yesos de Ablitas y Monteagudo (Navarra): Mioceno de la Cuenca del Ebro», *Triasos*, IX, t. I, (Tarazona), pp. 121-146.

ERA	SISTEMA	SERIE	EDAD (m.m.a)	
Cenozoico	Cuaternario	Holoceno		
		Pleistoceno		
	T e r c i a r i o	Neogeno	Plioceno	1.8
			Mioceno	5.7
		Paleogeno	Oligoceno	23
		Eoceno		
		Paleoceno		
Mesozoico	Cretácico	Superior	65	
		Inferior		
	Jurásico	Malm Dogger Lias	141	
	Triásico	Superior Medio Inferior	195	
Paleozoico	Pérmico	Superior Medio Inferior	230	
	Carbonífero	Superior Medio Inferior		
	Devónico	Superior Medio Inferior		
	Silúrico	Superior Medio Inferior		
	Ordovícico	Superior Medio Inferior		
	Cámbrico	Superior Medio Inferior		
Precámbrico	Proterozoico		570	
	Arcaico		4800	

ALFREDO MORILLA PIÑEIRO

La naturaleza de la comarca del Moncayo es tan singular que un viajero que desde su cumbre recorriese la comarca hasta su confín hacia el Ebro disfrutaría de la extensión de 3.000 km de paisajes europeos; abarcando desde las tundras boreales o la cima de los Alpes hasta las llanuras norteafricanas. En concreto viajaría por pastizales de cumbres y enebrales de montañas, hayedos centroeuropeos, robledales atlánticos, bosques húmedos de encina del litoral, carrascales del interior peninsular, garrigas de coscoja de la Iberia seca y áridas estepas del Magreb.

Las comunidades biológicas de la comarca del Moncayo se han desarrollado entre dos extremos ambientales especialmente subrayados. El macizo del Moncayo en su condición de cuña entre dos grandes conjuntos tectónicos constituye una de las mayores elevaciones del Sistema Ibérico y por tanto de los puntos con mayor humedad, acumulación nival y menor temperatura media anual. La depresión del Ebro, a su vez apantallada de los frentes atlánticos por las cadenas pirenaica y cantábrica, contiene las áreas de mayor aridez y de mayor temperatura media del conjunto peninsular solo por debajo de las condiciones del sureste ibérico –Almería y Murcia–. Una fracción considerable de la rampa que une ambos extremos pertenece a la superficie comarcal que integra toda la serie de variaciones climáticas y geológicas que posibilitan el asentamiento singular de las diferentes piezas de un extensísimo mosaico biogeográfico.

Las laderas meridionales de Sierra Nevada en Granada, el escalón entre las cumbres de Gredos y el valle del Tiétar, son lugares que responden a un patrón de grandes variaciones pero en ningún caso tan completo y extremado como el que se presenta en la comarca del Moncayo. Los rasgos más relevantes de su naturaleza son:

- Límite de las distribuciones biogeográficas de un gran número de especies: halcón abejero –*Pernis apivorus*–, perdiz pardilla –*Perdrix perdrix*– y de ecosistemas: hayedos, robledales.



Tarazona. *Armeria microcephala*

- Existencia de especies exclusivas del territorio –endemismos– como *Saxifraga moncayensis* y *Armeria bigerrensis* subespecie *microcephala*.
- Refugio de especies de gran interés como la perdiz pardilla.
- Incremento de la singularidad, de la diversidad y del dinamismo ecológico por la confluencia e interpenetración de diferentes comunidades naturales que entran en contacto en una extensión relativamente pequeña.

A través de la vinculación a otros espacios evocados más cercanos o lejanos ofrecemos en este apartado una visión de la naturaleza del espacio comarcal.

El coscojar

El coscojar representa una de las más sencillas formas de resistencia y austeridad de la vegetación a los ambientes rigurosos de las tierras secas del Mediterráneo. Desde el cabo de Roca en Portugal se extiende hasta el desierto del Negev en Palestina, circundando el *Mare Nostrum* y estableciendo su solar en aquellas regiones que no han alcanzado todavía la aridez pero que resultan inaccesibles a la mayoría de las comunidades arbustivas: los enclaves más tórridos y secos del sur de la Península Balcánica, las franjas litorales de Turquía, Sicilia, las puntas septentrionales del África mediterránea y amplias regiones de la Península Ibérica como el sureste ibérico y el sector central de la depresión del Ebro.

Los coscojares tienen, además, el privilegio de constituir el pedestal arbustivo de las grandes montañas sacras del Mediterráneo: el Olimpo en Grecia, el Etna en Sicilia y las laderas del Moncayo en nuestra comarca.

La gran franja de terreno que corresponde a la mitad septentrional del territorio comarcal, las ramblas y los fondos de los arroyos estacionales del noroeste próximos al Alto de La Muga, en el linde con Navarra y Soria, las laderas montuosas de los relieves que enmarcan la vega, los taludes y planas de las muelas incluyendo algunos de los sectores más bajos, pedregosos y alejados de las umbrías del somontano y el entorno del Val –muy cerca de la población de Los Fayos– corresponde al dominio del coscojar.

Una amplia fracción del territorio está compartido u ocupado por la encina carrasca –*Quercus ilex*, subespecie *ballota*– que surge predominando en los enclaves más favorables –fondos de valles y barrancos, lindes de campos de cultivo–. La coscoja –*Quercus coccifera*–, también llamada sarda en Aragón, es una especie muy cercana a la carrasca pero mejor adaptada a las rigurosas condiciones de la depresión del Ebro; el porte arbustivo –no llega a ser en nuestro país un verdadero árbol–, su facultad para ralentizar o detener su crecimiento cuando surgen los grandes fríos o las prolongadas sequías, la facilidad para rebrotar de cepa y la resistencia a las presiones del pastoreo y, especialmente, de los incendios periódicos, le permiten extenderse en las áreas en donde la encina es incapaz de medrar y desarrollar garrigas de diferente densidad –bosques de escasa altura y gran densidad y diversidad–.

El dominio del coscojar en la comarca fue reduciéndose progresivamente en tiempos históricos para dejar paso a las explotaciones tradicionales de secano: campos de cereal, olivo y almendros. Los últimos sardales se encuentran arrinconados en aquellos terrenos donde el rendimiento agrícola es inferior al obtenido por el aprovechamiento tradicional del coscojar: leña, pastoreo, apicultura y recolección de plantas acompañantes de interés etnobotánico.

Las manchas relicticas de coscojar en el territorio comarcal componen diversos fragmentos que pueden ordenarse en dos grandes sectores. El primero es el grupo



Tarazona. *Genista scorpius* en flor

de los coscojares «orientales», pues las agrupaciones de coscoja se organizan en la franja que integra el flanco occidental de La Muela de Borja y su transición hacia el cordón de relieve de La Diezma, alcanzando la margen izquierda del Huecha sobre la carretera de Vera de Moncayo a Bulbunte, en los términos de El Buste, Tarazona y Vera del Moncayo, en un intervalo de alturas comprendidas entre los 600 y 750 m.

Los arbustos de coscoja componen en este enclave una formación muy abierta, ocupando con formas muy achaparradas –se han denominado «manchas de leopardo»– las laderas en pendiente de suelos pedregosos orladas por lastotimoaliagares y romerales, o bien como cuñas almohadilladas en las lindes de los estrechos bancales de cereal. El escambrón –*Rhamnus lycioides*– y la carrasquilla –*Rhamnus alaternus*– son sus acompañantes más habituales.

La coscoja es el único arbusto que salpica la banda de taludes de La Muela de Borja en los términos de Vera de Moncayo, El Buste y Tarazona acompañada del romero –*Rosmarinus officinalis*–, la aliaga –*Genista scorpius*– y el tomillo –*Thymus vulgaris*–. Las aves que pueblan estos coscojares orientales corresponden a las de espacios abiertos, como la cogujada montesina, bisbita campestre, collalba rubia, alcaudón real, perdiz roja, pardillo común, escribano montesino y triguero.

El segundo grupo comprende los sardales del Somontano, cuyas manchas están más desarrolladas que en el caso anterior en estructura, porte y composición, evolucionando hasta el carrascal con el que parcialmente se interpenetra hasta los 800 m de altura. En estos enclaves los pies de coscoja alcanzan alturas superiores a los 2 m, y la diversidad de fauna y flora que les acompaña integra el ámbito del carrascal, el encinar montano e, incluso, el de los robles marcescentes en un contacto insólito respecto a los coscojares ibéricos, que carecen del activador de biodiversidad que genera el macizo del Moncayo.

Muchos autores consideran que los coscojares somontanos son una etapa de degradación de antiguos carrascales alterados por el hombre. En cualquier caso, los coscojares o carrascales con coscoja del somontano se ordenan en lenguas de diversa longitud y anchura orientadas en la dirección de los barrancos en los flancos más guarecidos de los frentes de la humedad atlántica. Las manchas más significativas se encuentran en la confluencia de Vera de Moncayo, Litago y Añón de Moncayo.

Otros coscojares de pie de monte con menor entidad aparecen Lituénigo, San Martín de la Virgen del Moncayo y Los Fayos. En todas estas formaciones abundan aves asociadas al arbolado, tales como el verdecillo, la curruca mirlona, el escribano soteño o la urraca, así como de matorrales altos, como el alcaudón común, la tarabilla común, la curruca carrasqueña, la curruca rabilarga o el mirlo común.



Añón de Moncayo. Encinar

El carrascal

La tesela de las dos encinas, carrasca –*Quercus ilex*, subespecie *ballota*– y alzina –*Quercus ilex*, subespecie *ilex*–, sobrepasa los bordes meridionales de la Bretaña francesa por el norte y avanza hasta las costas turcas en una estrecha banda que se ciñe al litoral mediterráneo. Por el sur penetra en las montañas del Rif y el Atlas, y amplias regiones del Tell argelino. Es, sin embargo, en la Península Ibérica donde la variedad continental o carrasca –los ingleses la llaman el roble español– dilata su expansión produciendo los encinares más variados y extensos del mundo.

Son los encinares montanos, carrascales, chaparrales y dehesas aquellos que en tiempos históricos y prehistóricos mayor significación natural y relevancia humana han tenido en la Península. La alzina configura densas agrupaciones en las zonas húmedas y atemperadas –sierras catalanas y litoral cantábrico– que señalan la descendencia de un linaje de antiguas selvas y laurisilvas en los tiempos terciarios, cuando reinaban condiciones tropicales. La alzina se adentra esporádicamente en los refugios cálidos de las serranías del interior peninsular si dispone de humedad y no es expulsada por especies mejor adaptadas localmente, como pueden ser los melojos, quejigos o diversas especies de pino.



Añón de Moncayo. Detalle de *Quercus pyrenaica*

En el somontano del Moncayo se atemperan las sequías estivales y las heladas invernales propias de la depresión del Ebro, acercándose a las condiciones más moderadas de la Meseta. En esta rampa de alturas –desde los 700 hasta los 1.000 m– se reúne un variado abanico de manifestaciones de encinares ibéricos con diferentes niveles de conservación, que crecen en los valles de barranco y sus interfluvios correspondientes a los términos de Añón de Moncayo, Litago, Trasmoz, Lituénigo y San Martín de la Virgen del Moncayo.

Los encinares basófilos –sobre materiales calcáreos– acompañados de romero –*Rosmarinus officinalis*– y espliego –*Lavandula latifolia*– surgen en el escalón inferior y medio del somontano. En las formaciones más puras encontramos madreselva –*Lonicera etrusca*–, espárragos silvestres –*Asparagus acutifolius*–, *Rubia peregriana* y un estrato herbáceo en el que predomina el lastón –*Brachypodium retusum*–.

Los encinares silicícolas de Añón de Moncayo, Alcalá del Moncayo y Litago ascienden hasta los 1.000 m integrando en sus claros retamas –*Retama sphaerocarpa*– y rosales silvestres –*Rosa canina*–. Permiten la aparición de enebros –*Juniperus oxycedrus*–, jaras –*Cistus laurifolius* y *albidus*– y jarillas –*Halimium sp.*–.

En el extremo superior de altura, la carrasca se mezcla con la alzina y con especies acompañantes incluidas en las floras medioeuropeas. Aparecen acebos –*Ilex aquifolium*–, gayuba –*Arctostaphyllum uva-ursi*–, hiedra –*Hedera hibernica*– y gramíneas como la *Deschampsia flexuosa* y la *Arenaria montana*. Cerca de los cauces y hondo-

nadas crece con fuerza el sauce de montaña –*Salix atrocinerea*– y el arce de Montpellier –*Acer monspesullanus*–.

Los encinares y carrascales, con sus claros y diferentes estratos de matorral, configuran el hábitat de mayor densidad de diversidad de aves y mamíferos. Las aves dominantes son la curruca carrasqueña, la curruca rabilarga, el reyezuelo listado, el mosquitero papialbo, el escribano montesino, la totovía y el pinzón vulgar, acompañadas de la abubilla, el carbonero común y el arrendajo. La maduración otoñal de las bellotas atrae la llegada de muchas especies, entre las que destaca la torcaz –*Columba columba*–. Rapaces asociadas a los encinares de la comarca son el águila culebrera, el gavilán y el búho chico.



Melojar en el nivel superior del somontano

Los robledales

En el encadenamiento comarcal de cercanos y remotos paisajes naturales convocados por el Moncayo, el siguiente eslabón lo constituyen los robledales. El roble melojo –*Quercus pyrenaica*–, como su hermana la encina, penetran en Francia y forman pequeños bosques en el norte de Marruecos, pero el grueso de sus poblaciones es definitivamente ibérico, donde su distribución principal consiste en varias radiaciones que parten de un gran anillo de melojares sobre los relieves que circundan el valle del Duero.

La presencia del melojo en la banda de alturas 1.000-1.250 m de la Sierra del Moncayo, en los términos de Añón de Moncayo, Lituénigo, Litago y San Martín de la Virgen del Moncayo, supone, de hecho, una fracción de este círculo que se prolonga por ambos sectores del Sistema Ibérico.

Las manchas de «marojal» –en Aragón se le denomina marojo– representan las regiones altas de la Meseta afectadas de vegetación submediterránea, es decir, aquéllas donde la sequía estival es corta y las lluvias se acumulan en las estaciones equinocciales.

En estas formaciones dominan las plantas propias de la Europa Central y Atlántica sobre las estrictamente mediterráneas, destacando los brezos –*Erica vagans*, *cine-*

rea y arborea— y la escoba negra —*Cytisus scoparius*—. En las zonas más secas surgen la gayuba —*Arctostaphylos uva-ursi*—, la brecina —*Calluna vulgaris*—, la *Arenaria montana* y el helecho águila —*Pteridium aquilinum*—, vinculado estrechamente al melojar. Los melojares prosperan formando extensas bandas que cubren los flancos del Moncayo confinados entre el piso del encinar y el del hayedo.

Tienden a formar bosques de alta diversidad florística y faunística, y contribuyen a incrementar la calidad de los suelos de forma notable. En la comarca, una fracción considerable de melojares se encuentra mezclada en otras comunidades arbóreas de modo natural; en otras ocasiones convive con pies de pino silvestre y pino laricio, señalando su regresión por repoblaciones históricas. Son notables las diferencias entre los marojales clareados transectados por la carretera de Añón de Moncayo —centro de interpretación ambiental— y aquellos menos afectados por la explotación, como los que se extienden sobre el Monte de La Mata, que destacan por su diversidad y profusión.

Los robledales albares —*Quercus petraea*— se extienden hasta Ucrania y Moldavia, pero en la Península Ibérica están muy poco representados por debajo de la franja montañosa pirenaica y cantábrica. La formación que crece en el Monte de La Mata entre los 950 y 1.300 m de altura constituye la última comunidad del Sistema Ibérico, no muy lejos de su punto de partida en la Sierra de la Demanda; constituye también el último bosque importante al sur de su extensa área de distribución global, que alcanza los bordes meridionales de Escandinavia por el norte y Rusia por el este.

Dicha posición marginal conlleva una situación límite en las condiciones ambientales, que se traduce en una importante fragilidad y vulnerabilidad, así como en una alteración del cortejo natural de plantas, que en el Monte de La Mata debería ser más profuso y completo.

El porte y la estructura del robledal albar en el Moncayo se encuentra muy alejado de su estado natural tanto por la intensidad como por el sistema de explotación forestal aplicado. Las cortas a matarrasa propugnan el crecimiento cíclico de renuevos sucesivos con el consiguiente envejecimiento de cepa, dando lugar a una masa densa de troncos delgados con dificultades para alcanzar el porte arbóreo que, en el caso del roble albar, afecta a su capacidad para fructificar. Gran parte de los melojares y la totalidad del robledal del Monte de La Mata están muy alejados de la composición y estructura ecológica óptimas.

Los hayedos

Los hayedos o bosques de *Fagus sylvatica* son de por sí bosques singulares en las regiones de la Europa húmeda, desde los puntos más frescos de Sicilia hasta el sur de Escandinavia, y desde las montañas en la confluencia de Galicia y Astu-

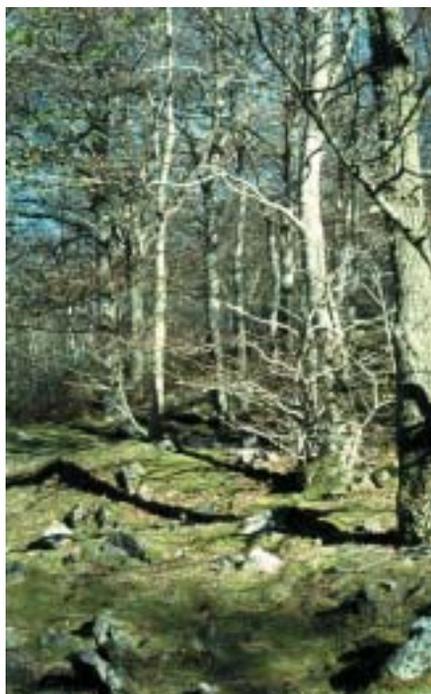
rias hasta los límites orientales de la Península Balcánica, en la que se encuentra con su pariente oriental –*Fagus orientalis*–. Sin embargo, las tres manchas de hayedo del Moncayo adquieren un interés añadido al constituir los hayedos más meridionales de Aragón y presentar por ello elementos propios correspondientes a poblaciones localizadas en condiciones límite.

A partir de los 1.200 m surgen pies de hayas entre las masas de pinos y melojos, alcanzando los portes y densidades máximos sobre los 1.400-1.700 m. En las coladas de bloques pueden verse pies de haya ascendiendo incluso hasta los 1.850 m. Las hayas dependen más de la humedad ambiental que la humedad del suelo; por ello, la formación más desarrollada corresponde a la del barranco de Castilla, orientada a los frentes húmedos del nordeste.

La impresión de santuario forestal que emana del interior de los hayedos moncaínos radica en su simplicidad estructural y en la ausencia de sotobosque acompañante. Los fustes claros, sin las grandes coberturas de líquenes propias de otros hayedos, se proyectan como columnas hacia la densa cobertura de ramas y hojas que impide la llegada de la radiación solar a las partes bajas. Un suelo húmico tapizado de hojas y caparazones de sus frutos, los hayucos, con bloques ocasionales cubiertos de musgo, apenas sostiene otro árbol o arbusto salvo algún acebo –*Ilex aquifolium*– o serbal de los cazadores –*Sorbus aucuparia*–. Sin embargo, en los claros abiertos en los que penetra la luz encontramos el mostajo –*Sorbus aria*–, el tejo –*Taxus baccata*–, el sauco –*Sambucus nigra*–, el avellano –*Corylus avellana*– y la viola del Moncayo –*Viola moncaunica*–.

La diversidad aumenta en los barrancos más húmedos con la presencia progresiva del abedul –*Betula celtiberica*– y los dos fresnos –*Fraxinus angustifolia* y *excelsior*–, arbustos como los arañones –*Prunus spinosa*–, el fram-bueso o «chordón» –*Rubus idaeus*– y el durrillo –*Viburnum opulus*–, acompañándose con la presencia de plantas lianoides como la beligarza –*Clematis vitalba*– y una panoplia de diversos musgos.

El hayedo cede su lugar al abedul en los enclaves de encharcamiento y a los robledales y pinares en las zonas donde la humedad ambiental disminuye.



Hayedo

Los pinares

Los tradicionales dominios del roble, el hayedo y la encina en el territorio comarcano fueron repoblados durante la pasada centuria en sucesivas etapas con diferentes especies de pinos.

El halepo o pino carrasco –*Pinus halepensis*– es una especie asociada a los ambientes secos que circundan el mar Mediterráneo y ha sido muy promocionada en la depresión del Ebro desde las repoblaciones de la década de 1940. En la comarca ocupa amplias superficies de suelos agrestes en el entorno de los ríos Queiles y Val, en los términos de Tarazona, Torrellas y Los Fayos.

El pino silvestre –*Pinus silvestre*– es la variedad predominante entre los 1.200 m y el límite del dominio forestal. Masas de pinar silvestre componen formaciones espectaculares por sus largos troncos asalmonados de alturas superiores a los 20 y 25 m. Recuerdan la taiga siberiana o escandinava y son visibles desde la carretera que conduce al santuario desde Agramonte.

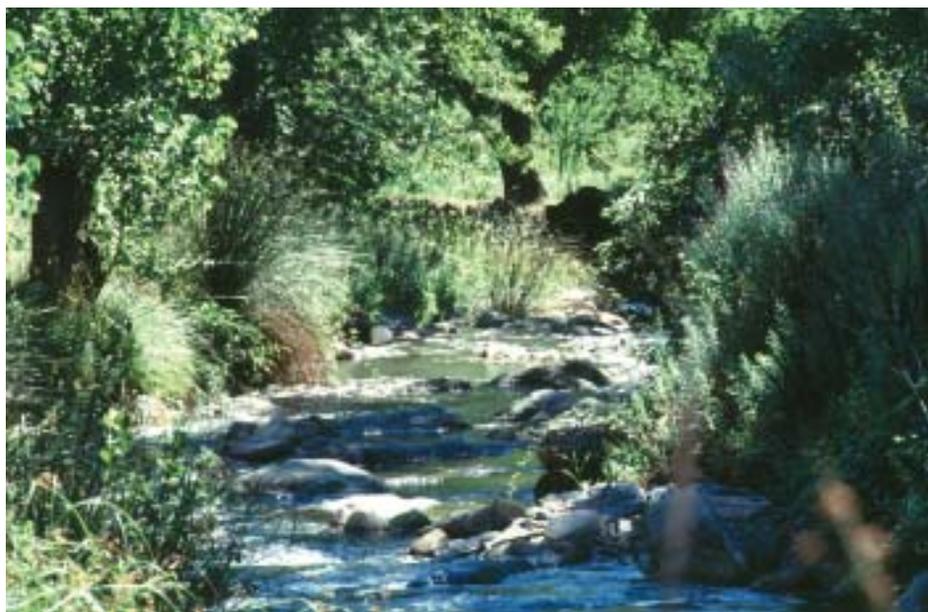
El pino laricio –*Pinus nigra*– y el resinero –*Pinus pinaster*–, pináceas de las sierras del interior peninsular, también están presentes y se introducen en el ámbito del encinar y el robledal.

El pino negro –*Pinus mugo*, subespecie *uncinata*– representa la conífera más emblemática del Parque Natural de la Dehesa del Moncayo. Pino propio de los Alpes y los Pirineos, puede ascender en estos ambientes hasta los 2.600 m, enfrentándose con su particular capacidad de adaptación a las bajas temperaturas, la intensa presión de la nieve y los suelos pétreos de la alta montaña. Los pies de pino negro en el Moncayo han sido introducidos recientemente a partir de los 1.500 m, respondiendo sus poblaciones con un considerable éxito, tal y como puede contemplarse en la naturalización de sus formaciones en las cercanías de los circos glaciares en los que alternan con los enebrales, colonizando coladas de bloques y los flancos de las morrenas.

Enebrales y pastizales

Las manchas de enebros rastreros y los pastos culminales forman las llamadas comunidades de cumbres, situadas en la franja de mayor altura en la Sierra del Moncayo.

A la presión ininterrumpida de la nieve durante los meses de invierno y de primavera se unen los rigores de las amplitudes térmicas diarias más contrastadas, las temperaturas más bajas y los vientos con mayor intensidad, como muestran las deformaciones de los pinos que bordean esta franja. Los ciclos de hielo y deshielo entallan y fragmentan cantos y rocas –proceso de gelifracción– y desplazan localmente el terreno –lóbulos activos de soliflucción– creando un sustrato inestable e inadecuado para la vida e imposible para los ecosistemas forestales.



Añón de Moncayo. Vegetación de ribera

Las plantas adquieren un porte rastrero para cobrar mayor resistencia como el enebro rastrero –*Juniperus communis* subespecie *alpina*– o configuran característicos cojinetes –*Armeria bigerrensis* subespecie *microcephala*, endémica–.

Entre las alfombras de enebro se encuentra una gran cantidad de bloques y canchales en donde prospera la vegetación rupícola con plantas como uña de gato –*Sedum brevifolium*–, linaria –*Linaria alpina*– y la saxifraga del Moncayo –*Saxifraga moncayensis*– además de diversos líquenes y musgos.

Los pastizales sobre sustratos pedregosos están integrados principalmente por rompebarrigas –*Festuca indigesta* subespecie *aragonensis* y *Deschampsia flexuosa* subespecie *brachyphylla*– aprovechados para el desarrollo tradicional de pastoreo extensivo. Las aves de habitat alpino como el acentor común, la perdiz pardilla –especie catalogada– y el colirrojo tizón son predominantes en este sector. A ello debe añadirse una alta población de reptiles como la culebra lisa europea y lagartija roquera.

Otros elementos naturales de interés

Acebedas del Moncayo

A 1400 m de altura situada en Barranco de Moros y Horcajuelos, sector oriental del macizo del Moncayo se encuentra una comunidad de acebos –*Ilex aquifolium*–



Los Fayos. Buitreras

que crece sobre el tapiz de enebro rastrero. Ocupan altas pendientes desplazando a otras especies de matorral configurando una de las escasísimas acebedas del Sistema Ibérico.

Arroyos, riberas y acequias

El macizo del Moncayo actúa como un gran recolector de humedad que vierte en numerosos arroyos que drenan en el Val, Queiles y el Huecha. Podemos encontrar en los altos tramos de estos ríos la trucha común junto a la trucha americana introducida. La madrilla y dos especies de barbo mantienen su presencia también en los cursos superiores. Las poblaciones de cangrejo de río han sido, sin embargo, diezmadas por la afanamicosis en los años 70. Un gran número de aves estrictamente acuáticas encuentran alimento y refugio entre los corredores de sauces y las choperas de las riberas como el mirlo acuático y la garza. Otras aprovechan las balsas del somontano y recientemente se ha observado la presencia de algunas anátidas en el embalse del Val. En los escarpes del Val y del Queiles existen dos grandes colonias de buitre leonado –*Gyps fulvus*– junto con algunas parejas de alimoche –*Neophron percnopterus*–.

La gran diversidad de materiales geológicos configuran diferentes acuíferos que alimentan un gran número de manantiales de la sierra y del somontano encontrando en ellas plantas fontícolas como helechos –*Adiantum capillus-veneris*– junto a poblaciones de anfibios.

Las culturas tradicionales de la comarca han creado una densa red de canales y acequias sobre campos de huerta y frutal y otros regadíos. En todos estos enclaves de humedad contribuyen al desarrollo de anfibios como el tritón y el sapo

partero y a un gran número de aves —zorzales, mirlos, alcaudón común, verderrón común, jilguero, gorrión molinero, etc.—.

Bibliografía

- ARAGÜÉS, A., y LUCIENTES, J., 1980, *Fauna de Aragón: Las aves*, Zaragoza, Guara Editorial.
- AROZENA, M^a E., y FERRERAS, C., 1987, *Los bosques*, Colección *Guía Física de España*, E., MARTÍNEZ DE PISÓN [director], Madrid, Alianza Editorial.
- BLANCO CASTRO, E., *et alii*, 1996, *Los bosques ibéricos. Una interpretación geobotánica*, Barcelona, Planeta.
- BRAUN BLANQUET, J., y BOLOS, O., 1987, *Las comunidades vegetales en la Depresión del Ebro y su dinamismo*, Zaragoza, Ayuntamiento.
- DOADRIO, I., 2001, *Atlas y libro rojo de los peces continentales de España*, Madrid, C.S.I.C.
- GIL OCINA, A., y GÓMEZ MENDOZA, J., [coordinadores] *Geografía de España*, Barcelona, Ariel Geografía.
- MOLERO BRIONES, J., y MONTSERRAT MARTÍ, J. M., 1983, «Contribución al conocimiento de la flora del Sistema Ibérico Septentrional», *Collectanea Botanica*, 14, (Barcelona), pp. 314-374.
- PALOMO, L. J., y GISBERT, J., [editores], 2002, *Atlas de los mamíferos terrestres de España*, Madrid, Organismo Autónomo de Parques Nacionales.
- PELLICER CORELLANO, F., 1984, *Geomorfología de las cadenas Ibéricas entre el Jalón y el Moncayo*, en *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XIII-XIV, (Borja).
- PLEGUEZUELOS, J. M., MÁRQUEZ, R., y LIZANA, M., [editores], 2002, *Atlas y libro rojo de los reptiles y anfibios de España*, Madrid, Organismo Autónomo de Parques Nacionales.
- RUIZ DE LA TORRE, J., [director], 1990 y 1995, *Memoria sobre vegetación. Mapa Forestal de España*, hoja 7-4 [Zaragoza]; hoja 7-5 [Daroca]; hoja 6-4 [Soria], Madrid, ICONA.
- SÁINZ OLLERO, H., FRANCO MÚGICA, F., y ARIAS TORCAL, J., 1996, *Estrategias para la conservación de la flora amenazada de Aragón*, Zaragoza, Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón.
- SAMPIETRO LATORRE, F. J., [comité ed.], 1998, *Aves de Aragón. Atlas de especies nidificadoras*, Zaragoza, D.G.A. e Ibercaja.
- SÁNCHEZ BELDA, A., y SÁNCHEZ TRUJILLANO, M^a C., 1986, *Razas ovinas españolas*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- URIBE-ECHEBARRÍA DÍAZ, P. M^a, 2002, *Vegetación e itinerarios botánicos en el Parque Natural del Moncayo*, Zaragoza, Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón.
- VIADA, C., [editora], 1998, *Áreas importantes para las aves en España*, SEO Birdlife, 2^a ed.

Historia y actualidad del Parque Natural del Moncayo

ENRIQUE ARRECHEA VERAMENDI

La historia de la protección del macizo del Moncayo comienza con los primeros balbuceos de la política de conservación de Espacios Naturales Protegidos en España. A instancias del Ayuntamiento de Tarazona, la Real Orden nº 178, de 30 de julio de 1927, declaraba Sitio Natural de Interés Nacional el *Monte denominado Debesa del Moncayo del término y propios de Tarazona, que figura con el nº 251 del catálogo de los que revisten carácter de utilidad pública de la provincia de Zaragoza*.

La Ley 15/1975 de Espacios Naturales Protegidos obligó a reclasificar los Sitios Naturales de Interés Nacional y por el Real Decreto 3060/1978, de 27 de octubre, el Sitio Natural pasó a ser el Parque Natural de la Dehesa del Moncayo, con una superficie de 1.400 ha, en el que se intentaban aunar el disfrute público con la conservación de sus valores y el aprovechamiento ordenado de sus producciones. Desde este momento y hasta 1990, el Parque se fue dotando de diversas infraestructuras para la acogida de visitantes. Se adecuaron aparcamientos y áreas de pic-nic en la carretera de acceso al santuario y se rehabilitó la casa forestal de Agramonte para instalar en ella el primer Centro de Interpretación de la Naturaleza de Aragón.

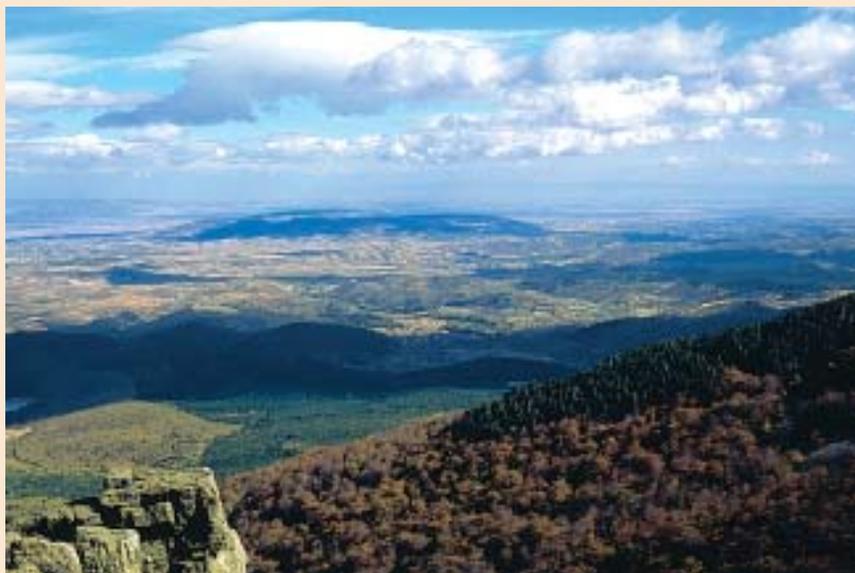
En 1989 la construcción de urbanizaciones próximas al Moncayo produce un malestar entre diversos grupos de opinión que solicitan una ampliación del Parque que ponga fin a las presiones especulativas. La Diputación General de Aragón, al amparo de la entonces reciente Ley estatal 4/1989, de 27 de marzo, de Conservación de los Espacios Naturales y de la Flora y Fauna Silvestres, comienza los estudios técnicos para la elaboración y posterior aprobación de un Plan de Ordenación de los Recursos Naturales para la Sierra.

El Plan de Ordenación, tras diversos avatares y pequeñas modificaciones que intentaban recoger las demandas de los ayuntamientos en él incluidos, se aprueba mediante el Decreto 73/1998, de 31 de marzo, del Gobierno de Aragón. En él se establece el actual Parque Natural del Moncayo, que ocupa una extensión de 9.848 ha, con terrenos pertenecientes a los municipios de Añón de Moncayo, Calcena, Litago, Lituénigo, Purujosa, San Martín de la Virgen del Moncayo, Talamantes, Tarazona y Trasmoz.

Para finalizar, por ahora, este proceso normativo y planificador el Gobierno de Aragón aprobó en el verano de 2002 el Plan Rector de Uso y Gestión que establece la normativa para visitantes y usuarios, y define los objetivos y criterios que han de regir la gestión del Parque y que debe revisarse cada cinco años.

El Parque cuenta con tres centros de interpretación de la naturaleza, donde se ofrece al visitante una atención personalizada, pueden adquirirse guías y mapas o ver audiovisuales informativos.

El primero y más veterano es el ya citado de Agramonte, a la entrada del Parque por el norte, que es el centro de estas características más visitado de todo Aragón. En él se exhibe una exposición que describe la naturaleza del Parque.



Parque Natural del Moncayo. Panorámica

El segundo cronológicamente se encuentra en la plaza de Añón de Moncayo, y está pensado para ofrecer al visitante una visión de los oficios y actividades humanas que durante siglos han modelado con su uso el paisaje que hoy se nos ofrece en el Parque.

El tercero se sitúa en las escuelas de Calcena y pretende dar a conocer los valores naturales y culturales de la vertiente sur del macizo, dentro ya del valle del Isuela.

Además de estos centros, el Parque ofrece al visitante varias áreas recreativas en la pista asfaltada que se interna desde Agramonte y da acceso al santuario de la Virgen del Moncayo. Asimismo existe una nutrida red de pistas de acceso restringido a vehículos de motor, pero aptas para su uso ciclista o peatonal, y multitud de senderos que se internan en el bosque o acceden a las cumbres y collados, y que nos permiten conocer los rincones más espectaculares de esta montaña.

En el Parque Natural del Moncayo pueden encontrarse desde paisajes llamativos, destacables por su visibilidad externa, como la línea de cumbres silíceas, los circos glaciares o las peculiares Peñas de Herrera, hasta escondidos y solitarios parajes semidesconocidos, como los barrancos de Morana, Horcajuelo o la Covachuela, las muelas calizas del Morrón y los Aliagones o los cañones de Valcongosto.

La variedad vegetal que encontramos en su interior —más de 1.200 especies de flora vascular en menos de 10.000 ha— es de las más destacadas de la Península Ibérica, ya que en su superficie se presentan las más variadas combinaciones de exposiciones, sustratos geológicos, precipitaciones y temperaturas dando lugar a una importante representación de las formaciones vegetales características de la mitad norte de España: las sabinas moras que retrepan por los roquedos del Isuela, los frondosos hayedos

del barranco de Castilla, los robledales de La Mata de Trasmoz, los rebollares de Añón de Moncayo o Agramonte, los quejigares de Purujosa, encinares de Calcena o Añón de Moncayo, acebedas, enebrales, abedulares, pastizales, saucedas... El aficionado a la botánica tiene en el Parque uno de los lugares privilegiados para la observación, el estudio y el aprendizaje.

Esta diversidad florística genera una gran diversidad faunística. No hay especies excepcionales, pero las características de aislamiento del macizo y su situación de encrucijada natural entre sistemas ecológicos diversos hace que en el Parque o en su entorno próximo se encuentren los límites de distribución de muchas especies de vertebrados. Destaca la riqueza, variedad y singularidad de la avifauna, sobre todo de rapaces rupícolas y forestales, motivo por el que todo el Parque está clasificado como Zona de Especial Protección para las Aves junto al valle del Isuela y los valles medios del Queiles y del Val.

La gestión que se realiza en el Parque pretende ser una gestión activa que promueva y mantenga los usos tradicionales que han dado lugar a los paisajes actuales, y que son imprescindibles para su conservación. Los ganaderos, los leñadores, la gente de la Sierra han sido los modeladores de la montaña y la han llevado al estado que ahora conocemos y que nos admira por su variedad y riqueza natural.

Hoy en día asistimos a notables transformaciones sociales y económicas que hacen que los paisajes naturales y rurales tengan papeles distintos a los que desempeñaron tradicionalmente. Muchas de las antiguas funciones de la montaña, como la producción de carbón, leña, madera, o la ganadería, han quebrado o están en franco declive. Sabemos



Parque Natural del Moncayo. Brumas ascendiendo por las laderas de Morana y Valdeavellano

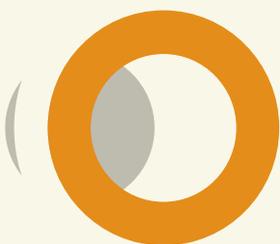


Parque Natural del Moncayo. Acebo (*Ilex aquifolium* L.) en flor

que no es posible conservar la naturaleza tal y como la conocemos sin mantener un uso ordenado y consciente de los recursos. El abandono produce cambios y procesos cuyo resultado aún nos resulta impredecible.

Los habitantes de estas tierras observan hoy la llegada de un buen número de visitantes que buscan otros usos en los paisajes de montaña. La población urbana acude al Moncayo en busca de esparcimiento y deseosa en muchos casos de contactar con espacios bien conservados en los que poder desarrollar actividades diversas, desde el montañismo hasta las vinculadas con el disfrute y la interpretación de la naturaleza. Los Espacios Naturales Protegidos, como el Parque Natural del Moncayo, abren nuevas oportunidades a estas tierras y sus habitantes.

De la Historia



Página anterior:

Alcalá de Moncayo. Puerta de inmueble en la calle Barrio Alto

JOSÉ ÁNGEL GARCÍA SERRANO

Desde los tiempos más remotos, el hombre se sintió atraído por el Moncayo y su entorno. Buscaba la protección de sus cuevas y abrigos naturales; la caza y los frutos de sus bosques; la pesca de sus ríos y las materias primas para fabricar los primeros artefactos.

Además de todo esto, encontró un medio hostil que le obligaba a moverse continuamente en busca de los recursos necesarios para la subsistencia, unas veces huyendo del frío hacia tierras más bajas, en las proximidades del Ebro o sus afluentes; otras buscando la protección de altozanos y barrancos donde defenderse de grupos rivales.

La Prehistoria es la época cronológicamente más extensa, abarcando distintas etapas, desde el Paleolítico Inferior hasta la Edad del Hierro. Se caracteriza por la evolución física del género humano hasta llegar al patrón antropológico que hoy tenemos y por la evolución tecnológica que nos conduce desde los primitivos bifaces paleolíticos, al dominio de la metalurgia. Todo ello en un período próximo al millón de años, aunque, en el área que estudiamos, hasta el momento sólo hayamos encontrado restos de los últimos cuarenta mil años.

Más de sesenta yacimientos corresponden a estas etapas, aunque la mayoría son modestos yacimientos líticos de superficie que han dejado muy pocas huellas. Por esto debemos recurrir a la hipótesis de trabajo, en base a los datos extraídos de los análisis tipológicos de los materiales recogidos y a la comparación con yacimientos de otras zonas, más fértiles y con dataciones seguras.

No obstante, en los últimos diez años el elenco de yacimientos conocidos se ha multiplicado por tres. A los conjuntos bien estudiados de La Bardalera en Litago [UTRILLA MIRANDA, P., y AGUILERA ARAGÓN, I., 1983] y El Ginestal en la Valluenga [AGUILERA ARAGÓN, I., y BONA LÓPEZ, I. J., 1982], hay que añadir los yacimientos de la zona del alto Queiles: Lombacos-El Olivillo [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1992] y, sobre todo, el conjunto del Barranco de la Pastora [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1994]. A pesar de ello, todavía existen importantes



Trasmoz. Paraje de La Valluenga

lagunas que nos llevan a preguntarnos qué ocurrió en la zona entre el Paleolítico Superior y el Eneolítico, ya que hasta ahora no hemos localizado restos significativos de etapas tan importantes como el Epipaleolítico y el Neolítico.

El medio físico

El primer hecho a destacar es que el Moncayo es una divisoria hidrológica de primer orden, constituyendo una barrera natural entre la Meseta y el valle del Ebro. Las únicas vías para romper esta barrera las encontramos en los valles de los ríos Huecha y Queiles-Val, perpendiculares al macizo principal. Ambos ríos están comunicados de forma natural a través de La Valluenga, depresión natural paralela al macizo, por donde discurre la Huecha de San Martín que recoge el agua de todos los barrancos y riachuelos perpendiculares al Moncayo.

Por otro lado, hay que reseñar las especiales características climáticas que se originan en toda formación montañosa, donde el régimen pluviométrico y la temperatura propios de un clima mediterráneo de interior, se ven fuertemente matizados por la altitud, de forma que alternan desde los residuos del bosque mediterráneo a lo largo de los valles de los ríos y La Valluenga, hasta los bosques de pinos, robles y hayas del Moncayo.

Esta diversidad debió constituir, un aliciente para el hombre prehistórico, debido a que en pocos kilómetros encontró una gran variedad de hábitats cinegéticos y

mayores posibilidades para recolectar frutos silvestres en las distintas estaciones climáticas.

Los recursos minerales

El sílex

Constituye la materia prima por excelencia durante toda la Prehistoria. Su dureza y la facilidad para saltar en forma de lascas o láminas fueron aprovechadas por el hombre prehistórico para obtener herramientas con filos cortantes y puntas aguzadas.

A medida que transcurría el tiempo se fue perfeccionando la técnica de trabajo, de manera que los utensilios se vuelven cada vez más pequeños y sofisticados. Sin embargo, no debemos olvidar que las materias primas más utilizadas debieron ser la madera, el hueso, el asta, las pieles y las fibras naturales. Pero el carácter perecedero de estos materiales ha imposibilitado en la mayoría de los casos su conservación.

Al sur de La Ciesma, prácticamente todo el piedemonte del Moncayo –la zona más poblada durante la Prehistoria–, apenas si aparece el sílex natural. Debido a esta circunstancia, las comunidades prehistóricas que habitaron la zona tuvieron que desplazarse a los núcleos yesíferos próximos en busca del sílex para construir sus herramientas. La distancia de diez kilómetros que separa a ambas áreas no debió constituir un obstáculo serio.

La plata

Es posible que existieran pequeñas afloraciones argentíferas en distintos puntos del Moncayo, susceptibles de ser aprovechadas durante la Prehistoria metalúrgica, aunque hasta el momento no se ha encontrado ningún testimonio material elaborado en este metal anterior a la Segunda Edad del Hierro.

El cobre

Se señalan indicios de cobre en Collado Mediano, Tabuenca. Además, se ha constatado la presencia de este mineral en las proximidades del camino viejo al santua-



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Rascador y lasca de sílex

rio del Moncayo en Litago y, un poco más lejos, en la localidad de Aranda de Moncayo, dentro ya de la comarca del Aranda.

La presencia de este metal en época prehistórica está atestiguada a través de las puntas del tipo Palmella halladas en Litago [AGUILERA ARAGÓN, I., y BONA LÓPEZ, I. J., 1982], Bisimbre [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1989 (I)], Grisel y Tórtolos (Tarazona). Falta, no obstante, realizar el pertinente análisis metalográfico que pudiera aportar datos sobre la procedencia del metal utilizado.

Además, la excavación en Moncín (Muela de Borja) ha proporcionado seis puntas de flecha, cuatro fragmentos de aguja, dos punzones, un fragmento de hoja de bronce y, lo que es más significativo, restos de un crisol como testimonio del trabajo del metal en el propio yacimiento [HARRISON, R. J., *et alii*, 1987].

El hierro

Es el metal más abundante en ambas vertientes, siendo su dispersión muy amplia. Probablemente el hierro del Moncayo fue explotado ya por las comunidades prehistóricas de la Primera Edad del Hierro, aunque no se han hallado vestigios arqueológicos de este metal hasta la Segunda Edad del Hierro, como en el yacimiento celtibérico de La Oruña, que, recordemos, está especializado en la explotación de este metal [HERNÁNDEZ VERA, J. A., y MURILLO RAMOS, J. J., 1985].

El Paleolítico

Resulta difícil abordar una etapa que abarca varios cientos de miles de años con la perspectiva de un marco geográfico tan concreto, máxime cuando la densidad poblacional debía ser mínima. Esta circunstancia obliga a buscar áreas muy amplias para poder encontrar una cierta continuidad evolutiva. Por ello las referencias a otras zonas más o menos próximas resultan obligadas.

El Paleolítico está caracterizado por la alternancia de glaciaciones en las que la temperatura descendía dramáticamente, con períodos interglaciares con un clima más parecido al que vivimos ahora. Estos períodos duraban varias decenas de miles de años y a su vez contaron con subperíodos fríos o cálidos, lluviosos o secos.

El ser humano tuvo que adaptarse a todos estos cambios y buscar en cada momento el hábitat idóneo. Por eso debemos pensar en una población formada por pequeños grupos nómadas muy dispersos, que iban variando su emplazamiento en función de las condiciones climáticas y de la disponibilidad de alimentos.

Los indicios de poblamiento humano más antiguos encontrados hasta ahora en nuestra comarca, corresponden al yacimiento de La Bardalera, en Litago. Se trata

de un yacimiento lítico al aire libre situado en torno a un suave barranco, que sirve de desagüe ocasional de los terrenos circundantes.

Más recientemente L. Montes ha reinterpretado los datos procedentes de este yacimiento, incluyendo en el análisis las lascas truncadas obviadas por Pilar Utrilla e Isidro Aguilera. Su conclusión es que los índices no son tan equilibrados, sino que destacan los materiales vinculados al Paleolítico Superior. Aunque no abandona la clasificación dentro del Musteriense, prefiere no encuadrarlo en ninguna facies concreta; además, considera que no se trata de un conjunto unitario [MONTES RAMÍREZ, L., 1988]. Ello nos llevaría a pensar en una reocupación de la misma zona en distintos períodos.



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Raedera doble convergente

Estos datos, así como la elevada altitud (800 m), invitan a pensar en un clima templado, interestadial, quizás el Würm II-III, con una antigüedad que puede rondar los treinta y cinco mil años.

En las inmediaciones de La Bardalera se han localizado otros yacimientos de menor importancia con materiales de aspecto paleolítico, en hábitats muy similares. Destacan La Güerva II, con presencia levallois, y El Carrascal en Vera de Moncayo. Algunos otros hallazgos aislados de interés serían un raspador y una raedera, fuertemente patinados, que por su aspecto podrían adscribirse al Paleolítico Superior. Ambos fueron encontrados casualmente en Tarazona, en una terraza del río Queiles. A esto hay que añadir el hallazgo de una lasca levallois en Valcardera (Tarazona) citado por I. Barandiarán [BARANDIARÁN, I., 1975-76], quien considera esta pieza muy dudosa.

En la vertiente meridional del Moncayo, en La Cueva Bolichera de Calcena, se ha encontrado un arpón de hueso de una fila de dientes que probablemente pertenece al período Magdaleniense [MILLÁN GIL, J., *et alii*, 1999].

El Epipaleolítico

El Epipaleolítico es un período de transición tanto climática como cultural, en el cual asistimos al final de la glaciación *Würm* con lo que el clima se va acercando a las condiciones que conocemos hoy en día.

Los materiales evolucionan, haciéndose más frecuentes primero las laminillas de dorso y luego los elementos geométricos. Estos elementos se usarían de manera combinada incrustados en una base de madera, asta o hueso.

En el área que estudiamos sólo tenemos evidencias aisladas. Así ocurre en El Ginestal (Trasmoz) donde aparecen algunos geométricos característicos del epipaleolítico [AGUILERA ARAGÓN, I., y BONA LÓPEZ, I. J., 1982].

El Neolítico

Este período supone la gran revolución de la humanidad, de la mano de la domesticación de los animales y el conocimiento de la agricultura. Del mismo modo, la técnica en el trabajo de la piedra avanza un paso más con la pulimentación. Esto permite construir herramientas más operativas en las arduas tareas de deforestación y cultivo de la tierra.

Las fibrolitas son menos duras que el sílex, lo que permite pulimentarlas por abrasión, pero también son más resistentes, por lo que proporcionan filos capaces de resistir la tala de los árboles o la elaboración de surcos en la tierra. No obstante, el sílex sigue siendo la materia prima fundamental gracias a su abundancia y a la facilidad para su trabajo. Surge también la cerámica ante la necesidad de almacenar el grano obtenido en la cosecha.

En nuestra comarca parece que el Neolítico llega tarde y, por lo que sabemos, hasta el momento está muy poco representado. El elenco de yacimientos neolíticos se reduce al hallazgo aislado de un fragmento de hacha pulimentada en el lugar conocido como Las Carrascas, en Tarazona.

En la vertiente meridional del Moncayo, en Calcena, encontramos una cueva sepulcral neolítica, la Cueva Honda, así como un abrigo alto y poco profundo que presenta materiales que pudieran estar relacionados con el enterramiento.

El Eneolítico

Se trata de una etapa fechada unos dos mil quinientos años antes de Cristo, que aún participando de las características del Neolítico plantea una serie de particularidades tecnológicas y culturales de gran importancia.

Cabe destacar el alto grado de perfeccionamiento que alcanzan las puntas de flecha. Se construyen sobre láminas muy delgadas –foliáceas– trabajadas con suma minuciosidad; se desarrollan los pedúnculos y las aletas. También abundan los dientes de hoz, muestra del trabajo agrícola, y los pequeños raspadores. Además se empieza a trabajar el metal. Surge así la metalurgia del cobre, al que

por martillado se le da forma para configurar las llamadas «puntas Palmella» y los cuchillos de remaches.

Desde el punto de vista cultural, por primera vez nos encontramos con grandes movimientos culturales de carácter europeo. Tal es el caso de la cultura megalítica y de la cultura del vaso campaniforme.

En nuestra comarca esta etapa está muy bien representada por multitud de yacimientos, aunque todavía no se ha llevado a cabo un estudio de conjunto. Casi todos ellos se pueden englobar dentro del grupo denominado yacimientos líticos de superficie. En algunos casos existen elementos arqueológicos –foliáceos, dientes de hoz, etc.– que vinculan claramente dichos hallazgos con el Eneolítico.



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Hachita pulimentada votiva

La mayor parte de los yacimientos presentan una notable uniformidad geoambiental. En general, se trata de pequeños establecimientos en los que los materiales aparecen dispersos por un área más o menos definida. Tienen preferencia las laderas suaves de pequeñas lomas o la superficie amesetada de cerros poco elevados, próximos a cursos naturales de agua. A veces se ubican en zonas abrigadas, aunque la mayoría de ellos no presenta una especial protección frente al clima. La altitud oscila entre los quinientos metros del Barranco de la Pastora a los novecientos cuarenta y cinco metros de La Serna, en Litago.

No podemos hablar de verdaderos talleres de sílex al aire libre, ya que este mineral no aparece en estado natural en la inmensa mayoría de las localizaciones. Sin embargo, es evidente que a pequeña escala se trabajó el sílex en muchos de estos lugares. Resulta probable que en los desplazamientos cotidianos de tipo ganadero o cinegético, que también se realizarían hacia la zona silíceo situada a pocos kilómetros, recogieran pequeños nódulos de sílex natural que eran transportados al poblado y trabajados en función de las necesidades del momento. Al no existir canteras, no tendría sentido detenerse a tallar cada pequeño nódulo de sílex en el lugar donde se ha encontrado.

Destacaremos tres zonas geomorfológicamente unitarias:



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Puntas de flecha

La Valluenga

Se trata de una suave depresión surcada por la Huecha de San Martín de oeste a este, hasta confluir en el río Huecha. Flanqueada por el norte por la elevación de la Ciesma y por el sur por los barrancos perpendiculares al Moncayo, constituye un espacio natural protegido, con notables posibilidades tanto para la agricultura como para el pastoreo.

Hasta el momento se han localizado catorce asentamientos de diversa importancia en toda el área. Esta diversidad puede obedecer al carácter itinerante de estos grupos en relación con una agricultura de duración limitada y de la ganadería.

Destaca El Ginestal (Trasmoz). Ubicado en la mitad de La Valluenga, en la confluencia del barranco del Prado con la Huecha de San Martín. La presencia de geométricos con retoque a doble bisel, dientes de hoz denticulados y dos puntas foliáceas de pedúnculo y aletas con retoque plano, sugieren incluso una relación con el mundo campaniforme, de la que no queda exenta la punta Palmella hallada en Carrascoso (Litago).

Otras puntas foliáceas se han encontrado en los yacimientos de Trasmoz, Montalvo (Vera de Moncayo) y El Chaparral (Litago); todas ellas con retoque bifacial plano cubriente [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1989 (I)]. En Montalvo apareció la mitad distal de una gran punta foliforme y otra de tamaño medio con dos muescas poco profundas que la hacen casi pedunculada. Resulta muy interesante la asociación de estas dos piezas, ya que en yacimientos con una estratigrafía bien estudiada como el de Abaunz, en Navarra [UTRILLA MIRANDA, P., 1982], se demuestra que las puntas pedunculadas son posteriores a las no pedunculadas.

Otros elementos relacionados claramente con el mundo campaniforme los encontramos en Las Coronillas (Vera de Moncayo) y en El Cruce de San Martín (San Martín de la Virgen del Moncayo). En el primero encontramos junto a diverso material de sílex, un botón troncopiramidal con perforación en «V», realizado sobre material lítico pulimentado. Es conocida la vinculación de este tipo de botones al mundo campaniforme con una difusión ligada al Pirineo Oriental. En el segundo de los yacimientos destacados apareció un hacha pulimentada de pequeño tamaño, de las denominadas «hachitas votivas», muy relacionadas también con el mundo dolménico-campaniforme.

Lombacos-El Olivillo

Constituye un conjunto relativamente uniforme, formado por diecisiete yacimientos, todos ellos considerados yacimientos líticos de superficie [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1990].

La mayor parte de ellos se sitúan en ambas márgenes del río Queiles, entre Tarazona y Los Fayos, ocupando preferencialmente la terraza superior del río y en menor medida las terrazas intermedias.

La zona constituye una franja amesetada paralela al río, compuesta por un macizo de conglomerados cortado perpendicularmente por varios barrancos que vierten sobre el Queiles. Las pendientes relativas con respecto al río son muy pronunciadas, siendo estos barrancos el único acceso viable. La altitud media es de unos quinientos cincuenta metros.

Todos los yacimientos localizados presentan unas características materiales muy similares como son la ausencia de cerámica, la ausencia de estructuras, una amplia dispersión de los materiales, el predominio de las láminas, la abundancia de restos de talla y la escasez de piezas tipológicas.

Resulta difícil determinar una cronología precisa, por lo que, aún siendo conscientes del riesgo, tenemos que recurrir nuevamente al establecimiento de paralelos entre las láminas encontradas en esta zona con láminas de yacimientos que sí presentan piezas tipológicas más fiables.

Quizás este conjunto de yacimientos corresponda a grupos muy pequeños relacionados con el pastoreo de carácter itinerante, que se ven obligados a construir sus propias herramientas sobre la marcha, sin la especialización técnica que sin duda se podría encontrar en grupos más asentados.

El Barranco de La Pastora

Constituido por un conjunto de barrancos que se desparraman desde el cerro de Badarrón hacia el Barranco de la Pastora, que se convierte en el colector general. La erosión ha definido un paisaje dominado por pequeños altozanos y cerros amesetados con pendientes más o menos pronunciadas en función de los barrancos que los flanquean. Así mismo existe un manantial natural, la fuente de La Pastora, aunque actualmente se seca durante los meses estivales.

Las condiciones naturales y la ubicación de la mayoría de los yacimientos en zonas altas induce a pensar en un condicionante estratégico, quizás motivado por la presión de grupos rivales. Este dato podría ir ligado a la relativa abundancia de puntas de flecha foliáceas que se han localizado.

A pesar de la complejidad del terreno existen algunas zonas más llanas en ambas

márgenes del Barranco de La Pastora que pudieron haber servido para el desarrollo agrícola en la Prehistoria.

En toda la zona se han localizado veintidós asentamientos, aunque algunos son muy pobres [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1994]. En general, se caracterizan por la presencia de restos de talla, láminas con y sin retoque, núcleos muy amortizados y algunos restos de cerámica, aunque demasiado fragmentarios para aportar datos útiles. Aunque lo más singular de este conjunto es la relativa abundancia de piezas tipológicas: puntas foliáceas tanto ojivales como pedunculadas, raspadores y dientes de hoz.

Entre todos los yacimientos, destaca el llamado «número cinco», ubicado en una loma llana que domina los dos barrancos principales, en el centro del sistema. Se trata de una zona privilegiada tanto por el campo visual que presenta, como la dificultad de acceso debido a las fuertes pendientes. De todos ellos es el que presenta mejores condiciones para una ocupación prolongada y no es descartable la existencia de estructuras de habitación. Por otro lado, es el yacimiento que ha arrojado mayor número de piezas tipológicas.

Resulta atractiva la idea de pensar en un conjunto unitario para toda esta zona. Sin embargo, se aprecian diferencias en cuanto a la tipología de las puntas de flecha —ojivales y pedunculadas, en ambos casos con variantes— que, considerando el ejemplo citado en Abaunz, nos llevaría a pensar en momentos distintos. Está pendiente el estudio pormenorizado de todos los materiales, que sin duda podrá arrojar luz sobre el particular.

Sin embargo, parece evidente que la funcionalidad de todos estos yacimientos combina el trabajo agrícola, itinerante a medida que se agota la tierra y el pastoreo, con una especial obsesión por la defensa.

Las Edades del Bronce y del Hierro

La frontera entre el Eneolítico y la Edad del Bronce es difusa, igual que lo es el paso de la metalurgia del cobre al bronce propiamente dicho. Otro tanto ocurre con el tránsito del bronce al hierro, muy poco útil al principio debido a su fragilidad, por lo que se convirtió en un símbolo de estatus social.

Quizás el rasgo fundamental venga determinado por una progresiva sedentarización que arroja poblados



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Materiales diversos del Eneolítico y la Edad del Bronce

cada vez más estables y complejos. El incipiente urbanismo se ve condicionado por la necesidad de establecer sólidas defensas frente a posibles rivales. La sociedad también se hace más compleja, con una mayor especialización del trabajo y una clara estratificación determinada por el atesoramiento del metal.

En nuestra comarca no tenemos testimonios de las primeras fases de la Edad del Bronce, que quizás se confunden con el Eneolítico Final. En cambio, son frecuentes los testimonios en zonas próximas como la Muela de Borja [HARRISON, R. J., *et alii*, 1987], el curso medio y bajo del Huecha, el valle medio del Ebro y la vertiente meridional del Moncayo.

En cambio, sí tenemos algunas muestras de la fase final con localizaciones en Las Peñas de Herrera, Castillo de la Huecha y Castillo de Los Fayos. En todos los casos se trata de pequeños poblados en altura, en los que prima el carácter geoestratégico. Las Peñas de Herrera controlan la ruta natural de comunicación entre la Meseta y el valle del Ebro; el Castillo de la Huecha controla la cuenca alta del río Huecha; y el Castillo de Los Fayos la cuenca alta del río Queiles en su confluencia con el Val.

En cuanto a la Primera Edad del Hierro, el único yacimiento seguro es El Molino de Trasmoz, aunque también aparecen algunos materiales dispersos en La Oruña (Vera de Moncayo).

El Molino de Trasmoz es definido como un yacimiento de tamaño medio, donde se aprecia una función mixta en la que la estrategia predomina sobre los aspectos económicos [ROYO GUILLÉN, J. I., 1985]. Situado en La Valluenga, paso obligado entre el valle alto del Huecha y el valle del Queiles, este poblado lo domina. Cuenta con una muralla de piedra y un torreón de vigilancia. Por los materiales recogidos parece que la cronología sería tardía, quizás hacia el siglo V antes de Cristo.

Conclusiones

Como se ha podido apreciar, casi todas las etapas de la Prehistoria están representadas en nuestra comarca, aunque no existe una continuidad cronológica que nos permita señalar una ocupación permanente. Sin duda, los fenómenos migratorios, marcados por el rigor del clima, por el agotamiento de las fuentes de alimentación y por la presión de los grupos humanos rivales, explicarían este hecho. No olvidemos que, teniendo en cuenta la escasa densidad poblacional durante la Prehistoria, estamos considerando un territorio demasiado pequeño por lo que nuestra perspectiva se ve truncada.

El carácter geoestratégico de los cursos de los ríos Huecha y Queiles-Val, como vías de comunicación entre el valle del Ebro y la Meseta está suficientemente probado.

La zona no fue ajena a las grandes corrientes culturales europeas, desde el Musteriense a la cultura campaniforme o la Edad del Hierro.

Resulta significativo que buena parte de los yacimientos sean los llamados «yacimientos líticos al aire libre», quedando pendiente el hallazgo de asentamientos en cuevas o abrigos naturales.

Otro hecho destacado es que la mayor parte de las localizaciones se sitúan al sur de La Ciesma o en la cuenca alta de los ríos. Lo contrario que ocurre a partir de la época romana, que presenta la mayoría de sus yacimientos en el Queiles medio, cuando el valle comienza a ensancharse.

Bibliografía

- AGUILERA ARAGÓN, I., y BONA LÓPEZ, I. J., 1982, «Un poblado eneolítico en el somontano aragonés del Moncayo: el Ginestal (Trasmoz, Zaragoza)», *Turiasones*, III, (Tarazona), pp. 29-61.
- GARCÍA SERRANO, J. Á., 1989 (I), «Eneolítico-Edad del Bronce», en *El Moncayo. Diez años de investigaciones arqueológicas. Prólogo de una labor de futuro*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses, pp. 29-45.
- GARCÍA SERRANO, J. Á., 1989 (II), «Dos nuevas puntas Palmella en el Valle medio del Ebro», *Turiasones*, VIII, (Tarazona), pp. 7-14.
- GARCÍA SERRANO, J. Á., 1992, «Prospección arqueológica en los ríos Queiles y Val a su paso por la comarca del Moncayo», *Arqueología Aragonesa. 1990*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 251-253.
- GARCÍA SERRANO, J. Á., 1994, «Prospección arqueológica en los ríos Queiles y Val a su paso por la comarca del Moncayo», *Arqueología Aragonesa. 1992*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 281-284.
- GARCÍA SERRANO, J. Á., 2003, *Arqueología del Moncayo. Catálogo de la Exposición Permanente*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- HARRISON, R. J., MORENO LÓPEZ, G., y LEGGE, A., 1987, «Moncín: poblado prehistórico de la edad del bronce I», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 29, (Madrid), pp. 71-72.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A., y MURILLO RAMOS, J. J., 1985, «Aproximación al estudio de la siderurgia celtibérica del Moncayo», *Caesar Augusta*, 61-62, (Zaragoza), pp. 177-190.
- MILLÁN GIL, J., GARCÍA SERRANO, J. Á., y CEAMANOS FERRER, E., 1999, *La Prehistoria en la comarca del Aranda*, Illueca, Ayuntamiento.
- MONTES RAMÍREZ, L., 1988, *El Musteriense de la cuenca del Ebro*, Zaragoza, Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza.
- ROYO GUILLÉN, J. I., 1985, *Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el valle de la Huecha*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad de Zaragoza.
- UTRILLA MIRANDA, P., 1982 [II], «El yacimiento de la cueva de Abaunz (Arraiz, Navarra)», *Arqueología Navarra*, 3, (Pamplona), pp. 203-345.
- UTRILLA MIRANDA, P., y AGUILERA ARAGÓN, I., 1983, «El yacimiento musteriense de La Bardalera (Lítago, Zaragoza)», *Boletín del Museo de Zaragoza*, 2, (Zaragoza), pp. 99-126.

LUIS JAVIER NAVARRO ROYO

Durante la II Edad del Hierro, en la segunda mitad del I milenio a.e., sucesivas oleadas de gentes célticas penetraron en la Península imponiéndose a los pueblos indoeuropeos cuya cultura hallstática venía desarrollándose desde los albores del I milenio a.e.

Esta época se caracterizó por una bipolarización de culturas en la Península. Mientras que a lo largo de toda la costa mediterránea, desde la Costa Brava hasta el Algarbe portugués, se desarrolló una cultura mediterránea y orientalizable con una gran influencia fenicia y griega, en el interior florecían pueblos de cultura céltica.

Estos pueblos del interior se estructuraron en varios grupos culturales: uno septentrional, otro galaico-portugués y un tercero meridional. El grupo que ocupó la Meseta norte tuvo tres focos principales localizados en las provincias de Burgos y Palencia, el primero, y en Ávila, el segundo. El tercer foco estuvo localizado entre las actuales provincias de Soria, Guadalajara, Cuenca, Teruel y Zaragoza. Este foco fue el que los historiadores romanos llamaron Celtiberia.

Cada una de las fases en la evolución de la cultura celtibérica están perfectamente atestiguadas en diferentes yacimientos de la comarca [AA. VV., 1989, pp. 47 y ss.; GARCÍA SERRANO, J. Á., 1993-1994, pp. 9-24, GÓMEZ VILLAHERMOSA, S., y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, pp. 211-223; BONA LÓPEZ, I. J., *et alii*, 1983, pp. 9-110]. Así, El Molino de Trasmoz corresponde a una primera fase de la II Edad del Hierro o Celtibérico Antiguo (625/600 a.e.-475 a.e.), Almacabe de Malón es un yacimiento del Celtibérico Pleno (475 a.e.-150 a.e.), La Oruña de Vera de Moncayo se adscribe al Celtibérico Tardío (150 a.e.-75/25 a.e.) y la *Turiaso* romana al último período o Celtibérico Romano (75/25 a.e.-70 d.e.).

El epílogo de esta evolución se verá refrendado en la Tarazona celtibérica con la concesión del derecho latino a finales del siglo I a.e. En otras palabras, *Turiasu* pasó a ser *Municipium Turiasum*, y con este cambio de nombre también comenzó un nuevo período histórico en el que los habitantes del municipio pasaron a ser ciudadanos de Roma.



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Materiales celtibéricos

El Molino de Trasmoz (siglo V a.e.)

Este yacimiento se encuentra en una pequeña elevación en llano en la transición del valle de La Valluenga a La Ciesma, junto a una corriente irregular de agua llamada la Huecha de San Martín [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1993-1994, p. 23].

Culturalmente, el referente más cercano lo encontramos en la cultura castreña soriana [LORRIO, A. J., 1997, pp. 65-66] que se desarrolló entre los siglos VI y V a.e. Estos castros, ubicados en lugares estratégicos en altitud y con una orientación eminentemente ganadera, hecho consustancial a todos los pueblos celtibéricos, manifiestan un claro carácter defensivo.

El Molino de Trasmoz ofrece un único recinto con una superficie inferior a una hectárea. No se aprecia urbanismo en su interior, lo que sugiere una ocupación dispersa del mismo, con construcciones posiblemente realizadas a base de materiales perecederos, como madera y barro, a tenor de la total ausencia de restos.

Este espacio, que pudo estar delimitado por una pequeña muralla ya que se aprecia la base de un torreón circular, evidencia un total dominio sobre La Valluenga, donde la función de control geoestratégico prima sobre lo económico. Estas defensas constituían una respuesta a una época donde el robo de ganado sería algo frecuente [AA. VV., 1989, p. 49].

La cultura material está representada por cerámica hecha a mano de color negruzco, algunas de cuyas piezas están espatuladas y decoradas a cordón. Este tipo de

cerámica fue el más representativo y sus formas abarcaban desde pequeños vasos con un gran acabado hasta las groseras vasijas de almacenaje. Generalmente lisas, las escasas decoraciones se limitan a impresiones digitales o unguiformes en los bordes y sobre cordones aplicados; también encontramos decoraciones grafitadas y de líneas incisas. Además de la cerámica a mano, también se encontraron fragmentos de cerámica celtibérica, hecha a torno, lo que supone una evidencia de los primeros momentos de la introducción del torno desde la Meseta [ROYO GUILLÉN, J. I., 1980, *passim*].

Otro elemento representativo son los diversos molinos barquiformes encontrados en este yacimiento [AA. VV., 1989, p. 49]. Este tipo de molinos constituyen un hallazgo habitual en estas primeras fases de la cultura celtibérica, ya que esta forma irá evolucionando gradualmente hacia los molinos circulares en fases sucesivas [ORTEGA, J. M., 1999, pp. 421-426]. Esta faceta cotidiana de la molienda del grano prueba claramente que, incluso en una economía mayoritariamente ganadera [LIESSAU, C., y BLASCO, C., 1999, pp. 119 y ss.], la agricultura representaba un aporte importante en la economía diaria, así como la caza, la pesca o la explotación forestal [ROMERO, F., y RAMÍREZ, M^a I., 1999, pp. 453-461]. No podemos olvidar la feracidad de estos valles, la riqueza forestal del Moncayo o la abundancia de sus recursos cinegéticos [GARCÍA SERRANO, J. Á., 1993-1994, p. 23].

En cuanto al tipo de sociedad [ARENAS, J. A., y TABERNERO, C., 1999, pp. 527-536] que se desarrolló en El Molino de Trasmoz, hay varios indicios que nos pueden aportar algunas luces y que son comunes al resto de yacimientos adscritos a la cultura castreña soriana: carencia absoluta de organización interna del hábitat, delimitación del terreno con una pequeña muralla y reducidas medidas del castro —nunca se superó la hectárea—. Todo ello apunta a una sociedad compuesta por pequeñas comunidades autónomas de carácter familiar que quedarían englobadas en una comunidad de mayor entidad [LORRIO, A. J., 1997, pp. 65-84 y 93-110].

Almacabe de Malón (siglos V-IV a.e.)

Este yacimiento [GÓMEZ VILLAHERMOSA, S., y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, p. 213] se ubica dentro del casco urbano de Malón, en la ladera de una de las tres elevaciones sobre la que se asienta el pueblo. El altozano está situado en la parte oeste del lugar constituyendo el enclave una zona privilegiada tanto desde el punto de vista estratégico como defensivo, ya que domina gran parte del valle del Queiles [BIENES CALVO, J. J., y GARCÍA SERRANO, J. Á., 1995, p. 237].

En los niveles estratigráficos inferiores aparece la cerámica de factura celtibérica [GÓMEZ VILLAHERMOSA, S., y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, p. 214], realizada con un tipo de pasta muy fina y con un desgrasante apenas perceptible. Se recubre toda con un engobe muy depurado que se deshace con facilidad. El color puede variar desde un anaranjado intenso a un beige claro.

Todos los materiales encontrados están fabricados a torno, por lo que obtenemos una cronología *post quem* de los siglos V-IV a.e. Sin embargo, la mayoría de los fragmentos pertenecen a formas que perduran durante largo tiempo, hasta el siglo II a.e., con la llegada de los romanos [GÓMEZ VILLAHERMOSA, S., y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, pp. 214-215]. Tan sólo añadir el dato de que no aparece ningún fragmento cerámico con decoración pintada, hecho que nos remite a un período más temprano que tardío.

El yacimiento, que se encuentra en una pequeña muela, reúne todas las características esenciales que conlleva el concepto de castro en el horizonte cronológico del Celtibérico Pleno. Un poblado en un lugar de fácil defensa reforzado con murallas, muros externos cerrados y/o accidentes naturales, que defienden en su interior una pluralidad de viviendas de tipo familiar y que controla una unidad elemental de territorio, con una organización social escasamente compleja y jerarquizada.

El factor defensivo queda garantizado al enclavarse el yacimiento en un lugar elevado como defensa natural y a la posibilidad, ya apuntada, de la existencia de un recinto amurallado. El descubrimiento de una gran acumulación de piedras en el fondo de la cata hace pensar en la posibilidad de que pertenezcan al relleno del paramento de la muralla. No es difícil imaginar en este lugar un incipiente desarrollo urbano, con una calle o plaza central y casas rectangulares, cuyas paredes traseras se cerrarían a modo de murallas, propio del urbanismo celtibérico inicial [GÓMEZ VILLAHERMOSA, S., y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, p. 220].

Por otro lado, no debemos olvidar que, además del carácter defensivo, este yacimiento también ofrece unas condiciones inmejorables para la explotación agropecuaria, ya que domina toda la fértil vega del Queiles, pudiendo ser este río el límite occidental del territorio sobre el que el castro ejercía su dominio. La parte oriental del pueblo, más áspera y seca, sería la zona natural para el desarrollo de la ganadería.

Acerca de las gentes que habitaban estas tierras se han propuesto varias teorías. Por un lado, y de modo generalizado, se considera la zona entre el Moncayo y el valle medio del Ebro el lugar de ubicación de los celtíberos como etnónimo restringido. Algunos autores, siguiendo también las fuentes antiguas, afirman que los habitantes de esta comarca serían los lusones, e incluso se atestigua, por parte de otros, la presencia de vascones o galos. Al margen de estos debates, la evidencia nos sitúa en un horizonte cultural celtibérico pleno, que penetró a través del río Ebro y que fue ascendiendo a lo largo de los afluentes de éste, instalándose en sus propias vegas y explotándolas. Esta reestructuración territorial, que coincide con la introducción del torno, tuvo un claro influjo iberizante.

Respecto a esta difusión de la cultura celtibérica, otros autores sugieren que la *cel-*

tiberización [RUIZ ZAPATERO, G., 1995, pp. 25-41] surge en la zona oriental de la Meseta, de donde procedería el torno y, por lo tanto, la cerámica típicamente celtibérica. Aún así, la mayor similitud de los materiales encontrados con los del valle medio del Ebro, las fechas de datación de los materiales y la comparación con el vecino valle de la Huecha hacen pensar, al menos para este yacimiento y dentro de este contexto cultural y cronológico, que la difusión se realizó a través del Ebro [SÁNCHEZ, E., 1999, pp. 341-349], que actuó como canal de comunicación.

Este yacimiento estaría inmerso dentro de un hábitat de pequeños poblados escasamente desarrollados y que todavía no había dado lugar a los grandes *oppida* que actuarían como aglutinadores comarcales tras la conquista romana y dentro del proceso de romanización que generó la Urbe. Esta opinión queda reforzada por el hecho de que en los dos grandes municipios de época imperial, *Municipium Cascantum* y *Municipium Turiastum* [GÓMEZ VILLAHERMOSA, S., y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, p. 221], no han sido hallados vestigios arqueológicos de esta temprana época.

La Oruña de Vera de Moncayo (siglo II a.e.)

El poblado de La Oruña fue descubierto a principios del siglo XX y excavado en 1917 por el padre Mundó, jesuita del monasterio de Veruela. Los restos se recogieron, junto con el catálogo de los fondos, en un pequeño museo en el propio monasterio al que, con los años, se le fueron añadiendo otro tipo de fondos etnológicos y artísticos.



Vera de Moncayo. Emplazamiento del yacimiento de La Oruña, a la izquierda

Según el padre Mundó, el descubrimiento fue debido a *una muchedumbre de tiestos que cubrían esta colina, en la calzada en la que, partiendo de la cima, baja del este por el norte hasta perderse en los campos del oeste*. Él mismo comenzó las excavaciones por el lado norte, ya que estaba *mejor conservada*. Los estratos tenían unos 2 metros de profundidad y se diferenciaban dos niveles separados por *capas de cenizas claras y oscuras, granos de trigos carbonizados y dolias destrozadas*, este nivel de destrucción bien pudo estar relacionado con el arrasamiento de ciudades celtibéricas llevado a cabo por Tiberio Sempronio Graco a mediados del siglo II a.e., tal y como acertadamente apunto el propio padre Mundó. En la zona más occidental del cerro, junto al camino de acceso, se localizó un alfar de cerámica celtibérica fabricada a torno [BONA LÓPEZ, I. J., *et alii*, 1983, p. 13].

Se ubica el yacimiento en un cerro aislado frente a la entrada del monasterio, con unas notables condiciones defensivas, característica propia de todos los asentamientos celtibéricos. También es típico el hecho, mayoritariamente apoyado, de la existencia de una muralla con foso, que rodearía la acrópolis, aunque también se ha constatado ocupación en los alrededores del cerro. De esta forma, el total de la superficie del hábitat hace que se acerque mucho a las dimensiones de los *oppida*, más que a la de los *castra* desarrollados hasta ahora, aunque no se han podido constatar que gozara de los privilegios socio-políticos o económicos de los primeros como la acuñación de moneda o la articulación de territorios [ARENAS, J. A., y TABERNERO, C., 1999, pp. 527-536]. Este desarrollo urbanístico constatado en La Oruña tuvo una planificación ortogonal en torno a varias calles.



Vera de Moncayo. Urbanismo del yacimiento de La Oruña

La evolución de las poblaciones celtibéricas hacia una organización de tipo urbano provocó la consiguiente disolución de los vínculos sociales basados en el parentesco y la formación de unas elites de corte aristocrático [ARENAS, J. A., y TABER- NERO, C., 1999, pp. 524-536].

Durante las excavaciones [BONA LÓPEZ, I. J., *et alii*, 1983, p. 14] se localiza- ron numerosos restos que el padre Mundó dividió atendiendo al material en el que estaban fabricados. Por un lado, numerosos molinos barquiformes y circu- lares, más arcaizantes los primeros, que siguen demostrando la importancia de la agricultura dentro de la economía celti- bérica, así como piedras de afilar y qui- cialeras. También aparecieron astas de ciervo decoradas.

Las materias primas de origen agrope- cuario y los productos manufacturados, las armas en el caso en el que nos encon- tramos, fueron objeto de un profuso intercambio por parte de los celtíberos. Este proceso se vió notablemente incre- mentado durante el siglo II a.e. con la entrada en escena de los romanos y el nacimiento de los grandes *oppida*.

En cuanto a la cerámica, hizo una prime- ra selección atendiendo a su génesis y separando la confeccionada a mano y la hecha a torno. Esta última la dividió según el color de los restos encontrados en *negra y encarnada*. En cuanto a las for- mas, separó la cerámica común, ánforas, dolias, oinocoos celtibéricos y bolas de barro decorado [BONA LÓPEZ, I. J., *et alii*, 1983, p. 14]. Todos estos materiales se pueden datar perfectamente entre los siglos III y II a.e.

El hallazgo más destacado del yacimiento fue *un tubo grueso de arcilla con el extremo ennegrecido, muy semejante al que usaban los celtas*. El hallazgo no es otra cosa que un complejo de fundición del hierro del Moncayo, mentado de forma prolífica por los escritores clásicos [LORRIO, A. J., *et alii*, 1999, pp. 162-168]. Posterior-



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueolo- gía del C.E.T. Puñal celtibérico



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Dolia celtibérica

mente se descubrieron varios hornos más de fundición que confirmarían la importancia de la fabricación de armas en la zona del Moncayo [MARTÍN-VIVALDI, J. M., y ARA-GONÉS, E., 1989, pp. 86-87].

Durante las centurias comprendidas entre los siglos IV y II a.e. hubo un extraordinario desarrollo de la actividad siderúrgica en la Meseta que se acompañó del diseño de nuevos tipos de armas. Esta evolución queda atestiguada en La Oruña con la aparición de la espada lateniense entre los siglos IV y II a.e. El conjunto de armas encontradas en el núcleo de población se puede poner en relación con los arsenales de tipo doméstico y dentro de un contexto de guerra.

La dedicación de la zona a la explotación minera –todavía hay un término junto a la localidad de Añón de Moncayo que se llama Las Minas– posiblemente provocó la aparición de vías de comunicación utilizadas para los intercambios comerciales y que uniría núcleos indígenas de la Celtiberia como *Turiasu*, *Bilbilis* y *Numantia*. A su vez, estos núcleos quedarían unidos al valle del Ebro a través del valle del Queiles y de Tarazona, abriendo una importantísima vía de comunicación por la que partirían productos tales como los cereales, el ganado, la sal o las armas y entrarían el vino, el aceite o la cerámica campaniense [CERDEÑO, M^a L., *et alii*, 1999, pp. 281-293].

No cabe duda de que la llegada a la Península de los romanos incrementó en gran medida las relaciones comerciales de la Celtiberia con el exterior, en particular en todo lo vinculado al metal y las armas.

Turiasu-Tarazona (siglo I a.e.)

Como ya hemos indicado, la sucesión de los estadios culturales durante época celtibérica tendrá su culminación en el surgimiento de los grandes *oppida* [LORRIO, A. J., 1997, pp. 286-292] que, a su vez, se convertirán en la mayoría de los casos en municipios romanos durante el periodo que hemos venido llamando Celtibérico Romano.

Este periodo de mayor desarrollo de la cultura celtibérica coincidió con la asimilación de elementos mediterráneos y el enfrentamiento a Roma [PÉREZ VILATELA, L., 1992, pp. 9-20]. De una parte, en un primer momento se adoptó el alfabeto ibérico y con posterioridad el latino, así como la introducción de la moneda. De otra parte, surgieron los *oppida* [LORRIO, A., 1997, pp. 286].

Esta es una fase en la que en todo el territorio sufrió un profundo proceso de ordenación jerárquica, en la que los grandes *oppida* como *Turiaso* surgieron en torno a un fenómeno consciente de sinecismo, ya fuera como medida defensiva contra Roma o como forma de control de ésta [MAGALLÓN BOTAYA, M^a A., 1985, pp. 119-120]. Los motivos que primaron en la fundación de estos asentamientos fueron variados, pero en el caso de *Turiaso*, sin duda, prevaleció su valor estratégico como cruce de caminos y paso a la Meseta desde el valle del Ebro [MAGALLÓN BOTAYA, M^a A., 1990, p. 312] durante un período turbulento en el que Roma fue imponiendo, de forma gradual, su orden.

Las numerosas excavaciones llevadas a cabo en esta ciudad han arrojado pobres resultados, y tan sólo existen unos pocos indicios materiales que permiten asomarnos con mucha cautela a este período de la historia turiasonense, de forma contraria a lo que parecen señalar las fuentes clásicas o la antiquísima etimología del nombre de la ciudad [NAVARRO ROYO, L. J., y ECHEVERRÍA CUEVAS, E., 1994, pp. 21-24].

La introducción de la moneda, típico elemento mediterráneo, desarrolló económica y socialmente el territorio como consecuencia de la penetración de las tropas romanas hacia el interior de la Península. Estas tropas necesitaban abundante numerario que solía venir de Roma pero, en ocasiones, el retraso en su llegada hizo necesario la acuñación en el propio lugar.



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T. Denario celtibérico de la ceca *Turiaso*

El estado romano, con su política de conquista, permitió la acuñación de monedas con leyendas en escritura ibérica y en lengua celtibérica, que pasarían a acuñarse en lengua latina en una fase posterior de plena romanización de estos pueblos indígenas. Dichas monedas estaban destinadas al pago de los efectivos militares utilizados en la conquista, momento que en esta zona coincide con las Guerras Celtibéricas a mediados del siglo II a.e.

Todos los indicios conducen a pensar que la acuñación en plata estuvo relacionada con los grandes pagos —a las tropas conquistadoras, impuestos—, mientras que la acuñación en bronce se destinaba, principalmente, a los pequeños pagos cotidianos. El carácter autónomo de estas ciudades quedaba patente al ser sus nombres los reproducidos en las emisiones monetales [NAVARRO ROYO, L. J., y ECHEVERRÍA CUEVAS, E., 1994, pp. 25-41].

La ceca de *Turiaso* está inscrita en este panorama de guerras y levantamientos en el inicio de sus acuñaciones. La mayoría de los autores coinciden al situar en el final del siglo I a.e. la fecha de arranque de estas acuñaciones.

La tipología de estas monedas es paralela a las de *Bolskan* y sus características principales constituyen diferentes variantes de dos iconos permanentes y de clara influencia ibérica:

—anverso: cabeza masculina barbada o imberbe —excepto en los quinarios, donde aparece la cabeza galeada de Roma—, alrededor de la que se colocan diferentes símbolos como las iniciales *CASTU* [BELTRÁN MARTÍNEZ, A., 1989, pp. 15-28], delfines, estrellas, crecientes y *torques*.

—reverso: presentan variación según el valor de la moneda; aparece el jinete celtibérico a caballo en las unidades y el caballo alado Pegaso en los divisores, acompañados de símbolos como crecientes y estrellas, todo ello sobre el nombre de la ciudad *TURLASU*.

Desde el punto de vista epigráfico, la peculiaridad más significativa de estas acuñaciones está en el rótulo *castu* que aparece en los anversos de algunas series y que estaría en relación con la dependencia hacia *Turiasu* de la *Castulu* o *Castloni* de Plutarco, quizás en las ruinas medievales de Santa María de Castelo, en Fitero (Navarra), que habría conservado el topónimo y donde hay referencias de restos romanos.

En cuanto a las leyendas del reverso, que hacen referencia al nombre de la ciudad, hay una serie de variaciones paleográficas que pueden obedecer a razones cronológicas.

Al estudiar el material numismático de *Turiasu* se aprecian dos zonas bien definidas de circulación de las monedas acuñadas en la ceca turiasonense: la margen derecha del río Ebro y la cuenca del Duero, y la parte media y alta del valle del Guadalqui-

vir, donde se sitúa otra *Castulo* meridional que entraría en conflicto acerca de la significación de la leyenda *CASTU* en los reversos monetales de algunas series turiasonenses. Esta posible relación quedaría explicada con la importancia que la ciudad adquirió en el conflicto de las Guerras Sertorianas al ayudar al asalto de aquella.

Todas estas zonas tienen en común a *Turiasu* como un enclave estratégico de primer orden debido a que fue nudo de comunicaciones del valle del Ebro hacia el sur y, sobre todo, hacia el oeste, donde se localizaron los últimos pueblos opuestos a Roma.

Esta ceca se sitúa en el cuarto lugar por el volumen de hallazgos, detrás de *Bolskan*, *Arsaos* y *Ba(r)scunes*, mientras el numerario de *Arsaos*, *Ba(r)scunes* y *Turiasu* tuvieron una distribución espacial muy similar.

A modo de conclusión, se aprecia claramente una distribución mayoritaria del monetar turiasonense en la cuenca del Duero [SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L., 1992, pp. 51-86], a través de una antigua vía indígena de comunicación natural que muy pronto fue adoptada por los romanos con fines coloniales y comerciales. Estos contactos comerciales no se dieron hasta el siglo II a.e. y, principalmente, en el siglo I a.e., quedando estas áreas de expansión [VEGA DE LA TORRE, J. R., 1992, pp. 73-80] condicionadas por el carácter militar de *Turiaso*, nudo de comunicaciones desde muy temprana época y donde el Moncayo constituyó siempre un atractivo punto de interés económico por sus productos derivados del hierro.

Bibliografía

- AA. VV., 1989, *El Moncayo. Diez años de investigación arqueológica. Prólogo de una labor de futuro*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- AGUILERA, I., 1995, «El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo», *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre Celtiberos*, Zaragoza, pp. 213-233.
- ARENAS, J. A., y TABERNERO, C., 1999, «Medio urbano-medio rural: la configuración de dos mundos en la Celtiberia Citerior», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 527-536.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A., 1989, «El problema histórico de las acuñaciones de los celtiberos. El caso de las emisiones de *Turiaso*», *Turiaso*, VIII, (Tarazona), pp. 15-28.
- BIENES CALVO, J. J., y GARCÍA SERRANO, J. Á., 1995, «Aproximación a cuatro nuevos yacimientos celtibéricos en la comarca del Moncayo», en *III Simposio sobre Celtiberos. Poblamiento*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 235-238.
- BONA LÓPEZ, I. J., *et alii*, 1983, «Catálogo de la colección arqueológica del Monasterio de Veruela», *Turiaso*, IV, (Tarazona), pp. 9-92.
- CERDEÑO, M^a L., *et alii*, 1999, «Las relaciones comerciales de los Celtiberos», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 263-299.
- GARCÍA SERRANO, J. Á., 1993-1994, «La prehistoria en la comarca del Moncayo», *Turiaso*, XI, (Tarazona), pp. 9-24.

- GÓMEZ VILLAHERMOSA, S. y NAVARRO ROYO, L. J., 1997-1998, «Apuntes sobre un yacimiento celtibérico en Malón (Zaragoza)», *Tvriaso*, XIV, (Tarazona), pp. 211-223.
- LORRIO, A. J., 1997, «Los celtiberos», *Complutum*, 7-extra, (Madrid), monográfico.
- LORRIO, A. J., *et alii*, 1999, «Minería y metalurgia celtibérica», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 161-180.
- LIESSAU, C., y BLASCO, C., 1999, «Ganadería y aprovechamiento animal», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 119-147.
- MAGALLÓN BOTAYA, M^a A., 1985, «La red viaria romana del *Municipium Turiaso* (Tarazona, Zaragoza)», *Tvriaso*, VI, (Tarazona), pp. 117-135.
- MAGALLÓN BOTAYA, M^a A., 1990, «Organización de la red viaria romana en el Valle Medio del Ebro», en *Simposio sobre la red viaria en la Hispania Romana*, Zaragoza, Centro de Estudios Turiasonenses, pp. 301-315.
- MARTÍN-VIVALDI, J. M., y ARAGONÉS, E., 1989, «El potencial minero del área del Moncayo», *Tvriaso*, IX, t. I, (Tarazona), pp. 71-89.
- NAVARRO ROYO, L. J., y ECHEVERRÍA CUEVAS, E., 1994, «La ceca de *Tvriaso*. Aproximación al estado de la cuestión», inédito.
- ORTEGA, J. M., 1999, «Al margen de la identidad cultural: historia social y económica de las comunidades campesinas celtibéricas», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 417-452.
- PÉREZ VILATELA, L., 1992, «Cuestiones de Historia Antigua y toponimia turiasonense: la batalla del Moncayo (179 a. C.)», *Tvriaso*, X, t. I, (Tarazona), pp. 7-20.
- ROMERO, F., y RAMÍREZ, M^a I., 1999, «Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 453-465.
- ROYO GUILLÉN, J. I., 1980, «Hallazgos metalúrgicos de la I^a Edad del Hierro en Aragón», *Tvriaso*, I, (Tarazona), pp. 239-324.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1995, «El sustrato de la Celtiberia Superior. El problema de las invasiones», en *III Simposio sobre Celtiberos. Poblamiento*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 25-40.
- SAGREDO SAN EUSTAQUIO, L., 1992, «La expansión monetaria de la ceca de *Tvriaso* en la Meseta Norte», *Tvriaso*, X, t. I, (Tarazona), pp.49-71.
- SÁNCHEZ, E., 1999, «Mecanismos de contacto cultural al occidente de la Celtiberia», en *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 341-349.
- VEGA DE LA TORRE, J. R., 1992, «Relaciones entre la comarca del Moncayo y Cantabria en la época romana: aspectos numismáticos», *Tvriaso*, X, t. I, (Tarazona), pp. 73-80.

El Municipium Turiaso

MIGUEL BELTRÁN LLORIS y JUAN Á. PAZ PERALTA

La antigua *Turiaso* celtibérica fue elevada al rango de municipio por Augusto (27 a.C.-14 d.C.), emitiendo moneda desde el año 31 a.C. hasta la época de Tiberio (14-37 d.C.). El historiador Plinio alude al rango administrativo de la ciudad: *Turiasonenses Latinorum veterum*, y al temple de las espadas que se forjaban en las aguas del Queiles [N.H., XXXIV, 144]. *Turiaso* era un hito significativo en la vía que unía a *Caesar Augusta* –actual Zaragoza capital– con *Asturica Augusta* (Astorga, León), que facilitaba la comunicación del valle del Ebro con la Meseta. También fue cabecera de un ramal independiente hacia Zaragoza. Todo el *ager turiasonense* resulta pródigo en hallazgos, en forma de *villae* –asentamientos rurales– y necrópolis.

Las excavaciones arqueológicas efectuadas en 1980 en el patio del Colegio Joaquín Costa, en la Avenida de Navarra 21, junto al río Queiles, pusieron al descubierto los restos de un edificio que se están identificando con un balneario sagrado, con culto a las aguas, dedicado inicialmente a Silbis (siglo I a.C.), después a Salus, en la primera *interpretatio* romana (siglo I d.C.), en advocación asumida finalmente (siglo II d.C.) por Minerva Médica. El santuario estuvo en uso hasta su destrucción en torno al año 284 d.C.

De este conjunto acuático, con aguas hipotermales, solo se ha conservado la zona de almacenamiento de éstas en un *lacus* y fuente, en forma de piscina cruciforme, para ofrendas, y los restos de un *hypocaustum*, perteneciente a una estancia cálida.

Del interior de la piscina procede la singular cabeza de Augusto (16 cm altura) que formó parte de un busto cuya materia ignoramos, quizá de metal precioso o pórfido rojo.

La cabeza de Augusto se realizó sobre un retrato anterior del emperador Domiciano (81-96 d.C.), alterando los detalles necesarios de peinado y rostro, como puede verse en las distintas superposiciones de los cabellos y en el alisado de la parte posterior, donde se han hecho desaparecer los rizos que caracterizaban a Domiciano. La técnica y trabajo aconsejan fechar en época de Trajano (98-117 d.C.) dicha modificación, en la línea del tipo de Augusto de Prima Porta. El presente palimpsesto es, sin duda, una de las obras más significativas en su género de la Hispania romana.

El retrato es un exvoto que, sin duda, recuerda la curación del emperador Augusto en el balneario de *Turiaso*, cuando se vió afectado por unas gravísimas fluxiones de hígado, a su regreso hacia *Tarraco* (Tarragona), sus cuarteles de invierno, desde el escenario de las guerras cántabras, en el año 26 a.C.

La renovación de la salud del emperador a través de la carneola de Tarazona, representando a Augusto y con ello la *Salus generi humani*, toma especial sentido en una época en la que el propio Trajano se presenta como *divinitus constitutus princeps*, heredero de la dinastía del divino Augusto, cuya salud fue recuperada en el balneario turiasonense.

El retrato está realizado en calcedonia rojiza, cuarzo criptocristalino translúcido y no bandeado, por el tono de color podemos decir que estamos ante la variedad conocida como «carneola». En época antigua, esta piedra semi-preciosa, a la que se le atribuían valores profilácticos, procedía de Oriente (India, Arabia o Egipto). Probablemente se talló en Roma por un artista oriental del que desconocemos su nombre.

La piscina contenía, además, una cabeza de Minerva Médica, un arcón de hierro y ofrendas.

La cabeza de Minerva Médica, el único resto que nos ha llegado de una estatua de cuerpo entero que serviría para el culto, es de mármol de Carrara y tiene dimensiones mayores del natural (0,35 x 0,26 m). Los rebajes en frente y perforaciones laterales sugieren el alojamiento de un casco metálico, de tipo corintio. Mantiene un arreglo antiguo del mentón mediante suplemento, perdido. Peinado en moño trasero, recogido hacia el interior. Tiene un aire idealizado, reproduciendo prototipos helenísticos —en la línea de la Athena de Pérgamo— y cabeza girada ligeramente hacia la izquierda. Hay un magnífico paralelo en la cabeza de Minerva del Museo de Londres (mediados del siglo II d.C.).

El *arca ferrata* es un gran arcón de madera, de forma prismática, provisto de cuatro patas (95 x 89 cm de altura), recubierto en su frente con placas, *crustae*, de bronce y claveteado todo de hierro. La caja está confeccionada en madera y decorado el frente mediante registros a base de placas de bronce y apliques del mismo material en altorrelieve, de diversas divinidades (registro 2). No se conservan restos de la cerradura.

Registro 1. Tres placas alargadas, rectangulares con decoración nielada, limitadas en los extremos por dos apliques con rostro de Amor.

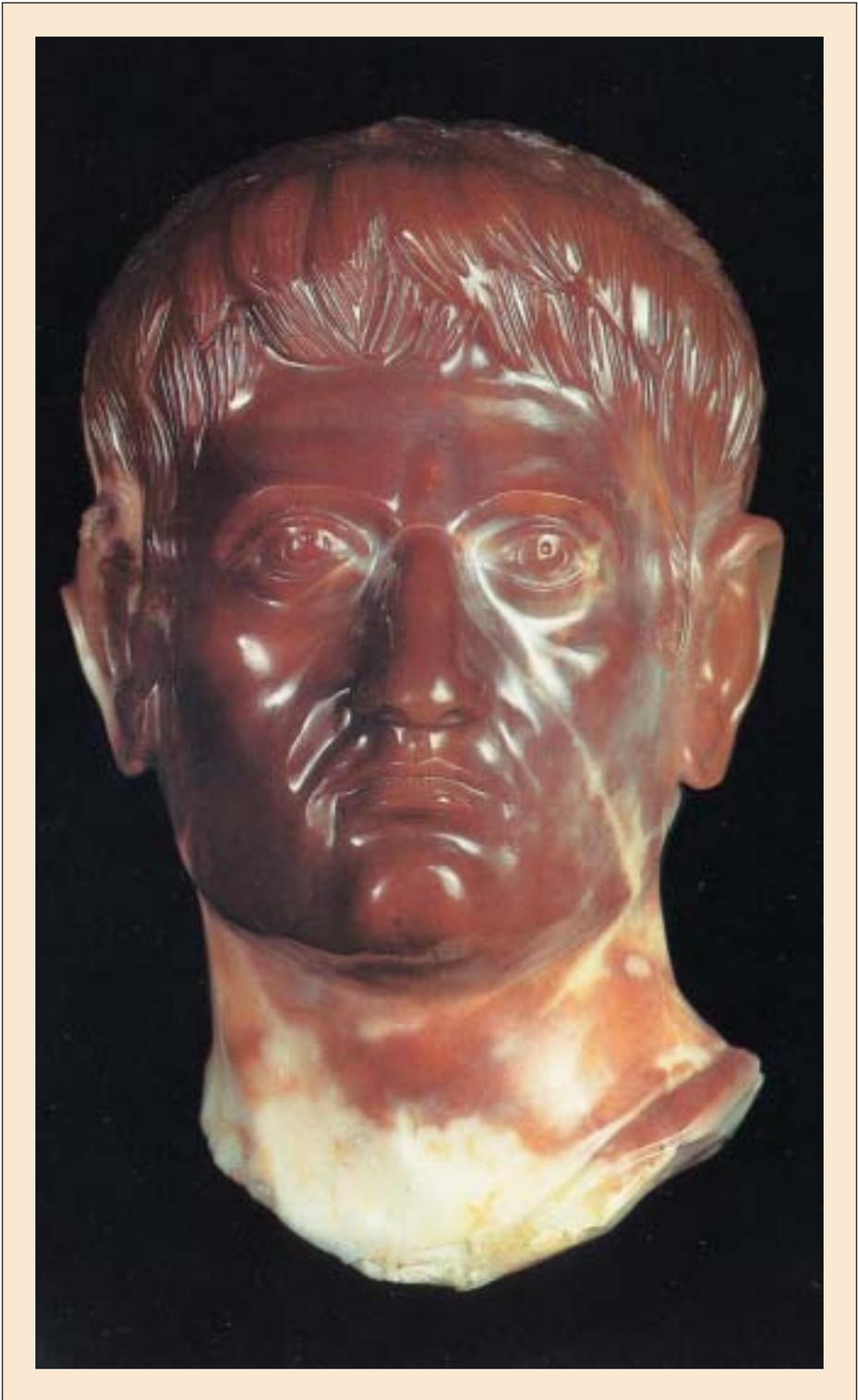
Registro 2. Las placas centrales ostentan tres figuras de Apolo —con rama de laurel en la izquierda—, Abundantia —con cuerno de la abundancia y pátera—, y Mercurio —clámide, petaso y bolsa—.

Registro 3. Dos placas estrechas y alargadas con decoración nielada.

Registro 4. Tres rostros. Eros en el centro, flanqueado por dos Silenos vueltos hacia el mismo.

Los mejores paralelos del arca se encuentran en Pompeya y Oplontis, donde se documenta el tipo de caja rectangular con revestimiento de hierro y bronce, complejo sistema de cierre y cuatro patas diferenciadas, según los dos ejemplares del Museo de Nápoles. Se puede fechar en el siglo I d. C.

Otros hallazgos de la piscina testimonian las ofrendas de los *cultores* varios, como terracotas masculinas y femeninas, exvotos de miembros del cuerpo humano, ofrendas en forma de monedas, vasos, lucernas, ponderales, así como instrumental médico y cornamentas de ciervo para la elaboración de gelatinas médicas, además de recipientes para la ingestión, transporte y consumo de agua.





Zaragoza. Museo Provincial. *Arca ferrata*

La ciudad ha aportado importantes descubrimientos como los realizados recientemente en el palacio de Eguarás, además de los ya conocidos como el mosaico de la calle Tudela, de principios del siglo II d.C., y el sarcófago clipeado del convento de Santa Teresa de los Carmelitas Descalzos, datado entre 280-284 d. C.

El monasterio de Veruela y la repoblación durante la Edad Media

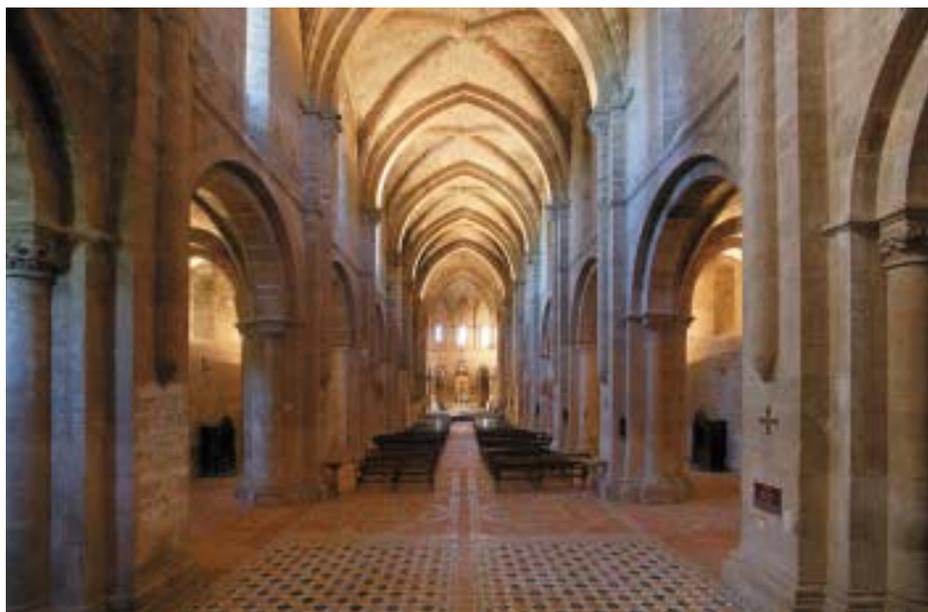
M^a DE LOS DESAMPARADOS CABANES PECOURT

Los monasterios pirenaicos jugaron un importante papel en la organización territorial de Aragón en los primeros tiempos de su andadura como reino. Con la invasión musulmana sus actividades se vieron disminuidas o suspendidas e incluso sus comunidades estuvieron obligadas a la emigración o desaparición. Al producirse la desintegración del Califato los cenobios recuperaron de nuevo su vida anterior y volvieron a intervenir en la reorganización del territorio aragonés, si bien, en esta ocasión, el papel que representaron fue, más que político, eminentemente repoblador. Pero no todos lograron sobrevivir de forma independiente.

Mientras algunos de aquellos monasterios pirenaicos fortalecieron su posición, otros tuvieron que subordinarse a los primeros. Monasterios «centralizadores» fueron San Juan de la Peña, San Victorián o San Salvador y San Andrés de Fanlo, aunque este último igualmente acabó como priorato de Montearagón.

Sin embargo, el modelo de organización territorial experimentado en la zona norte del reino aragonés, debido a los buenos resultados alcanzados, fue exportado al nuevo espacio que la monarquía aragonesa iba ocupando. Cenobios de nueva creación aparecieron en él, los cuales, mediante la roturación de las tierras conquistadas y el surgimiento de las granjas-monasterios contribuyeron a la labor colonizadora y repobladora y, con ello, a la tarea restauradora de la monarquía.

Una de estas nuevas fundaciones fue la del monasterio cisterciense de Santa María de Veruela, situado en la depresión ibérica. La importancia defensiva que la ubicación de Veruela y su dominio tuvo fue extraordinaria al encontrarse situado en la encrucijada de tres reinos, Castilla, Aragón y Navarra, y ejercer su poder dominial en algunos castillos del corredor que conformaba el valle del Huecha. No obstante, dicha situación le hizo estar un poco a expensas de los acontecimientos que se derivaron de la fijación de fronteras y de los distintos movimientos bélicos y pactistas habidos por ésta u otras causas que significaron, en algún momento, el cambio de dominio político de algunas poblaciones



Monasterio de Veruela. Interior de la iglesia

—caso de Borja, que pasó a rehén de Castilla, o la retención de Trasmoz por parte de Navarra, entre otras—.

Pero, sobre todo, fue la Guerra de los dos Pedros —I de Castilla y IV de Aragón—, la que acarrearía más fatales consecuencias, especialmente demográficas, al monasterio de Veruela, pues la despoblación afectó fulminantemente la zona del Moncayo como más adelante se insistirá. En el siglo XV, aunque las aguas volverían a estar revueltas y los conflictos con Castilla surgirían a intervalos durante todo el siglo, la unión de los dos reinos logró la paz definitiva que haría desaparecer la necesidad de una frontera guarnecida.

Como signos externos de la referida posición estratégica y defensiva del monasterio pueden señalarse los castillos de Litago, Vera de Moncayo, Alcalá de Moncayo y Bulbuenta. Los cuatro pertenecieron al señorío eclesiástico de Veruela y, salvo el último, estaban situados en el curso alto del Huecha, en la frontera. Bulbuenta, en cambio, ocupaba un lugar en la zona baja.

De los tres primeros, el de Litago era el más cercano a la línea limítrofe. Próximo a él, el de Vera de Moncayo, sobre un cerro en la zona de contacto de La Valluenga con el valle de Veruela —punto de confluencia de los caminos del somontano— dominaba el Huecha en su salida al valle medio. Mientras, el de Alcalá de Moncayo lo defendía de la penetración extraña que pudiera venir por el camino del Ebro. Bulbuenta, por su parte, también a orillas del río, era el único guardián entre el somontano y el valle bajo del Huecha, en el cruce de caminos del Huecha alto con el camino de Ambel y Talamantes.

La formación del patrimonio dominial

Veruela fue la primera fundación del Císter en Aragón, ocurrida en 1146 según la opinión más aceptada y la mayoría de los datos documentales conservados, aunque ninguno es original. Su primera comunidad fue de monjes franceses de Scala Dei, monasterio cuyo abad Bernardo había recibido de Pedro de Atarés y de su madre la donación de Veruela y Maderuela [A.H.N., Clero, carp. 3.763, n° 2]. La primera noticia documentada de la existencia real de su comunidad data del mismo año, sin mención de día ni mes, y es la compra que hizo *Raimundo abbatí et omnibus fratribus de Berola* de cinco piezas de tierra en Traid y dos en Ceserón [A.H.N., Cód. 995 B, f. 20 v].

A partir de estas fechas, el monasterio inició la formación de un amplio dominio que se mantuvo durante los siglos medievales, aunque con jurisdicción varia sobre el mismo. Cuándo y cómo se levantó la fábrica del monasterio no es asunto a debatir aquí, aunque sí puede señalarse que la consagración de su iglesia se hizo algo más de un siglo después, en 1248, por el obispo de Calahorra y contando con la presencia del de Tarazona.

El núcleo inicial del patrimonio dominial lo constituyeron las villas de Veruela y Maderuela, donación ya citada de Pedro de Atarés y su madre Teresa Cajal, de la que se hace eco la documentación y los distintos cartularios que confeccionó el monasterio tanto en la época medieval como en tiempos más modernos. A partir de ese momento, 1146, las donaciones, compras y demás formas de adquisición se sucedieron. El mismo don Pedro de Atarés le concedió al año siguiente la villa de Alberite con su castillo [A.H.N., Cód. 995 B, f. 13 v.], pero lo tenía empeñado a Novillas y Ambel, y sería la Orden de San Juan de Jerusalén la que se quedaría con él definitivamente.

Durante el primer siglo de su existencia, Veruela se vió ampliamente favorecida desde la Corona. Ramón Berenguer IV, en Jaca, a primeros de 1155, le concedió el castillo de Monfort –igualmente llamado Traid– con sus términos, con el valle de Morca, Ceserón, Figueruelas, y el propio lugar de Veruela, *ubi fundatum et constructum est monasterium prenominate Sancte Marie Berole*, con todos sus términos; donación que contó con un testigo de excepción, el rey franco Luis VII, que peregrinaba a Santiago [A.H.N., Cód. 995 B, f. 36 r.]. El monasterio se encargaría más tarde de ir adquiriendo la propiedad de las posesiones particulares de este último lugar.



Monasterio de Veruela. Bóveda de la capilla mayor de la iglesia

Del mismo siglo XII fueron también las concesiones, hechas por parte de Alfonso II de Aragón, del castillo y villa de Vera de Moncayo, en 1172 [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 14 r.-v.], y las de Traid, de nuevo Vera de Moncayo, Villamayor, Muzalcoraz y Pinillo, incluyendo asimismo la confirmación de Ferrera y Purujosa *quam fecit rex Sancius et comes pater meus*, la que este último les hizo de las salinas de Pola, y anteriores donaciones como las del lugar de Veruela y Monfort con los valles de Morca, Ceserón y Figueruelas, todo ello otorgado en junio de 1177, en Tarazona [A.H.N., Clero, carp. 3.764, n° 2; Cód. 995 B, ff. 14 v.-15 r.].

De nuevo el mismo monarca hizo donación, en 1181, del lugar de Pozuelo, entonces valle, a la vez que confirmaba la del lugar de Muzalcoraz [A.H.N., Clero, carp. 3.764, n° 10]. Asimismo, en 1193, el castillo y villa de Litago vino a engrosar su dominio por cesión de Miguel de Valmazán al monasterio [A.H.N., Clero, carp. 3.765, n° 2], el cual la había recibido dos años antes del monarca aragonés últimamente citado [A.H.N., Cód. 995 B, f. 79 r.]. Éste, un año más tarde, concedió al monasterio todo cuanto los sarracenos de Vera de Moncayo poseían en dicha villa y su término [A.H.N., Cód. 995 B, 15 v.]. Todo lo hasta aquí consignado constituyó el núcleo central del patrimonio verolense pero a él se sumarían posteriores adquisiciones. De hecho, todas estas donaciones contenían en germen la licencia real a Veruela para su posterior labor colonizadora, al serle transmitida la jurisdicción sobre dichos lugares.

La centuria duocentista fue la del dominio sobre el castillo de Ferrellón y la heredad de Croix —luego Campo de las Viñas—, donación conjunta otorgada por Pedro II en agosto de 1200 [A.H.N., Clero, carp. 3.765, n° 4]. El citado castillo fue entregado al monasterio, *con obligación de sustentarlo, para que no viniera por esa parte algún daño al Reino*, lo que da idea de su situación en la frontera, y para costear su custodia, el mismo monarca, al mes de marzo siguiente les donó una viña en término de Croix y el agua de Villamayor para su riego [A.H.N., Cód. 995 B, f. 10 r.].

También fue a parar al dominio verolense la villa de Maleján, que Pedro II había donado al monasterio de Santa María de Rocamador en 1205 [A.H.N., Cód. 995 B, f. 9 r.], por compra de Veruela a éste último pocos meses después por mil morabettinos [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 10 r.-v.]. Dicha compra-venta fue posteriormente confirmada por el mismo monarca [A.H.N., Cód. 995 B, f. 9 v.].

El hijo de Pedro II, Jaime I, continuó la labor engrandecedora del monasterio concediéndole, en 1234, vedados, dehesa y pastos en Vera de Moncayo y la granja de Traid, señalando sus límites, y prohibiendo que se pudiera cortar leña o hacer carbón en el vedado de Maderuela sin permiso del monasterio [A.H.N., Clero, carp. 3.763, n° 3]. Más tarde, en diciembre de 1247, el monasterio extendió su dominio a Bulbiente al permutar su castillo y lugar a Jaime I por el de Purujosa, antigua posesión de Veruela.

Cuando ese mismo año, pero al comienzo, el mismo monarca confirmaba al monasterio sus posesiones, entre ellas citaba las villas de Alcalá de Moncayo, Lita-

go, Crox, Maleján y Pozuelo; las heredades de Tarazona, Borja, Viña del Campo, Alagón, El Castellar, Monzalbarba, Zaragoza, Palazuelo, Bitinena y el Puente; la almunia de Épila; la granja de «Morela», el castillo y villa de Cuarte (en Huesca) y Sasgalello, con el mandato de que nadie osara hacer daño alguno *in predictis locis et villis vel in aliis grangiis, possessionibus et hereditatibus*, colocándolo todo bajo su protección [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 10 v.-11 r.].

Pero no fueron solamente los monarcas quienes otorgaron favores a Veruela en este siglo puesto que, en 1223, el obispo de Tarazona, García, juntamente con su cabildo, le hizo otorgamiento de la iglesia de Cesadón; don Rodrigo, obispo de Zaragoza, y todo el cabildo le donaron la iglesia de Pozuelo en 1245 [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 91 v.-92 r.]; y en 1260, igualmente el obispo de Tarazona le hizo cesión de la ermita y casa de Nuestra Señora de Peña Negra o de Moncayo [A.H.N., Clero, carp. 3.768, n° 7]. En 1271, Fortuño, obispo de Tarazona, le concedió licencia para edificar iglesia en Vera de Moncayo.

También algunos nobles favorecieron a Santa María de Veruela, como fue el caso del aragonés Artal de Luna, quien le donó la villa de Alanzar en su testamento, hecho en octubre de 1289. Asimismo García de Araciel junto con su mujer doña Mayor les concedieron hacienda en la villa y términos de Añón de Moncayo, comprendida la cueva donde nacía el agua (1230). En 1240 hay pleito sobre la posesión del azud y acequia que se resuelve a favor del monasterio a la vista de los documentos otorgados al mismo por Ramón Berenguer IV y Alfonso II de Aragón.



Monasterio de Veruela. Sala capitular. Sepultura del abad Sancho Marcilla Muñoz

Del siglo XIV lo más sobresaliente es la nueva confirmación que Jaime II renovó a Veruela de cuanto sus antecesores le habían otorgado, y en ella se reiteran algunas de las ya citadas y otras nuevas. Las relacionadas son Traid, Litago, Vera de Moncayo, Tarazona, Cunchillos, Torrellas, Santa Cruz de Moncayo, Bulbueite, Villamayor, Maleján, Crox, Borja, Muzalcoraz, Agón, Gallur, Pradilla, Tauste, Pozuelo, la granja del Puente, Pinillo, Monzalbarba, las casas de Zaragoza, Huesca, Teruel, Sabiñán, Majones, Aranda y las salinas de Pola [A.H.N., Clero, carp. 3.771, núms. 13 y 14].

Al llegar el s. XV ya poco quedaba por anexionar del total de su dominio. En 1430 tenía la posesión pacífica de la casa de La Mata. Y también el castillo y villa de Ainzón, que concedido por Alfonso V, en 1431, a su consejero y guarda mayor de Juan II, Rodrigo Diaz de Mendoza, y donado por el citado caballero, en 1445, a su mujer Isabel Martínez de Mendoza, quedó finalmente en manos de Veruela en 1453 cuando dicha señora se lo vendió [A.H.N., Clero, carp. 3.787, n° 3].

En otro orden de cosas, Veruela luchó por tener derecho de pastos siendo su primer protector Ramón Berenguer IV que les concedió este privilegio por todas sus tierras [A.H.N., Clero, carp. 3.763, n° 1], pero también gozaron del mismo dono por parte del futuro rey de Castilla Sancho III y de Sancho VI de Navarra, si bien ambos diplomas –de los que existen otros idénticos dirigidos al monasterio de Santa María de Castejón, en Navarra–, son, al igual que éstos últimos, sospechosos de falsificación. El privilegio de pastos por el reino aragonés fue ratificado por Alfonso II. Existen, a su vez, numerosos diplomas en los que se les acredita este derecho en Talamantes, Tabuena, Trasobares, Fuendejalón y Ainzón, y derecho de cortar leña en Val de Abella, Val de Linares, Val de Avellano, de Morana, de Oso y de Manzano, en términos de Añón de Moncayo y Talamantes, etc.

La repoblación del dominio

Una vez formado su dominio los monjes de Veruela llevaron a cabo una importante labor de repoblación del mismo, principalmente en el siglo XIII. En un primer momento el monasterio pudo gestionar directamente la administración de sus tierras dominiales por medio de granjas, logradas en algunos casos por la concentración de caseríos dispersos, sobre todo de población musulmana. Pero llegado el siglo XIII, dada la multiplicación de su patrimonio territorial, tuvo que recurrir para su explotación al sistema repoblador por excelencia, a la concesión de «cartas pueblas» que constituyeran el marco legal que rigiera las relaciones entre el señor y sus vasallos, en este caso de derecho dominial de Veruela. Éstas acostumbraban a ser en cierto modo el «carnet de identidad» de la comunidad a asentar, puntualizando, en ocasiones, algunas de sus particularidades además de las estrictamente normativas, pues solían precisar los términos del lugar, el carácter de la explotación de la tierra, condiciones de habitación, etc.

La dinámica repobladora de Veruela se llevó a cabo en dos fases cronológicas distintas, separadas por la Guerra de los dos Pedros (1357-1369), la cual causó un vacío poblacional que exigió un nuevo asentamiento de colonos después de su finalización, originando con ello la organización o restauración de las antiguas formas de vida en común, ya que, por lo general, este segundo periodo de ordenación social del espacio verolense afectaba a las mismas poblaciones antes colonizadas.

En sus escritos, los habitantes de las mismas distinguirán entre cartas «viejas» o «antiguas» y «segundas» o «nuevas».



Alcalá de Moncayo. Torreón de la muralla

A la fase colonizadora inicial corresponden las primeras cartas pueblas dadas a Alcalá de Moncayo, Pozuelo, Villamayor y Vera de Moncayo. Las fuentes documentales que nos muestran este proceso de asentamiento son de distinta índole jurídica e informativa, pues puede tratarse de sencillas licencias o donaciones *ad populandum* o de verdaderas ofertas contractuales que adoptan la forma de un contrato agrario colectivo con la inclusión de detalladas normas jurídicas a las que suelen acompañar numerosas informaciones sobre el lugar objeto del pacto, pues la normativa de carácter local se concede restringida y exclusivamente a cada una de las poblaciones afectadas. También nos pueden advertir de su condición de nuevo centro de población o si son continuación de comunidades de vecinos ya existentes. A continuación pasamos a detallar las incidencias de cada una de las normativas dadas a estas poblaciones.

La primera de las pueblas en orden cronológico de concesión fue la de la villa de Alcalá de Moncayo. Se trataba de una villa de nueva creación que tomaba nombre del monte sobre el cual se levantaba y reunía tres lugares poblados en sus términos que, al decir de un monje de Veruela, *de estos tres lugares debían tener poco útil el convento y así resolvió deshacerlos y fundar uno*. Era o iba a ser una comunidad rural de nueva fundación pero heredera de otras tres en funcionamiento.

La posesión del territorio sobre el que se iba a levantar el nuevo núcleo poblacional pertenecía al monasterio ya desde la época de Ramón Berenguer IV y su hijo Alfonso II, como se dijo anteriormente, con un dominio que afirmaron mediante la compra de la jurisdicción a los señores de Borja y Tarazona, Fortún Aznárez y Pedro de Santa Cruz, supuestamente en octubre de 1155 [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 36 r.-v.], e incrementaron con bastante rapidez desde ese mismo año, bien por donaciones de los vecinos, mediante compras o por permutas a los mismos. El periodo de adquisiciones fue notablemente activo entre 1155 y 1188.

Traid ya funcionó como «granja» con anterioridad al nacimiento del nuevo núcleo como atestigua la documentación, al igual que lo hicieron las restantes localidades de las que luego se hablará, Pozuelo o Villamayor, y otras. Pero fue en 1231, cuando Jaime I concedió a Veruela licencia para hacer en el lugar de Cesadon una villa y conducir *gentes ad populandam eam* [A.H.N., Cód. 995 B, f. 84 v.]; licencia que se hizo realidad en 1238 a *vos pobladores qui agora venides a poblar e habitar personalment a est dito lugar*, concediéndoles un término que discurre *assi como la ocha enserra enta dentro, e de la part de suso entro a el termino de Anyon; e de la part de iuso entro a el termino de Ambel e de Bolbon* [A.H.N., Clero, carp. 3.779, n° 14]. De esos términos generales exceptúa el monasterio algunos y añade otros asimismo citados en el documento.

El pueyo, pues, sobre el que se levantó la población tenía *terras e terminos laurados e no laurados* y todo ello era entregado a los nuevos pobladores *deius estas conveniencias, fueros e usages scriptos e tallados en esta carta*. De los términos y obligaciones fijados en este fuero local, que remite al fuero de Zaragoza en todo aquello que no fuese en detrimento del derecho señorial que en él se estipulaba, se desprende el carácter de su régimen, señorial, y de su economía, agropecuaria, destacando la importancia del agua para el riego y la actividad profesional de algunos de sus pobladores.

Veruela, como señor de Alcalá de Moncayo se reservó el derecho de iglesia –para cuya edificación contaba con licencia del obispo de Tarazona– y de villa, además de solar para vivienda de los monjes y para la iglesia, más los clásicos derechos dominicales: hornos, molinos, batanes y baño. En lo concerniente a lo eclesiástico, el monasterio debía recibir las décimas y primicias y demás derechos de iglesia que *deven dar fideles christianos a so parrochial iglesia de Alcalá*, tanto de los frutos del campo como del ganado. También era potestad del monasterio tener en dicha parroquia un capellán y un escolano, y dotarla de libros, vestuario y cuantas necesidades tuviera. Los vecinos, solo excepcionalmente, a petición propia y con el consentimiento del abad y convento de Veruela, podrían nombrar capellán a sus expensas, aunque con renovación anual obligada y mientras lo permitiera el monasterio.

En cuanto a la villa, Veruela poseía la plena jurisdicción sobre ella y así lo hacía constar. Cautelas que trataban de evitar la pérdida del control señorial de la puebla a favor de otros poderes jurisdiccionales se manifestaban asimismo en el tenor de la carta de población, al prohibir la transmisión de bienes a manos muertas, y así especifica que *ninguno de los herederos de Alcalá nunca haya poder de donar, de vender, de empenyar, de camiar ni de alienar en ninguna manera, casas ni heredades de Alcalá a clérigo o a cavallero, ni a ninguna persona infançona o religiosa, ni a logar de orden*. Por otra parte, se estipula la condición de los nuevos vasallos como sujetos al monasterio, al puntualizarse igualmente en el dispositivo la imposibilidad de aquellos *de laurar heredades de otro logar sinon Alcalá*, pudiendo, en caso contrario, *le emparar la heredad e collir ent los fruytos que hi trobemos, por pena*.



Monasterio de Veruela. Claustro

En el aspecto económico, la carta de población ponía de manifiesto el carácter agrícola de Alcalá de Moncayo al establecer que los colonos, por cada casa, debían entregar al monasterio una fanega de trigo y otra de ordio, medida de Añón de Moncayo, en el mes de agosto, muestra evidente de la dedicación de parte del suelo del término de esta localidad a estos cereales.

Pero junto al secano, el agua, una de las constantes reivindicaciones de Veruela y causa de sus controversias con otros poderes jurisdiccionales o señoríos, quedaba regulada en cuanto a su utilización por parte de Alcalá de Moncayo pero también de Traid y la propia Veruela. De la ganadería y sus derivados, se menciona igualmente el diezmo a pagar y por él se conoce tanto los animales estabulados como los de caza o fauna silvestre. Las décimas y primicias debían satisfacerse por *criaçones de bestias, ço es de potro, de pollino, de bezerro, de cordero, de bruscos e porcellos e pollos; de queso e de lana de ovelas vazias, e de caça de mont, ço es de bonso e de porco e de ciervo*. Junto al carácter agropecuario de Alcalá se pone de manifiesto en la propia carta de población la principal actividad artesanal de sus habitantes, puesto que *cada un tecedor y cada un carbonero* deben pagar décima por su trabajo.

La repoblación de Pozuelo siguió a la anteriormente comentada de Alcalá de Moncayo. El valle llamado «lo Pozol» había ingresado en el patrimonio verolense por donación de Alfonso II en 1181. Cuando en mayo de 1245 los monjes otorgaron carta de población sobre el mismo [A.H.N., Clero, carp. 3.767, núms. 2, 3 y 4], en dicho valle ya había establecida una granja que supuestamente habría sido regida y trabajada hasta dicha fecha por los propios religiosos.

En el caso de Pozuelo, los documentos que van a regular la explotación de la granja se dan por partida doble. Por un lado se expide el consabido ordenamiento local por parte del monasterio, que lo hará en términos muy semejantes al de Alcalá de Moncayo aunque algo más restrictivo, puesto que el monasterio se reserva, al igual que en aquél, todos los derechos de villa, señorío y eclesiásticos, pero además estipula el derecho de sus ganados a pacer y beber en sus pastos, y no contempla la posibilidad pactada de que los vecinos puedan establecer clérigo. Asimismo prohíbe la labranza de heredades en Pozuelo a quienes no fueran vecinos del mismo, y la población se acogerá igualmente al fuero de Zaragoza en todo lo que no estuviera indicado en el establecimiento de forma expresa.

Así pues, en él aflora igualmente el carácter agropecuario de la granja de Pozuelo, con la única diferencia que el cereal aquí utilizará la medida de Magallón, y que no hay alusión alguna a ejercicio profesional concreto. También se menciona su situación geográfica, primero de manera amplia –entre Rueda y Magallón– para, seguidamente, concretar los términos, *ço es, de la font de Cardet entro a la Font Pudia, e de las vertientes de las pennas de Magallon entro al forcallo de Paretas Ruvias*.

Estos límites habían sido fijados en su momento por el partidor real; sin embargo, siempre fueron motivo de fricción con los vecinos. Ya en 1181, fecha del otorgamiento real, el monasterio tuvo que buscar la intervención del monarca por problemas con Blasco Maza y los vecinos de Magallón por una parte, y los de Pedrola por la otra [A.H.N., Clero, carp. 3.781, n° 7], reafirmandose Alfonso II en los términos antes reseñados. Nueva mojonación entre Magallón, Pedrola y Fuenpudia con Pozuelo volvió a hacerse en 1304.

Tanto en el caso de Alcalá de Moncayo como en el de Pozuelo, el monasterio se comprometía a mantener la propiedad del lugar y defender a los vecinos. En contrapartida éstos no podían vender sus propiedades a manos muertas. Al parecer esta orden se contravino en el caso de Pozuelo, ya que en 1342 el monasterio tuvo que ordenar a los infanzones que habitaban en él que dejaran su hacienda y fueran a morar a otro lugar. Éste era un caso muy frecuente pues más adelante se expondrá cómo también se producía esta situación en otros lugares del monasterio.

Paralelamente al ordenamiento jurídico comentado, otorgado por el monasterio, hubo otro contrato en donde constaba la aceptación y consentimiento de los pobladores, todo ello en la misma fecha y redactado por el mismo monje que el diploma anterior [A.H.N., Cód. 995 B, f. 92 r.]. En este segundo texto, la intitulación la constituyen diez fiadores citados nominalmente que, en representación propia y del resto de los pobladores, reciben la granja de Pozuelo de manos del abad y se comprometen, bajo pena de doscientos morabetinos, a tener casa y habi-



tar en la misma en el plazo de dos años, y a no poder vender, cambiar o enajenar la heredad hasta transcurrido dicho plazo. Perdiendo todo derecho aquellos vecinos que no vinieren o vendieren la heredad antes del término fijado.

Un año más tarde, Veruela procedió a la repoblación con nuevos vecinos de la tercera de sus granjas, la de Villamayor. Este lugar, cuyo dominio había sido transferido a Veruela juntamente con otros lugares, en 1177, por Alfonso II, era parcialmente propiedad monacal antes de esa fecha, pues en 1151 había comprado la mitad de la misma a Gilberto, hijo del conde Guillermo.

Explotada directamente por el monasterio durante algún tiempo como establecimiento agrario, en octubre de 1246 la concedió a nuevos pobladores [A.H.N., Clero, carp. 3.767, nº 9]. Situada *entre Bolbuen e Rabas*, sin mayor precisión, la granja de Villamayor fue entregada para poblar en los mismos términos que las dos anteriores, siendo el tenor del documento legislativo concedido, con su detallada normativa, casi un calco del de aquéllas, sobre todo de la de Pozuelo en sus reservas. Aspectos remarcables son el monopolio de horno y molino por parte de Veruela y la adopción de la medida de Borja para el censo anual de cereal. Ahora, en cambio, es novedad el pago treudal de *XX nietros de puro mosto*, testimonio taxativo de una de las dedicaciones agrícolas de la comarca. Como siempre, todo lo no especificado en el ordenamiento local quedaba sujeto al fuero de Zaragoza.

La última regulación legislativa de Veruela de la que se conserva constancia documental antes de la guerra con Castilla fue, ya casi en el último cuarto del siglo XIII, la de Vera de Moncayo. Esta población, en el somontano del Moncayo, antes de pasar a dominio verolense había pertenecido al señorío de Borja y de aquel tiempo se conoce la carta de población que Blasco de Huesca le otorgara en 1162 [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 28 v.-29 r.]. Se trataba, según el verbo dispositivo, de una donación a *meos populatores qui estis de Bera... ad populare Bera cum suis terminis a fuero de Saragoça*, sin ninguna normativa especial de naturaleza jurídica.

La pertenencia de esta villa y su castillo al dominio verolense se produjo en 1172, por concesión de Alfonso II como se ha dicho, quien asimismo le hizo confirmación de ella en 1181; aunque, desde 1164, el monasterio había emprendido una política adquisitiva dentro de ella por medio de compras, donaciones, empeños y permutas, continuada al menos hasta bien entrado el siglo XIII y a la que igualmente contribuyó Alfonso II que, en 1194, lo reafirmó en la posesión de las casas de Vera de Moncayo que estaban en manos sarracenas.

Sin embargo, Veruela tuvo diversos conflictos acerca los términos de Vera de Moncayo con sus vecinos que obligaron a los consiguientes reajustes y amojonamientos. En 1236 se suscitó el primero con los habitantes de Trasmoz, debiendo intervenir el rey a instancias del monasterio y haciendo el señalamiento de término Pedro Cornel y el justicia de Aragón Pedro Pérez. El camino de

Veruela a Tarazona fue tomado como límite, siendo de dicho camino hacia arriba de Trasmoz y del mismo hacia abajo de Vera de Moncayo. En el mismo documento se hizo determinación de límite entre Veruela y Trasmoz [A.H.N., Clero, carp. 3.766, nº 8].

Algunos años más tarde (1245) el pleito surgió entre Veruela y Tarazona a causa del término entre esta última y Vera de Moncayo. De nuevo fue partidior el justicia de Aragón que señaló dónde debían colocarse los mojones de determinación, quedando delimitado de la manera siguiente: *fo al fondon del termino... en la talaya que es dita de Bera e mando que... del sendero que viene de Bulbiente como va el cabo entro a la talaya, como aguas bierten enta Taraçona fosse de Taraçona, e como aguas bierten enta la val de Bera e de la Figuerola que fosse de Bera e de los monges, e la talaya fosse mollon. E vino de la talaya descendendo por el cerro inso entro al cabeçolo que es sobre la pieça que es dita de la Mezquita, e de traveso en tal plano, e de si e de cabo ad un pedregal que es çercha el dito sendero de Valbuen, e di en suso fo por el sendero entro alli o se parte el dito sendero e la carrera que va ad Ambel, e mando alli fincar mollon. E mando que assi como avie pediado enta Bera fosse de los monges, e enta Taraçona fosse de Taraçona; e di en suso, como aguas bierten enta Taraçona fosse de Taraçona, e como aguas bierten enta Bera fosse de los monges* [A.H.N., Cód. 995 B, ff. 17 r.-v.].



Monasterio de Veruela. Iglesia. Lauda funeraria del infante Alfonso, hijo de Jaime I

De suponer es que estos límites serían equivalentes a los asignados en la primera carta de población, «la vieja», que Veruela otorgó a la granja de Vera de Moncayo en 1288, aunque en ésta se citen otros accidentes geográficos para la descripción [A.H.N., Clero, carp. 3.769, nº 10]. Los nuevos pobladores, en número de setenta y uno —entre ellos doce mujeres—, son citados nominalmente y reciben en nombre propio y de los futuros habitantes la villa de Vera de Moncayo con términos y pertenencias.

El tenor de dicha puebla responde a las mismas características que las antes citadas, incluida la adscripción al fuero de Zaragoza, aunque es el más completo de todos ellos. Después del acotamiento del espacio entregado y la fijación del sistema de aguas a gozar, se señalaban las *conveniencias e usages e fueros que escritos son en esta carta*.

El monasterio retenía para sí el castillo de Vera de Moncayo *con toda su tallada aderedor e la plaça delant el dito castiello*, la cual asignaba para iglesia y abadía, además de la plaza de entrada a la villa; igualmente quedaban bajo su dominio los monopolios señoriales —hornos, molinos, batanes, baños y lagares—, más el derecho a cortar cuanta madera precisara del encinar de Vera de Moncayo para uso de *la rueda del batan e de la pila del batan de Trayt e pora los molinos de Vera e de Beruela e de Trayt*. Consecuentemente estaban obligados a moler, cocer y adobar trapos en estos establecimientos, *segund el uso e la costumpne de Annon e de Alcalá*, y no en otros lugares, bajo multas específicas.

Los habitantes de Vera de Moncayo quedaron asimismo sujetos a un treudo anual de cien cahices de trigo, medida de Tarazona, a pagar el día de San Miguel, y de trescientos sueldos jaqueses pagaderos cada mes de enero. La renta eclesiástica a percibir por el monasterio era similar a la ya descrita para otros lugares. Es decir, cobrarían décima y primicia de pan, vino, aceite, lino y cáñamo, además de la que deberían pagar por los ganados. La iglesia, su regimiento y mantenimiento correría a cargo de Veruela aunque, con voluntad del abad, podría haber misa anual o perpetua a cargo de los habitantes de Vera de Moncayo. Como en el caso de la carta puebla de Alcalá de Moncayo, los menestrales, *como son carboneros e texedores*, debían dar décima y primicia por razón de su oficio, *segund que es costumpne en Annon*.

El poder judicial también era patrimonio monacal pero acordado bilateralmente, por lo cual se estipulaba *que el abat e el convento de Beruela hayan poder por siempre de tener cadanno justicia e jurados en Vera, vezinos del dito lugar, con consello del concejo de Vera, los quales justicia e jurados juren en presencia del dito concello*. La vinculación de los campesinos con el titular del señorío también se mantenía en la misma línea que la de los otros núcleos de población analizados. Sólo los habitantes de Vera de Moncayo podían trabajar las tierras de dicho término; si no pagaban el canon estipulado o las mantenían yermas por dos años les eran arrebatadas y entregadas a otro propietario; no podían vender ni enajenar sus heredades mas que a comprador que viniese a morar allí. Únicamente se hacía una excepción con los vecinos de Alcalá de Moncayo pero condicionada: *con consiello nuestro* y siempre que el habitante de *Alcalá trille en Vera el pan de la heredad de Vera, pague sus impuestos y jure no dar como dote la heredad a ningún hijo que case fuera de ambos lugares*. Por su parte, el monasterio exponía su compromiso hacia la nueva población de protegerla y no enajenarla.

En esta misma dirección, al tiempo que para salvaguardar sus intereses se fijaban fuertes prohibiciones. Ningún vecino de Vera de Moncayo podía criar a hijo de

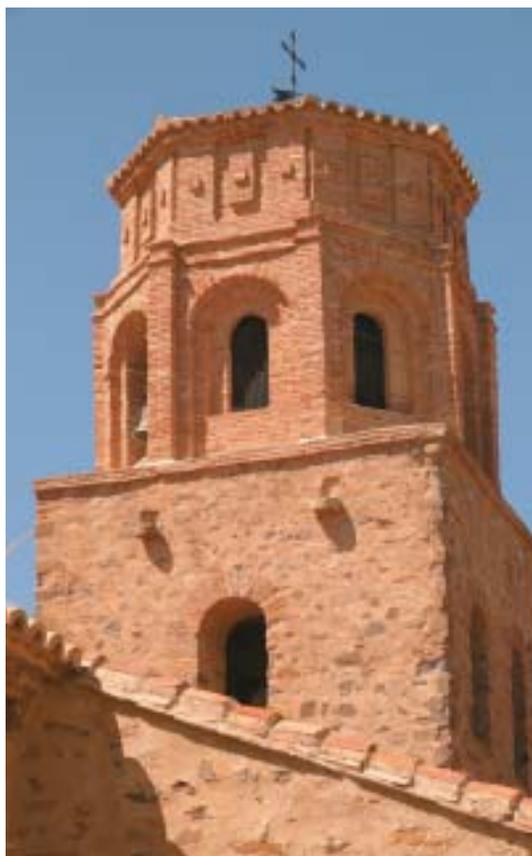
caballero o infanzón, ni entrar a su servicio de manera que pudiera verse obligado a luchar contra el señorío. Y, como siempre, clérigos, caballeros y demás personas infanzonas o religiosas quedaban excluidas de la transmisión de casas y heredades, incluso los hijos propios dedicados a la Iglesia, salvo que pagasen el censo como si de un lego se tratara.

Como novedades de esta puebla respecto a sus homólogas pueden resaltarse la presencia de nuevos impuestos como cena y hospedaje, el pago del treudo parcialmente expresado en metálico, mención al cultivo de hortalizas en los huertos que, por otra parte, no pagan impuesto, la prohibición de no dejar yerma la tierra en dos años bajo pena de perderla y la aparición de nuevos cultivos como el olivo, el lino y el cáñamo.

Como Alcalá de Moncayo, Vera de Moncayo tenía molino, horno y batán en manos del monasterio, y, como Villamayor, poseía vino, aunque su venta durante el mes de julio era monopolio del monasterio caso de tener éste cosecha propia en el lugar. Además, en Vera de Moncayo es primicia exclusiva entre los lugares vasallos de Veruela la obligatoriedad de realizar escritura de venta únicamente por mano del escribano público de la localidad.

A mediados del siglo XIV, la mencionada guerra entre Pedro IV de Aragón y Pedro I de Castilla (1357-1369), coincidiendo con las secuelas de la Peste Negra y demás epidemias que durante este siglo se sucedieron, incidió negativamente en las tierras del dominio verolense. La crítica situación de Bulbuent y Villamayor llegó a tal extremo que el monarca ordenó a los habitantes de Borja, en 1361, acogieran a los vasallos del monasterio de Bulbuent y Villamayor para que en dicha villa pudieran entrar, vender y guardar sus frutos. Villamayor, según testimonio del libro-registro de los privilegios de Veruela, todavía en el siglo XVIII, *está tan derruído que aun vestigios casi no se allan*.

La misma comunidad de Santa María de Veruela se vio forzada a trasladarse a Zaragoza como recoge un documento de 1362: *plegado capitol del abat et convento de*



Litago. Torre de la iglesia



Monasterio de Veruela. Campanario medieval

los monges del monesterio de Beruela en la ciudat de Caragoça, en las casas do agora los ditos abat e convento habitan por occassion de la guerra que yes entrel senyor rey de Aragon e sus gentes, de la una part, et los reyes de Castiella et de Navarra e las gentes de los ditos regnos, de la otra... [A.H.N., Clero, carp. 3.774, n° 12].

Pero no fue sólo la despoblación lo que afectó a Veruela. Pedro I llegó a dominar Tarazona, Borja, Calatayud y la mayoría de las tierras circundantes provocando que algunas poblaciones se pasaran a su obediencia; éste fue el caso de los vasallos de los lugares de Pozuelo, Maleján, Villamayor, Bulbueute y Litago, quienes, además, abandonaron las casas.

Junto a toda esta ruina material también se perdieron montes, aguas y términos, arrebatados por sus vecinos, por lo que Veruela tuvo que recurrir al Ceremonioso para su defensa, a la vez que impetraba el perdón real para que sus vasallos pudieran volver de nuevo a su obediencia sin represalia alguna, lo que logró en 1366 [A.H.N., Cód. 319 B, f. 5 r.]; y peligraron algunos privilegios del monasterio, como el que Jaime II les había concedido en 1271 de que no pudiera prenderse a sus moros vasallos y que el mismo monarca tuvo que confirmar de nuevo en 1376 [A.H.N., Clero, carp. 3779, n° 3].

Por fin la guerra fue tocando a su fin. La recuperación de los castillos de la zona se lograría en 1366-1367, procediéndose seguidamente a la reorganización defensiva de la misma. Una muestra de ello se halla en el pleito que Veruela sostuvo, en 1381, con Magallón a causa de la fortificación que el monasterio llevaba a cabo en su granja de Muzalcoraz, levantando torres y muros, y que se solventó con la correspondiente autorización de Pedro IV [A.H.N., Clero, carp. 3780, n° 4].

En coincidencia con la política de reconstrucción material se procedió asimismo a la demográfica, otorgando una serie de confirmaciones o concesiones *ex novo* de cartas pueblas que otra vez fijaran y atrajeran a la población cristiana en su dominio. Fueron vinculadas al señorío eclesiástico de Veruela en esta segunda colonización varias poblaciones.

La primera en recibir nuevo establecimiento fue la villa de Vera de Moncayo, el cual tuvo lugar en julio de 1368. Esta puebla, llamada «segunda», se hizo necesaria debido a la despoblación ya citada, provocada por las guerras habidas entre Aragón, Castilla y Navarra, lo cual causaba graves perjuicios al monasterio, que procedió a conceder nuevo permiso para corregir esta situación. Aunque en este caso el acta correspondiente no se ha conservado, su ausencia queda subsanada en el libro-registro de Veruela, donde se consigna que *la poblaron 32 hombres con sus familiares, nombrados en dicho acto de puebla*, y recoge los puntos principales de su normativa, copiados en el mismo extracto [A.H.N., Cód. 319 B, ff. 22 v.-23 r.]. Los comentarios sobran, pues vienen a coincidir con el tenor de la primera, siendo posiblemente una confirmación de la misma.

El lugar de Alcalá de Moncayo, que había quedado en manos castellanas, juntamente con Tarazona en 1357 y que, como a Vera de Moncayo, le había afectado la despoblación, vio restablecido su estatuto de convivencia por confirmación de la antigua carta de población en octubre de 1380, por acuerdo del justicia, tres jurados, ocho vecinos determinados y el conjunto del concejo reunidos en el castillo, *según tenían por costumbre*. Todo lo especificado en la carta puebla debía ser aceptado tanto por los vecinos que entonces había como por aquellos que lo fueran en el futuro.

Un caso de cumplimiento de la puebla, referente a la fijación de la población y de las heredades, se constata en la compra que Diago Martínez, vecino de Añón de Moncayo, hizo de cuatro viñas en término de Alcalá de Moncayo, en 1394, en cuyo contrato especifica que *por observar, guardar, tener e cumplir las cosas e condiciones en la carta de la puebla del dito lugar de Alcalá contenidas, prometo e me obligo desde agora pora la ora iuxta todo mi poder de dar e meter por vassallo del dito monesterio e por vezino o vezina habitant en uno de los lugares del dito monesterio -en aquell que a mi millor bien visto sera- uno de mis fillos o fillas que Dios por su merce dado me ha entro aquí o me dara por su merce daqui adelant. Et todo esto a conservacion de los actos, dreytos e condiciones en la carta de la dita puebla del dito lugar de Alcalá contenidas e especificadas a conservacion del dreyto del dito monesterio* [A.H.N., Clero, carp. 3.782, n° 13].

Pero no siempre lo legislado se observaba, pues, con frecuencia, los pobladores de una determinada localidad eran infanzones, o no pagaban las cargas señoriales por ausencia u otros motivos. En esta situación se encontró la comunidad vecinal de Alcalá de Moncayo en enero de 1393, por lo que, reunida en consejo, estableció la prohibición de transmitir propiedades bajo ningún concepto a quien no pagara contribuciones y demás cargas fiscales, y otorgó mayor fuerza legal a los colectores para que actuaran en caso de incumplimiento por parte de algún vecino [A.H.N., Clero, carp. 3.782, n° 12].

El último de los lugares dados a poblar del que se conoce el correspondiente contrato de establecimiento fue Pinillo, que luego cambió su nombre por el de La



Monasterio de Veruela. Torre del homenaje

Joyosa. Al parecer Pinillo había gozado ya anteriormente de ordenamiento jurídico local, según se desprende del tenor de un documento en que se menciona el término de segunda puebla [A.H.N., Clero, carp. 3.787, nº 7]. Sin embargo, al igual que en los restantes casos, Pinillo, debido a los acontecimientos pasados *ha grant tiempo que no es en memoria estava despoblado* [A.H.N., Clero carp. 3.787, nº 15] y ello motivó la nueva ocupación.

Dicho lugar pertenecía a la jurisdicción de Veruela desde 1177, por donación de Alfonso II, y se encontraba en la orilla del río Jalón, entre Marrán, Torres de Berrellén y Marlofa, lo que lo sitúa fuera de la comarca del Huecha. No obstante, la granja de Pinillo fue, como las anteriores, vehículo de la colonización verolense, quien extendió permiso para ello el 7 de enero de 1451 [A.H.N., Clero, carp. 3.787, nº 1].

La carta puebla de Pinillo, una de las más extensas, se separa algo del modelo utilizado en la comarca turiasonense. La población quedaba bajo el fuero u observancia de Aragón, siendo la jurisdicción civil y el derecho de señorío del monasterio, que retenía para sí la torre y la casa que al presente tenían. Son novedades el pago, junto a las décimas y primicias en especie, de una pecha compensatoria en metálico de mil trescientos sueldos en dos tandas; el abono del servicio religioso a la iglesia de Torres de Berrellén de dos cahices de trigo y dos de ordio *segunt antigüament pagar se solian*; la obligación de dedicar dos cahizadas de tierra por poblador, durante dos años, al cultivo de viña, etc. Sin embargo, ciertos inconvenientes que el monasterio encontró en su función dominial determinaron su venta, en 1528, a un vecino de Zaragoza por una cantidad de ochenta mil sueldos jaqueses más un treudo perpetuo de cien.

Pero además de todos los lugares citados, con los que el monasterio de Santa María de Veruela contribuyó a la repoblación de las comarcas de Tarazona y Borja mediante la concesión de sus granjas a grupos de vecinos para que fueran a poblarlas, hubo otras tantas poblaciones, igualmente convertidas en explotaciones agrarias, que el monasterio, al parecer, dirigió de forma directa siempre o durante la mayor parte de la Edad Media.

Uno de estos núcleos fue la granja de Muzalcoraz, heredad *de trescientas caiçadas de tierra blanca y cientos de viñas*, donación de Alfonso II en cuanto a la jurisdicción y cuya propiedad se procuró el monasterio aún antes de la cesión real por medio de compras, permutas, donaciones, renunciaciones, acuerdos y empeños. Su población era mixta, de cristianos y musulmanes, siendo los mudéjares, por regla general, la otra parte contratante en las transacciones citadas. La explotación de la tierra era similar al resto del dominio verolense, mencionándose el cereal, la viña y la huerta como principales recursos.

La granja de Muzalcoraz limitaba con la ciudad de Borja, los lugares de Añón de Moncayo y Gañarul y la villa de Magallón. Los problemas de Veruela con esta última fueron frecuentes, sobre todo por cuestión del agua del Huecha, usada para el riego de las tierras de la granja a partir de la acequia mayor de Magallón, aunque tampoco faltaron los suscitados por los pastos y paso de ganado, todo lo cual se prolongó más allá de la época medieval.

Otra población de las regidas por Veruela fue Litago, cesión de Miguel de Valmaza, que contaba con un fraile de Veruela como granjero. La obligación hacia el señorío del monasterio y la prohibición de deteriorarlo motivó, en febrero de 1391, que la población se reuniera en consejo y, con licencia de aquél, hiciera nuevo establecimiento y ordenación ante la anómala situación de algún vecino o propietario de tierras del lugar que, bajo ficticios argumentos, defraudaba fiscalmente, negándose a pagar la obligada pecha por las mismas.

En los capítulos establecidos se reiteró la prohibición de transmitir las propiedades a manos muertas por ningún medio y la obligación de pago de la pecha y demás cargas y contribuciones a cuantos fijaran en Litago su residencia [A.H.N., Clero, carp. 3781, n.º 15]. Se trata de una situación paralela a la ya señalada para Alcalá de Moncayo, que ocurriría dos años más tarde, y testimonio de que condiciones similares a las que conocemos por las cartas pueblas estudiadas, regían para los restantes establecimientos del señorío eclesiástico de Veruela.

Otras propiedades en explotación parcial fueron: Alanzar, pequeña población que desde 1289 estaba en la órbita verolense y que funcionaba como granja, la cual estaba situada en la ribera del Ebro y sus términos lindaban con los de Alfajarín, Nuez, Villafranca y el mismo río. Debido a su lejanía del monasterio —*XX^o leucas distat*— y al hecho de que las guerras, los años de sequía y las molestias que el noble Luis Cornel le reportaba habían dejado el lugar *depopulatus et destructus*, Veruela se

lo arrendó al lugar de Pina a censo perpetuo, no sin problemas, en la época medieval hasta los inicios del siglo XVII.

Asimismo, en Maleján funcionó una explotación agraria bajo la dirección de un monje de Veruela. En 1371 estaba como granjero fray Sancho de Canillac [A.H.N., Clero, carp. 3.771, n° 6]. En Alagón, lindando con *la carrera que va enta Caragoca e con el río de Exalon e con la carrera de Canales e con el braçal clamado del Lobo*, el monasterio poseía la granja llamada «del Puent», por la cual cobraba treudo. Igualmente arrendada tenían los monjes la granja de Ólvega, y acostumbra a citarse otras más.

De las localidades en que poseyó tierras, casas y/o heredades son a destacar los muchos contratos de arrendamiento que suscribió con la población mudéjar de Aranda de Moncayo, muestra del amplio espacio que cubría el dominio verolense y que, de formas diversas, contribuyó a la repoblación de la comarca turiasonense y aún más allá.

Bibliografía

- CABANES PECOURT, M^a D., 1984, «Cartas de población en el dominio verolense», *Aragón en la Edad Media*, VI, (Zaragoza), pp. 95-123.
- CABANES PECOURT, M^a D., 1985, «Los privilegios reales de Veruela en la segunda mitad del siglo XII», *Mélanges Anselme Dimier*, II, vol. 4, (Arbois), pp. 472-486.
- CABANES PECOURT, M^a D., 1985, *El libro-registro de Veruela*, Zaragoza, Editorial Anubar.
- CABANES PECOURT, M^a D., 1993, «Los mudéjares de Muzalcoraz y el monasterio de Veruela: datos de una economía en el siglo XII», en *IV Simposio Internacional de Mudéjarismo: Economía*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, pp. 143-149.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1979, «El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (valle del Huecha; siglos XII al XV)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, IV, (Borja), pp. 7-58.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1983, «Tarazona y sus términos en los siglos XV y XVI: derechos y privilegios», *Turiaso*, IV, (Tarazona), pp. 113-153.
- LEDESMA RUBIO, M^a L., 1987, «La ocupación social del espacio en las Cinco Villas (siglos XI-XIII)», en *II Jornadas de Estudios de las Cinco Villas*, Ejea de los Caballeros, Centro de Estudios de las Cinco Villas, pp. 48-62.
- LEDESMA RUBIO, M^a L., 1990, «Las cartas de población medievales en el reino de Aragón», en *Cartas de población, Fueros y Ordinaciones municipales de Aragón. Tercera Muestra de Documentación Histórica Aragonesa*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, pp. 21-30.
- LEDESMA RUBIO, M^a L., 1992, «Las cartas de población aragonesas y su remisión a los fueros locales. La problemática del fuero de Zaragoza», *Ius Fugii*, I, (Zaragoza), pp. 63-78.

Fuentes manuscritas

- Archivo Histórico Nacional, Madrid [A.H.N.], Códice 319 B.
- A.H.N., Códice 995 B.
- A.H.N., Clero, Carpetas núms, 3.763-3.789.

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ OTAL

El sentimiento de pertenencia a una comunidad histórica viene dado por un cúmulo de diversos factores. La línea divisoria entre Aragón y Castilla en las tierras del Moncayo, pobladas desde antiguo, quedó establecida en la Edad Media. Hasta entonces, sin embargo, las tierras situadas a un lado y otro de esta emblemática montaña ofrecieron rasgos geográficos, culturales y económicos similares entre sí.

Fue en el siglo XII cuando la adscripción política de sus habitantes comenzó a decantarse —ya fuese aragonesa, castellana o navarra—, afianzándose en las centurias siguientes para consolidarse en el siglo XV, cuando el factor político, inicialmente único, se vio fortalecido por otros de tipo jurídico y fiscal, en verdad los únicos capaces de dotar de realidad tangible a un límite imaginario.

Los caminos antiguos

En época romana varios caminos discurrían entre el valle del Ebro y la Meseta, atravesando las serranías del Sistema Ibérico: el *Item ab Asturica per Cantabria Caesarangusta* y el *Item a Turassone Caesarangustam*. Estas rutas permitían relacionar a la colonia *Caesarangusta* con uno de los núcleos urbanos más relevantes y activos de su *conventus* como era el *Municipium Turiaso*, y al mismo tiempo su prolongación hacia *Asturica* (Astorga) a través de la Meseta norte, pasando por ciudades como *Augustobriga* (Muro de Ágreda), *Numantia* (Numancia), *Uxama* (Burgo de Osma), etc., lo que le confería un marcado carácter estratégico y comercial. Tenían un claro antecedente prerromano uniendo distintas localidades indígenas y debieron jugar un destacado papel en las guerras de conquista entre romanos y celtíberos, como ha investigado la profesora M^a Ángeles Magallón. *Caravi* (Magallón), *Bursao* (Borja), *Balsione* (Mallén) y *Turiasso* (Tarazona) eran mansiones en el itinerario de estas calzadas [MAGALLÓN BOTAYA, M^a Á., 1999].

Los vestigios materiales y la potencia económica que se desprende del Municipio Turiasonense permite afirmar la importancia de este camino sobre todo durante

los primeros siglos del Imperio. Los miliarios hallados en la zona nos indican una reorganización viaria en época de Trajano en dirección a la Meseta frente al gran eje de comunicaciones ordenado por Augusto, que seguía el valle del Ebro de este a oeste a través del curso fluvial. La vida sobre estas rutas no se ha interrumpido a lo largo de la historia perdurando hasta la actualidad, ya que su trazado ha sido utilizado en gran parte por las vías medievales y modernas que enlazan las tierras de Castilla y Aragón.

Hasta el siglo XII las tierras del Moncayo y de los somontanos ibéricos no sufrieron una desmembración política duradera. Su núcleo más destacado, Tarazona, había sido ciudad ibérica, romana y visigoda, y con los musulmanes recuperó parte de su antigua importancia. Pero en torno al año 800 los andalusíes fundaron la ciudad de Tudela, que vino a sustituir a Tarazona como centro urbano principal entre el Moncayo y el Ebro; además, Tarazona perdió su condición de sede episcopal al emigrar el obispo al norte con la conquista musulmana. Durante la época islámica, el somontano del Moncayo y buena parte del Sistema Ibérico fueron un territorio marginal sin apenas trascendencia en la política cordobesa.

Los caminos medievales

Sabemos poco del sistema de comunicaciones medievales en la comarca. La comunicación entre Castilla y Aragón es fácil, debido a la existencia de una serie de pasos muy accesibles desde el Moncayo hasta Cuenca. Ante la escasa



Litago. Cañada hacia Trasmoz



Añón de Moncayo. Puente sobre el río Huecha

altura de las montañas ibéricas, no existen dificultades orográficas insalvables, y cada pocos kilómetros hay una vía de penetración accesible de un reino hacia el otro. Las tres más importantes eran la del río Queiles, la del Jalón y la de Gallocanta.

Por el río Huecha y desde la zona castellana son dos las vías fundamentales de penetración. La más importante de ellas se establece en la cabecera del Huecha, ya sea por el barranco de Morana o por el somontano norte, enlazando desde allí con el valle del Queiles. La segunda se establece por Talamantes, en la zona de las Peñas de Herrera.

La vía fundamental es el curso del Huecha, siguiendo su cauce desde Mallén, o desviándose hacia Gallur, Ebro abajo. A lo largo de esta vía natural de comunicación es donde se establecieron los recintos fortificados. El camino transversal más importante era el que desde Calatayud se dirigía a Tarazona, cruzando parte de las estribaciones de las sierras ibéricas. De este camino se conservaban todavía restos en pleno siglo XVII, como son las fondas abandonadas que existen en la región, localizadas por el profesor José Luis Corral en las cercanías de Talamantes y Alcalá de Moncayo. Persistiría una utilización en siglos posteriores de algunos tramos de las calzadas romanas.

Al camino de Calatayud se le unían toda una serie de vías secundarias procedentes del área del somontano, ya sea desde Litago, Lituénigo o San Martín de la Virgen del Moncayo. De todos los caminos, el más importante era el de Calatayud y el de la ruta del Huecha, que se dirigía por Añón de Moncayo hasta Castilla. Se ha loca-

lizado también un camino que unía Borja con Tarazona, jalonado por yacimientos romanos y medievales, y que discurría en la zona de contacto entre el valle y las estribaciones de la Muela de Borja, con algunos restos de calzada.

En la zona se conservan algunos puentes, localizados por José Luis Corral hace unos años. El de Trasmoz –en la confluencia del camino de Litago con el de Calatayud, que servía para vadear el riachuelo de Litago–; el de Vera de Moncayo, el de Alcalá de Moncayo –a mitad de camino entre esa localidad y Añón–, los dos de Añón de Moncayo, los mejor conservados de época medieval de la comarca y todavía en uso sobre el río Huecha [CORRAL LAFUENTE, J. L., 1979, pp. 12-13].

Los castillos y la formación de la frontera con Castilla y Navarra

La comarca cayó en manos de las tropas de Alfonso el Batallador poco después de Tudela, entre 1119 y 1120, pues según el historiador Jerónimo Zurita *lo primero que el emperador acometió ganada Tudela, fue Tarazona: que está a las faldas del Moncayo... Y fué-se ganando todo lo que estaba poblado en las riberas de aquel río de Tarazona* [ZURITA, J., 1987, vol. 1, lib. I, cap. XLV, pp. 147-148]. Inmediatamente se restauró la sede episcopal de Tarazona, se concedieron fueros a la ciudad y se inició una amplia política conquistadora y repobladora. En la determinación de la frontera en la Edad Media entre Castilla y Aragón intervinieron de manera decisiva varios factores fundamentales: el ejército, las comunicaciones y la creación de una política aduanera y fiscal a partir del siglo XIV.

La formación de la frontera castellano-aragonesa se remonta a 1137, tras la muerte de Alfonso el Batallador. Aragón perdió definitivamente las tierras situadas en el lado occidental del Moncayo (Soria y el Alto Duero) en favor de Castilla, mientras que Tarazona sería recuperada para Aragón en 1143 por Ramón Berenguer IV.

El primer intento de crear una frontera perfectamente delimitada como una línea divisoria entre los dos reinos data de 1151 con la celebración de la Vista de Aguas Caldas, en la cual Castilla y Aragón se repartieron las tierras de Navarra, *y dividiesen por mitad la ciudad de Tudela con sus términos y todos los castillos que tenía el rey D. García desta parte del Ebro hasta Moncayo, sacando aquellos lugares y castillos que pertenecían al príncipe [de Aragón]*, según Zurita [ZURITA, J., 1987, vol. 1, lib. II, cap. X, p. 216]. En 1170 entraron en guerra Aragón y Castilla por la demarcación de Tarazo-



Grisel. Castillo



Añón de Moncayo. Patio del castillo

na. La localidad de Trasmoz cayó en manos navarras, pero sería devuelta a Aragón en 1185, firmándose la paz en 1196, en el término de La Mesa de los Tres Reyes.

En 1204 se concertaron los límites definitivos entre Castilla y Aragón en las Vistas de Campillo Susano. Una delegación de cada reino se juntó en Lagunarrota, entre Verdejo y Sauquillo. Allí se declaró: *que se incluya en el Reino de Aragón todo el Monte Moncayo por las vertientes de las aguas hacia Aragón y como van a salir a la Laguna Negra, y de allí a Peña Amarilla y a las Peñas Royas y al Campillo Susano y a la Peña Melgrana y a la Piedrabita* [ZURITA, J., 1987, vol. 1, lib. II, cap. L, p. 307]. Esta frontera quedó prácticamente inamovible a lo largo de toda la Edad Media, y coincide con la actual línea divisoria entre las provincias de Zaragoza y Soria, salvo los reajustes de 1833.

La frontera de Aragón y Castilla se mantuvo durante toda la Edad Media en un constante estado de alerta, aunque los enfrentamientos bélicos serios no fueron demasiados (años 1170, 1253, 1289-1291, 1356-1369, y 1429-1435). En tres siglos y medio tan sólo 25 años de enfrentamientos militares (un 7%), y aún éstos de modo discontinuo [CORRAL LAFUENTE, J. L., 1992, p. 192].

Evidentemente, hubo alteraciones en el control del territorio. Pedro II entregó en 1212 el castillo de Trasmoz a Sancho VII de Navarra a cambio de dinero prestado. Años después y para financiar sus planes de conquista del reino de Mallorca, su hijo Jaime I tuvo que pedir también prestado dinero a Sancho VII. El rey de Aragón siguió entregando castillos en la zona del somontano del Moncayo en 1231



Lituénigo. Puerta de acceso al castillo

–Ferrera, Zalatambor, Daymuz, Castell Aybib, las Peñas Faxina y Redonda, Ferrellón–, recuperándolos por la fuerza a la muerte del soberano navarro y poniéndolos en manos del obispo de Tarazona.

El deterioro de las relaciones entre Navarra y Aragón llevó a ambos reinos a una guerra. Entre 1276 y 1278 se fortificaron las fronteras aragonesas de Castilla y Navarra [ZURITA, J., 1977, vol. 2, lib. IV, cap. I, pp. 10-11]. Para afrontar con éxito la guerra contra Navarra era necesario mantener en paz las fronteras con Castilla. En 1281 se reunieron entre Ágreda y Tarazona los reyes de Castilla y Aragón, firmando las paces. En 1285 los lugares de frontera avizoraban al enemigo navarro, pero en 1289 los castellanos romperían la tregua y entrarían en Aragón por Tarazona. Toda la comarca quedaría en paz en 1291.

Pero las hostilidades mayores entre los reinos de Castilla y Aragón llegarían en el período 1357-1369 con la llamada *Guerra de los dos Pedros*. En 1357 los

castellanos penetraron por el valle del Queiles y se apoderaron de Tarazona y Alcalá del Moncayo. En 1361 Tarazona ya estaba de nuevo en manos aragonesas. El rey de Aragón Pedro IV, ordenó la destrucción de Mallén y Torrellas entre otros pueblos de la frontera, así como los pueblos no guarnecidos. El castillo de Añón de Moncayo fue preparado para la defensa y resistencia.

Los castellanos iniciaron su gran ofensiva en la primavera de 1363, tomando Tarazona, Borja, Magallón y gran parte del somontano ibérico. Ante los grandes gastos de los dos ejércitos se acordó una tregua durante el verano de aquel año. Pedro I el Cruel, rey de Castilla, dominaba toda la franja occidental aragonesa.

La ayuda francesa fue vital para Aragón en la contraofensiva, y entre marzo de 1366 y abril de 1367 se reorganizaron los castillos de la frontera, reconquistados a los castellanos. Al morir Pedro I el Cruel, la guerra concluyó.

Las secuelas fueron terribles para ambos lados: la sinagoga mayor de Tarazona estaba destruida en 1368 a causa de la ocupación castellana durante la contienda.

La localidad de Vierlas estaba despoblada en 1359 tras el primer ataque castellano. En 1372 las murallas de Tarazona resultaban inservibles. Tras el conflicto fue preciso repoblar algunas localidades del somontano del Moncayo, como Vera de Moncayo y Alcalá de Moncayo. Todavía perduraban las secuelas de la Peste Negra de 1348 y de varios años de malas cosechas [CORRAL LAFUENTE, J. L., 1992, pp. 198-201].

La economía quedó maltrecha y empeoró el modo de vida de los siervos frente a una nobleza cada vez más pujante, que comenzaba a construirse grandes castillos y palacios aprovechando el momento de debilidad de la monarquía, aunque en el somontano del Moncayo –Añón de Moncayo, Lituénigo– no presentarían la magnificencia que en otras zonas del reino.

Entre las grandes familias de la nobleza presentes en la comarca estuvieron los Luna y los Urrea, enfrentadas entre sí. Los Luna cayeron en desgracia tras el Compromiso de Caspe y la elección de Fernando de Antequera como rey de Aragón (1412). Los Urrea tomaron el relevo a la cabeza de la nobleza aragonesa. Don Antonio de Luna, en rebeldía por la elección del Trastámara, se refugió en el castillo de Trasmoz y se le unieron la mayor parte de los pueblos de la ribera del Huecha. Pero las tropas del rey acabaron por derrotar al conde de Urgel y a su aliado el conde de Luna, restableciendo la calma en el reino.

En 1425 estallaron de nuevo las hostilidades entre castellanos y aragoneses. En 1429 los castellanos fueron derrotados en la batalla de Araviana. Todos los alcaides de los castillos de la frontera obedecieron al rey de Aragón menos el de Trasmoz, que pasó a manos de los castellanos por orden de su señor don Fadrique, conde de Luna, que se hizo vasallo del rey de Castilla. En 1436 se firmó «paz perpetua» entre Aragón y Castilla, y Navarra [ZURITA, J., 1980, vol. 6, lib. XIV, cap. XXXVI, pp. 134-136].

En la actualidad los restos de fortificaciones medievales son todavía muy abundantes, sobre todo en el curso alto del Huecha, donde cada núcleo de población estuvo protegido por un castillo –Lituénigo, Litago, Trasmoz, Vera de Moncayo, Alcalá de Moncayo, Añón de Moncayo; ésta última, además, con recinto fortificado–.

El castillo de Trasmoz, estudiado por José Luis Corral, dominaba ampliamente el paso hacia el Moncayo por los valles del somontano y a la vez la gran vaguada denominada la Valluenga que sirve de colector de todos los arroyos que proceden del Moncayo. Esta vaguada es a la vez vía natural de comunicaciones entre los diferentes núcleos poblados del somontano, y de allí parten los caminos hacia Tarazona, Borja y Castilla. Los restos más antiguos son del siglo XII, y se le fueron añadiendo construcciones sucesivamente hasta que fue abandonado a fines del siglo XV, cuando Castilla y Aragón cesaron sus luchas fronterizas y se unieron bajo una misma corona [CORRAL LAFUENTE, J. L., 1982].



Añón de Moncayo. Torre de Morana

A ello hay que unir la decadencia de la nobleza –Trasmoz pertenecía a la familia de los Urrea– frente al poder de la monarquía. La nobleza tendía a hacerse cortesana abandonando los castillos que detentaba, como el de Trasmoz. Hoy en día está siendo restaurado y es sede de un Centro de Interpretación de las Creencias Medievales.

En cambio el castillo de Lituénigo pertenecía en el siglo XV a un señorío más modesto, el de los López de Lapuente, y los de Litago y Vera de Moncayo al dominio monacal de Veruela. Otros castillos, como el de las Peñas de Herrera, a 1.593 m de altitud, cumplían la misión estratégica de vigilar el paso desde Castilla hacia Aragón por Beratón y el barranco de Morana [CORRAL LAFUENTE, J. L., 1979]. En el centro de este abrupto barranco existe una espectacular mole rocosa, la Torre de Morana, aparentemente regular, a la que se le ha atribuido factura humana. Su posición estratégica debió ser aprovechada para controlar el paso a Castilla y hacer un alto en el camino, pues la circunda una explanada en la que, antaño, acampaban los segadores que volvían de trabajar en Castilla. En 1953 Federico Bordejé visitó el paraje y anotó en su cuaderno que además hubo unas torres de obra al inicio y al final del barranco.

Tarazona, capital comercial

Históricamente, la ciudad de Tarazona tuvo la peculiaridad de ocupar una estratégica encrucijada, al estar muy próxima tanto a la frontera de Castilla como a la de Navarra. Las rutas trashumantes atravesaban el somontano del Moncayo, canalizando una valiosa actividad ganadera entre el valle del Ebro y la Meseta castellana [FERNÁNDEZ OTAL, J. A., 1992], al tiempo que sus huertas eran primorosamente cultivadas. En el siglo XIV, como sucediera en Calatayud y en Daroca, se instalaron en la ciudad mercaderes catalanes, así como castellanos, navarros y algunos franceses que dinamizaron su actividad económica –comercio de paños de lana, especias, cueros, etc.– y financiera.

Las ferias de Tarazona eran concurridas, al igual que sus mercados [DIAGO HERNANDO, M., 1999]. A lo largo de la divisoria con Castilla y Navarra se implantaron peajes y aduanas reales a partir de 1363, factores fiscales que influyeron decisivamente en la configuración de la frontera entre Aragón y los estados vecinos y, por ende, en la definición del espacio aragonés. En 1376 aumentó el número de centros aduaneros, incorporándose a ellos Tarazona y, a partir de 1446, Torrellas, Los Fayos, Vera de Moncayo y Añón de Moncayo [SESMA MUÑOZ, J. Á., 1992, pp. 38-42].

Cabe resaltar la gran importancia mercantil del camino que unía Magallón, Borja y Tarazona, capaz de servir de enlace con las tierras castellanas, riojanas y



Tarazona. Torre del despoblado de Samanes

navarras. El punto principal era Tarazona, cuyas recaudaciones anuales le situaban en el lugar duodécimo de todo el reino, como ha señalado el profesor José Ángel Sesma [SESMA MUÑOZ, J. Á., 1992, p. 43]. Presentaba una mayor incidencia de las importaciones frente a las exportaciones.

En otro sentido, la proximidad de la frontera, las guerras y las sucesivas crisis y calamidades influyeron para que algunos lugares quedasen despoblados en la Baja Edad Media: Samanes, Samangos, Peñas Blancas o Cabezo La Mata.

Trás quedó el espíritu de frontera. Hoy la comarca de Tarazona se renueva y crece con brío mientras sigue reconociéndose en el Moncayo, en buena vecindad con las gentes de sus cuatro puntos cardinales.

Bibliografía

- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1979, «El sistema defensivo aragonés en la frontera occidental (Valle del Huecha; siglos XII al XVI)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, IV, (Borja), pp. 6-58.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1982, «El castillo de Trasmoz: estudio arqueológico», *Turiasso*, III, (Tarazona), pp. 167-223.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1992, «La frontera entre Aragón y Castilla en la región del Moncayo en la Edad Media», en *Borja y La Raya occidental de Aragón*, Zaragoza, Centro de Estudios Borjanos, pp. 189-209.
- DIAGO HERNANDO, M., 1999, «Desarrollo de las ciudades aragonesas fronterizas con Castilla como centros mercantiles durante el siglo XIV: Tarazona, Calatayud y Daroca», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 74, (Zaragoza), pp. 211-246.
- FERNÁNDEZ OTAL, J. A., 1992, «La trashumancia entre el Valle Medio del Ebro y el Moncayo a fines del siglo XV», *Turiasso*, X, t. I, (Tarazona), pp. 225-239.
- MAGALLÓN BOTAYA, M^a Á., 1999, «Las vías romanas en Aragón», en *Caminos y comunicaciones en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 49-51.
- SESMA MUÑOZ, J. Á., 1992, «Aduanas y peajes aragoneses con Castilla y Navarra», en *Borja y La Raya occidental de Aragón*, Zaragoza, Centro de Estudios Borjanos, pp. 29-44.
- ZURITA, J., 1987, 1977 y 1980, *Anales de la Corona de Aragón*, ed. de CANELLAS LÓPEZ, Á., Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», vols. 1, 2 y 6.

Una sociedad rural en transformación: el tránsito de los siglos XIX-XX (1872-1914)

GLORIA SANZ LAFUENTE

Un acercamiento a la población y la economía de la Comarca

La comarca de Tarazona y el Moncayo era a finales del siglo XIX una sociedad fundamentalmente agraria dominada por sectores de pequeños propietarios y labradores. Enclavada en una zona de transición, la ribera del río Queiles presentaba una articulación económica basada en la mezcla de varios cultivos. Las zonas del somontano del Moncayo poseían, por su parte, una dedicación cerealista y ganadera con escasos espacios de regadío y con una economía en la que la utilización del monte se convertía en un importante complemento para la subsistencia campesina.

Las actividades industriales y comerciales se centraban en Tarazona [CUESTA CHÁVARRI, J. A., 1995]. Allí se concentraban un mayor número de oficios y artesanos e incluso algunas instalaciones fabriles de carácter textil dedicadas a la transformación del cáñamo, la lana o el lino. La Fábrica de Hilados y Tejidos, fundada en 1890, o la de Hijos de Tomás Montes, procedente de los antiguos pelaires, serán las más importantes por estas fechas y tendrán una mano de obra casi exclusivamente femenina. En otros casos serán industrias agroalimentarias como la harinera Fábrica El Cubo, abierta en 1870, o la de Hijos de Doroteo Francés, las que también ocuparán a un sector de la población. Otras iniciativas industriales fueron las relacionadas con la producción eléctrica como Electra Turiaso (1895) o Electra Vozmediano (1905).

A finales de siglo las familias campesinas experimentaban el primer golpe de un largo proceso de globalización de la economía. Con el desarrollo de los transportes se producía un incremento del comercio con el exterior y los productos agrarios de países como Estados Unidos o Argentina llegaban a Europa a precios más bajos. Desde 1870 hasta 1890 los precios de los cereales sufrieron un enorme descenso. A esto se unía la crisis que ocasionó el problema de la filoxera sobre las superficies de viñedo [FORCADELL, C., y GERMÁN, L., 1988]. Estos hechos originaron la ruina de muchos campesinos que se vieron obligados a vender sus fincas, se endeudaron y tuvieron que emigrar.

En conjunto, durante este periodo la zona presentaba una situación de crecimiento de la población, aunque ésta se distribuía de manera desigual. Mientras que Tarazona actuaba en gran medida como receptora de emigración comarcal, otros municipios comenzaban ya a perder vecinos. Así, Añón de Moncayo, San Martín de la Virgen del Moncayo, Torrellas o Vierlas mostraban ya descensos entre 1877 y 1910. Otros como Litago, Lituénigo, Los Fayos, Malón, Santa Cruz de Moncayo, Torrellas, Trasmoz o Vera de Moncayo también experimentaban descensos de población hasta 1910. La capacidad de atracción de las áreas urbanas y la expulsión de las economías agrarias más precarias comenzó a afectar a la zona aunque con oscilaciones no muy elevadas.

El tránsito del siglo XIX al XX fue un momento de transformaciones. Ante la bajada de los precios del cereal los sectores agrarios demandaron la protección del Estado a través de aranceles, pero también actuaron transformando cultivos a favor de otros más rentables.

Las superficies de regadío permitían un mayor margen de maniobra para el campesinado. En primer lugar, el viñedo perdió fuerza y la rotación de cultivos en torno al cáñamo-trigo-lino-trigo fue sustituida progresivamente durante el siglo XX por un cultivo intensivo. La remolacha azucarera, el maíz y la alfalfa se convirtieron en nuevas producciones. La proximidad de la Azucarera de Tudela estimuló además el cambio del cáñamo, el lino y la vid por la remolacha azucarera. Se trataba de un cultivo competitivo que incrementaba los ingresos frente a las otras producciones y que favoreció además un incremento en la utilización de fertilizantes. Con la entrada de la centuria comenzó a extenderse el uso, sobre todo, de los superfosfatos entre los agricultores, aunque no todos tenían igual acceso a estos productos caros, desconocidos y en muchos casos sujetos a grandes fraudes [SANZ LAFUENTE, G., 1997].

Las transformaciones liberales habían conllevado una desamortización de la tierra y la consolidación en el somontano del Moncayo de una sociedad de campesinos con fuertes diferencias internas. A mediados del siglo XIX los jornaleros sin tierra suponían porcentajes menores mientras que aquellos que poseían hasta 5 hectáreas eran mayoría en la zona. En Vera de Moncayo y Malón estos pequeños propietarios alcanzaban un 77% y en Tarazona un 65% del total de los sectores campesinos. Tras ellos aparecía un grupo de labradores dueños de entre 5 y 10 ha de tierra y que representaban porcentajes entre el 44% en Malón, el 45% en Vera de Moncayo y el 38% en Tarazona. Los grandes propietarios, pese a su escaso número, tenían el control de amplias superficies que cultivaban directamente o cedían en sistemas de aparcería o arrendamiento. Tan sólo 9 personas acaparaban en Vera de Moncayo el 20% de la tierra del municipio y en Malón 6 personas tenían el 29% de la superficie de cultivo.

A pesar de que la crisis agrícola de finales de siglo significó empobrecimiento, endeudamiento y emigración entre muchos sectores campesinos, esta estructura de la propiedad se mantuvo en los compases iniciales del siglo XX con escasas



Lituénigo. Casa del Labrador. Cerámica de Santa Cruz de Moncayo

diferencias de fondo. La agricultura y la ganadería continuaron como actividades predominantes con un 89% de sectores ocupados. Junto a éstos se desarrollaban una gran cantidad de oficios vinculados en buena medida a la agricultura. En algunos municipios, como Santa Cruz del Moncayo, se producía una cierta especialización alrededor de la alfarería, convirtiéndose Tarazona en su centro de venta.

Muchas de estas actividades se ejercían de forma complementaria dando lugar a una situación de pluriactividad en muchas familias campesinas. Otras veces, sin embargo, también constituía una dedicación exclusiva, fruto de la adaptación a las necesidades de las sociedades rurales. Entre los oficios podemos encontrar muchos conocidos y actuales como los molineros, herreros, albañiles, estampadores, curtidores o caldereros. Otros como los estereros, aldreros, cuberos, atarragueros, tablajeros, garapiteros, pelaires, boteros o alpargateros fueron desapareciendo o transformándose con el tiempo.

Aunque su actividad profesional aparecía reflejada en la documentación, en gran medida, bajo la denominación de «sus labores» o como «las propias de su sexo», el trabajo femenino en una sociedad agraria como la de la comarca del Moncayo contribuía sin duda a mantener la economía familiar. Además de las tareas dentro de los hogares otras como arrancar, aventar, esclarecer remolacha, recolectar la cosecha o almacenar los productos formaban parte las obligaciones femeninas y de las de los niños. También eran quehaceres propios de estos sectores otros complementarios como espigar, rebuscar olivas o traer leña del monte.

El esfuerzo de la mujer y los hijos en el campo mejoraba de forma clara la situación económica de las familias de los pequeños propietarios agrarios y servía para garantizar su continuidad. En ocasiones el trabajo femenino e infantil también suponía una fuente adicional de ingresos monetarios directos como era el caso de las trabajadoras de las fábricas textiles y de las de cerillas en Tarazona.

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN POR SECTORES DE OCUPACIÓN (1896)

Municipios	Agríc.	Oficios	Prof. lib.	Comercio	Industria	Otros
Alcalá de Moncayo	91,21	7,69		-	1,10	0
Añón de Moncayo	96,41	2,39	0,95	-	-	-
El Buste	95,24	2,86	1,90	-	-	-
Los Fayos	89,17	7,50	3,33	-	-	-
Grisel	94,44	4,76	0,79	-	-	-
Litago	71,43	25,40	3,17	-	-	-
Lituénigo	93,90	2,44	3,66	-	-	-
Malón	91,20	7,20	1,60	-	-	-
Novallas	90,20	5,76	3,17	-	0,86	-
San Martín de Moncayo	96,77	2,15	1,08	-	-	-
Santa Cruz de Moncayo	81,18	15,29	3,53	-	-	-
Tarazona	77,90	12,40	4,31	1,84	0,63	2,93
Torrellas	88,10	8,57	2,86	-	0,48	-
Trasmoz	89,33	8,00	2,67	-	-	-
Vera de Moncayo	86,82	9,30	3,10	0,78	-	-
Vierlas	94,12	1,96	3,92	-	-	-
Total	84,72	9,55	3,22	0,85	0,40	2,93

* Solo población electoral masculina.

Fuente: Censo electoral.

«Saber es poder»: una aproximación a la alfabetización de la zona

Desde el siglo XIX la cultura escrita iniciaba su lento y progresivo avance en el mundo rural. Con el asentamiento del Estado liberal y los intentos de centralización administrativa llegaban a los ayuntamientos circulares, órdenes y una nueva legislación de forma escrita. En el interior de una sociedad con predominio de la cultura oral, el saber leer y escribir apareció como una fuente de poder suplementario para quienes accedían a los «nuevos saberes». Éstos se convirtieron en los intérpretes y mediadores de las nuevas leyes que venían del exterior [CHARTIER, R., y CABALLO, G., 2001]. Con un escaso interés estatal por implantar sistemas de instrucción pública generalizada, buena parte de la enseñanza quedó en manos de la Iglesia o se estableció de forma precaria a cargo de los municipios. Allí donde existían aulas, las ausencias de los niños en periodos de recolección o cuando las labores del campo lo exigían llevaban a que las

carencias formativas al final fuesen amplias.

De hecho, gran parte de la sociedad de la comarca se mantenía dentro de los cánones de una sociedad basada en la comunicación oral. Hacia 1896 alrededor de 60% de la población no sabía leer ni escribir. Unas cifras que son similares a las que se barajaban por las mismas fechas para la totalidad de España. Las oscilaciones entre los diferentes lugares no eran muy amplias. En este sentido, Lituénigo presentaba el porcentaje más elevado de población alfabetizada con un 53% frente a Añón de Moncayo que tenía un 33%.



Lituénigo. Casa del Labrador. Trillo

Municipio	Sabe leer y escribir				No sabe leer ni escribir			
	1896		1921		1896		1921	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
Alcalá de Moncayo	38	41,76	69	63,89	53	58,24	39	36,11
Añón de Moncayo	85	33,86	147	53,26	166	66,14	129	46,74
El Buste	51	48,57	90	75,00	54	51,43	30	25,00
Los Fayos	54	45,00	115	78,77	66	55,00	31	21,23
Grisel	51	40,48	73	52,14	75	59,52	67	47,86
Litago	40	31,75	67	43,79	86	68,25	86	56,21
Lituénigo	44	53,66	48	53,93	38	46,34	41	46,07
Malón	98	39,20	162	58,06	152	60,80	117	41,94
Novallas	140	40,35	220	55,42	207	59,65	177	44,58
San Martín de Moncayo	41	44,09	57	57,00	52	55,91	43	43,00
Santa Cruz de Moncayo	35	42,68	47	58,02	47	57,32	34	41,98
Tarazona	694	39,84	996	49,80	1048	60,16	1004	50,20
Torrellas	84	40,00	168	71,49	126	60,00	67	28,51
Trasmoz	24	32,00	36	45,00	51	68,00	44	55,00
Vera de Moncayo	105	40,70	221	65,77	153	59,30	115	34,23
Vierlas	18	35,29	30	50,85	33	64,71	29	49,15
Total	1.602	39,96	2.546	55,36	2.407	60,04	2.053	44,64

* Porcentajes elaborados sobre la población electoral masculina.

Fuente: Censo electoral.

Con la entrada del nuevo siglo comenzó a desarrollarse en la capital comarcal, Tarazona, una importante actividad periodística alrededor de publicaciones de

semanarios y quincenales como *El Amigo del Pueblo*, *La Comarca*, que provenían del catolicismo social tarazonense, o *La Unión*, que era el órgano del Partido Republicano de Tarazona y de Borja. Pese a ello, buena parte de las personas conocían las noticias impresas de manera indirecta a través de lo que se oía en los púlpitos, se discutía en los casinos o en los momentos de ocio.

Este hecho hizo que el acceso a la información escrita se mantuviera vinculado a las relaciones personales y al filtro por el que pasaba la información en el seno de la localidad a través de los sectores que sabían leer y escribir. El municipio o la comarca fueron en gran medida el espacio de la experiencia vital de sus habitantes por encima de la nación, en medio de una zona con precarios medios de comunicación y con ferrocarril sólo en su cabecera [GERMÁN ZUBERO, L., 1999].

SITUACIÓN DE LA ALFABETIZACIÓN SEGÚN LA ACTIVIDAD PROFESIONAL DESARROLLADA. TARAZONA 1896

Actividad profesional	Sabe leer y escribir	No sabe leer ni escribir
Propietarios	88,89	11,11
Labradores	30,65	69,35
Pequeños propietarios, jornaleros y obreros	21,69	78,31
Oficios	80,09	19,91
Industria	100,00	0
Comercio	96,88	3,13
Profesionales liberales	100,00	0

* Solo población electoral masculina.

Fuente: Censo electoral.

Tras la crisis agraria la nueva sociedad que surgía necesitaba una mayor comunicación con el exterior. La demanda de fertilizantes, por ejemplo, o la idea de que lo que ocurría fuera del propio municipio afectaba se había puesto de manifiesto con la crisis y aceleró la preocupación por aspectos exteriores a la comunidad como era la política arancelaria. El hecho de conocer lo que decían «los papeles» comenzó a valorarse crecientemente al influir esta cultura escrita en las necesidades cotidianas del campesinado. Saber leer lo que decía una etiqueta de abonos o llevar un control de las pesadas de remolacha eran aspectos directos que hicieron aumentar el interés de los grupos campesinos por los «nuevos saberes». Las medidas relacionadas con la instrucción pública también se fueron considerando más necesarias en los municipios y las escuelas y maestros de niños se hicieron más presentes que a finales de siglo.

Todo ello, junto al control de la Iglesia católica sobre procesos de formación, especialmente en una capital comarcal donde había una amplia presencia de clero, dio lugar a un lento incremento de las cifras de alfabetización en las primeras décadas de siglo aunque no se extendieron por igual entre todos los sectores sociales.



Añón de Moncayo. Lavadero

Hacia 1921 un 55% de la población electoral masculina sabía leer y escribir en la comarca. Los porcentajes habían ascendido en la mayoría de los pueblos y la cultura escrita iba ganando terreno como forma de acceso a la información.

Los representantes políticos en la Diputación Provincial y en las Cortes

Con el asentamiento de la Restauración se consolidaba un sistema de carácter parlamentario que a partir de 1890 estableció el sufragio universal masculino. El sistema se basaba en la alternancia de los partidos liberal y conservador, y se edificaba sobre la base de relaciones clientelares con las oligarquías comarcales y provinciales. Durante este periodo la zona del Moncayo no mostró una continuidad en torno a sus representantes como ocurría en otras áreas, pero sí que una buena parte de éstos pertenecían a las familias de grandes propietarios o de industriales de la capital comarcal. En ocasiones el distrito de Tarazona-Borja se mostró dócil, de manera que fueron diputados a Cortes algunos de los jefes de filas de los partidos en Zaragoza o incluso en Madrid.

Por lo que respecta a los diputados a Cortes, el liberalismo y el republicanismo mantuvieron una importante representación política durante las primeras décadas de la Restauración. El abogado Marceliano Isábal, líder de los republicanos zaragozanos, era elegido diputado a Cortes por el distrito en 1872 y 1873. Tras éste aparecían miembros de familias pudientes de la comarca, como Julio Visconti y Navarro o Fernando Veratón López. Emilio Navarro Ochoteco y los integrantes de la familia Goicoerrotea mantenían el control de la representación política de la zona aliados al conservadurismo hasta la elección del jefe del Partido Liberal de Sagasta, Segismundo Moret, como diputado a Cortes de la circunscripción.

Tras esta presencia de un candidato ajeno a la tierra, de nuevo volvían a aparecer desde 1898 y hasta 1916 propietarios y profesionales liberales autóctonos. Mariano Aísa Cabrerizo y el republicano Cándido Lamana Bonel estuvieron al frente del distrito. El partido conservador, con el apoyo de un inicial catolicismo social en Tarazona, obtenía en 1907 el acta de diputado a Cortes para el abogado y propietario José María Senao.

DIPUTADOS A CORTES DEL DISTRITO TARAZONA-BORJA. 1872-1916

Año de elección	Nombre	Actividad Profesional
1873	Marceliano Isábal y Bada	Abogado
1876	Julio Visconti y Navarro	Propietario
1879	Fernando Veratón López	Ganadero y Propietario
1881	Emilio Navarro Ochoteco	Propietario
1884	Manuel Goicoerrotea Montoro. Marqués de Goicoerrotea	Propietario
1886	Emilio Navarro Ochoteco	Propietario
1891	Ramón Goicoerrotea Montoro.	Propietario
1893	Segismundo Moret	Abogado/Finanzas
1896	Segismundo Moret	Abogado/Finanzas
1898	Mariano Aísa Cabrerizo. Barón de la Torre	Propietario
1899	Mariano Aísa Cabrerizo. Barón de la Torre	Propietario
1901	Mariano Aísa Cabrerizo. Barón de la Torre	Propietario
1903	Mariano Aísa Cabrerizo. Barón de la Torre	Propietario
1905	Cándido Lamana Bonel	Abogado y Propietario
1907	Matías José María Senao y Sanz	Abogado y Propietario
1910	Cándido Lamana Bonel	Abogado y Propietario
1914	Cándido Lamana Bonel	Abogado y Propietario
1916	Cándido Lamana Bonel	Abogado y Propietario

Fuente: Elecciones de diputados a Cortes.

La Diputación Provincial de Zaragoza constituía el primer escalafón de participación política, por encima del ayuntamiento, para las comunidades de la provincia. Buena parte de los diputados provinciales habían desempeñado anteriormente cargos en los consistorios. De la misma forma, también esta intervención política provincial se convertía en experiencia previa para los diputados a Cortes. Cándido Lamana Bonel o José María Senao y Sanz desarrollarán actividades primero en el ayuntamiento, después en la Diputación y finalmente como diputados a Cortes dentro de los republicanos y conservadores respectivamente.

A grandes rasgos, puede señalarse que existió durante este periodo una estrecha vinculación entre los intereses propietarios e industriales de la comarca y la representación política.

DIPUTADOS PROVINCIALES POR EL DISTRITO DE TARAZONA-BORJA. 1883-1917

Fecha de elección y de cesión en el cargo	Nombre	Actividad Profesional
1883-1884/1884-1888	Rafael Cistué y Navarro	Propietario
1883-1884	Romualdo Roldán y Miguel	-
1883-1884	Manuel Sariñena Navarro	Abogado
1883-1884	Benigno Álvarez y González	-
1884-1888/1888-1892/1892-1896/ 1896-1901	Alfredo Ojeda Perpiñán	Propietario
1884-1888/1892-1896	Cándido Lamana Bonel	Abogado y Propietario
1884-1888/abril 1892-mayo 1892	Joaquín López Veratón	Propietario
1888-1892/1892-1896/ 1909-1910/mayo 1913-julio 1913	Emilio Grassa Ochoteco	Propietario
1888-1892	Vicente Bauluz Bea	Propietario
1889-1991	Vicente Goicoerrotea Orchaga	Propietario
1891-1892	Matías José María Senao y Sanz	Abogado y Propietario
abril 1892-mayo 1892	Dionisio Lasa Elizondo	Industrial y Propietario
1892-1896/1896-1901	Fernando Castillo Tejada	Propietario
1896-1901	Bernardo Zamboray Angós	Abogado y Propietario
1896-1897	Luis Montestruc y Rubio	Periodista
1898-1901/1901-1905/1905-1909/ 1909-1912	Luis Pérez Cistué	Abogado y Propietario
1901-1905/1905-1909	Ecequiel Lambea Lambea	Propietario
1901-1904	Gerardo López Larraya	Propietario
1901-1904	Luis Sol Roig	Médico
1905-1909/1909-1913	E. Pascasio Lizarbe y Azcona	Industrial
1905-1909/ 1909-1913	Gil Gil y Gil	Catedrático/ Abogado
1912-1913	Manuel Pérez Cistué	Propietario
1913-1917	Manuel Lambea Sariñena	Propietario
1913-1917	Julio Montes Bonel	Industrial
1913-1917	Enrique Isábal Pallarés	Abogado

Fuente: Libro de registro de diputados provinciales.

En la capital comarcal se fue estableciendo desde finales de siglo una polarización política alrededor de dos grupos diferenciados. Por un lado, los sectores monárquico-conservadores, muy próximos al catolicismo social y al Obispado de Tarazona y, por otro, el republicanismo que contaba ya a comienzos de siglo con el apoyo de la Federación Obrera de Tarazona, compuesta en su mayoría



Grisel. Bancales del monte de La Diezma

por delegados de los colectivos de artesanos y de los numerosos oficios asentados en la ciudad.

El grupo conservador se encontraba ligado por estas fechas a entidades agrarias como el Sindicato de Riegos y el Gremio de Labradores de Tarazona y más adelante a la Caja Obrera de Ahorros y Préstamos del Santísimo Cristo y al Sindicato Agrícola de Tarazona. Desiderio Basurte, Esteban Salteraín, Pedro Martínez Baños o José Zueco se encontraban, entre otros, al frente del mismo hacia 1907. José María Senao y Sanz después será uno de los principales portavoces políticos de esta tendencia en las instituciones provinciales y nacionales.

Por su parte, alrededor de la junta municipal del Partido Republicano de Tarazona se hallaban un conjunto heterogéneo de comerciantes, industriales, empleados y profesionales liberales. Las victorias electorales republicanas en la capital comarcal eran celebradas cantando *La Marsellesa* y enarbolando banderas rojas por las calles. Julio Montes Bonel, Emilio Pascasio Lizarbe Azcona, el comerciante Pío Navarro y el farmacéutico Antonio Gonzalo encabezaron esta opción, que tuvo como principales representantes en la Diputación Provincial y en las Cortes a Marceliano Isábal, Luis Sol y Cándido Lamana.

Organizaciones y movilizaciones agrarias en la comarca de Tarazona

Antes de la crisis finisecular, las organizaciones existentes en la zona eran antiguos gremios de labradores o asociaciones de ganaderos que intentaban defender los intereses pecuarios ante el avance de los intereses agrarios. Sin duda, el primer ele-

mento que dinamizó la comarca fue la plaga de la filoxera. Ante las pérdidas que se estaban produciendo en el entonces importante sector vitivinícola se llevaron a cabo numerosas reuniones con el objetivo de reivindicar medidas políticas como el descenso en los impuestos o la distribución de productos químicos para combatir la enfermedad.

A mediados de los años noventa las movilizaciones de los cultivadores de la vid volvieron a arreciar. La Asociación de Agricultores de la comarca de Tarazona, la Asociación de Viticultores de Novallas, Grisel, Malón y El Busto fueron la expresión de este descontento. Estas asociaciones estaban formadas por los miembros de los ayuntamientos y por una mayoría de sectores labradores y propietarios. En sus asambleas se solicitaba la supresión de impuestos que afectaban al vino y se demandaba el apoyo del Estado frente a la competencia que suponían los alcoholes industriales. Su portavoz más significado fue el propietario de Novallas Bernardo Zamboray Angós.

Con el desarrollo del cultivo de la remolacha las movilizaciones agrarias se orientaron a partir de la primera década del siglo XX a defender los intereses de sus cultivadores frente al poder de la Azucarera de Tudela. En 1912 se formaba la Junta Local de Defensa de los Agricultores de Tarazona y su comarca, que intentó establecer un frente de negociación de las demandas de los productores. Estas actividades significaban una primera coordinación pero no lograron resolver unos problemas que se repetirían a lo largo del siglo XX y que llevaron más adelante a amotinamientos. La industria remolachera siguió manteniendo su control sobre los pesos, los descuentos, los períodos de recepción, los precios y los contratos con los cultivadores.

En 1900 un grupo de hacendados comarcales, comerciantes e industriales creaba en Tarazona la Cámara Agrícola. Sus reuniones se convirtieron en sesiones intermunicipales a las que acudieron comisionados de Torrellas, Vera del Moncayo, Novallas, Cunchillos, Vierlas, Grisel y Trasmoz. Aunque la iniciativa pretendía convertirse en elemento dinamizador de la comarca acabó desapareciendo en medio de la inactividad.

Con el nuevo siglo, en la zona comenzaron a constituirse, sin embargo, entidades agrarias de carácter cooperativo. Un porcentaje importante de ellas formaban parte del catolicismo social y se dedicaban a distribuir abonos y créditos entre los sectores agrarios. En 1906 nacía la Caja de Ahorros y Préstamos del Santísimo Cristo, con más de mil socios en 1910. En 1907 se fundaba el Sindicato Agrícola de Tarazona, que en 1919 alcanzaba cuatrocientos asociados.

La organización católica turiasonense estaba dirigida por estamentos clericales y por propietarios, labradores y profesionales liberales identificados con el conservadurismo. A estas organizaciones les siguieron muchas instituciones similares en varias localidades de la comarca [SANZ LAFUENTE, G., 1996]. Entre 1908 y 1915 surgieron Sindicatos Agrícolas y Cajas de Ahorros y Préstamos en Añón de

Moncayo, El Buste, Litago, Lituénigo, Los Fayos, Torrellas, Trasmoz, Vera de Moncayo y Vierlas.

La protesta y los conflictos sociales

Una de las características de la época de la Restauración fue, sin duda, el elevado grado de exclusión política que se dio y la presencia de protestas sociales que no fueron canalizadas a través de partidos políticos. Uno de los principales puntos de esta conflictividad fue el relacionado con la utilización del monte, un recurso que mantuvo su importancia en la zona y alrededor del que se entretujieron los intereses de agricultores y ganaderos. Más del 50% de las denuncias impuestas en Tarazona entre 1901 y 1909 derivaban de esta cuestión [SANZ LAFUENTE, G., 1998]. El pastoreo abusivo, recoger leñas o las roturaciones arbitrarias mostraban que la propiedad municipal del antiguo recurso común todavía era cuestionada en el seno de la comunidad [SABIO ALCUTÉN, A., 2002].

APROXIMACIÓN A LA CONFLICTIVIDAD DE LA COMARCA DEL MONCAYO. 1890-1916

Fecha	Municipio	Conflicto
1893	San Martín	Desarme y amenazas al guarda de montes por los vecinos
1895	Novallas	Incendio de mieses y corta de árboles
1895	Torrellas	Incendio de un campo de cañamo
1895	Tarazona	Motín de consumos/ Detenciones
1898	Tarazona	Motín de consumos/ Concentración de mujeres pidiendo pan
1899	Tarazona	Declaración de 12 prófugos de quintas
1903	Tarazona	Formación de la Junta Directiva de la Federación Obrera
1903	Tarazona	Huelga en la fábrica de paños de Vda. A. Gutiérrez
1904	Tarazona	Huelga en la fábrica de Vda. e Hijo de Tomás Montes
1904	Tarazona	Deterioros en los planteros de olivos de Julián Zamboray Angós
1905	Tarazona	Manifestación desde el Centro Obrero
1905	Añón	Motín de consumos
1906	Vera	Motín de consumos
1906	Malón	Motín de consumos
1909	Tarazona	Conflicto por la negativa a aprobar el reglamento de la organización socialista
1909	Tarazona	Sanciones por gritos de libertad e igualdad
1912	San Martín	Detenciones por talar 1700 vides y 20 olivos
1916	Tarazona	Manifestación por carestía de alimentos
1916	Malón	Huelga de braceros del campo

Fuente: SANZ LAFUENTE, G., 1998.

Durante el periodo que consideramos el principal elemento de conflicto abierto en la comarca lo constituyeron los motines de consumos que se desarrollaron en

Tarazona, Añón de Moncayo, Vera de Moncayo o Malón. Hasta su abolición en 1911 este impuesto gravaba de forma directa artículos de primera necesidad. Al afectar a productos de consumo habitual, la oposición al mismo se mantuvo como una constante y los poderes locales se convirtieron en el objetivo de los levantamientos. Protagonistas habituales de éstos solían ser las mujeres que acudían frente a la casa consistorial reclamando la supresión del impuesto negándose al pago.



Grisel. Olivo

La dinámica de estos levantamientos era similar en todos los municipios. En 1895 un grupo numeroso se concentraba frente al ayuntamiento de Tarazona demandando su supresión. Los braceros no salían al campo a trabajar y se obligaba a cerrar comercios y fábricas. Dentro del edificio se encontraban los concejales, el alcalde y cincuenta y dos guardias civiles. Los gritos y el tumulto arreciaron al cargar la Guardia Civil contra los congregados, que intentaban cerrar uno de los comercios que permanecían abiertos. El propietario Cándido Lamana y el obispo Juan Soldevila se dirigieron a los amotinados con el fin de acabar con la situación. Estos dispararon y lanzaron piedras al prelado y a los ediles. La llegada del Gobernador Civil de la provincia con refuerzos de la Guardia Civil y fuerzas de infantería del Regimiento de Gerona significaba la represión final del motín.

En los momentos de carestía de los artículos de primera necesidad se dieron manifestaciones exigiendo pan barato, como ocurría en Tarazona en 1916.

La mayor parte de las actuaciones de estas fechas eran estrategias de resistencia de bajo riesgo que la población empleaba para expresar su descontento ante una determinada situación. El incendio de mieses, la corta de árboles, los destrozos en vides eran ampliamente utilizados como mecanismo de protesta individual que en ocasiones respondían también a ajustes de cuentas personales.

Otra causa de descontento derivaba del servicio militar, aunque más que el amotinamiento frente a un sistema de quintas considerado injusto por la población, lo que apareció en esta zona fue la negativa a acudir a filas. En 1899, por ejemplo, se declaraban prófugos doce mozos.

Finalmente también se producían en la comarca manifestaciones ligadas al republicanismo y al anticlericalismo. Cuando las procesiones religiosas pasaban por el Centro Republicano de Tarazona algunos de los presentes se negaban a quitarse la boina ante el cortejo. Así, Delfín Alvarado y Eugenio Escalada fueron detenidos en la ciudad por gritar «libertad e igualdad».

Junto a estos ejemplos de protesta más tradicional, por entonces comenzaron a tomar cuerpo las organizaciones sindicales de carácter socialista. En 1903 se formaba la Federación Obrera procedente de los gremios artesanos y en 1909 comenzaba la andadura de la organización socialista. Las huelgas de los obreros de las fábricas de Tarazona estallaron en la primera década.

Durante los años de la Primera Guerra Mundial eran los braceros los que reclamaban en Malón un sueldo mayor ante el aumento de precios de los artículos de primera necesidad. Todas estas manifestaciones eran una muestra más de la efervescencia social de la comarca que nada tenía que ver por estas fechas con la pasividad o la desmovilización. También evidenciaban la existencia de problemas dentro de la zona que no fueron recogidos por los partidos de la Restauración y que dieron lugar a protestas al margen de los cauces legales que se utilizaban como medio de actuación política.

Bibliografía

- CERRILLO, P. C., et alii, 2002, *Libros, lectores y mediadores. La formación de los hábitos lectores como proceso de aprendizaje*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- CHARTIER, R., y CABALLO, G., 2001, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Grupo Santillana Ediciones.
- CUESTA CHÁVARRI, J. A., 1995, *Estudio socioeconómico de la comarca de Tarazona*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., 1977, «Aragón contemporáneo: élites y grupos de presión», en *Primer Congreso de Estudios Aragoneses*, Zaragoza, pp. 107-280.
- FORCADELL, C., y GERMÁN, L., 1988, «La crisis finisecular en la agricultura interior: el caso de Aragón», en GARRABOU, R. [ed.], *La crisis agraria de fines de siglo*, Barcelona, Crítica, pp. 69-93.
- GARCIA MANRIQUE, E., 1960, *Las comarcas de Borja y Tarazona y el Somontano del Moncayo*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- GERMÁN ZUBERO, L., 1998, *Aragón durante el siglo XX*, Zaragoza, ed. L'Astral.
- GERMÁN ZUBERO, L., 1999, *Obras públicas e ingenieros en Aragón durante el primer tercio del siglo XX*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- PINILLA, V., 1995, *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid, MAPA.
- SABIO ALCUTÉN, A., 2002, «Imágenes del monte público, “patriotismo forestal español” y resistencias campesinas, 1855-1930», *Ayer*, 46, (Madrid), pp. 123-154.
- SALOMÓN CHELIZ, M^a P., 2002, *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política. 1900-1939*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- SANZ LAFUENTE, G., 1996, «Fuentes para el estudio de los sindicatos agrícolas: el Archivo de la Sociedad Cooperativa Agrícola San Atilano», *Turiaso*, XIII, (Tarazona), pp. 201-218.
- SANZ LAFUENTE, G., 1997, *Propietarios del poder en tierras del Moncayo. Organización agraria y gestión de recursos en la comarca de Tarazona*, Centro de Estudios Turiasonenses.
- SANZ LAFUENTE, G., 1998, «Furtivos. Administración y conflicto social en el monte turiasonense. 1895-1910», *Turiaso*, XV, (Tarazona), pp. 191-212.

Desarrollo económico, vida social y cambios políticos (1914-1936)

ROBERTO CEAMANOS LLORENS

La comarca de Tarazona y el Moncayo conoció, a lo largo del primer tercio del siglo XX, una expansión económica basada fundamentalmente en el desarrollo del cultivo de la remolacha y los cereales y en la modernización industrial. Esta expansión se correspondió con importantes avances sociales y, a partir de la proclamación de la Segunda República en abril de 1931, con el despertar de nuevas esperanzas políticas en cuanto que las clases populares comenzaron a participar en la vida política y la mitad de la población hasta entonces marginada, las mujeres, alcanzaron el derecho al voto.

La Segunda República fue también una época en la que se impulsaron las obras públicas, muchas de ellas iniciadas ya en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, y en la que se puso mucho interés en mejorar el sistema educativo. Todos estos factores permiten vislumbrar, en la década de los años treinta, una comarca que progresaba. Sin embargo, este proceso quedó cortado de raíz por el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 y, como consecuencia del mismo, por el estallido de la Guerra Civil de 1936-1939.

El desarrollo económico: la expansión agrícola e industrial. Demografía

El inicio, en 1914, de la Primera Guerra Mundial impulsó el crecimiento económico de la comarca. La Gran Guerra incentivó determinados cultivos gracias a los altos precios que estos productos adquirieron al estar medio mundo en conflicto y, por lo tanto, necesitado de ellos e incapaz de producirlos al tener que dedicar todo sus esfuerzos al enfrentamiento bélico.

Se disparó la demanda de azúcar, tendencia que prosiguió en la inmediata postguerra mundial, de forma que la producción comarcal de remolacha aumentó de las 20.000 toneladas de la campaña 1918-1919 a las 44.000 obtenidas en 1923-1924. La remolacha era recogida en Tarazona, en cuya estación de ferrocarril se pesaba y cargaba con destino a las factorías de Tudela y Luceni.



El Buste. Vista del monte de Valcardera

Su cultivo trajo importantes beneficios. Se difundieron los abonos artificiales y se consolidó el proceso de cambio en la propiedad en la huerta, que pasó de estar en poder de unos pocos terratenientes a quedar en manos de múltiples pequeños propietarios. Hasta ese momento, los grandes propietarios tenían cedida la huerta en arrendamiento con un canon fijo que, por su escaso rendimiento, era bajo; al introducirse la remolacha aumentaron los beneficios del arrendatario que obtuvo ingresos para comprar las tierras que trabajaba.

También se extendieron los cultivos de cereales requeridos para la exportación, sobre todo solicitada por Francia durante la Gran Guerra. Esta demanda se mantuvo en el periodo de entreguerras y los altos precios que se alcanzaron en el mercado sostuvieron el ritmo ascendente de la producción cerealística.

Esta expansión agrícola afianzó las transformaciones propias de una economía liberal que se venía construyendo desde el siglo XIX. Los montes salvados de la Desamortización sufrieron la roturación y la ocupación de tierras por los vecinos de la comarca que buscaban parcelas para cultivar. Este amplio proceso de roturaciones, que llevó a la privatización de parte del monte, se incrementó desde mediados de la primera década del siglo XX por el comentado desarrollo agrícola.

Desde antiguo, se venían realizando roturaciones ilegales en el monte por los vecinos de los pueblos circundantes que querían dedicar nuevas extensiones para cultivos y pastos. La difusión de los arados vertedera y brabant y la utilización del mulo como animal de labor favorecieron la roturación de grandes espacios. El impulso definitivo vino con la gran subida de los precios de la remolacha y del cereal a partir de 1914. Se produjo una importante roturación incontrolada e ilegal que, en estos años, puso en cultivo miles de hectáreas y dio origen a la aparición de grandes y medianas propiedades de secano.

De esta forma, los vecinos se fueron apropiando de la tierra en detrimento de la propiedad colectiva, proceso que ocasionó una grave pérdida de tierras comunales y de propios. Hacia 1919, año caracterizado por las grandes roturaciones,

se autorizó en Tarazona la parcelación de hasta 2.500 ha de los montes de La Dehesa, Valorias y Valcardera; y, poco después, en 1921 de otras 2.000 ha en Montecierzo. Este movimiento incontrolado, al menos hasta mediados de siglo, se extendió también al resto de la comarca. Así, en Vera de Moncayo la ocupación de las tierras de La Ciezma y de La Umbría permitió que se multiplicaran las hectáreas de cultivo.

El fenómeno afectó de forma importante a la riqueza forestal. El macizo del Moncayo era, antiguamente, un importante núcleo de bosques, pero sufrió, sobre todo su somontano, múltiples agresiones hasta llegar a su extensión mínima a principios de la centuria. Posteriormente se produjo una cierta recuperación y el bosque superviviente y las hectáreas repobladas desde 1920 suponen hoy notables masas forestales.

Fundamentales fueron en este periodo los recursos hídricos. La expansión agrícola se vio acompañada de una mayor demanda de agua para los cultivos, a la que se sumaron las necesidades de los primeros abastecimientos a los municipios. Los enfrentamientos por los derechos de riegos fueron frecuentes entre localidades vecinas como Los Fayos, Torrellas y Tarazona. En 1935, Santa Cruz de Moncayo, Grisel y Los Fayos suscribieron una dura propuesta contra el mal uso del caudal de la acequia de Irués que hacían, según ellos, los vecinos de San Martín de la Virgen del Moncayo que les dejaría sin suministro de boca durante gran parte del verano. Un año más tarde, la Mancomunidad de aguas de Fitero, Cascante y Cintruénigo, pueblos navarros, inició sin autorización la colocación de tuberías para detraer aguas, aunque finalmente lograron una concesión de aguas del río Queiles para su abastecimiento.

Los abruptos cursos de los ríos que atraviesan el Moncayo favorecieron la aparición de una pequeña industria hidroeléctrica que aprovechó los desniveles de los rápidos barrancos, pero que tuvo resultados modestos dada la escasez de los caudales. La mayor parte de las fábricas hidroeléctricas que funcionaron durante estos años habían surgido con el cambio de siglo. Una de las más importantes, la Electra Turiaso –fundada en Tarazona en 1895– estaba presidida por Abel Lizarbe y explotaba un salto de agua del río Queiles en Los Fayos. A principios del siglo XX habían nacido la Central de Añón –en el río Huecha– y la Electra de Vozmediano –en el río Queiles–. Su producción estaba destinada a suministrar energía eléctrica a las localidades de la comarca.

Junto al desarrollo agrícola, la expansión industrial fue otra de las notas características de la economía en estas primeras décadas del siglo XX. Expansión que estuvo ligada, respecto a los propietarios, a unos pocos apellidos como los Lizarbe en la industria fosforera, o los Gutiérrez en la textil.

En Tarazona se instaló una de las principales industrias fosforeras del país, la Fosforera El Carmen [CEAMANOS LLORENS, R., 2001-2002, pp. 335-353]. En

1919, Abel Lizarbe sucedió en la dirección de la empresa a su tío Pascasio Lizarbe y, en 1922, se incluyó dentro del monopolio de la fabricación de fósforos, periodo que coincidió con un incremento importante en la producción que pasó de 78 millones de cajas anuales en 1922 a 100 millones en 1926. Esta producción descendió, en 1933, a 86 millones, disminución que acarreó pérdida de horas de trabajo y con ello una acentuación de la conflictividad social que desembocó en la convocatoria de diferentes huelgas por parte de una plantilla formada, aproximadamente, por 40 obreros y 900 obreras, en gran número menores de edad, que realizaban un trabajo muy laborioso y en condiciones sanitarias y de seguridad precarias. La otra fosforera turiasonense, propiedad de Dionisio Lasa, quedó desmantelada con el monopolio.

El segundo gran sector, también ubicado en la capital, fue el textil, que dio trabajo a las mujeres de la comarca y recibió el estímulo del aumento de la demanda y de los precios durante la Primera Guerra Mundial. La industria textil más destacada fue la de Manuel Gutiérrez de Córdoba, que montó la primera fábrica moderna y que fue sucedido por su hijo que, al fallecer joven, la legó a ocho hermanos. Esta situación provocó su división, en 1931, en dos empresas: la fábrica antigua, esencialmente lanera, conocida como Textil Tarazona, S.A., quedó en manos de dos hermanos, José y Ramiro; y una nueva establecida por Cipriano Gutiérrez Tapia en los terrenos de La Milagrosa, factoría de lanas de toquilla o lanas de tricotar a mano, de ahí su nombre popular de «fábrica del toquillero».

A estos dos grandes sectores había que sumar diversas actividades como la transformación de la piel –la empresa más pujante fue la de curtidos de Julio Montes Borrel, en funcionamiento desde principios del siglo XIX–, la preparación del lino y cáñamo –Fitena y Caitasa, S.A.–, la producción de alcoholes y bebidas –la Alcohola Bruned, S.A., constituida en Tarazona en 1921; Aguardientes y Licores de Carmelo García; y la fábrica de gaseosas de Lucas Fuente– y varias almazaras de aceite.

Junto a los antiguos molinos locales surgieron innovadoras industrias harineras. Así, El Cubo, molino de piedra de origen medieval y movido por un salto de agua, se fue modernizando y en 1914 se transformó en una fábrica de cilindros que en 1927 alcanzó una capacidad para 12.000 kg diarios. Otras harineras fueron Marqueta, S.A., con capacidad para 15.000 kg diarios; e Hijos de Herederos de Doroteo Francés, molino de piedra que, en 1906, también fue renovado. Por otra parte, se creó, también en Tarazona, una fábrica de hielo que provocó la paulatina desaparición de las neveras de los pueblos que recogían la nieve del Moncayo.

Este desarrollo económico incentivó el comercio comarcal. Además de numerosos pequeños establecimientos, radicados sobre todo en Tarazona, la ganadería contó, en la misma capital, con el mercado semanal de los jueves –dedicado al porcino– y una feria de toda clase de ganado que se celebraba los días



Tarazona. Antigua Harinera Marqueta

4 y 6 de octubre. El mundo bancario estuvo representado por la instalación en Tarazona de una caja de ahorros local y de una agencia del Banco de Aragón. En los primeros años treinta operaba también una sucursal del Banco Español de Crédito.

El transporte, elemento fundamental para la actividad económica, se convirtió en una prioridad. Era preciso aumentar y mejorar los medios de comunicación. El más importante de todos ellos fue el ferrocarril Tudela-Tarazona, conocido, popularmente, como el *Tarazonica* o el *Escachamatas*. Se trataba de una línea de vía estrecha perteneciente a la Compañía del Norte que inició su servicio el 31 de diciembre de 1885. En 1925 se le añadió un moderno automotor y el 6 de julio de 1952 se inauguró una nueva estación y el tendido de vía ancha.

Otro proyecto ferroviario, éste no ejecutado, fue el trazado de la línea La Roda-Tarazona, que, salvando la barrera del Moncayo, quería unir Tarazona con Calatayud. Para lograr su aprobación política se llevó a cabo una activa campaña en 1929, con numerosas asambleas y la convocatoria de un plebiscito popular [BERNAL MACAYA, A. I., 1983].

La apertura en Tarazona, en 1915, de una central telefónica explotada por el Estado supuso un nuevo e importante paso adelante al unir la cabecera de partido con el resto del país.

La evolución demográfica de la comarca estuvo estrechamente vinculada a la economía. Los momentos de expansión económica coincidieron con épocas de

aumento de la población, mientras que en los de crisis ésta disminuyó tanto por la emigración como por el descenso de la natalidad al ser el sector joven en edad fértil el que emigró. Estos cambios afectaron de forma importante a las pequeñas localidades que tenían escasos recursos para mantener a un vecindario que sólo contaba para subsistir con la agricultura y que, en épocas de malas cosechas o de bajos precios, debía trasladarse, en primer lugar a la cabecera de comarca y, más allá, a las grandes ciudades como Zaragoza, Barcelona y Madrid. La emigración fuera de España se dirigió hacia el sur de Francia y, en menor medida, a Argentina.

El descenso de habitantes que venían experimentando los núcleos pequeños, por culpa de un éxodo tan notable que en algunas de sus calles quedaron vacías casi todas las casas, se pudo frenar y remontar gracias a la recuperación económica a partir de principios del siglo XX. El aumento de las tierras en explotación, dedicadas a la remolacha y a los cereales, junto a la demanda de mano de obra para la industria fosforera y textil de Tarazona, permitieron la recuperación demográfica de la comarca. Las consecuencias de la Guerra Civil de 1936-1939, en especial la represión política ejercida por los sublevados, provocaron una nueva sangría que, sin embargo, al no ser zona de combate, fue mucho menor que en otros lugares de Aragón.

EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE DERECHO 1900-1940

Municipio	1900	1910	1920	1930	1940
Alcalá de Moncayo	367	410	379	437	416
Añón de Moncayo	979	925	1.072	1.077	908
El Buste	418	411	479	461	424
Los Fayos	508	460	530	507	551
Grisel	499	493	536	487	460
Litago	600	554	552	513	509
Lituénigo	358	333	310	344	351
Malón	1.223	944	1.232	1.195	1.218
Novallas	1.504	1.503	1.586	1.591	1.535
S. Martín de V. M.	384	348	400	390	426
Sta. Cruz de M.	322	253	258	278	265
Tarazona	9.154	8.900	8.630	9.894	11.545
Torrellas	869	881	1.036	959	980
Trasmoz	340	307	313	321	315
Vera de Moncayo	1.314	916	951	1.218	1.144
Vierlas	221	229	247	256	245
TOTAL	19.060	17.867	18.511	19.928	21.186
SIN TARAZONA	9.906	8.967	9.881	10.034	9.747

Fuente: Elaboración a partir de los datos ofrecidos en CUESTA CHÁVARRI, J. A., 1995, p. 51.

La vida social y los cambios políticos. La Segunda República (1931-1936)

Durante el mandato de Alfonso XIII (1902-1931), la vida política española se caracterizó por la alternancia de los partidos monárquicos liberales que fueron incapaces de resolver los principales problemas de una nación acuciada por los desastres militares en la Guerra de Marruecos y las dificultades económicas. Tampoco se supo satisfacer las demandas de los nacionalismos ni dar cauce a una clase política republicana y a un movimiento obrero cada vez mejor organizados. Alfonso XIII, cuyo reinado venía lastrado por sucesivos fracasos y escándalos, decidió depositar el poder en el general Miguel Primo de Rivera.

La Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929) impuso una fuerte restricción de las libertades. A finales de 1923 fueron conducidos a la prisión de Zaragoza el director de *La Unión* de Tarazona y Ricardo Conde, veterinario de Villarroya de la Sierra y autor de un artículo publicado en el semanario que atacaba a las instituciones monárquicas y enaltecía al republicano Blasco Ibáñez. *La Unión* constituía uno de los principales baluartes de una importante tradición republicana enraizada en la ciudad del Queiles. Este republicanismo se distinguió, durante la Gran Guerra, por su aliadofilia y se nutrió de los integrantes de una floreciente e ilustrada burguesía. En el callejero de Tarazona aparecen en esos años los nombres de paseo de los Aliados o calle de Wilson.

De hecho, la política represora de la Dictadura no pudo frenar la difusión del pensamiento republicano, que permaneció arraigado entre muchos de los habitantes de la comarca. El 11 febrero 1926 se conmemoró por toda España el 53 aniversario de la Primera República que, pese a estar prohibido en un principio, se celebró en casinos y centros republicanos de todo el país. Con este motivo, numerosos republicanos refrendaron un manifiesto que propugnaba la creación de un organismo político único: Alianza Republicana. De Tarazona se recibieron cuatrocientas firmas de adhesión.

Para establecer un sistema político afín a la Dictadura, Primo de Rivera intentó implantar un partido único, la Unión Patriótica, organizado en todas las poblaciones y cuya existencia quedó vinculada a la de la Dictadura. En este periodo se apreció también un tímido e incipiente aragonesismo de carácter conservador. Prueba de ello fueron las firmas de José M^a Sanz Artibucilla y Gregorio Modrego, y la inscripción política del Centro de Unión Patriótica de Tarazona, entre los primeros suscriptores del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón (S.I.P.A.) y de su revista *Aragón*.

En estos años se acometieron diversas obras públicas y se iniciaron los proyectos de otras que tuvieron entre sus objetivos, además del concreto beneficio público que proporcionaban, el impulsar la economía y hacer frente al paro obrero. En Tarazona esta actividad se centró en el lavadero de San Juan, el cuartel de la Guardia Civil, la iglesia de San Atilano, el ayuntamiento, el hospital municipal y el nuevo Grupo Escolar de San Miguel. También se realizaron

mejoras en el ferrocarril y las principales calles se urbanizaron y dotaron de alcantarillado. Además, en el conjunto de la comarca aumentó el número de maestros y se mejoraron las carreteras, sobre todo para poner fin al aislamiento de los pueblos del somontano.

El Moncayo era un destino frecuente para los amantes del excursionismo. La pretensión de explotarlo turísticamente llevó a la constitución en 1910 de la sociedad El Monte Moncayo. Ésta esbozó un ambicioso proyecto basado en la puesta en funcionamiento de un tranvía eléctrico que, aprovechando la energía de las centrales hidroeléctricas próximas, partiría desde El Repolo para recorrer 18 km hasta ascender a la meseta del Moncayo. Esta empresa, que debía complementarse con la construcción de varios hoteles y edificios anexos, nunca salió adelante.

En la siguiente década, el Ayuntamiento de Tarazona, interesado en proteger el Moncayo, inició en 1926 las gestiones para que fuese declarado Parque Nacional. El 30 de julio de 1927 se le otorgó el título de Sitio de Interés Nacional, pero el concejo no quedó satisfecho y siguió luchando por lograr la primera categoría sin obtenerla. Por su parte, el Santuario del Moncayo, propiedad del cabildo de la Seo, apenas contó con medios económicos para su mantenimiento. Al frente del mismo se encontraba un canónigo llamado ministro del Moncayo que, nombrado cada dos años, se encargaba de todo lo referente a la iglesia y a la hospedería, que se abría entre junio y septiembre.

La vida social de los pueblos giró en torno a los cafés y, en Tarazona, alrededor también de los casinos y del nuevo Teatro Bellas Artes, inaugurado en las fiestas de 1921 con la zarzuela *El niño judío* y un concierto benéfico en homenaje y solidaridad con las tropas que luchaban en África. Precisamente, tras el desastre de El Annual (1921), el consistorio solicitó que los soldados enfermos o heridos «hijos de Tarazona» fueran conducidos a la ciudad para recibir atención por cuenta de las arcas municipales. También se realizó una colecta popular para recoger donativos y la Cruz Roja instaló un local para asistir a los repatriados.

La afición a los toros fue compartida por muchos con la pasión por un nuevo deporte: el balompié. Durante los primeros años veinte, los practicantes de balompié aparecieron en Puente Cristo y, en 1924, el primer equipo —el Club Turiaso— comenzó su andadura.

No obstante, pese a estas novedades, los juegos tradicionales se mantuvieron arraigados entre los jóvenes. Los más conocidos eran la *cuña*, deporte similar al béisbol; el *churrabá* que se disputaba con palos de litonero y era parecido al hockey; el *palo*, prueba de fuerza en la que dos personas sentadas en el suelo frente a frente, sujetando con ambas manos un palo en posición horizontal, trataban de levantar al rival; las *chapas*, diferentes juegos de azar con monedas, generalmente *gordas* o *perras gordas*; y la *barra*, que consistía en lanzar una barra de hierro de unos 70 cm de longitud y 4 ó 5 de diámetro a una distancia convenida y que debía caer de pie.



San Martín de la Virgen del Moncayo. Banda de música La Moncaína hacia 1928-1930

A estos entretenimientos populares había que sumar, sobre todo en carnavales, los bailes y la música, con una abundante representación de bandas locales algunas de larga trayectoria, como La Moncaína de San Martín de la Virgen del Moncayo, fundada en 1853 y todavía existente en la actualidad.

La Iglesia conservó su presencia y control social. No olvidemos que Tarazona era sede episcopal y contaba con un seminario rebosante de estudiantes. A su influencia desde el púlpito y en las escuelas, se sumó la aparición de numerosas entidades religiosas. Se creó una Juventud Católica Turiasonense con 390 socios y obras misionales, y se implantó con fuerza el sindicalismo católico agrario que constituyó una caja de ahorros. Cabe destacar que entre 1927 y 1933 ocupó la sede Isidro Gomá y Tomás (1869-1940), luego arzobispo de Toledo y Cardenal Primado. En el Monasterio de Veruela los jesuitas mantenían su noviciado.

Algunos de los vecinos más ilustres de esta época fueron también miembros de la Iglesia. Así, José M^a Sanz Artibucilla (Cascante, 1877-Tarazona, 1949), profesor del seminario y canónigo, fue, desde 1930, hijo predilecto y cronista de la ciudad, tras obtener el premio de los juegos florales de 1928 por su *Historia de Tarazona*. Miembro de la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza, publicó numerosas investigaciones sobre historia y arte de la comarca. También hemos de citar a Gregorio Modrego Casaus (1890-1972).

Natural de El Buste, se formó en el seminario donde impartió docencia hasta iniciar junto al prelado Gomá, como obispo auxiliar de Toledo, una brillante carrera que le llevaría a ser arzobispo de Barcelona entre 1943 y 1967.

Otros personajes conocidos fueron: Gregorio García Arista y Rivera (1876-1946), discípulo de Menéndez y Pelayo, miembro del cuerpo de archiveros, cronista oficial de la provincia y autor de numerosos escritos en prensa, libros, coplas, teatro y zarzuela de corte «baturro»; Vicente Gracia, S.J., que publicó pequeños cuadros costumbristas; José Hernández, autor de varios estudios entre los que destacó *Personas célebres de Tarazona*; Juan Azagra (1896), músico nacido en Novallas que se formó en el Seminario Diocesano y que continuó sus estudios en Zaragoza y Barcelona, siendo nombrado, en 1926, maestro de capilla de Tarazona, puesto que ocupó durante veinte años; Francisca Marqués López (1888-1962) había abandonado su Tarazona natal para convertirse en Raquel Meller, tonadillera y actriz de fama mundial que inmortalizó cuplés como *La Violetera* y *El Relicario* [FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., 1999-2000, pp. 325-329].

La intensa vida social, y en la medida de lo posible política, de los años veinte se plasmó en una activa prensa centrada en la capital [BONA LÓPEZ, J., 1990, p. 191]. Muchas de estas publicaciones trataban de defender una determinada ideología. La tradición republicana tuvo su primer medio de expresión en *La Voz del Moncayo* (1885), labor que continuó, desde 1891 hasta la Dictadura de Primo de Rivera, el semanario *La Unión*, dirigido durante un tiempo por Cándido Lamana, diputado republicano del distrito. Tras proclamarse la República, salió a la calle en septiembre de 1932 *Acción Republicana. Semanario de Izquierdas. Órgano del Partido en Tarazona y su jurisdicción*.

La Iglesia patrocinó numerosas cabeceras caracterizadas por su afán catequizador y moralizador y por enfrentarse a las ideas republicanas y socialistas. La primera fue *La Verdad* (1899-1906) que cedió su lugar a *El Amigo del Pueblo* (1906-1911). Entre 1920 y 1937 se editó *El Norte*, órgano oficial de la Federación Agraria de la Diócesis Tarazona-Tudela.

Breves en el tiempo y con fines propagandísticos se publicaron, en 1927, *Juventud y Mi bandera*. De talante independiente fue *La Comarca* (1902-1913), semanario que abordaba cuestiones agrarias y culturales. Entre 1906 y 1909 se imprimió *El Eco del Queiles* que fue sustituido por *El Eco* (1909-1936) que también se declaró independiente, si bien durante la Segunda República defendió los intereses del Partido Radical en la comarca.

Página derecha:
Tarazona. Procesión del Corpus a su paso por la plaza del Mercado
en el primer tercio del siglo XX



Tras el triunfo en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 de las candidaturas republicanas, Alfonso XIII abandonó España y el día 14 se proclamó la Segunda República. Durante el breve periodo republicano se impulsaron diferentes proyectos y se intentó dar solución a los graves problemas que la población padecía. Entre estos, uno de los más preocupantes era la insuficiente y deficiente educación de los menores. En los pueblos, los profesores, pocos y mal pagados, se tenían que enfrentar con escuelas carentes de condiciones sanitarias, sin calefacción y con muy pocos medios materiales. Además, debían impartir sus enseñanzas a niños de diferentes edades. Era necesario establecer clases graduadas. Por otra parte, los alumnos más aventajados tenían que marchar al Instituto de Zaragoza a examinarse.

Durante la Segunda República se dedicaron importantes esfuerzos para intentar paliar estas deficiencias. Se quería que ningún niño careciera de escuela y terminar así con las altas tasas de analfabetismo. En Tarazona, las escuelas públicas se ubicaban en unos edificios muy deteriorados, propiedad municipal, como el antiguo convento de la Merced, donde las clases se impartían en unas grandes habitaciones faltas de las mínimas condiciones. Tras una década de gestiones, por fin se inauguró en 1932 el Grupo Escolar del Paseo del Muro, llamado *Joaquín Costa*. Amplio y bien dotado, permitió mejorar y reorganizar la enseñanza en la parte baja de la ciudad.

Se impulsaron también, con el apoyo económico de la Diputación Provincial, las obras de abastecimiento de agua, saneamiento y alcantarillado. Estas obras públicas, como tantas otras, se vieron interrumpidas por el estallido de la Guerra Civil. Fue el caso de las obras de encauzamiento del río Queiles comenzadas en 1935 y de la red de distribución de aguas para Tarazona cuyo proyecto también se inició antes de la contienda.

En la comarca se mejoraron los caminos vecinales y, en especial, las comunicaciones con el Moncayo. El objetivo de estas obras no era sólo crear una red básica de comunicaciones sino lograr, al mismo tiempo, disminuir el paro obrero. Así, en octubre de 1931, en la ejecución del camino vecinal de Vera de Moncayo a Tarazona trabajaban 800 obreros de la zona. Con el propósito de afrontar el problema del desempleo se establecieron en los pueblos, a petición de los sindicatos, bolsas de trabajo para los parados en las que se trataba de dar prioridad a los vecinos cabezas de familia sobre los obreros foráneos a la hora de ser contratados.

El interés por desarrollar el turismo reapareció con dos proyectos: uno en el monasterio de Veruela y otro en el Moncayo. Para solventar la falta de recursos que había impedido hasta el momento actuar en Veruela, el presidente de la Diputación Provincial, Manuel Pérez Lizano, inició gestiones con el Gobierno y con la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza. Esta última tenía previsto realizar, dentro de sus fines sociales y benéficos, una residencia para albergar de forma permanente a 100 niños necesitados. La Diputación, a través del diputado a Cortes



Tarazona. Hospedería y santuario de Nuestra Señora del Moncayo

Honorato Castro Bonel, entabló negociaciones con el Ministerio de Instrucción Pública para lograr la cesión del monumento.

Como resultado de estas actuaciones se acordó emprender en el monasterio las obras precisas para evitar su ruina. Se repararon tejados, se arreglaron tabiques y se comenzaron obras de traída de aguas, construcción de cocinas y tendido del alumbrado. El objetivo era dejar habilitada la hospedería para que el 1 de junio de 1936 pudieran acudir los pequeños. Aneja a la colonia infantil estaba previsto construir una granja cuyo rendimiento se dedicaría exclusivamente a su mantenimiento; también se quería fundar una granja experimental de enseñanzas agrícolas para los vecinos de la comarca.

Para sacar adelante todos estos proyectos se constituyó un patronato en el que figuraron representantes de todas las entidades interesadas. También se gestionó la apertura de un refugio-hospedería para incrementar el movimiento turístico de la zona, la mejora de la biblioteca y la restauración de la celda donde se había alojado el poeta romántico Gustavo Adolfo Bécquer.

A todo ello se sumaron los intentos del Ayuntamiento de Tarazona por crear en el Moncayo una zona turística, principalmente para los veraneantes procedentes de Zaragoza. La base de esta iniciativa fue el refugio de Agramonte, terminado y pendiente de inauguración en vísperas del comienzo de la Guerra Civil. Se trataba de una edificación con unas preciosas vistas y que contaba con las ventajas más

modernas de la época —agua corriente, cuarto de baño, calefacción y luz eléctrica—. La primera planta albergaba el salón y el comedor y la segunda un total de once habitaciones para los turistas.

Fue el primer paso de un ambicioso proyecto para la construcción de la Ciudad Montaña de Agramonte que tenía dos fines fundamentales: mitigar el paro obrero y dar alojamiento asequible a las familias que quisieran desplazarse hasta el Moncayo para veranear, lo cual, a su vez, beneficiaría al comercio de los pueblos vecinos. El ayuntamiento vendería, a bajo precio, lotes de tierra en las cercanías del refugio para que los que lo desearan pudieran levantar su vivienda, siempre atendiendo a las características de las casas de montaña y evitando masificar el entorno.

La plana de Agramonte, desde Praluengo hasta la plana de Castilla, con una extensión de algo más de 40 hectáreas, en el monte de utilidad pública nº 251, era el terreno que el Ministerio de Agricultura autorizaba para ejecutar esta urbanización que, además de estos chalets, dispondría de pequeños hoteles, servicios generales y colonias de verano. Las autoridades republicanas pretendían instaurar una base para un turismo «popular», respetando, en la medida de lo posible, el medio ambiente, de manera que las nuevas edificaciones se integraran «naturalmente» en él.

La Segunda República fue también un periodo de cambios sociales nunca antes contemplados. Se tomaron diversas medidas que para algunos resultaron escandalosas y para otros la mejor forma de poner fin a situaciones discriminatorias y marginales. En esta línea de apertura de la moral social y de atención a los colectivos marginados, se vigilaron las condiciones higiénicas en que se ejercía la prostitución. Así, en mayo de 1931, el Ayuntamiento de Tarazona aprobó la apertura de una casa de lenocinio ya que cumplía con la legislación vigente y respetaba todas las normas sanitarias.

Gracias a la libertad que trajo consigo la República se vivió una época de intensa actividad política. Por primera vez, el pueblo participó activamente en política y fueron numerosas y muy diversas las formaciones que surgieron. La novedad vino de la izquierda, hasta entonces reprimida. En todos los pueblos los sindicatos crearon comités locales, principalmente de la Unión General de Trabajadores, que lucharon para lograr que se aplicara la legislación republicana que beneficiaba a los campesinos sin tierras. Se trataba, sobre todo, de mejorar las condiciones de los arrendamientos y de dar vía libre a las adjudicaciones de las tierras roturadas y ocupadas en los montes.

Al igual que luchó en el campo, la U.G.T. se implantó en las fábricas, donde pugnó con los sindicatos llamados «amarillos», próximos a la patronal. Tarazona vivió diferentes huelgas, siendo una de las más importantes la declarada por las obreras y obreros afectos a la U.G.T. de la Fosforera El Carmen, una de las mayores empresas de la ciudad y que proporcionaba trabajo a muchas vecinas de la comar-



Tarazona. Obreros de la Fosforera El Carmen en 1897

ca. El conflicto, desarrollado entre febrero y marzo de 1932, tuvo su causa en el escaso jornal que percibían las trabajadoras. Una comisión de la U.G.T. de Tarazona marchó a Madrid para negociar. Ante las promesas de ofrecer una solución satisfactoria a sus reivindicaciones la huelga fue desconvocada, las obreras volvieron al trabajo y las fuerzas de la guardia civil, concentradas en Tarazona en previsión de posibles alteraciones del orden público que finalmente no se produjeron, regresaron a sus puestos de origen. Sin embargo, la situación de las operarias de la fosforera no mejoró.

A finales de 1933, dado que la factoría funcionaba tan sólo dos días a la semana, el ayuntamiento y las fuerzas vivas de la localidad, se dirigieron a la Compañía Arrendataria de Fósforos solicitándole el restablecimiento de la jornada semanal. Se trataba no sólo de salvar la situación de las trabajadoras, sino también del comercio que se veía afectado por la grave pérdida del poder adquisitivo de sus clientes. A esta demanda, la compañía respondió que el descenso en las horas de trabajo era debido al excesivo almacenamiento de existencias a causa de la disminución del consumo de cerillas, principalmente por el gran uso del mechero.

Los republicanos se dividieron en dos grandes bloques. Los más conservadores se vincularon al Partido Radical, mientras que los de talante más progresista militaron en Acción Republicana, unida, posteriormente, a Izquierda Republicana. En el seno de la izquierda republicana destacó un grupo de ciudadanos por sus ideas avanzadas y por su talante aperturista que lucharon por la implantación del pensamiento republicano y la modernización de la comarca.

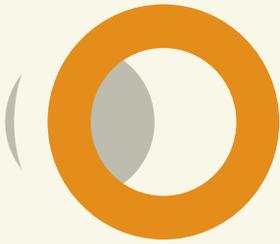
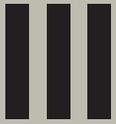
De estos hombres mencionaremos, entre otros muchos, a Román Latorre, farmacéutico de Tarazona; a Luis Muñoz Navarro (1880-1936), médico titular de Tarazona y cuyo recuerdo permanece en la memoria popular por su ayuda desinteresada a los más necesitados; a Lorenzo Calavia, maestro de Vera de Moncayo y firme defensor de la escuela laica que abogó por mejorar la pedagogía y las condiciones materiales de la enseñanza; y a Serafín Villarroya Lahoz (1881-1936), farmacéutico de Torrellas (1921-1928) y Novallas (1928-1936), que difundió entre los agricultores la rotación de cultivos y la utilización de los abonos, y que inventó un nuevo lenguaje que llamó *Fragepir* del que se conserva un manuscrito inédito escrito en Novallas, en 1930: *Fragepir. Gramatikio. Linguo Internazional* [CEAMANOS LLORENS, R., 2003].

Esta generación ilustrada se perdió trágicamente al comienzo de la Guerra Civil al ser la mayor parte de sus integrantes fusilados por sus ideas republicanas y progresistas.

Bibliografía

- A., 1936, «Los parajes de Aragón. Lo que se va a realizar para que se utilice en toda su plenitud el monasterio de Veruela», en *Heraldo de Aragón*, 17 de mayo de 1936, portada.
- BERNAL MACAYA, A. I., y TORRES LIARTE, C., 1983, «Tarazona y la política de obras públicas durante la Dictadura de Primo de Rivera. El proyecto de ferrocarril La Roda-Tarazona», *Turiaso*, VI, (Tarazona), pp. 344-361.
- BONA LÓPEZ, J., y ALCALDE GIL, M., 1990, «Periodismo local y comarcal. Comarca de Tarazona», en DUEÑAS, J. A., y SERRANO, A., [coords.], *Historia del periodismo en Aragón*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, Diputación de Huesca, Diputación de Teruel y Asociación de la Prensa de Zaragoza, p. 191.
- CEAMANOS LLORENS, R., 2001-2002, «Historia Social de la Fosforera del Carmen: un lugar en la memoria histórica de Tarazona», *Turiaso*, XVI, (Tarazona), pp. 335-353.
- CEAMANOS LLORENS, R., 2003, «Partidos judiciales de Borja-Tarazona», en BERNAD, E. [coord.], *Republicanos y República. Socialistas y republicanos de izquierda en Zaragoza y su provincia, 1931-1936*, Zaragoza, Grupo Socialista de la Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 143-183.
- CUESTA CHÁVARRI, J. A., 1995, *Estudio socio-económico de la comarca de Tarazona*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., 1999-2000, «Tarazona en los años veinte», *Turiaso*, XV, (Tarazona), pp. 305-329.
- GARCÍA MANRIQUE, E., 1960, *Las comarcas de Borja y Tarazona y el Somontano de Moncayo*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- MORENO LAPEÑA, J. L., 1999, *Anotaciones sobre la historia de Tarazona*, [Zaragoza], Moreno Twose, D.L.
- RUIZ MARTÍNEZ, F. J., «Transición social y política de Tarazona durante la IIª República», *Turiaso*, X, t. I, (Tarazona), pp. 355-365.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. Mª, 1935, *El Moncayo. Ciencia. Turismo. Religión*, Tarazona, Tip. Luis Martínez Moreno.
- SANZ LAFUENTE, G., 1997, *Propietarios del poder en tierras del Moncayo: organización y gestión de recursos en la comarca de Tarazona (1880-1930)*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- SORIA GARCÍA, M. Á., [s.a.], *Tarazona y su comarca, mi tierra*, [s.l.], Miguel A. Soria.

Del arte



Página anterior:

Tarazona. Ayuntamiento. Cabalgata triunfal de Carlos V en Bolonia

PEDRO L. HERNANDO SEBASTIÁN

Aunque tradicionalmente se ha discutido sobre la fecha exacta de la conquista de Tarazona, el proceso de dominio militar del territorio que en la actualidad configura la comarca se conoce con bastante precisión ya que se materializó entre la conquista de Zaragoza en 1118 y la de Calatayud y Daroca en 1120. Sin embargo, una vez incorporadas las principales localidades al reino, dio comienzo una labor mucho más complicada, la de ocupar eficazmente el espacio con población cristiana.

A pesar de que el rey concedió privilegios y fueros de repoblación para favorecer la colonización, ésta tuvo un éxito desigual y en muchos lugares se mantuvo el contingente musulmán anterior sin apenas variación. No obstante, hay otros enclaves en los que sí se hace efectiva la ocupación cristiana, repoblándose las localidades existentes e incluso estableciéndose nuevos núcleos de ocupación.

El procedimiento en estos casos repite siempre un mismo patrón. En primer lugar, es preciso defender el enclave mediante la rehabilitación de los castillos y murallas musulmanas o con la construcción de nuevas estructuras. En segundo lugar, resulta igualmente necesaria la construcción de una iglesia en la que se desarrollará el culto cristiano. Por esta razón, castillos e iglesias se encuentran con frecuencia muy próximos, pues si aquéllos favorecen la defensa militar, éstas garantizan la protección divina.

El problema consiste con frecuencia en saber cómo eran estas primeras iglesias, ya que apenas han llegado hasta nuestros días restos de las mismas.

Los primeros testimonios de la arquitectura cristiana en las localidades del somontano de Moncayo

El monumento que aglutina la primera arquitectura cristiana del somontano de Moncayo es el monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Veruela. Fundado en 1146 en la falda de la montaña, jugó un papel angular en el proceso de repoblación



Añón de Moncayo. Iglesia. Interior

de estas tierras y, además, con el tiempo llegaría a ser uno de los enclaves más importantes de la poderosa Orden del Císter en la Corona de Aragón [CORRAL LAFUENTE, J. L., 1980, pp. 33-45; VISPE MARTÍNEZ, J., 1984, pp. 279-388].

No figura entre los objetivos de esta aportación analizar las características constructivas de Veruela, pero sí conviene, al menos, advertir que su fábrica, erigida en lo fundamental entre la segunda mitad del siglo XII y buena parte del XIII, constituye el telón de fondo de la mayoría de las experiencias constructivas emprendidas en la comarca por esas fechas, con la expresa –y única– salvedad de la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona, a la que más adelante nos referiremos [CRIADO MAINAR, J., y BORQUE RAMÓN, J. J., 1993, pp. 15-69; MARTÍNEZ BUENAGA, I., 1998, pp. 91-180].

Comenzaremos este repaso por la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Añón de Moncayo. En su estado actual presenta una sola nave dividida en seis tramos que se cubren por medio de una bóveda de cañón con lunetos barroca que descansa en arcos apuntados. Es más probable que la cubierta original estuviera constituida por una bóveda de cañón levemente apuntada, sin los lunetos que ahora podemos ver. Tampoco subsiste la primitiva capilla mayor, reemplazada en época gótica por una estructura poligonal cubierta con bóveda de crucería [ABBAD RÍOS, F., 1952, pp. 771-772; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 17-18 y fig. de la p. 20].

El elemento más interesante de la fábrica es, sin duda, la portada principal practicada en el muro sur, en el cuarto tramo de la nave. Se trata de una portada aboci-

nada con cinco arquivoltas de medio punto que descansan en columnas monolíticas dotadas de capiteles decorados. Éstos presentan una ornamentación muy sencilla, predominando los elementos vegetales junto con una representación de aves, todo muy similar a los motivos que decoran otras iglesias próximas, tales como la de Nuestra Señora de los Reyes de Calcena.

El principal referente de este tipo de representaciones hay que buscarlo en el cercano monasterio de Veruela que, a su vez, acusa las corrientes artísticas del momento. Por desgracia no se conservan todos los capiteles —en su lugar se han instalado otros, modernos, sin decoración—, lo que impide establecer análisis iconográficos del conjunto.



Añón de Moncayo. Iglesia. Capitel de la portada principal

Una segunda portada se abre en el mismo muro, más hacia los pies, también de medio punto, con dovelas y chambrana. Su finalidad no está clara, aunque su cronología puede ser similar a la que preside el acceso principal. En torno a ella se conserva buena parte del lienzo de muro original, realizado con piedra sillar bien labrada y escuadrada.

Si la realización de la parroquial de Añón de Moncayo puede llevarse a la primera mitad del siglo XIII, el magnífico castillo dispuesto a sus pies parece algo anterior. De hecho, una parte del amurallamiento está alineado con la pared norte de la iglesia, desde los pies hasta la cabecera.

En la parte baja de la población, extramuros de la misma, se alzan todavía los restos de una ermita dedicada en otro tiempo a San Juan Bautista. Mantiene la tipología de nave única con ábside semicircular y es muy probable que se cubriera con bóveda de cañón. Conserva un acceso abierto por el lado norte, muy cerca de la cabecera. Está realizada con grandes cantos rodados rejuntados con argamasa, el mismo aparejo empleado en la construcción de la muralla y en buena parte de las casas del lugar.

La escasa consistencia de los muros, así como su ubicación muy próxima al río, ha hecho que la estructura de esta ermita quedara muy afectada por el paso del tiempo. Fue, por ello, necesario colocar unos grandes contrafuertes laterales que no han evitado su ruina. Su deterioro impide establecer valoraciones cronológicas,



Añón de Moncayo. Ermita de San Juan

pero es evidente que mantiene la estructura típica de la mayoría de iglesias medievales de la zona.

La iglesia parroquial de la Asunción de la Virgen de Grisel es un edificio de una nave y tres tramos que se cubre con bóveda de crucería estrellada del siglo XVI. Lo que nos interesan son los restos de la fábrica medieval conservados en la zona del ábside [ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 49-50 y fig. de la p. 52; AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAI-NAR, J., 1997 (II), pp. 6-7].

Es probable que el templo primitivo dispusiera de una sola nave rematada en ábside semicircular y construida con mampostería irregular. A mediados del siglo XVI se derribará prácticamente toda la fábrica, pero se mantendrá la cabecera adaptándola a la altura de la nueva obra. Es evidente el cambio de materiales, observándose cómo el recrecimiento moderno se ejecuta en ladrillo. La iglesia primitiva debió construirse a mediados del siglo XIII.

Recientemente, en el espacio que rodea la cabecera de la iglesia se ha dispuesto un pequeño parque que permite contemplarla en toda su magnitud. De nuevo observamos el nexo de unión existente entre la iglesia y las construcciones defensivas del lugar, ya que justo al lado de aquélla se pueden ver no sólo los restos del amurallamiento medieval, sino también el castillo. Éste se mantiene en buen estado, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de las ocasiones, gracias a la ejemplar restauración que lleva a cabo su propietario.

La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Litago tiene una sola nave rectangular con capillas laterales que se divide en cuatro tramos, presbiterio y ábside semicircular. La nave se cubre mediante bóveda de cañón apuntada sobre arcos fajones que apean en pilastras. Por su parte, el ábside se resuelve con bóveda de horno [ABBAD RÍOS, F., 1952, p. 776; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, p. 55 y fig. de la p. 56; BUIL GUALLAR, C., y MARCO FRAILE, R., 1993-1994, p. 103].

Este tipo de cubiertas, elevadas sobre unos muros no muy bien asentados y confeccionados con materiales sencillos y pobres, pudiera ser la causa de que interiormente se observe un acusado abombamiento que, por otro lado, no parece afectar a la estabilidad del conjunto.





Litago. Iglesia. Interior

Partiendo de la nave original se trazaron las capillas actuales y la sacristía. Estos elementos enmascaran la obra primitiva, que se llevaría a cabo en la primera mitad del siglo XIII. Las capillas se ejecutaron abriendo unos arcos en el muro medieval y adosando una estructura rectangular desde la puerta de acceso hasta la cabecera. Esta estructura puede distinguirse perfectamente por el exterior, ya que se aprecian unos arcos de medio punto realizados en ladrillo.

El edificio se construiría con sillarejo o piedra trabajada toscamente y de desigual tamaño, como puede observarse en la zona del ábside; no obstante, el acabado interior de este sector se efectuó a base de piedra sillar bien escuadrada. En el exterior dispone de un alero de piedra que descansa en canecillos muy simples tanto en el ábside como en parte del muro Norte. No se puede conocer el tipo de iluminación del interior, ya que los únicos vanos originales que subsisten son dos de los tres que se abrían en el ábside.

De la primitiva obra de la iglesia parroquial de la Purificación de la Virgen de Lituénigo tan sólo quedan algunos restos incorporados a la fábrica actual. Donde más evidente se hace su existencia es en el muro de cierre de los pies, que refleja las distintas fases constructivas del edificio [ABBAD RÍOS, F., 1952, pp. 776-777; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 60-61 y fig. de la p. 62].

La obra medieval se corresponde con la parte de muro erigida en piedra sillar bastante bien trabajada, sobre la que posteriormente se elevará la torre de campanas. Subsiste, incluso, un pequeño vano de iluminación muy estrecho y alargado de este momento. Por lo tanto, hemos de imaginarnos una iglesia más

estrecha que la actual, de una sola nave y con acceso por el lado sur. Del resto del edificio primitivo no subsiste nada más que el testimonio de la reutilización puntual de sus materiales en diversos lugares.

En Lituénigo existe otro edificio de interés, la ermita de San Miguel Arcángel. Consta de una nave cubierta con techumbre de madera a dos aguas soportada por arcos diafragma apuntados de ladrillo. El acceso se realiza por el lado sur mediante una portada en arco de medio punto muy sencilla. Los contrafuertes que la flanquean se corresponden con los arcos interiores [ABBAD RÍOS, F., 1952, pp. 777-778; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 66 y 68].

Tanto por su estructura como por la utilización de materiales –en particular, el ladrillo, empleado en los arcos–, podemos establecer relaciones con la iglesia del Cristo de Santiago en Cariñena (Zaragoza) y, por lo tanto, asignarle una cronología aproximada en la primera mitad del siglo XIV.

Se ubica a escasa distancia de la parroquia, particular un tanto extraño, pues lo habitual es distribuir los distintos centros devocionales y religiosos por el casco urbano. En la actualidad forma parte de la Casa Consistorial y se utiliza como sala de reuniones del lugar, por lo que ha sido restaurada y presenta muy buen aspecto exterior.

Vale la pena insistir en la advocación, ya que otros lugares cercanos también conservan ermitas dedicadas a San Miguel que fueron construidas en una época similar, como es el caso de Talamantes y Borja. Esto podría indicar la extensión del culto al arcángel, tan relacionado con la lucha y los ejércitos, desde los primeros años de la repoblación.

La actual iglesia parroquial de la Asunción de la Virgen de Novallas es un edificio irregular de una sola nave dividida en cinco tramos, los cuatro primeros cubiertos por bóveda de cañón con lunetos y el anterior a la cabecera mediante bóveda de crucería estrellada, que culmina con un ábside semicircular. Tiene capillas laterales también muy irregulares y el acceso se efectúa por la zona de los pies [ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 75-76 y fig. de la p. 78].

No es probable que el templo primitivo alcanzara tan notables dimensiones; de hecho, debió contar con una nave de tan sólo tres tramos culminada en el ábside semicircular que ha llegado a nosotros. Tampoco parece que las estancias laterales tengan un origen medieval.

Lo más llamativo para el problema que nos ocupa es el ábside, en cuyo centro se abre un vano abocinado. Está articulado mediante semicolumnas triples cuyos capiteles lucen motivos vegetales de sencilla factura. No resulta nada fácil estudiar estos elementos, ni tampoco visualizar el exterior de esta fábrica medieval, hoy parcialmente oculta y encerrada entre la sacristía y las vivientas colindantes que ahogan el perímetro de la iglesia.



Novallas. Iglesia. Ábside

Pensamos que su construcción debe datarse a finales del siglo XII. Se sitúa muy cerca del castillo de la localidad, hoy restaurado y convertido en Ayuntamiento, en un entorno típicamente medieval de calles estrechas y vericuetas que bien pudiera reflejar el primitivo trazado de origen musulmán.

La iglesia parroquial de la Exaltación de la Vera Cruz en Santa Cruz de Moncayo aparece descrita en algunos inventarios, como el publicado por Francisco Abbad, como edificio de un románico popular realizado en el siglo XIII,

aunque posteriormente fue muy reformado a mediados del siglo XX [ABBAD RÍOS, F., 1952, pp. 779-780; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 115-117].

No puede verse hoy ni interior ni exteriormente ningún elemento que ratifique tal afirmación. A este respecto, conviene, además, recordar que Santa Cruz de Moncayo fue una localidad de población íntegramente mudéjar hasta la conversión forzosa de 1526.

La iglesia parroquial de la Virgen de la Huerta de Trasmoz es un edificio de planta muy irregular, con una sola nave de dos tramos que conserva parte de la primitiva bóveda de cañón. El acceso se efectúa a través de una portada de medio punto descentrada del eje del muro de los pies sobre la que se dispone un interesante crismón esculpido en piedra [ABBAD RÍOS, F., 1952, p. 780; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, p. 325 y fig. de la p. 326].

La obra primitiva se localiza justamente en la portada y el primer tramo de la nave, elementos que podrían fecharse en los comienzos del siglo XIII. Por su parte, la cabecera medieval fue substituida entre 1545 y 1548 por la actual, que está presidida por un ábside poligonal flanqueado por sendas capillas que se cubren con bóveda estrellada [CRIADO MAINAR, J., 1985, pp. 263-264, docs. núms. 13-14, y pp. 268-269, docs. núms. 17-18].

Una vez más, la fábrica de la iglesia medieval de Trasmoz presenta una estrecha vinculación con el impresionante castillo de la localidad, bajo cuya sombra protectora se asienta.

En su estado actual, la parroquia de la Natividad de Vera de Moncayo obedece a la reconstrucción efectuada entre 1553 y 1554 a instancias del abad de Veruela fray Lope Marco (1539-1560) [CRIADO MAINAR, J., 1985, p. 275, doc. n.º 33]. El único testigo de la existencia de un edificio de época medial corresponde al cuerpo inferior de la torre de campanas, que se ha datado en el siglo XIII.

El Buste es una pequeña localidad ubicada en la Muela de Borja y orientada hacia las terrazas del río Ebro, lejos del somontano del Moncayo y del valle que forman los ríos Queiles y Val. Era propiedad de la mitra turiasonense y ha conservado un interesantísimo templo parroquial dedicado a Nuestra Señora de la Asunción con elementos medievales muy significativos.

Su nave está configurada por la yuxtaposición de tres tramos muy cortos formados por arcos fajones apuntados que reciben la correspondiente bóveda de cañón y un cuarto tramo, mucho más amplio, resuelto con una bóveda de crucería simple que apoya en unas bellas ménsulas decoradas con parejas de bustos humanos. La cabecera medieval fue reemplazada en 1608 por otra de estilo clasicista que, a diferencia de lo anterior, está confeccionada en ladrillo.

El conjunto conserva una portada gótica de cantería a la altura del tercer tramo, hoy tapiada, con un escudo de armas del obispo Gaufrido (1346-1353) en la clave que obliga a fechar la parte más antigua del edificio por entonces [CABAÑERO SUBIZA, B., y ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1986, p. 407]; también dispone de una ventana cegada de piedra muy larga y estrecha –como corresponde a los breves tramos de esta zona– de perfil claramente apuntado. A pesar de la nítida diferencia de estilo, el gran tramo gótico no se debió voltear mucho tiempo después.

Tarazona, sede episcopal

La ciudad de Tarazona es el enclave más importante de la comarca, tal y como se corresponde con su condición de cabecera de la misma y sede episcopal a un tiempo. A pesar de ello, los vestigios de arquitectura religiosa medieval que conserva son menos abundantes de lo que cabría esperar. A este respecto, debe recordarse que durante la Guerra de los dos Pedros (1356-1369) sufrió dos ocupaciones por parte de las tropas de Pedro I el Cruel de Castilla, de nefastas consecuencias para su tejido urbano y su patrimonio artístico y documental.

La catedral de Santa María de la Huerta es su monumento medieval más destacado, aunque a diferencia de lo que ocurre con el monasterio de Veruela, apenas si ejerció influencia sobre el resto de las edificaciones turiasonenses. Vale la



El Buste. Iglesia. Interior



Tarazona. Catedral. Cabecera

pena recordar que la arquitectura religiosa bajomedieval de la ciudad del Queiles se caracteriza por una extraordinaria variedad de soluciones que acusan, entre otras, la influencia de las fórmulas tradicionales de la época de la repoblación –cabecera de la parroquial de Santa María Magdalena–, de los modelos góticos importados del norte de Francia –cabecera de la catedral de Santa María de la Huerta–, de la nueva arquitectura de las órdenes mendicantes –iglesia de San Francisco– y de las fórmulas de ascendente islámico –naves de Santa María Magdalena–.

En su estado actual, la iglesia parroquial de Santa María Magdalena es un templo de tres naves, la central más ancha y larga que las laterales, que culminan en tres ábsides de desarrollo semicircular en el interior, siendo planos al exterior los laterales.

La disparidad de soluciones que se advierte en sus cubiertas refleja los distintos momentos constructivos del edificio. La nave lateral del lado norte cubre cuatro de sus cinco tramos con techumbre de madera a dos aguas sobre altos arcos diafragma; por su parte, el tramo recto ante su ábside utiliza bóveda de cañón. La nave central y la lateral del lado sur se cubren con bóveda de cañón con lunetos, si bien la última enmascara una cubierta de madera análoga a la de la otra colateral. Las primeras capillas de ambos lados y la cabecera del lado sur se cubren con bóveda de crucería estrellada.

El acceso se efectúa a través de un amplio vano abierto en el muro norte en arco apuntado con arquivoltas que apean en capiteles de decoración vegetal. Al exterior sólo sobresale el ábside semicircular central, decorado con semicolum-

nas adosadas, y el ábside lateral sur, de desarrollo plano. Puede apreciarse el aparejo de piedra sillar bien labrada, característico de las primeras obras cristianas realizadas en las poblaciones principales.

La primera etapa constructiva se corresponde con la erección de la cabecera de triple ábside y debe situarse a finales del siglo XII. El tipo de cubierta de las naves laterales es, sin embargo, posterior y responde a la campaña acometida en la primera década del siglo XV, una vez superadas las guerras entre Aragón y Castilla [ABBAD RÍOS, F., 1957, pp. 755-756; ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, pp. 187-190; BORRÁS GUALIS, G. M., 1985, t. II, pp. 351-352; AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997 (I), pp. 9-33].

Es muy significativa su ubicación en el barrio del Cinto, en un lugar preeminente dentro del casco urbano al que se accede a través de las empinadas calles que parten de las orillas del Queiles, y la estampa de su torre de ladrillo, elemento visual clave dentro del relieve recortado del caserío de Tarazona. Esta localización, así como la del palacio Episcopal, justo al lado de ella, permite imaginar un pasado de mayor esplendor que algunos autores han utilizado como argumento para ubicar aquí la primitiva sede catedralicia tarazonense.

En Tarazona, la arquitectura conventual de época medieval está representada por la iglesia de San Francisco de Asís, una destacada fundación del siglo XIII, profundamente remodelada a partir del siglo XVI, que incluye en sus muros perimetrales parte de la fábrica medieval.

Así, además de los restos de un humilde claustro del siglo XV y algunas capillas góticas incorporadas al muro de la Epístola del templo, sobresale la bella portada de cantería incluida a la parte del Evangelio, frente a la ciudad, que algunos autores consideran como una obra de la primera mitad del siglo XIV [ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1980, pp. 228-229; AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, pp. 54-64].

La iglesia parroquial de San Miguel Arcángel fue destruida por un incendio a comienzos del siglo XVI y se reconstruyó durante el pontificado del obispo Gabriel de Ortí (1523-1535). El edificio actual mantiene la anchura del medieval, definida por sendas portadas abiertas en los muros norte y sur.

La portada meridional está formada por una potente estructura abocinada de arcos apuntados que no conservan los primitivos derrames; por su morfología puede datarse en los últimos años del siglo XIV, dentro de las campañas de restauración que siguieron a la Guerra de los dos Pedros.

Más interés reviste la septentrional, identificada como Puerta de la Bendición por abrir a la arteria medieval del mismo nombre. Su perfil más rebajado que la portada norte delata una cronología más avanzada que la reciente localización de la oportuna documentación ha confirmado. Hoy sabemos, en efecto, que fue ejecuta-

da entre 1461 y 1462 por Juan de Laredo, un cantero montañés afincado en Zaragoza en las décadas centrales del siglo XV [DELGADO ECHEVERRÍA, J., y CRIADO MAINAR, J., 2001-2002, pp. 179-200].

Conclusiones

Con todos estos datos podemos establecer una serie de conclusiones. En primer lugar, nos encontramos ante edificios emplazados dentro de los cascos urbanos, intramuros, y, en general, en una posición elevada y significativa. Con ello se consiguen objetivos tales como garantizar su protección e, incluso, hacer posible su conversión en un elemento defensivo más. De otra parte, se logra manifestar visualmente la preeminencia cristiana sobre la religión mayoritaria anterior.

En general, son conjuntos muy sencillos, resultos en su mayor parte con gran economía de medios. En los pequeños núcleos rurales se construye con tapial y mampostería. En lugares de superior importancia se utiliza la piedra sillar bien labrada.

La mayoría de ellos mantiene un tipo de planta de nave única. La única excepción la constituye la iglesia de Santa María Magdalena de Tarazona, que es de tres naves y tres ábsides. Como ya se ha expresado, el destacado papel que jugó en los primeros momentos de ocupación cristiana exigía una mayor disponibilidad de espacio interior.

Dejando a un lado los ejemplos turiasonenses de cronología gótica, las iglesias estudiadas conservan el modelo tradicional románico de ábside semicircular, vanos abocinados con decoración en los capiteles, o el uso de la piedra sillar como material constructivo. Esto rompe con la tradición historiográfica que indica la inexistencia de arte de este estilo al sur del Ebro. Son edificios levantados al tiempo de la llegada de los colonizadores. En el caso de estas tierras, que quedaron rápidamente alejadas de la frontera frente a los musulmanes, no se procedería a la construcción de estructuras provisionales y seguramente tampoco se reutilizaron las mezquitas musulmanas existentes.

Es curioso constatar cómo los restos que han llegado hasta nosotros se localizan en dos puntos principalmente, el ábside y la portada de acceso. El ábside representa el lugar en el que se encuentra el altar mayor, desde el que el sacerdote oficia la misa y se realiza la consagración. Es el lugar más importante de la iglesia, por lo que se intenta conservar a pesar de que el resto del edificio se destruya para acodomarlo a las modas y necesidades de cada época.

La portada de acceso marca el punto a partir del cual alcanzar la salvación, representa simbólicamente el paso al paraíso, por lo que se sus capiteles se decoran con los elementos vegetales referidos y con aves que representan el alma. Por ello se intenta mantener, bien sea como portada principal –caso de



Tarazona. Iglesia de la Magdalena

Añón de Moncayo—, o como portada secundaria o empequeñecida ante la nueva obra —como ocurre en Trasmoz—. En otros casos es imposible preservar ninguno de los dos elementos.

Se constata también la existencia del crismón en las claves de las puertas de acceso de buen número de estos edificios. El crismón es el anagrama del nombre de Cristo, que en ocasiones se ha querido equivocadamente hacer exclusivo del arte románico aragonés. Encontramos este elemento en las iglesias de Añón de Moncayo, Litago y Trasmoz. Quizás su aparición está relacionada con los dos crismones que decoran la portada principal del monasterio de Veruela, con los que comparten la misma apariencia formal.

Bibliografía

- ABBAD RÍOS, F., 1957, *Catálogo Monumental de España. Zaragoza*, Madrid, Instituto «Diego Velázquez» del C.I.S.C., 2 vols.
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997 (I), *La iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Tarazona. Estudio histórico-artístico*, Tarazona, Asociación de Vecinos «El Cintón».
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997 (II), «Noticias sobre la construcción de la iglesia parroquial de la Asunción de N^a Señora de Grisel», *Boletín de la Asociación Cultural La Diezma*, 10, (Grisel), pp. 6-7.
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, «El convento de San Francisco de Tarazona (Zaragoza). Construcción y reforma de sus edificios medievales», *Aragón en la Edad Media. XIV-XV. Homenaje a la profesora Carmen Orússegui Gros*, (Zaragoza), vol. I, pp. 49-72.
- ARRÚE UGARTE, B., et alii, 1990, *Inventario artístico de Zaragoza y su provincia*, t. I, *Partido Judicial de Tarazona*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- BORRÁS GUALIS, G. M., 1985, *Arte mudéjar aragonés*, Zaragoza, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Aragón y C.A.Z.A.R., t. II.
- BUIL GUALLAR, C., y MARCO FRAILE, R., 1993-1994, «Iglesia de la Asunción en Litago (Zaragoza)», *Tvriaso*, XI, (Tarazona), pp. 93-108.
- CABAÑERO SUBIZA, B., y ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1986, «Problemática y fuentes de la cronología de la arquitectura aragonesa. 1300-1450», en *III Simposio Internacional de Mudéjarismo*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, pp. 397-414.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1980, «La fundación del monasterio cisterciense de Veruela», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, V, (Borja), pp. 33-45.
- CRIADO MAINAR, J., 1985, «La construcción en el dominio verolense durante el segundo tercio del siglo XVI. 1. Documentos», *Tvriaso*, VI, (Tarazona), pp. 251-283.
- CRIADO MAINAR, J., y BORQUE RAMÓN, J. J., 1993, «Visita al monasterio», en CRIADO MAINAR, J. [ed.], *Monasterio de Veruela. Guía histórica*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, pp. 13-69.
- DELGADO ECHEVERRÍA, J., y CRIADO MAINAR, J., 2001-2002, «La Puerta de la Bendición de la iglesia de San Miguel Arcángel de Tarazona. Aproximación a su estudio», *Tvriaso*, XVI, (Tarazona), pp. 179-200.
- MARTÍNEZ BUENAGA, I., 1998, *La arquitectura cisterciense en Aragón. 1150-1350*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- VISPE MARTÍNEZ, J., 1984, «La fundación del monasterio cisterciense de Veruela y la constitución de su dominio monástico», *Cistercium*, 167, (Estella) pp. 279-388.

GONZALO M. BORRÁS GUALIS

El urbanismo y el conjunto monumental mudéjar de la ciudad de Tarazona

La ciudad de Tarazona constituye tanto por su urbanismo como por sus monumentos uno de los conjuntos mudéjares más sobresalientes de Aragón.¹ Por un lado atesora una larga nómina de monumentos mudéjares, entre los que han de ser considerados de primer orden la Seo o catedral de Nuestra Señora de la Huerta, emplazada en la vega, fuera del recinto urbano, en la margen derecha del río Queiles, sobre el asentamiento de una iglesia anterior mozárabe, y la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, emplazada en el Cinto, sobre el solar de la antigua mezquita islámica. Ambos monumentos capitales son objeto de comentario especial en este texto.

Pero a la catedral y a la Magdalena hay que sumar una amplia relación de manifestaciones mudéjares tanto de carácter religioso como civil: así en el convento de la Concepción, las celosías de yeso que cierran el coro alto a los pies de la iglesia y la torrecilla que remata el conjunto conventual, elevada sobre el basamento de un torreón de la muralla; los restos mudéjares del palacio Episcopal, con paños de ladrillo ornamental en su fábrica y con alfarjes en su interior, en especial el que cubre el salón de los retratos, contratado según José M^a Quadra do el 30 de mayo de 1441 por el obispo Martín Cerdán con el maestro Fernando Alfonso; las yeserías de pervivencia mudéjar decoradas con motivos geométricos en la iglesia del convento de carmelitas descalzas de Santa Ana.² A todo

1. Ya redactado y entregado para la imprenta este texto, Jesús Criado Mainar ha realizado un profundo estudio y revisión del arte mudéjar de la ciudad de Tarazona, presentado como ponencia en el *X Coloquio de Arte Aragonesés*, con notables aportaciones y precisiones de carácter documental. El lector interesado en el tema encontrará un mayor desarrollo y profundidad en dicho estudio (CRIADO MAINAR, J., 2002, pp. 85-143).

2. También estas yeserías y las del convento de San Francisco han sido objeto de estudio monográfico tras la redacción de este texto en el ya citado *X Coloquio de Arte Aragonesés* (CARRETERO CALVO, R., 2002, pp. 303-313).



Tarazona. Convento de la Concepción.
Campanil

ello se suma además el patrimonio expoliado, con interesantes techos mudéjares emigrados.

Este patrimonio monumental turiasonense se halla integrado en un conjunto urbano de singular personalidad, sobre todo la zona histórica y en especial el recinto amurallado o Cinto, encaramado en lo alto, dominando la margen izquierda del río Queiles. Tras la reconquista cristiana en 1119 por Alfonso I el Batallador la zona del Cinto fue ocupada por la población cristiana, formándose extramuros los barrios de la morería, al norte y al noroeste, en el entorno de San Miguel, y de la judería al este, en la ladera que desciende hasta el río, siguiendo así la disposición habitual del urbanismo mudéjar.

El plano de la ciudad histórica ofrece el característico trazado de calles estrechas con quiebras, con abundan-

tes adarves o calles sin salida, algunos ya destruidos, destacando entre los elementos arquitectónicos las puertas de entrada al Cinto en arcos de doble rosca, los cobertizos, los voladizos de los edificios por aproximación de hiladas y un sinnúmero de elementos constructivos que convierten a Tarazona en un conjunto urbano mudéjar de excepcional interés y su paseo urbano en un disfrute cultural de calidad.

Sobre la historia de la ciudad de Tarazona son de destacar los estudios, ya clásicos, de José María Sanz Artibucilla, quien además documentó una copiosa nómina de maestros de obras moros para fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI. A las investigaciones de Sanz Artibucilla hay que sumar otras aportaciones más recientes por parte de jóvenes investigadores como María Teresa Ainaga, Jesús Criado Mainar y José Carlos Escribano Sánchez, entre otros, impulsadas desde el Centro de Estudios Turiasonenses.

La catedral de Nuestra Señora de la Huerta

Aragón es el único foco del mudéjar hispánico que cuenta con tres catedrales mudéjares: la Seo de San Salvador en Zaragoza y las catedrales de Teruel y de Tarazona. El eminente hispanista Elie Lambert ya destacó en 1933 esta singularidad del



Tarazona. Catedral. Claustro en 1999

mudéjar aragonés que no se da en los restantes focos mudéjares hispánicos. En efecto, en la España medieval el poder cristiano se manifestaba en los territorios recuperados al Islam mediante el uso de los estilos occidentales europeos –el Románico, el Gótico o el Renacimiento–, en particular en los monumentos religiosos más emblemáticos y en especial en las catedrales, relegándose el lenguaje artístico mudéjar para las iglesias parroquiales y para las de los conventos urbanos de dominicos y franciscanos. Así, las catedrales de Toledo y Sevilla son góticas y la de Granada es renacentista, mientras que las iglesias parroquiales de estas ciudades son mudéjares en su mayoría.

En Aragón imperó esta misma voluntad artística pero con resultado desigual ya que mientras en la Seo de Zaragoza tan sólo los ábsides se levantaron en estilo románico, sin embargo en la catedral de Nuestra Señora de la Huerta de Tarazona su fábrica gótica se culminó casi en su totalidad, teniendo lugar la consagración de la cabecera, con la girola y el crucero, en el año 1235 y continuándose las tres naves a lo largo del siglo XIII, mientras que hacia 1362, tras los daños sufridos durante la ocupación por las tropas de Pedro I el Cruel, se inició la reconstrucción de esta fábrica gótica en tiempos del obispo Pedro Pérez Calvillo.

Pero esta espléndida fábrica gótica de la catedral de Tarazona, bien valorada desde el punto de vista de su trascendencia artística por los estudios de Leopoldo Torres Balbás, desde fines del siglo XV hasta fines del siglo XVI, a lo largo de una centuria, va a quedar envuelta por construcciones mudéjares. De este modo la catedral de Tarazona transforma su aspecto exterior en el que se imponen el nuevo lenguaje mudéjar con obras que circundan y coronan la fábrica gótica, o sea, la torre, la galería alta por encima de la nave mayor, el claustro y el nuevo cimborrio.

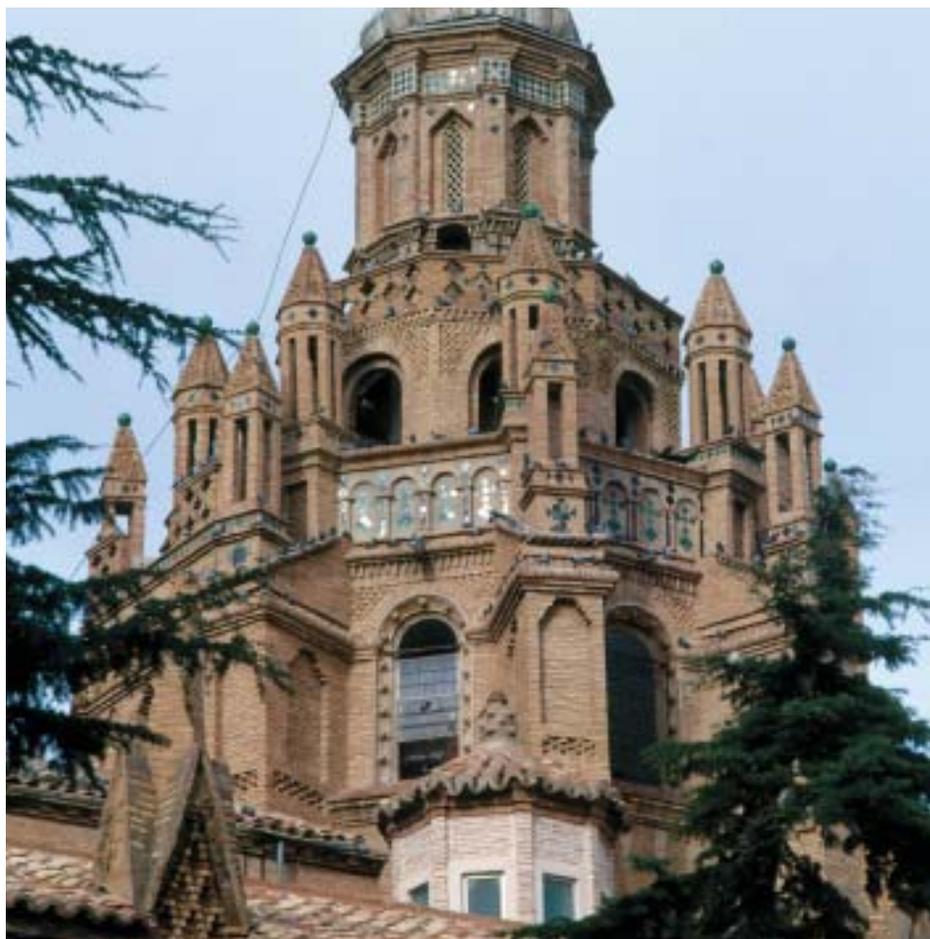
El responsable de este cambio de gusto en la catedral de Tarazona fue el obispo Guillén Ramón de Moncada (1496-1522), durante cuyo episcopado se construyeron la galería alta de ventilación de bóvedas sobre la nave central, la parte mudéjar de la torre y las obras del claustro en su totalidad.

La torre mudéjar se alza a la izquierda del último tramo de los pies y en su parte inferior, de planta cuadrada, se halla construida en piedra sillar, con estructura interna de escalera de caracol, y corresponde a la fábrica gótica del siglo XIII. Sobre este zócalo gótico se elevó entre 1496 y 1497 el cuerpo mudéjar de la torre, con machón central cuadrado y bovedillas por aproximación de hiladas, rematado en un cuerpo de campanas de doble piso, con dos y tres vanos respectivamente por cada lado.³

Estos vanos de la parte mudéjar se cegaron cuando en 1588, durante el episcopado de Pedro Cerbuna, la torre se sobreelevó, abriendo un nuevo cuerpo de campanas con dos nuevos pisos de dos y cuatro vanos respectivamente, así como un remate octogonal, obra del maestro Francisco Guarrás, albañil, vecino de Tórtoles, manteniendo el ladrillo como material pero utilizando ya un lenguaje clasicista de tradición herreriana. De esta manera en la torre de la catedral se superponen tres épocas diferentes y tres estilos distintos –gótico, mudéjar y clasicista– sin que la unidad compositiva haya sufrido lo más mínimo.

Por lo que se refiere al claustro, el reciente estudio ya citado de Jesús Criado Mainar nos permite precisar que el maestro de la obra fue Alí Pex, moro vecino de Tórtoles, y que el proceso constructivo, iniciado hacia 1501, estaría ya prácticamente concluido en 1522, a la muerte del obispo Guillén Ramón de Moncada. Es de planta cuadrada, con siete tramos cubiertos con bóvedas de crucería estrellada en cada una de sus pandas o galerías, y su auténtico carácter mudéjar lo recibe de las celosías de yeso calado que cierran sus vanos, con motivos decorativos que si bien pertenecen al vocabulario formal del gótico se hallan compuestos con ritmo ornamental mudéjar.

3. José M^o Sanz Artibucilla atribuyó al maestro Alí Darocano estas obras, cuya autoría y cronología ha puesto en tela de juicio recientemente Jesús Criado Mainar en el estudio mencionado, al no encontrar refrendo documental en la revisión que ha llevado a cabo (SANZ ARTIBUCILLA, J. M^o, 1935, pp. 65-71; CRIADO MAINAR, J., 2002, pp. 92-93).



Tarazona. Catedral. Cimborrio en 1999

Es conveniente visitarlo en día de sol para apreciar los efectos de alfombra móvil luminosa que producen los rayos de luz que atraviesan las celosías al deslizarse sobre las solerías del claustro, como ya advirtiera con gran finura estética José M^a Quadrado en la edición de su *Aragón*, de 1844. Una fábrica sólo comparable por su belleza a algunas manifestaciones del arte mogol del siglo XVI en la India.

Al mismo episcopado del obispo Moncada corresponden asimismo las estancias levantadas a la derecha de la cabecera para sacristía y oratorio en planta baja y para biblioteca y tesorería, hoy también archivo, en planta alta, obra realizada en 1516 por los maestros moros Mahoma Berroz, Mahoma el Rubio y Muza de Vera. En estas dependencias se guardan varios libros con encuadernación mudéjar y las puertas de un mueble de archivo de fines del XV, con paneles con decoración mudéjar.



Tarazona. Iglesia de la Magdalena. Techumbre nave del Evangelio

En cuanto al cimborrio, estudiado monográficamente por Carmen Morte en 1975, se tiene noticia documental de que otro anterior ya amenazaba ruina en el año 1519, siendo reparado por los maestros Mahoma Berroz y por Yaye y Mahomica. El actual cimborrio de la catedral de Tarazona, realizado entre 1543 y 1545, es obra del maestro zaragozano Juan Lucas, alias Botero, quien asimismo fue el maestro del cimborrio actual de la Seo de Zaragoza, a partir de 1520 y había dado las trazas para el de Santa María de Teruel en 1537, según ha documentado Ernesto Arce Oliva, siendo dirigidas las obras del cimborrio de Teruel por Martín de Montalbán en 1538.

La estructura de estos tres cimborrios mudéjares de las tres catedrales aragonesas es de raigambre islámica y constituyen el último eslabón de una larga cadena que se inició en las cúpulas laterales ante el *mibrab* de la ampliación del califa al-Hakam II en la mezquita aljama de Córdoba. Para el volteo de la cúpula sobre el crucero se pasa de la planta cuadrada a la octogonal por medio de trompas, y se cubre el espacio octogonal por parejas de arcos entrecruzados que forman una estrella de ocho puntas y dejan en el centro un octógono para la linterna. Estos cimborrios son como altas coronas mudéjares que ornan las tres catedrales aragonesas de la Seo de Zaragoza, Teruel y Tarazona.

La iglesia parroquial de Santa María Magdalena

En el año 1997 María Teresa Ainaga y Jesús Criado han realizado un estudio sobre este monumento mudéjar turiasonense, editado por la Asociación de Vecinos «El

Cinto», en el que aportan documentación inédita y precisiones cronológicas de gran interés para las etapas constructivas del mudéjar de esta iglesia parroquial.

La primera de estas precisiones atañe tanto a la cronología de las tres naves de la iglesia, cubiertas con techumbres mudéjares, cuanto a la de la torre en su parte principal mudéjar. Así, en la visita pastoral de 21 de noviembre de 1403, efectuada durante la administración del cardenal Fernando Pérez Calvillo, se decía ya que *la iglesia se llueve por todas partes, está arruinada y necesita una gran reparación en la techumbre y en las tejas*, puesto que había sido escenario de las luchas entre los bandos opuestos de los Pérez Calvillo y de los López de Gurrea. Pocos años después, en una visita pastoral de 2 de febrero de 1409, se insiste en que la iglesia se hallaba necesitada de una reparación en profundidad y que sus administradores —el concejo de la ciudad y el capítulo de la Seo— ya habían contratado a los maestros necesarios para ejecutar las obras de reparación en un plazo de veinte meses.

Con esta última noticia de las obras realizadas en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena durante el bienio de 1409-1410 están relacionadas otras dos: la primera, datada el 18 de marzo de 1409, es el encargo de fabricar cincuenta mil ladrillos del molde zaragozano para la obra de la Magdalena, durante un año a partir del 1 de abril, hecho por Juan de Moncayo, señor de Maleján y obrero de la iglesia, a los hermanos Antón y Martín de Aguas; la segunda, datada el 5 de julio de 1410, es una donación para la fábrica de la iglesia de la Magdalena de 500 florines hecha por el administrador apostólico Francisco Clemente.

Todas estas noticias permiten datar con seguridad en estas fechas de 1409-1410 tanto las techumbres mudéjares que cubrirían las tres naves como la fábrica de la torre. Por lo que se refiere a las techumbres mudéjares, éstas quedaron ocultas por la reforma que sufrió todo el templo entre 1694 y 1699 con la intervención del maestro Gregorio León, que enmascaró la carpintería mudéjar, colocando bajo ella falsas bóvedas encamonadas de tipo barroco.

De las tres techumbres, tras la restauración realizada en la década de 1960 se ha recuperado, dejándola vista, la de la nave lateral izquierda, una armadura de parhi-



Tarazona. Iglesia de la Magdalena. Torre

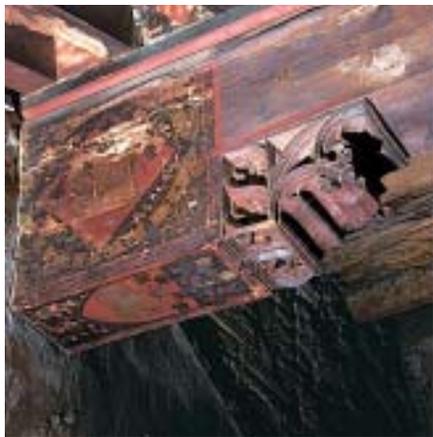
lera que cubre cinco tramos separados por cuatro arcos apuntados diafragma. Asimismo se conserva oculta por las bóvedas barrocas la de la nave lateral derecha, que consta de cuatro tramos, separados por tres arcos diafragma, y aunque no se conserva es probable que también se cubriera con armadura de madera la nave central, probablemente con estructura de par y nudillo, tipología ya utilizada para cubrir la nave central de la catedral de Teruel.

La decoración heráldica de estas dos armaduras de parhilar mudéjares corrobora la cronología de 1409-1410, ya que además de las armas de familias principales turiasoneses, como los Pérez Calvillo y los López de Gurrea, están las del administrador episcopal Francisco Clemente (1405-1409), que inició las obras y las del obispo Juan de Valtierra (1409-1432), durante cuyo mandato se concluyeron.

La torre de la Magdalena se alza a los pies del templo, en el lado derecho del mismo, dominando con su alzado todo el perfil de la ciudad. Al igual que en el caso de la catedral, la parte baja de la torre es de piedra sillar con escalera de caracol, perteneciendo a la fábrica románica del templo que se levantó en el solar de la antigua mezquita. Sobre ese basamento de planta cuadrada se eleva la fábrica mudéjar, que dispone su interior en estructura de alminar, es decir, con machón central también de planta cuadrada y entre éste y la torre que lo envuelve sube la escalera cubierta con bóvedillas por aproximación de hiladas de ladrillo.

Es una torre muy esbelta, de dos cuerpos, el inferior de considerable altura, sin decorar hasta la parte más alta, donde se disponen frisos de esquinillas, zig-zag y cruces de múltiples brazos formando rombos; el segundo cuerpo, de campanas, esta formado por dos pisos, el primero de doble vano en arco apuntado cobijado por un arco de medio punto, y el segundo de triple vano en arco apuntado.

Siempre he defendido que esta parte de la torre mudéjar era anterior a la noticia aportada por José M^o Sanz Artibucilla sobre obras ejecutadas por el maestro Mahoma Rubio en el año 1503. Las características formales de esta torre se ajustan perfectamente con los datos ahora aportados por María Teresa Ainaga y Jesús Criado y en consecuencia hay que datarla entre 1409 y 1410.



Tarazona. Iglesia de la Magdalena. Detalle de la techumbre de la Epístola

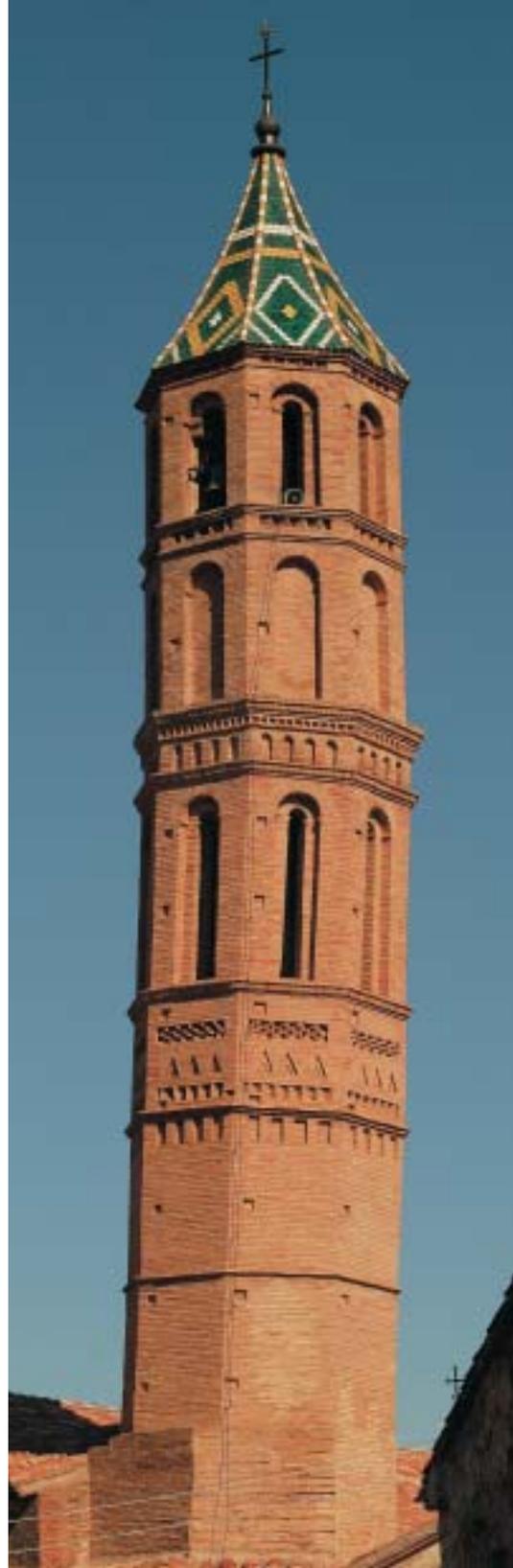
El actual tercer cuerpo de la torre de la Magdalena es asimismo de campanas, y está formado por un gran arco de medio punto doblado por cada lado y decorado con un sistema característico de los últimos momentos del arte mudéjar. Por ello concuerda perfectamente con su fábrica

la noticia de que en 1609 se encargaba una campana y se comisionaba a varias personas para que estudiaran la posibilidad de elevar la torre, sin duda con la finalidad de dotarla de un cuerpo de campanas con vanos de mayor luz que los inferiores de comienzos del siglo XV.

Entre el mobiliario de la iglesia destaca un magnífico facistol o gran atril para los cantorales del coro, hecho en madera de nogal y decorado con taraceas o incrustaciones de hueso y maderas duras, datable a fines del siglo XV o comienzos del siglo XVI, realizado por un conocido taller de carpintería mudéjar que trabajó en la localidad de Torrellas hasta la expulsión de los moriscos en 1610, tema estudiado por José Carlos Escribano y que ya llamó la atención del viajero Enrique Cock en 1592.

Las mezquitas mudéjares de Torrellas, actual iglesia de San Martín, y de Tórtolas

Aunque no sea habitual en el patrimonio monumental español que se hayan conservado restos de mezquitas islámicas hasta nuestros días, sin embargo, perviven todavía por fortuna algunos ejemplos excepcionales, con la mezquita aljama de Córdoba a la cabeza de todos ellos. La práctica reconquistadora de reutilizar las mezquitas para uso cristiano como catedrales o iglesias, tras una ceremonia de purificación, hizo posible este fenómeno de preservación monumental islámico. En todo caso fue frecuente que las mezquitas pervivieran durante siglos con uso cristiano hasta su total sustitución por nuevas obras.



Torrellas. Iglesia. Torre



Torrellas. Iglesia. Viga mudéjar de la antigua mezquita

Pero en el caso de Tarazona y su comarca no se trata de una pervivencia de mezquitas islámicas sino mudéjares, es decir, de mezquitas edificadas como tales bajo dominio político cristiano, puesto que la temprana reconquista del territorio turiasonense llevada a cabo por Alfonso I en 1119 provocaría que a lo largo de los siglos bajomedievales las antiguas mezquitas de época califal y taifal, reservadas para uso de los mudéjares, quedasen totalmente arruinadas y hubiese necesidad de transformarlas o sustituirlas por nuevas fábricas. A esta condición de obra mudéjar de adscriben las mezquitas de Torrellas, conservada en la actualidad como iglesia de San Martín de Tours, y la de Tórtoles, barrio de Tarazona, cuya fábrica también se ha mantenido hasta hoy.

El estudio de estas dos mezquitas mudéjares de Torrellas y de Tórtoles se debe a José Carlos Escribano Sánchez, que las dio a conocer en 1984 y 1985 respectivamente, la primera en un fundamental artículo para la revista *Turiaso*, y la segunda en una nota de prensa para *El Día de Aragón*, redactando con posterioridad un estudio inédito para el proyecto de restauración, de mayo de 1987.

Una reciente visita a estas dos mezquitas mudéjares, facilitada por la amabilidad de Javier Bona López, me ha permitido constatar personalmente la trascendencia que para el arte mudéjar tienen estos dos monumentos de la comarca turiasonense, por lo que deseo subrayar la trascendental aportación que para su conocimiento y difusión constituyeron los mencionados estudios de José Carlos Escribano Sánchez, a cuyas conclusiones por el momento tan sólo cabe añadir



una consideración de carácter general sobre las tipologías arquitectónicas en ellas utilizadas.

La mezquita de Torrellas, actual iglesia parroquial de San Martín de Tours, sería levantada de nueva planta en la primera mitad del siglo XV, tal vez a principios del mismo, momento en que sus nuevos señores, los duques de Villahermosa, crearon la baronía de Torrellas. Un canecillo de madera con su cabeza decorada con cardinas, similar a los del alfarje del salón de obispos del palacio episcopal de Tarazona, que fue hecho por Fernando Alfonso en 1441, podría aproximar la cronología absoluta de la mezquita a estas fechas.

Lo más interesante de esta mezquita de Torrellas es su tipología, en la que el espacio de la sala de oraciones, que es coincidente con el de la iglesia actual, de planta ligeramente rectangular, se cubría en origen con una techumbre a dos aguas, apoyada sobre tres arquerías transversales de arcos-diafragma, que dividen la sala en cuatro tramos; cada una de estas arquerías transversales se halla a su vez formada por un triple arco, apuntado y de mayor altura el arco central y de medio punto y menor altura los laterales, disponiéndose óculos con celosías caladas en las albanegas entre los arcos, cuyo diseño fue reconstituido por José Carlos Escribano a partir de algunos fragmentos conservados.

Si la disposición transversal de estas arquerías originales divide el espacio en cuatro tramos, la proyección longitudinal de las triples arcadas produciría la ilusión óptica de tres naves. Ya en la transformación cristiana de este espacio, en época barroca avanzada, esta ilusión óptica se hizo realidad, es decir, se convirtió en una planta de tres naves, al añadirse para separarlas unas arquerías longitudinales de medio punto y cubrirse todos los tramos resultantes con bóvedas de lunetos y de aristas en sustitución de la antigua techumbre a dos aguas.

Esta tipología de espacio rectangular cubierto con techumbre de madera a dos aguas sobre arcos-diafragma triples transversales es cristiana y está constatada tanto en iglesias del mudéjar extremeño como del andaluz, es decir, en iglesias mudéjares de la Corona de Castilla, con cuyos territorios linda la comarca turiasonense. Pilar Mogollón ha estudiado los ejemplos de esta tipología en las iglesias mudéjares extremeñas, destacando la ermita del Espíritu Santo en Cáceres, la ermita de Nuestra Señora del Salor en Torrequemada y la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel en Valdecaballeros; con esta última coincide incluso la forma de los arcos.

Más sencilla es la tipología de la mezquita de Tórtoles, que fue objeto en 1987 de una primera campaña de consolidación. Es de nave rectangular con techumbre de madera a dos aguas sobre dos arcos-diafragma apuntados, que la dividen en tres tramos.

Esta tipología de nave única con techumbre de madera sobre arcos-diafragma es

muy frecuente en la Corona de Aragón. El caso más conocido del arte mudéjar aragonés es el de la ermita de la Virgen de la Fuente en Peñarroya de Tastavins (Teruel). Por los elementos formales conservados –restos de la techumbre, con decoración vegetal, animal e inscripciones árabes así como los modillones exteriores del alero del tejado– esta mezquita de Tórtoles puede datarse a mediados del siglo XV. En el *Inventario Artístico del partido judicial de Tarazona*, editado en 1990 por el Ministerio de Cultura, los profesores Begoña Arrúe Ugarte e Ismael Gutiérrez Pastor la publicaron como sinagoga.

Destaca en su interior un arco de herradura, que da acceso al nicho del *mibrab*, situado en un muro lateral flanqueado por los dos arcos diafragma; la rosca de este arco de herradura se halla realizada con ladrillos, dispuestos enjarjados en su arranque para luego, a la altura de los riñones, despiezarse radialmente al centro del arco. Constituye una tardía imitación de la antigua proporción califal. El nicho del *mibrab*, ya recuperado, es bastante profundo, con planta en arco de medio punto peraltado, y una credencia practicada en el interior, al lado izquierdo según se entra.

Estas dos mezquitas mudéjares de Torrellas y Tórtoles,⁴ construidas de nueva planta en el siglo XV, utilizan las tipologías de la arquitectura cristiana, olvidando las anteriores tipologías de las mezquitas islámicas y presentando en su diseño arquitectónico un eje longitudinal transversal a la orientación sagrada del Islam.

Bibliografía

- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997, *La iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Tarazona. Estudio histórico-artístico*, Tarazona, Asociación de Vecinos «El Cinto».
- ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1990, *Inventario Artístico de Zaragoza y su provincia*, t. I, *Partido Judicial de Tarazona*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- BORRÁS GUALIS, G. M., 1985, *Arte mudéjar aragonés*, Zaragoza, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Zaragoza y Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.
- BORRÁS GUALIS, G. M., en prensa, «El mudéjar y la expresión artística de las minorías confesionales en Aragón: mezquitas y sinagogas», en *Aragón-Sefarad*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, en prensa.
- CABAÑERO SUBIZA, B., 2002, «La mezquita aljama mudéjar de Calatorao», *Calatorao. Fiestas 2002*, s. p.

4. Ya redactado este texto, Bernabé Cabañero Subiza ha dado a conocer otro ejemplo excepcional de mezquita mudéjar aragonesa en la localidad de Calatorao (CABAÑERO SUBIZA, B. 2002, s. p.). La noticia de prensa sobre la identificación de esta mezquita mudéjar de Calatorao apareció en el periódico *Heraldo de Aragón*, del 31 de julio de 2002. Tengo que agradecer al profesor Bernabé Cabañero Subiza que me acompañase en mi reciente visita a Calatorao para conocer este importante hallazgo y asimismo la hospitalidad y atenciones que nos dispensaron los miembros de la Asociación Cultural Barbacana de dicha localidad aragonesa. Con posterioridad me he ocupado con mayor extensión y profundidad de este tema en un trabajo todavía inédito (BORRÁS GUALIS, G. M., en prensa).

- CARRETERO CALVO, R., 2002, «Yeserías de pervivencia mudéjar del siglo XVII en Tarazona: el trasagrario de la iglesia del convento de San Francisco y la iglesia del convento de Santa Ana», en *Arte Mudéjar Aragonés, Patrimonio de la Humanidad. Actas del X Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando del Católico» y Departamento de Historia del Arte, pp. 303-313.
- CRIADO MAINAR, J., 2002, «Singularidad del arte mudéjar de Tarazona», en *Arte Mudéjar Aragonés, Patrimonio de la Humanidad. Actas del X Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando del Católico» y Departamento de Historia del Arte, pp. 85-143.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1982, «Notas sobre un taller mudéjar de taracea en Torrellas (Zaragoza) en el siglo XVI», en *II Simposio Internacional de Mudéjarismo: Arte*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, pp. 247-249.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1984, «La mezquita mudéjar de Torrellas (Zaragoza)», *Tvriaso*, V, (Tarazona), pp. 291-338.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1984, «Nuestro patrimonio olvidado: la mezquita de Tórtoles», *El Día de Aragón*, Zaragoza, 17-VI.
- MOGOLLÓN CANO-CORTÉS, P., 1987, *El mudéjar en Extremadura*, Cáceres, Institución Cultural «El Brocense».
- MORTE GARCÍA, C., 1981, «El cimborrio mudéjar de la catedral de Tarazona», en *I Simposio Internacional de Mudéjarismo*, Madrid-Teruel, Diputación Provincial de Teruel y C.S.I.C., pp. 141-147.
- QUADRADO, J. M^a, 1844, *Recuerdos y Bellezas de España. Aragón*, Barcelona.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1935, «Alarifes moros aragoneses», *Al-Andalus*, III, (Madrid), pp. 63-87.

Tradición y modernidad en la arquitectura del siglo XVI

JAVIER IBÁÑEZ FERNÁNDEZ

La comarca de Tarazona y el Moncayo experimenta un desarrollo económico sostenido en la primera mitad del siglo XVI que se prolonga más allá del ecuador de la centuria y tiene una elocuente expresión en el abultado número de empresas arquitectónicas acometidas por entonces. Muchas de ellas han llegado hasta nuestros días, aunque no siempre en las condiciones de conservación deseables.

La demanda

El impulso constructivo parte fundamentalmente de los concejos, que asumen proyectos de tan distinto signo como la elevación de sus edificios de administración y gobierno, la realización de pequeñas obras públicas y de ingeniería, la erección de nuevos templos parroquiales o la ampliación de los ya existentes, dos necesidades que se hacen muy patentes tras la conversión forzosa de la población mudéjar en 1526 y el consiguiente aumento de feligresía que experimentan muchos lugares de la comarca.

También debe destacarse el papel desempeñado en la puesta en práctica de ambiciosos programas de promoción material y artística por los preladados de la diócesis, por diferentes miembros del cabildo catedralicio y por los representantes de las órdenes eclesiásticas asentadas en la ciudad y su entorno.

De entre los obispos que ocupan la sede durante el siglo XVI sobresalen las personalidades de Juan González de Munébrega (1547-1567), centrado en la reforma del palacio Episcopal, o la del emprendedor Pedro Cerbuna (1585-1597), convencido defensor de la Reforma católica postrentina, implicado en proyectos de tan hondo calado como la fundación de la Universidad de Zaragoza, del colegio de San Vicente Mártir de la Compañía de Jesús (1591) y del seminario conciliar de San Gaudioso (1593) de Tarazona, e impulsor de empresas artísticas entre las que interesa señalar aquí la culminación en 1588 de la torre de la catedral de la ciudad del Queiles.

También merece subrayarse el protagonismo de varios miembros del cabildo catedralicio en la dotación y promoción artística de la primera iglesia de la diócesis. Es el caso de los arcedianos de Tarazona de la familia Muñoz, que sufragan la construcción y ornato del cimborrio de la Seo (1543-1549), o el del tesorero Martín de Mezquita, que eleva la nueva portada mayor del templo (1577-1588). Y, aunque podrían citarse otros ejemplos, conviene destacar el amplio conjunto de medidas orientadas a la recuperación del monasterio de Veruela que aplican en la casa y los lugares de su dominio los abades Hernando de Aragón (1535-1539) y Lope Marco (1539-1560).

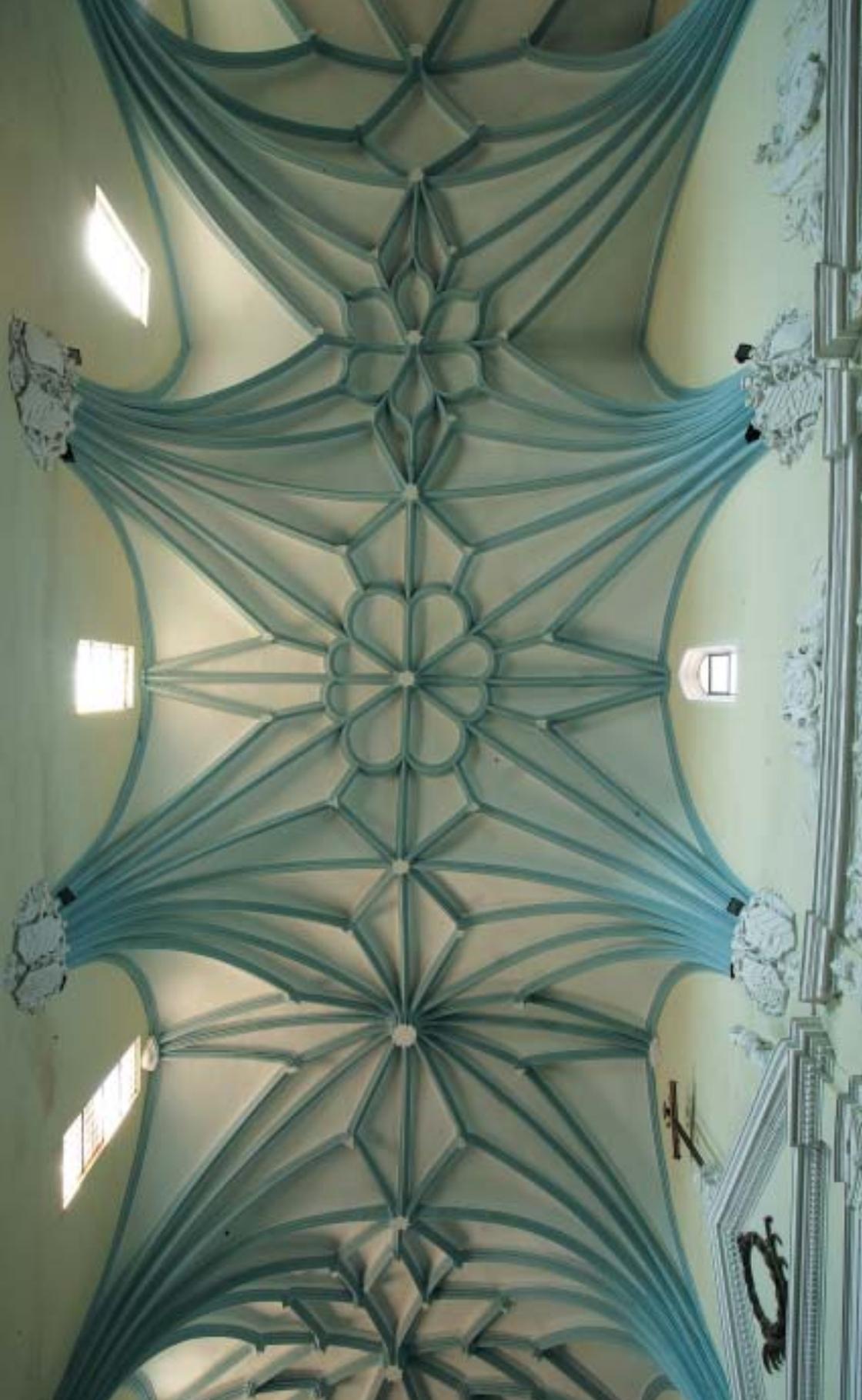
De menor relevancia, aunque de incuestionable interés, resulta la actividad de la burguesía ennoblecida al servicio de la corona —como el secretario imperial Pedro Quintana—, o enriquecida por los negocios, que construye y dota sus capillas funerarias en los templos turiasonenses y levanta sus viviendas, e incluso sus villas suburbanas, siguiendo los mismos modelos que se aplican en otros focos del valle medio del Ebro, como Tudela o Zaragoza.

Los profesionales y sus técnicas constructivas

Al igual que en otros centros artísticos de la Península, el cambio de siglo no implica ruptura alguna con el pasado más inmediato. Aunque se ha podido documentar la llegada a la comarca de maestros del norte peninsular desde mediados del siglo XV junto a la significativa presencia de profesionales navarros y vascos formados en el corte de piedra a lo largo del siglo XVI, los artífices mudéjares conservarán tras su conversión forzosa un papel fundamental.

Estos últimos mantendrán sus propias técnicas de trabajo, extrayendo de los materiales de construcción básicos del valle medio del Ebro —el *aljez* y la *rejola*, es decir, el yeso y el ladrillo— el máximo de posibilidades y repitiendo modelos tipológicos bien conocidos. No obstante, los someten a un proceso de redefinición profundo y constante, que afecta tanto a las estructuras de fábrica como a los elementos superficiales de ornato interior, los característicos motivos de morfología arquitectónica realizados en yeso, algunos más simples y otros mucho más complejos, susceptibles de recibir decoración y de adoptar con relativa facilidad el nuevo lenguaje renacentista.

En efecto, el aljez se encuentra en la base de un amplio conjunto de trabajos sin los que las empresas constructivas no pueden considerarse concluidas, siendo los que terminan imprimiéndoles un carácter concreto y definido. Ni su naturaleza epidérmica ni su indudable valor adjetivante deben movernos a considerarlos *accesorios* o al margen de las estructuras sobre las que se disponen. El resultado final de la suma de factores tan aparentemente diversos constituye una realidad única e indisoluble.



Aunque hunden sus raíces en la tradición técnica y artística mudéjar, estos trabajos ornamentales en yeso encuentran en el repertorio *al romano* una nueva fuente de inspiración formal. Tras abandonar la estética mudéjar que las alienta en un primer momento, las labores decorativas en yeso más complejas pasan a concentrarse en elementos estructurales cuyo análisis permite conocer el grado de aceptación y comprensión del nuevo sistema italiano de los órdenes clásicos. Finalmente, en el último tercio del siglo se produce la disociación definitiva entre la estricta ornamentación arquitectónica de los interiores de los templos y los trabajos más cuidados, que terminan por desbordar cualquier elemento de organización estructural como marco, adquiriendo una naturaleza escultórica independiente de los mismos.

La marcada continuidad de las primeras décadas del siglo

El claustro de la catedral de Tarazona constituye un perfecto exponente de la indefinición estilística de los proyectos que se llevan a efecto durante los primeros años de la centuria en la ciudad del Queiles. De planta cuadrangular y considerables dimensiones, fue iniciado por el alarife de Tórtoles Alí Pex y ejecutado durante el mandato del obispo Guillén Ramón de Moncada (1496-1521) [CRIADO MAINAR, J., 2002, pp. 102-110].



Tarazona. Iglesia de San Miguel. Ménsula

Sus cuatro crujías se articulan en siete tramos abovedados con crucería estrellada y se abren al patio a través de cinco arcadas apuntadas contenidas entre esbeltos contrafuertes que presentan sus frentes decorados con ladrillos resaltados y culminan en pináculos con los que se consigue romper la marcada horizontalidad del alero de pisones y esquinillas. Especial atención merecen las restauradas celosías de yeso con que se tamizan las luces de los vanos dispuestos en el hueco de las arcadas. En ellas concurren elementos formalmente góticos con otros propios del repertorio ornamental mudéjar y ofrecen, tal y como señalara Gonzalo M. Borrás, un efecto final muy próximo a la estética islámica, volcada hacia la consecución de la desmaterialización arquitectónica [BORRÁS GUALIS, G. M., 1987, pp. 124-126].

La continuidad cuestionada. Tradición material y modernidad formal

En otras realizaciones rigurosamente contemporáneas el yeso se convierte en el soporte del nuevo lenguaje renacentista y en uno de sus vehículos de difusión, inaugurándose una estrecha relación material-estética que se prolonga a lo largo del siglo y que ofrece frutos muy valiosos en su desarrollo.

Como primeros jalones del complejo y paulatino proceso de llegada, adopción y asunción del nuevo lenguaje *al romano* podrían señalarse trabajos como la *trona* o púlpito de la catedral, realizada por Pedro de Cervellera en torno a 1506, que presenta paneles de decoración *a candelieri*; o la portada de la capilla de San Juan Evangelista de la iglesia de la Magdalena de Tarazona, ejecutada hacia 1519 por el maestro zaragozano Mahoma de Cepta y oculta bajo el actual sistema de cubierta del templo, donde se adopta de manera epidérmica el nuevo repertorio ornamental *all'antica* [CRIADO MAINAR, J., 1992, pp. 395-400 y 402-403; CRIADO MAINAR, J., 2000, p. 195].

La portada de la capilla de la Huida a Egipto (1531-1535) de la misma parroquia muestra una evidente evolución con respecto a la de Mahoma de Cepta. Tanto los elementos estructurales que la definen como los ornamentales están extraídos del repertorio clasicista manejado en ese momento aunque, concebidos como meras referencias superficiales, se utilizan y conjugan de modo incoherente, incurriendo en graves solecismos [CRIADO MAINAR, J., 2000, p. 196; IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 2001, pp. 90-91].

En otros casos, los trabajos realizados en yeso sobrepasan el marco de un elemento *mueble* concreto y afectan a la estructura interior de los edificios, coadyubando a su definición estilística. Esto sucede en la parroquial de San Miguel (ca. 1522-1535) y en la iglesia conventual de San Francisco (1523-1542), dos templos que se adecúan interiormente en las primeras décadas del siglo XVI. Asimismo, en la reforma modernizadora de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Novallas (1544-1550), e incluso, si se apura el argumento, en el cimborrio catedralicio (1543-1549), que enmascara su estructura bajomedieval bajo una decoración escultórica en yeso sumamente avanzada.



Tarazona. Iglesia de San Miguel. Interior

Un incendio destruyó la parroquia de San Miguel en los primeros compases de la segunda década del siglo XVI. Aunque su reconstrucción se afrontó de inmediato, los trabajos se dilataron en el tiempo, hasta el punto de que a mediados de siglo todavía restaba por disponer el coro a los pies del templo, haciéndose necesarias ciertas intervenciones para consolidar sus bóvedas [CRIADO MAINAR, J., 2002, pp. 127-128]. No obstante, su interior ofrece una ornamentación homogenizadora que se concreta en los abovedamientos de crucería estrellada, complicados con terceletes de traza recta y muy pocos combados, o en las ménsulas de las que arrancan, que permiten descubrir la decidida opción por el nuevo lenguaje ornamental de gusto italiano.

Algo muy similar sucede en San Francisco, cuyos muros perimetrales corresponden a los de la iglesia del siglo XIV. El templo experimenta una profunda transformación a partir de la construcción de una nueva cabecera por iniciativa del secretario imperial y comendador de Almendralejo Pedro Quintana, que quiso enterrarse en ese espacio. El nuevo testero está construido con ladrillo y se organiza en cinco paños murales que presentan al exterior elementos ornamentales de pervivencia mudéjar, como las cintas de esquinillas, la franja de cruces aspadadas, el alero de pisonos y la hilada de tejas *abocanadas*.

Su abovedamiento de crucería estrellada condicionó la progresiva sustitución de la primitiva cubierta de madera de la nave por nuevos tramos abovedados con crucería gracias al impulso económico de cofradías y particulares [AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, pp. 54-64]. Si los diseños de los casquetes —en los que predomina el uso de los terceletes rectos— denotan el peso de la tradición, la decoración en yeso del entablamento de la capilla mayor y de las ménsulas de los arranques de los *cruzeros* permite descubrir, como en San Miguel, la decidida opción por el nuevo lenguaje renacentista.

Algo más evolucionados son los diseños de bóveda empleados en otras empresas, como en la reforma de la iglesia medieval de Novallas, contratada con Juan Guarrás en 1544, o en la parroquial de San Miguel Arcángel de Vierlas. En la primera, el maestro demuestra estar al corriente de las novedades formales manejadas en el valle medio del Ebro dado que utiliza pies de gallo quebrados mediante doble conopio, al menos en el único de los dos tramos abovedados que se comprometió a voltear que ha llegado hasta nuestros días. El ábside poligonal de la segunda se aboveda con crucería estrellada siguiendo un diseño muy similar al realizado en piedra en la parroquial de Trasmoz.

Diseños aún más elaborados se utilizan en el abovedamiento del dormitorio (1548) y el refectorio (1546-1549) del monasterio de Veruela, y en las escasas obras de piedra realizadas en el entorno, como la capilla mayor de la parroquial de la Virgen de la Huerta de Trasmoz, capitulada en 1545 con los maestros de cantería y vecinos de Guernica Juan y Sebastián Martínez de Lexarcia o de la Charcia. Otro tanto ocurre en la capilla de San Bernardo de la iglesia de Veruela, que se encomienda en 1547 al segundo de estos maestros, y que ejecuta tras su fallecimiento el cante-



Monasterio de Veruela. Bóveda del dormitorio

ro navarro Juan de Acorbe entre 1548 y 1550, según los diseños de la bóveda y otros elementos arquitectónicos que envía desde Zaragoza el pintor Jerónimo Cósida [CRIADO MAINAR, J., 1985, pp. 251-283; IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 2001, pp. 93-191, 107-110 y 118-127].

El cimborrio catedralicio se levanta sobre la intersección de la nave central con el transepto entre 1543 y 1545 siguiendo los diseños de Juan Lucas alias Botero, el mismo maestro que había trazado y construido los de la catedral de Zaragoza (1518-1521) y la colegial de Santa María de Mediavilla de Teruel (1536-1538). Su hijo homónimo terminaría los trabajos de la fábrica turiasonense tras su fallecimiento (ca. 1544-1545) [BORRÁS GUALIS, G. M., 1987, pp. 126-128; CRIADO MAINAR, J., 1997-1998, pp. 118-126; CRIADO MAINAR, J., 2002, pp. 110-118].

El de Tarazona es el último de los cimborrios bajomedievales aragoneses que desarrolla soluciones de cubierta con precedentes directos en algunas estructuras arquitectónicas del arte hispanomusulmán de época califal. En este caso, el espacio a cubrir no es ni rectangular –como sucede en Zaragoza–, ni trapezoidal –como en Teruel–, sino perfectamente regular y cuadrado. Sin condicionantes de este tipo, Juan Lucas trata de concertar en la ciudad del Queiles todos los logros alcanzados en sus experiencias constructivas previas.

Al exterior ofrece la misma disposición de cuerpos superpuestos inaugurada en el cimborrio turolense, en el que, como novedad con respecto al de Zaragoza, existe una correspondencia lógica entre los diferentes niveles exteriores y su realidad

estructural. Además, tal y como ocurre en la capital bajoaragonesa, los elementos de transición entre los diferentes volúmenes decrecientes del cimborrio de Tarazona adquieren un papel destacado en el propio desarrollo ascensional del edículo, que se decora, como aquél, con azulejos y elementos realizados en aljez que fueron eliminados en anteriores restauraciones.

La ornamentación interior del cimborrio se contrató con Alonso González en 1546. En primer lugar, el maestro trató de engarzarlo en el espacio sobre el que se elevaba disponiendo cuatro salvajes de aljez sobre los capiteles de los pilares torales y, como en Teruel, las elegantes figuras de los evangelistas en las trompas aveneradas que permiten el tránsito del espacio cuadrado del tramo al octogonal del tambor.

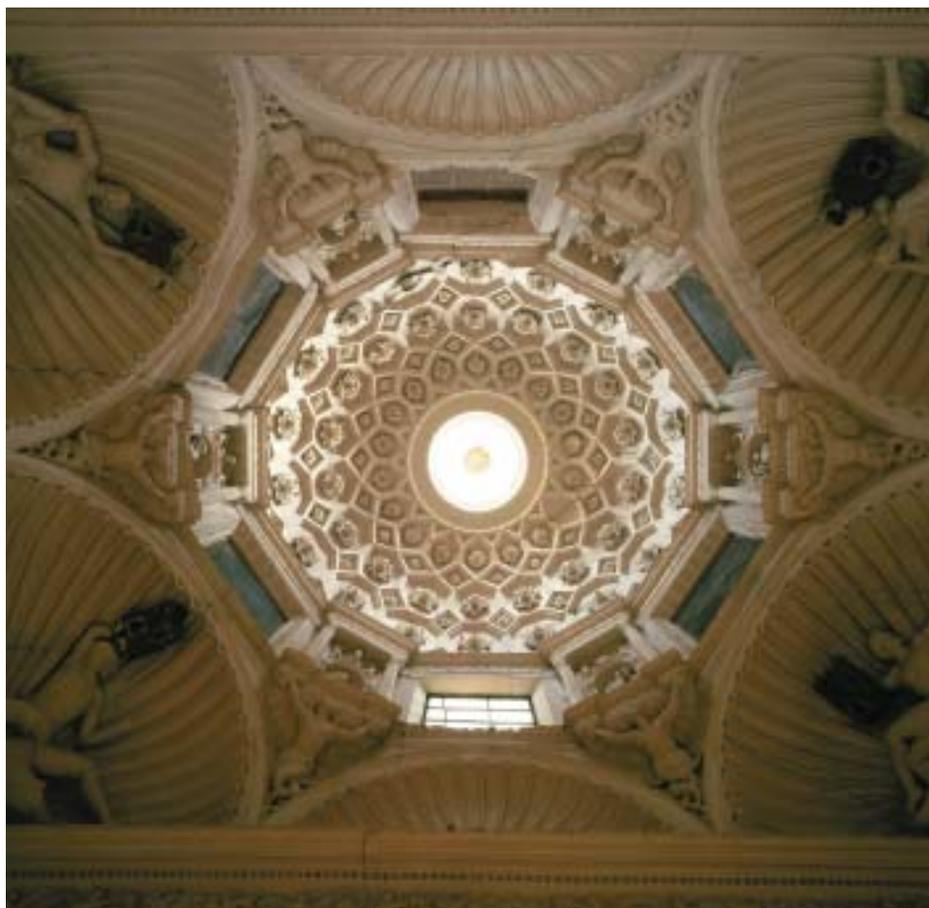
Éste se articula en dos alturas, como en Zaragoza. La primera arranca del letrero escrito en madera y culmina en un entablamento sostenido por las ocho columnas abalaustradas dispuestas en los ángulos del poliedro. En cada uno de sus lados, bajo una hornacina avenerada enmarcada por dos columnas anilladas, se dispusieron las esculturas de ochos santos. En la superior se abrieron otros tantos vanos de iluminación.

De las columnas abalaustradas parten dos arcos que se entrecruzan conformando una estrella de ocho puntas en la que se inscribe un nuevo octógono sobre el que se eleva la linterna. El diseño de la crucería se enriquece mediante la utilización de combados y los característicos pies de gallo quebrados mediante doble conopio, pudiéndose trazar la evolución operada desde la sencillez del cimborrio zaragozano y la mayor complejidad del turoense, su precedente más directo e inmediato. En la linterna se abren nuevos vanos de medio punto con su derrame interior acasetonado y se cubre con un cupulín estrellado.

Los logros formales alcanzados por González en el cimborrio le hicieron merecedor de nuevos encargos en la catedral. Inmediatamente después, en 1547, asumió la empresa de bocelar *al romano* los cinco tramos de crucería gótica de la nave mayor y los dos del crucero adyacentes al cimborrio y de enmascarar los ventanales medievales bajo otros de gusto renaciente. Por último, se le encomendó la ornamentación de la capilla mayor (1562-1563), en la que además de los trabajos de mazonería en aljez, desplegó un interesante programa iconográfico plagado de solecismos, pintado en grisalla sobre un fondo de falso mosaico de teselas de oro [CRIADO MAINAR, J., 1996, pp. 156-167].

La arquitectura de la segunda mitad del siglo XVI

En Aragón, la renovación arquitectónica se produce en los años centrales del siglo de la mano de artífices provenientes de realidades culturales más avanzadas que traen un lenguaje artístico mucho más rico y una aceptable comprensión semántica del mismo, amén de una elevada valoración de sus propias capa-



Tarazona. Palacio Episcopal. Cúpula de la escalera

ciudades profesionales bastantes años antes de que la nueva mentalidad italiana que había recuperado valores de la cultura clásica, como el de la individualidad del artista y el reconocimiento de su capacidad creativa y, por lo tanto, intelectual, arraigara en los círculos artísticos de la corte de Felipe II.

Es el caso de micer Pietro Morone, un artista originario de la ciudad italiana de Piacenza que llega a la ciudad de la mano de Juan González de Munébrega (1547-1567), a quien hay que poner en relación con el amplio conjunto de medidas que este prelado emprende en el antiguo palacio episcopal de la Zuda para adecuarlo a los gustos del momento. Entre ellas, la decoración de la escalera de aparato (1552), la realización de la traza para construir la mitad oriental de la fachada que mira hacia el río (1555), la galería de retratos de los prelados turiasonenses que decora el Salón de Obispos (1557) o el diseño de los elementos ornamentales del patio (1558) [ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1981, pp. 175-194; CRIADO MAINAR, J., 1996, pp. 168-178].

De todas estas intervenciones destaca la solución otorgada al hueco de la escalera, en la que el yeso, modelado y tallado casi con seguridad por Alonso González, desempeña un papel fundamental en la definición estilística del espacio arquitectónico. Es de tipo claustral, ocupa un recinto de planta rectangular y se cubre con una cúpula sobre tambor dodecagonal.

Su arranque queda señalado por un entablamento y la transición entre los dos primeros volúmenes superpuestos se efectúa a través de varias trompas aveneradas. Cuatro de ellas se disponen asimétricamente en los ángulos y cobijan otros tantos atlantes que sostienen la heráldica del promotor, estéticamente muy cercanos a los estilizados personajes diseñados por Rosso para la galería de Francisco I de Fontainebleau (1533-1540), difundidos por toda Europa gracias a un rico *corpus* de planchas y grabados. Otras dos, en este caso planas y de carácter ornamental, ocupan los lados largos para facilitar la transición visual al segundo cuerpo.

En el tambor alternan seis edículos sostenidos por hermes serpentiformes con otros tantos huecos en un ritmo que, tal y como señalara Fernando Marías, recuerda al que se le imprime a la galería de Francisco I de Fontainebleau [MARIÁS FRANCO, F., 1989, p. 439]. No obstante, el anillo turiasonense carece de su originalidad, pues en esta estancia no se reitera ni uno solo de los elementos ornamentales de los marcos situados entre las ventanas.

Muy al contrario, se insiste en emplear el mismo motivo edicular que se utiliza en obras posteriores con las que cabría establecer las correspondientes relaciones formales, como el acceso a la capilla de la Purificación de la catedral de Tarazona (1551-1558), decorada por Alonso González, o el primer registro de la originalísima cúpula de la capilla mayor de la iglesia de San Juan de Rodilana (Valladolid), atribuida a los hermanos Corral de Villalpando y fechada en torno a 1563. En cuatro de los huecos de la cúpula turiasonense se disponen los retratos del emperador Carlos, su hijo Felipe, el promotor de la empresa, Juan González de Munébrega, junto a una cuarta pintura con la divisa imperial, mientras que la luz penetra tan sólo por dos de ellos.

La cúpula presenta su intradós artesonado según un diseño radial de polígonos de menor superficie y un lado menos en su recorrido ascendente. Así, a los octógonos dispuestos en su base les siguen heptágonos y, finalmente, hexágonos entre los que se disponen diferentes elementos de transición que permiten asumir la progresiva reducción de su diámetro, en concreto, rombos que modifican su fisonomía y dimensiones conforme se converge hacia el centro y que se transforman en triángulos en torno al anillo de la linterna. Salvo estas últimas figuras, todas las demás ofrecen una cortadura profunda y rosetas clásicas en su interior.

La incorporación de estos tempranos recursos ilusionistas en su diseño marca un salto cualitativo con respecto a otras estructuras similares construidas en el contexto artístico más inmediato, como la solución cupulada con que se cerraba la caja de escaleras del palacio Zaporta (1550-1551) —no conservada, pero conocida a par-



Tarazona. Catedral. Capilla de la Purificación

tir de los precisos dibujos de Prentice— o la que clausura todavía la de la espectacular residencia de Miguel Donlope (1554), realizada como la primera en madera, y debe inscribirse entre las primeras experiencias en pos de la esfericidad de las bóvedas compuestas mediante artesones que se llevan a cabo en la Península. No obstante, todavía se encuentra muy lejos de fábricas tan complejas y logradas como la cúpula de la capilla del castillo de Anet, volteada por Philibert de l'Orme por las mismas fechas, entre 1549 y 1552, en la que la reducción paulatina de la superficie de los artesones romboidales tan sólo constituye un elemento más del complejo desarrollo helicoidal de la decoración de su intradós, que se apoya en dieciocho centros geométricos diferentes.

Finalmente, la linterna se horada con nuevos vanos abiertos entre columnas y se cierra mediante un cupulín de desarrollo hemiesférico e intradós artesonado resuelto, según la terminología recogida por Andrés de Vandelvira en su tratado de estereotomía, mediante *cruceros disminuidos*.

Dentro del mismo capítulo de artistas podría situarse al varias veces citado Alonso González. A pesar de que sabemos que llegó a las comarcas del Moncayo desde la localidad de Montalbán, no puede precisarse con rotundidad ni su lugar de procedencia ni el de formación, que quizás habría que situar más allá de las fronteras del reino, en algún foco artístico castellano. Como ya se ha señalado, en 1546 contrata el ornato interior del cimborrio turiasonense, e inmediatamente después la decoración de los cinco tramos de la nave mayor de la iglesia y la de los dos del transepto colaterales al cimborrio, así como la transformación de los ventanales góticos.



Los Fayos. Iglesia. Interior

los Benavente (1544-1546), en la iglesia de Santa María de Medina del Rioseco (Valladolid), donde Jerónimo Corral conjuga con un sentido aún más ornamental formas y elementos arquitectónicos, escultura y pintura.

También pudo participar en la redefinición ornamental de la nueva Lonja municipal (1557-1563) –hoy Ayuntamiento–, un edificio muy transformado que, no obstante, refleja todavía la llegada de las nuevas formas renacentistas a la arquitectura civil turiasonense, que cuenta con otros destacados ejemplos, como el palacio de Antonio Guarás (1557-ha. 1562) y la residencia suburbana de La Rudiana (1563-1573) [ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1982, pp. 579-588; CRIADO MAINAR, J., 1988, pp. 73-86; CRIADO MAINAR, J., 2000, pp. 193-235; CRIADO MAINAR, J., 1996-1997, pp. 373-399].

Nuevamente, el yeso

Los trabajos de Alonso González y otros tan próximos en todos los sentidos como el conjunto de bustos de los que arrancan los falsos cruceros del dormitorio verolense (1548) o la decoración del sobreclaustro de este monasterio (1550), se encuentran en el origen de la evolución que se opera en este tipo de decoraciones en yeso. De hecho, mediado el ecuador de la centuria se configuran programas en los que lo escultórico alcanza un valor independiente, al margen de los elementos arquitectónicos que siguen aplicándose con aljez sobre las estructuras tectónicas de fábrica.

Dentro de este mismo grupo deben contemplarse trabajos como el conjunto de bustos de los que arrancan las bóvedas de la parroquial de la Asunción de Grisel,

Después de participar en los trabajos de la escalera de la Zuda, se centró en la construcción y dotación de la capilla de la Purificación de la Seo (1551-1558) [CRIADO MAINAR, J., 1996, pp. 203-211]. En su arquitectura se funden los logros formales alcanzados en el cimborrio y la escalera episcopal, con el complemento de un interesante conjunto de pinturas en grisalla que guarda una estrecha relación formal con el programa iconográfico desplegado años después en la bóveda de la capilla mayor de la propia catedral, usando la misma técnica, aunque esta vez sobre un fondo de falso mosaico con teselas de oro. El resultado final invita a relacionar la capilla turiasonense con ámbitos como la capilla de



Vera de Moncayo. Iglesia. Bóveda

que pudo llevar a cabo Bernal del Fuego en torno a 1566; el de las figuras alegórico-mitológicas con las que se decora el frente de la Casa Consistorial turiasonense en 1571, adjudicadas por Jesús Criado al mismo escultor [CRIADO MAINAR, J., 1996, p. 472]; o el de los relieves de la iglesia de Santa María Magdalena de Los Fayos, que maestre Bernal contrató en 1575.

Aunque las figuras no alcanzan en ningún caso una calidad reseñable, presentan una indudable relación formal y conceptual con manifestaciones escultóricas de naturaleza muy similar realizadas en otros focos artísticos peninsulares que son igualmente herederas de una larga tradición ornamental en yeso. De hecho, resulta muy significativa la proximidad que existe entre estos trabajos y los efectuados por artistas como Jerónimo Corral en Tierra de Campos, en ámbitos como la capilla de San Ildefonso del convento de San Francisco de Palencia (1554).

No obstante, las estructuras arquitectónicas empleadas siguen siendo las mismas que en la primera mitad del siglo. Los templos construidos en este momento mantienen el modelo de iglesia de una sola nave con o sin capillas entre los contrafuertes, con coro elevado a los pies, cabecera poligonal y abovedamientos de crucería estrellada. En esencia, es el esquema que se aplica en la iglesia del monasterio de la Concepción de Nuestra Señora de Tarazona (1552-1554), en varias empresas dependientes del monasterio de Veruela, como en los templos de Vera de Moncayo y Alcalá de Moncayo (ca. 1553, consagradas el 16 y el 21 de noviembre 1554 respectivamente), e incluso en varios proyectos que parten de la iniciativa de las parroquias de localidades como Grisel (1549-1566), Los Fayos (1570-1575) o Malón (1585-1594).



Tarazona. Iglesia de la Concepción de Nuestra Señora. Exterior

La iglesia conventual de la Concepción fue financiada por Juan González de Munébrega, que abrigó la idea de enterrarse en ella. De una sola nave y sin capillas laterales, se articula en tres tramos además del presbiterio, que se organiza en tres paños en altura mediante la disposición de sendas trompas aveneradas en los ángulos del testero. Las cabeceras de las iglesias de Vera de Moncayo y Alcalá de Moncayo son también planas al exterior y se articulan en tres paños en altura al interior. Sus

naves se dividen en tres tramos a los que se abren las capillas dispuestas entre los contrafuertes y poseen un coro elevado a sus pies [IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 2001, pp. 172-192].

La parroquial de Grisel se levanta entre 1549 y 1552. Tal y como suele ser habitual a partir de los años centrales del siglo, siguiendo con la progresiva disociación de los trabajos estructurales de las fábricas de su decoración interior con aljez, la ornamentación arquitectónica se contrata con posterioridad [AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997, pp. 6-7].

Juan de Gorostozo será el encargado de esta última fase, consistente en enlucir los muros, bocelar los cruceros, realizar la moldura que recorre el interior del templo y sirve de punto de arranque de las bóvedas, regularizar las ventanas, además de construir el cuerpo superior de la torre. En sus dos tramos abovedados más próximos al presbiterio se reproducen los mismos diseños que usaran los dos Botero en la parroquial de Bárboles (1544-1546) y que Alonso González vuelve a utilizar en la nave de la catedral turiasonense, siguiendo probablemente diseños de los mismos maestros. Como ya se ha señalado, en este momento (1566) los arranques de las bóvedas fueron decorados con bustos en yeso de diferentes santos, posiblemente por Bernal del Fuego.

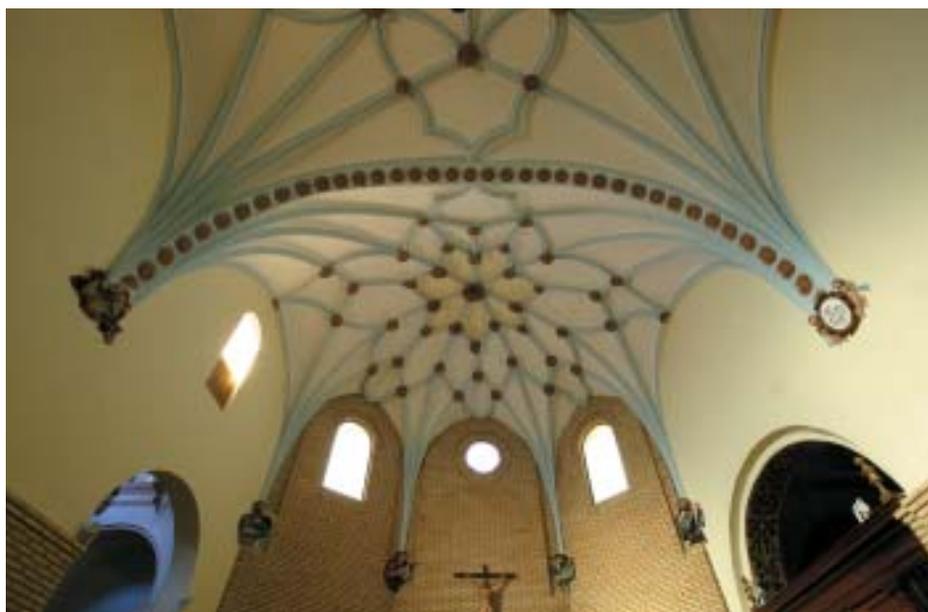
La iglesia de Santa María Magdalena de Los Fayos sigue un proceso de materialización paralelo. Su construcción se capitula con Juan de Garnica y Jerónimo Pérez en 1570 y su decoración interior con Francisco Guarrás y Bernal del Fuego en 1575 [IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 1999-2000, pp. 27-65]. Al primero cabría adjudicarle la disposición de los elementos de naturaleza arquitectónica, y al segundo la realización de los bultos escultóricos de los que arrancan las bóvedas.

La de San Vicente Mártir de Malón se contrata con Francisco Guarrás en 1585, pero su edificación parece dilatarse hasta 1594. El primitivo buque de la nave emerge del conjunto de capillas laterales y de los espacios dispuestos tras el ábside, que lo rodean por completo. La nave consta de dos tramos cubiertos con crucería estrellada y el presbiterio es poligonal y se refuerza con contrafuertes.

El modelo tipológico seguido en todos estos casos, y hasta fechas tan avanzadas, ofrece una probada funcionalidad, avalada por siglos de aplicación práctica. Su construcción puede asumirse en un lapso de tiempo y con un coste razonablemente ajustados, y puede ampliarse sin demasiadas dificultades en caso de necesidad y de suficiente disponibilidad pecuniaria.

Pese a hundir sus raíces en realidades constructivas previas, conforme progresa la centuria se va revistiendo de un halo de modernidad merced a las aportaciones que recibe desde diferentes campos. A los avances en las estructuras tectónicas de fábrica se suman elementos como la preocupación por las proporciones expresada en las capitulaciones, la inclusión de motivos formalmente renacentistas, la organización de los muros, los abovedamientos de crucería estrellada –entendidos como clásicos por la molduración que se les imprime–, la iluminación o el empleo de tonos suaves en los paramentos, que terminan por configurar una fórmula alejada de sus precedentes medievales.

Esta realidad, que expresa la difusa concepción que del espacio clásico pudieron compartir promotores y maestros constructores, se adecua sin estridencias a las exigencias litúrgicas nacidas del Concilio de Trento (1545-1563).



Malón. Iglesia. Capilla mayor

Bibliografía

- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997 (I), *La iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Tarazona. Estudio histórico artístico*, Tarazona, Asociación de Vecinos «El Cinto».
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1997 (II), «Noticias sobre la construcción de la iglesia parroquial de la Asunción de N^a Señora Grisel», *Boletín Informativo de la Asociación Cultural La Diezma*, 10, (Grisel), pp. 6-7.
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, «El convento de San Francisco de Tarazona (Zaragoza). Construcción y reforma de sus edificios medievales», en *Aragón en la Edad Media. XIV-XV. Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, (Zaragoza), pp. 49-72.
- ARRÚE UGARTE, B. [dir.], 1990, *Inventario artístico de Zaragoza y su provincia*, t. I, *Partido Judicial de Tarazona*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- BORRÁS GUALIS, G. M., 1987, «La catedral de Tarazona», en AA. VV., *Las catedrales de Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, pp. 119-152.
- CRIADO MAINAR, J., 1985, «La construcción en el dominio verolense durante el segundo tercio del siglo XVI. 1. Documentos», *Turiasso*, VI, (Tarazona), pp. 251-283.
- CRIADO MAINAR, J., 1988, «Maestre Guillaume Brimbeuf (1551-1565), ejemplo de las relaciones artísticas entre Aragón y Navarra a mediados del siglo XVI», en *Primer Congreso General de Historia de Navarra*, en *Príncipe de Viana*, anejo-11, (Pamplona), pp. 73-86.
- CRIADO MAINAR, J., 1992, «Las artes plásticas del Primer Renacimiento en Tarazona (Zaragoza). El tránsito del moderno al romano», *Turiasso*, X, (Tarazona), t. II, pp. 387-452.
- CRIADO MAINAR, J., 1996, *Las artes plásticas del segundo Renacimiento en Aragón. Pintura y escultura (1540-1580)*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses e Institución «Fernando el Católico».
- CRIADO MAINAR, J., 1996-1997, «La residencia suburbana renacentista de La Rudiana en Tarazona (Zaragoza). Claves para su estudio», *Artígrama*, 12, (Zaragoza), pp. 373-399.
- CRIADO MAINAR, J., 1997-1998, «Juan Lucas Botero el Viejo y el cimborrio de la catedral de Tarazona», *Turiasso*, XIV, (Tarazona), pp. 109-132.
- CRIADO MAINAR, J., «La cabalgata triunfal de Bolonia en el Ayuntamiento de Tarazona: su papel en la definición del monumento», en BORRÁS GUALIS, G. M., y CRIADO MAINAR, J. [comis.], 2000, *La Imagen Triunfal del Emperador. La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del Ayuntamiento de Tarazona*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 193-235.
- CRIADO MAINAR, J., 2002, «Singularidad del arte mudéjar de Tarazona», en *Arte mudéjar aragonés. Patrimonio de la Humanidad. Actas del X Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» y Departamento de Historia del Arte, pp. 85-143.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1981, «Para el estudio del patio del palacio episcopal de Tarazona (1557-1569)», *Turiasso*, II, (Tarazona), pp. 175-194.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1982, «La Casa Consistorial de Tarazona (1558-1565). Estado de la cuestión y fuentes para su estudio», en *IV Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, 1982, pp. 579-588.
- IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 1999-2000, «La iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Los Fayos (Zaragoza). Estudio documental y artístico», *Turiasso*, XV, (Tarazona), pp. 27-65.
- IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 2001, *Splendor Verolae. El monasterio de Veruela entre 1535 y 1560*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- MARÍAS FRANCO, F., 1989, *El largo siglo XVI. Los usos artísticos del Renacimiento español*, Madrid, Taurus.

La decoración de la capilla mayor de la catedral de Tarazona

JESÚS CRIADO MAINAR

La impresionante fábrica medieval de la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona tiene en la capilla mayor uno de sus principales centros de interés. Se trata de la parte más antigua del monumento, consagrada en 1235 por el obispo García Frontín [ARGÁIZ, G. de, 1675, p. 255; SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929, pp. 303-312].

Desde un punto de vista arquitectónico, constituye uno de los testimonios peninsulares más tempranos de la adopción del lenguaje gótico clásico del Norte de Francia, con un alzado mural tripartito que incluye unos esbeltos ventanales de iluminación, un triforio perfectamente definido y unas amplias arcadas en la parte baja que comunican con un deambulatorio al que abren una serie de capillas rehechas entre los siglos XIV y XVII –a excepción del extremo meridional, que aún mantiene la disposición primitiva–. Tanto la capilla mayor, dividida en dos tramos desiguales, como el deambulatorio se cubren con bóvedas de crucería simple [TORRES BALBÁS, L., 1952, pp. 79-83; BORRÁS GUALIS, G. M., 1987, pp. 120-122].

La decoración mural

Pero no es nuestra intención detenernos ahora en el análisis arquitectónico de este ámbito, sino en el de su ornato, fruto de la intervención abordada 1562-1564 y que tiene como elemento protagonista una magnífica serie de pinturas murales a la grisalla sobre fondos de mosaico de oro en la que se escenifica un programa integrado por antepasados de Cristo, profetas y sibilas [CRIADO MAINAR, J., 1996, pp. 156-167].

Las catas efectuadas durante la consolidación de estas pinturas murales, que se llevó a cabo en 2000-2001 con carácter previo a la futura restauración, indican que existió una decoración anterior a la actual, probablemente de época gótica, y que los trabajos del siglo XVI no sólo afectaron a la plementería de la bóveda, como aún resulta patente, sino también a la parte alta de los muros.

El ornato de la capilla mayor puso punto final al proceso de modernización en clave renacentista del interior del templo que se había iniciado a raíz de la reedificación del cimborrio (1543-1545). Se confió a Alonso González (doc. 1544-1564), un especialista en trabajos en yeso que debió completar su formación en la propia Tarazona a comienzos de la década de los cincuenta junto al pintor italiano Pietro Morone (doc. 1548-1576).

González contrató en 1546 el ornato del cimborrio y en 1547, cuando aún no había ultimado este compromiso, recibió el encargo de decorar la bóveda de la nave mayor y sus ventanales junto a los dos tramos del crucero adyacentes a la nueva linterna. La restauración de la nave acometida en la década de 1970 acarreó la destrucción de los ventanales renacentistas para «recuperar» los primitivos góticos –que, en la práctica, fueron rehechos por completo–.

En 1552, el obispo Juan González de Munébrega ofreció al cabildo decorar a sus costas la capilla mayor para, de ese modo, concluir el ornato interior de la Seo, pero a pesar de que la propuesta fue aceptada no se materializó. Diez años más tarde Juan Muñoz Serrano, arcediano de Tarazona, confiaba su ejecución a Alonso González asumiendo, además, el importe de la actuación.

Las labores en yeso permitieron revestir los dos arcos perpiñños y los ventanales del presbiterio de un rico molduraje *al romano* a la par que otorgaron a las bóvedas la característica apariencia de crucería estrellada que demandaba el gusto aragonés de la época, incluidos los *florones* o claves de madera, en sintonía con lo ya efectuado en la nave mayor y el transepto.

También se colocaron vidrieras de alabastro en las que el maestro pintaría las historias y personajes que el arcediano le requiriera. No se han conservado, pues las actuales de cristal policromo datan de 1906, pero podemos hacernos una idea de su apariencia a través de los restos muy dañados que se han descubierto en los ventanales del transepto.

La principal novedad consistió en la realización de pinturas murales en los elementos de la bóveda, en los que el artista se comprometió a representar *diez y seis profetas pintados de blanco y negro... retocados con algunas carchofas de oro sembradas por los vestidos*. Los personajes destacarían sobre un fondo *sembrado de oro, que se entiende a metellas puestas en concierto*, es decir, sobre un campo que imitaría un mosaico de teselas de oro [CRIADO MAINAR, J., 1996, pp. 760-763, doc. n° 50]. Aunque el contrato prescribía que las pinturas fueran al fresco, se hicieron al temple con amplios retoques en seco, una fórmula menos exigente pero, a la vez, de durabilidad más incierta.

Juan Muñoz Serrano murió el 10 de abril de 1564, antes de que la actuación fuera rematada. El siguiente arcediano de Tarazona, Juan Bartolomé Muñoz Serrano, ordenó a Alonso González *enriquecer* el ornato del tramo recto del presbiterio, sin duda con la ejecución de las sibilas. Para entonces, en el tramo poligonal ya se



Tarazona. Catedral. Decoración de la bóveda de la capilla mayor en 1990 (montaje fotográfico de 2003)



Tarazona. Catedral. Profeta Jeremías en 1994

habían representado los profetas, aunque en el transcurso de los trabajos una parte de éstos fue substituida por antepasados de Cristo. Además, tal y como ya hemos señalado, las catas efectuadas en los muros apuntan a que la decoración debió extenderse también a esa zona, por lo que la próxima restauración de este ámbito sin duda deparará sorpresas muy notables.

La idea de contraponer profetas y sibilas –sus ilustres precursoras de la Antigüedad, dotadas como ellos del don de anticipación mental– es un típico concepto humanista que intenta compaginar el pensamiento cristiano con la cultura clásica y remite a conjuntos como el de la monumental bóveda (1508-1512) de la capilla Sixtina. Este correlato afecta también al ámbito formal, pues el Jeremías de

Alonso González reitera el gesto de profunda reflexión que caracteriza al que pintara Miguel Ángel, si bien adopta otra postura.

Del mismo modo, la fórmula plástica, grisallas sobre fondos de mosaico de oro –que no cabe confundir con la tradición gótica de destacar las figuras sobre fondos de oro grabado–, se venía utilizando en Italia desde la segunda mitad del siglo XV y cuenta con ejemplos destacados en la Roma altorenacentista, siendo su único precedente hispano el de los evangelistas del retablo de San Benito de Valladolid, debido a Alonso Berruguete, viajero a Italia en los albores del Quinientos; de hecho, cuando en 1519 este gran artista contrató las pinturas murales nunca materializadas de la capilla Real de Granada se expresó que las escenas destacarían sobre *campos de oro de mosaico, a la manera de Italia* [GÓMEZ-MORENO, M., 1983, pp. 224-225, doc. XXXVI].

No parece razonable que estas novedades se deban a Alonso González, un artífice formado casi con certeza en Castilla, en ámbitos cercanos al de la familia Corral de Villalpando –véase la notable contribución de Javier Ibáñez en esta misma obra– y a quien no cabe presuponer un conocimiento tan profundo de la cultura plástica italiana. No existe, pese a todo, ninguna duda para asignarle la autoría material de las pinturas, de estilo similar a los murales con apóstoles que unos años antes había hecho en la capilla de la Purificación (1552-1555) de la propia Seo turiasonense [CRIADO MAINAR, J., 1996, pp. 203-211].

Una explicación razonable del problema pasa por la hipótesis de que cuando en

1552 el prelado propuso por vez primera la actuación ya se dispusiera de un proyecto, supuestamente concedido por Pietro Morone, quien por esas fechas (1552-1558) se encontraba a su servicio, trabajando en la remodelación de la residencia episcopal de la Zuda. De este modo, Alonso González se habría limitado a trasladar las ideas de su colega, llegado a España en 1548 desde la Ciudad Eterna para decorar la capilla que Luis de Lucena había fundado en San Miguel de Guadalajara [VARELA MERINO, L., 2001, pp. 175-184].

Pocos programas hispanos de pintura mural de mediados de siglo demuestran un grado comparable de asimilación de los principios del arte italiano y ofrecen una resolución plástica tan espectacular. La labor de González rivaliza con creaciones del propio Morone tan brillantes como las grisallas de mujeres ilustres del palacio Magallón (ha. 1565) de Tudela [GARCÍA GAÍNZA, M^a C., 1987, pp. 6-13]. Constituye una obra capital del Renacimiento español, a la par que expresa el carácter cosmopolita de una sede episcopal que atravesaba por uno de los momentos culturales más brillantes de su historia.

La renovación de este ámbito catedralicio se completaría décadas después con la sustitución de su retablo gótico (1437-1441), debido a Pascual Ortoneda, Antoni Dalmau y Pere Johan [JANKE, R. S., 1987, pp. 9-18], por otro de estilo clasicista que financió el obispo fray Diego de Yepes y realizaron entre 1608 y 1610 los bilbilitanos Pedro Martínez y Jaime Viñola [PÉREZ URTUBIA, T., 1953, p. 98-102; MORTE GARCÍA, C., 1982, pp. 180-184]. A pesar de ello, la gran devoción que los turiasonenses profesaban por la vieja imagen de Nuestra Señora de la Huerta obligó a su reinstalación, en perjuicio de la que Pedro Martínez acababa de esculpir y que, finalmente, quedaría relegada a la sacristía capitular [JANKE, R. S., 1982, pp. 17-21].

La decoración renacentista de la capilla mayor de la catedral de Tarazona es una de las empresas culturales más sobresalientes de la historia de nuestra sede episcopal. Su lenguaje de vanguardia y su calidad nunca igualada, resultado de la estrecha colaboración entre unos comitentes ambiciosos –los dos últimos arcedianos de la familia Muñoz– y unos artistas de élite –Alonso González y, sin



Tarazona. Catedral. Profeta Jonás en 1994

duda, Pietro Morone—, constituyen todavía hoy un acicate frente a la mediocridad y un modelo de conducta a emular.

Bibliografía

- ARGÁIZ, G. de, 1675, *Teatro monástico de la Santa Iglesia, ciudad y obispado de Tarazona*, vol. VII de *La Soledad laureada por San Benito y sus hijos en las iglesias de España*, Madrid, Antonio de Zafra.
- BORRÁS GUALIS, G. M., 1987, «La catedral de Tarazona», en AA.VV., *Las catedrales de Aragón*, Zaragoza, C.A.Z.A.R., pp. 117-152.
- CRIADO MAINAR, J., 1996, *Las artes plásticas del Segundo Renacimiento en Aragón. Pintura y escultura. 1540-1580*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses e Institución «Fernando el Católico».
- GARCÍA GAÍNZA, M^a C., 1987, «Un programa de mujeres ilustres del Renacimiento», *Goya*, 199-200, (Madrid), pp. 6-13.
- GÓMEZ-MORENO, M., 1983, *Las águilas del Renacimiento español. Ordóñez, Siloe, Machuca, Berruguete. 1517-1558*, Madrid, 2^a ed., Xarait.
- JANKE, R. S., 1982, «Pere Johan y Nuestra Señora de la Huerta, una nueva atribución», *Seminario de Arte Aragonés*, XXXVI, (Zaragoza), pp. 17-21.
- JANKE, R. S., 1987, «Pere Johan y Nuestra Señora de la Huerta en la Seo de Tarazona, una hipótesis confirmada: documentación del retablo mayor, 1437-1441», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXX, (Zaragoza), pp. 9-18.
- MORTE GARCÍA, C., 1982, «El retablo mayor de la iglesia parroquial de La Muela (Zaragoza) y el escultor Pedro Martínez de Calatayud el Viejo», *Seminario de Arte Aragonés*, XXXV, (Zaragoza), pp. 169-196.
- PÉREZ URTUBIA, T., 1953, *La Catedral de Tarazona. (Guía Histórico-Artística)*, Tarazona, Félix Meléndez.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929, *Historia de la Fidelísima y Vencedora ciudad de Tarazona*, Madrid, Estanislao Maestre, t. I.
- TORRES BALBÁS, L., 1952, *Arquitectura gótica*, t. VII de *Ars Hispaniae*, Madrid, Plus Ultra.
- VARELA MERINO, L., 2001, «La venida a España de Pietro Morone y Pietro Paolo de Montalbergo: las pinturas de la capilla de Luis de Lucena en Guadalajara», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, LXXXIV, (Zaragoza), pp. 175-184.

REBECA CARRETERO CALVO

Durante la Edad Media, Tarazona únicamente acogió dos comunidades de frailes mendicantes, de las que en realidad tan sólo una, San Francisco, abordó en fecha temprana la construcción de un complejo conventual. Sin embargo, tras pasado el umbral de la Edad Moderna, la proliferación de nuevos establecimientos religiosos la convirtió, con algunos matices, en una de las llamadas ciudades-convento.

Se trata de una de las poblaciones más importantes de Aragón, en la que a finales del siglo XVIII el 4,4% de sus habitantes formaban parte del estamento clerical. Esta cifra, que duplicaba la media nacional, derivaba tanto de la importante presencia del clero regular, distribuido en cinco instituciones masculinas y tres femeninas, como secular. En este sentido, no hemos de olvidar que con la reconquista cristiana en 1119 Tarazona había recuperado su condición de sede episcopal, circunstancia que motivaba la existencia de un nutrido grupo de eclesiásticos integrados en el cabildo catedralicio y la curia episcopal. Además, al Seminario Conciliar de San Gaudioso, abierto a fines del siglo XVI, concurrían numerosos aspirantes a la ordenación sacerdotal procedentes de una diócesis que comprendía tierras aragonesas, castellanas, riojanas y navarras.

En general, la instalación de los conventos mendicantes se realizaba en la mayoría de las ciudades por parejas, ya que donde surgía una casa franciscana nacía inmediatamente una dominica o viceversa. Al parecer, en sus orígenes los predicadores solían establecerse en las urbes más populosas y mejor comunicadas, mientras que los menores lo hacían en las menos prósperas [CUADRADO SÁNCHEZ, M., 1996, pp. 103-104].

Sin embargo, aún disponiendo de un cenobio de la Orden de San Francisco, Tarazona no contó con un convento de dominicos, circunstancia insólita sobre todo si advertimos que éstos sumaban dieciocho en Aragón. Núcleos comparables al nuestro, como Calatayud o Alcañiz –sin citar Zaragoza y Huesca–, tuvieron en sus términos desde fecha temprana un asentamiento dominicano. Lo que

sí es cierto es que hacia 1590, cuando agustinos y dominicos intentaron introducirse en la capital del Queiles, los sectores influyentes de la sociedad tarazonense se decantaron por la Compañía de Jesús [AINAGA ANDRÉS, M^a T., y AINAGA ANDRÉS, I., 1994, p. 108]. Poco después ambas órdenes mendicantes fundarían casas en la vecina ciudad de Borja.

En la mayoría de los casos los conventos se situaban extramuros, en lugares estratégicos en las salidas de los cascos urbanos, donde más tráfico de personas concurría –mercaderes, visitantes, etc.– y donde existía un mayor espacio libre a menor precio. De esta manera, comprobamos que constituían la primera imagen de Tarazona para la mayoría de los viajeros, pues los franciscanos se hallaban en las inmediaciones de la carrera de Zaragoza, los concepcionistas junto a una de las puertas de ingreso al barrio del Cinto, los capuchinos en la carrera de Tudela, las carmelitas descalzas de Santa Ana en la de Borja, y los carmelitas en las proximidades de la carrera de Cervera.

Por el contrario, los mercedarios moraban junto a la plaza del Mercado, centro económico de la comarca, y los jesuitas justo detrás de ellos, en un lugar acorde con las necesidades de su labor docente. Los otros seis, ubicados extramuros, serían absorbidos por la expansión de la trama urbana con la sola excepción del convento de capuchinos que, tras desaparecer a mediados del siglo XX, proporcionó un amplio solar para una barriada de viviendas.

Del mismo modo, es necesario subrayar que las parroquias urbanas ejercieron desde el principio una fuerte oposición al asentamiento de las órdenes mendicantes por motivos económicos, ya que éstas ofertaban mejores condiciones «espirituales» para el enterramiento de los fieles y restaban a las primeras una parte significativa de sus ingresos por este concepto [CUADRADO SÁNCHEZ, M., 1996, pp. 105-109].

Los conventos ofrecían a los fieles la posibilidad de sepultarse en lugares preeminentes –capillas situadas en el interior de sus claustros e iglesias–, respondiendo así al creciente deseo de otorgar expresión material a su éxito social y económico, y también estaban dispuestos a celebrar numerosos sufragios con los que los devotos podían invertir de forma piadosa los beneficios de su actividad económica, conjurando el carácter peyorativo que la acumulación de beneficios tenía a los ojos de la sociedad de la época.

Por fortuna, a diferencia de lo que ha ocurrido en muchas ciudades españolas, Tarazona conserva todos sus conventos con la excepción ya señalada del de los padres capuchinos. Tras la Desamortización y la exclaustación de las comunidades masculinas, sus iglesias pasaron a depender de distintas instituciones y mantuvieron el culto, mientras que las dependencias conventuales fueron destinadas a los usos más diversos –cárcel del Partido Judicial, hospital municipal, viviendas o instalaciones fabriles–.



Tarazona. Archivo Municipal. Plano de la ciudad en 1918-1919

Sin embargo, aunque conservamos los edificios, por diversas causas hemos de lamentar la dispersión, cuando no la desaparición, de una parte significativa de su dotación artística y de su rico patrimonio documental y bibliográfico. Entre las obras exiliadas cabe destacar la llamada *Virgen de mosén Esperandeu de Santa Fe*, una magnífica tabla pintada hacia 1439 por Blasco de Grañén y que en su día formó parte del retablo de Nuestra Señora de los Ángeles de la iglesia de San Francisco –ahora en la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid–.

Fundaciones medievales

Cuenta la tradición que el propio San Francisco de Asís, peregrino a Santiago de Compostela, habría pasado por Tarazona en 1214 instaurando allí una comunidad de frailes menores. Para apoyar su misión, el obispo y el cabildo catedralicio le habrían donado la ermita de San Martín, situada extramuros pero cercana a la Seo, para que les sirviera de oratorio [ARGÁIZ, G. de, 1675, pp. 244-245; SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1924, pp. 24-39]. A pesar de ello, la documentación conservada no permite datar la fundación del convento de San Francisco hasta la segunda mitad del siglo XIII [AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, pp. 52-53].

La iglesia primitiva, edificada en el primer tercio del siglo XIV y renovada entre 1523 y 1542, constaba de una nave de dimensiones similares a la actual, con capi-



Tarazona. Iglesia de San Francisco. Cúpula del trasagrario

llas entre los contrafuertes en el lado del Evangelio que ganarían en profundidad décadas más tarde. Las del lado de la Epístola abrían en origen al claustro. Estas capillas se convirtieron enseguida en panteones para familias nobles, comerciantes y artesanos acaudalados.

Algunas hermandades religiosas y gremiales, tales como la de San Francisco –luego transformada en Venerable Orden Tercera–, la de Nuestra Señora de la Piedad o la de Santa María del oficio de mercaderes, contribuyeron

con sus donativos a mejorar la vida en la casa franciscana recibiendo, a cambio, permiso para erigir sus altares devocionales y disponer de lugar de enterramiento para sus cofrades. Esta práctica fue mal tolerada en ocasiones por el clero secular, encabezado por el cabildo de la catedral, pues le hacía perder una lucrativa fuente de ingresos. Además de los derechos por el uso de los espacios, los frailes recibían limosnas por asistencia a entierros, inhumaciones y celebración de misas, en realidad su única vía de financiación, pues carecían de propiedades inmobiliarias y rentas.

Durante el Renacimiento y el Barroco el convento continuó transformándose gracias a la acción de bienhechores que sufragaron nuevas obras, entre las que podemos mencionar la capilla de Nuestra Señora de la Piedad –donde tuvo lugar la consagración episcopal del cardenal Cisneros–, la sacristía o el trasagrario. Éste último, construido entre 1630 y 1632, es un espacio cuadrangular dispuesto tras el altar mayor cuya cúpula se decora con yeserías de pervivencia mudéjar [IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., y CRIADO MAINAR, J., 1999-2000, pp. 93-126; CARRETERO CALVO, R., 2002, pp. 303-313].

En estrecha conexión con este trasagrario, a mediados del siglo XVII se substituyó el viejo retablo mayor por una espectacular máquina de escultura presidida por las imágenes de la Inmaculada Concepción y San Francisco. Como es habitual, en los espacios complementarios de las calles laterales y la zona baja se representan los principales santos de la Orden.

Adosado al lado sur de la iglesia se levanta el humilde claustro, compuesto por un piso bajo de época medieval al que todavía abren algunas capillas de los siglos XV y XVI, y una planta alta de fines del siglo XVI concebida para dar servicio a las viejas dependencias, en su mayoría desaparecidas.





Tarazona. Convento de la Merced. Portada

Tras la Desamortización, la casa franciscana albergó el hospital municipal del Sancti Spiritus. Suprimido en 1957, poco después se procedió a la demolición de la mayoría de las salas, excepto el claustro, incorporado a la parroquia de reciente creación, y la librería, rehabilitada y cedida para sede de la Escuela Oficial de Idiomas [AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, pp. 50-63].

Los mercedarios llegaron a tierras del Moncayo poco después que los franciscanos. De acuerdo con su particular carisma de extrema pobreza, se dedicaron a recaudar limosnas con las que sufragar la liberación de prisioneros cristianos en tierras musulmanas. Como su única preocupación era la labor redentora, recorrieron diferentes enclaves urbanos hasta que en el

siglo XV el Obispado les cedió parte del solar de la vieja parroquia de la Santa Cruz del Rebate –desaparecida en el último tercio del siglo XIV, durante la Guerra de los dos Pedros–, junto a la plaza del Mercado, centro neurálgico de la vida económica turiasonense. Este hecho les permitió constituir una comunidad con entidad jurídica independiente bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced [ARGÁIZ, G. de, 1675, p. 254; SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929, pp. 208-211 y 361-362; CARRETERO CALVO, R., 2003, pp. 9-18].

A diferencia de otros conventos turiasonenses, la casa mercedaria ha estado siempre situada en una zona ya urbanizada, no en los extrarradios. A esto podemos añadir que, aprendida la lección en cuanto a la cuestión de los enterramientos, el cabildo catedralicio y el concejo consiguieron que nadie se pudiera inhumar en la Merced, a excepción de los propios frailes, minando así todavía más sus menguados ingresos.

A partir de distintas fuentes documentales sabemos que su oratorio primitivo era una fábrica de dos naves separadas por arcos, con una capilla al final de cada una. Se hallaba orientado hacia el este y ocupaba aproximadamente el solar de la sacristía que da servicio a la iglesia actual. La capilla mayor estaba dedicada a Nuestra Señora de la Merced, imagen que servía de titular a un retablo realizado por el pintor Jerónimo Vallejo Cósida en 1545, también perdido.

A pesar de las estrecheces que debía presentar el templo medieval, los turiasonenses no dejaban de establecer lazos religiosos con estos frailes. De hecho, al menos



Tarazona. Iglesia de la Merced. Bóvedas

desde el siglo XVI varias cofradías buscaron sede allí creando sus propios altares: la de Nuestra Señora de los Dolores, congregación eminentemente religiosa; la de San Crispín y San Crispiniano, del gremio de zapateros; la de San Eloy, de los plateros; la de los Santos Cosme y Damián, de médicos, cirujanos y boticarios; la de la Virgen de las Nieves, de tejedores de lienzos; y la de la Santísima Cruz, de los mancebos pelaires.

A finales del siglo XVI, los mercedarios comenzaron a encontrarse incómodos con su pequeño edificio e iglesia conventuales, por lo que pidieron ayuda al concejo para renovarlos. Una vez que la autoridad municipal dio su aprobación empezaron a adquirir las casas que lindaban con sus propiedades para iniciar, con el respaldo económico de familias tan influyentes como la de los Conchillos, la edificación de un nuevo templo. En 1629 firmaron el contrato para su construcción con el maestro de obras Jerónimo Baquero [SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929, p. 362] y diez años más tarde ya se había culminado [CARRETERO CALVO, R., 2003, pp. 21-53].

La fábrica que hoy podemos admirar reúne las características de los templos conventuales prototípicos de la arquitectura clasicista desarrollada en nuestro país entre 1575 y 1650. Se trata de un espacio de planta de cruz latina con capillas entre los contrafuertes, cubierto con bóveda de cañón con lunetos, cabecera plana y coro alto a los pies. La cúpula sobre tambor que cubre el tramo central del crucero, del siglo XVIII, substituye a la media naranja ciega original.

La fachada, inspirada en los modelos arquitectónicos del italiano Andrea Palladio, mantiene una portada cuya decoración pertenece igualmente al más puro vocabulario clasicista. En ella destaca la imagen de Nuestra Señora de la Merced, representada como Virgen de la Misericordia, protegiendo bajo su manto a la cristiandad.

En el interior, la pieza de más calidad es el retablo mayor, erigido entre 1734 y 1737 por el hermano lego de la Orden y escultor fray Pedro Puey. Esta obra sigue muy de cerca las particularidades artísticas del arquitecto y escultor José Benito de Churriguera. Refleja, además, un programa iconográfico mercedario en el que figuran sus principales religiosos, entre ellos su fundador, San Pedro Nolasco, que preside el ático. En el crucero, dos pequeños retablos, también churriguerescos, sirven de marco a sendos óleos sobre lienzo que narran las visiones celestiales de San Pedro Nolasco y San Ramón Nonato, uno de los santos mártires más importantes de la Merced [CARRETERO CALVO, R., 2003, pp. 57-72].

Hasta 1717 la comunidad no pudo abordar la erección de las dependencias conventuales anejas [SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929, p. 362]. Configuran un edificio de planta irregular, condicionado por el solar en el que se ubica, de cuatro plantas cuyas fachadas alternan ventanas con balcones adintelados. Su portada principal se alinea con la de la iglesia y está compuesta por un arco de medio punto rematado por una hornacina en la que aparece la imagen de San Pedro Nolasco, todo decorado con motivos típicos del Barroco.

Tras la Desamortización, este inmueble pasó a ser propiedad municipal y albergó muy diversos usos, hasta que en 1988, después de una acertada rehabilitación, se convirtió en la sede del Conservatorio Estatal de Música. El templo sirve como auxiliar de la parroquia de San Andrés de la catedral.

Fundaciones en la Edad Moderna

La llegada de la Edad Moderna supuso cambios importantes en los usos fundacionales de nuevos conventos. Mientras que en el Medievo eran las propias órdenes las que solían costear sus asentamientos gracias a las limosnas aportadas por la feligresía, en los siglos XVI, XVII y XVIII surge la figura del patrón que financia la práctica totalidad de las obras y garantiza su dotación con el propósito de convertirlo en panteón particular.

En nuestra ciudad, el primero en cumplir esta característica sería el convento de la Concepción de Nuestra Señora. Tarazona hubo de esperar hasta 1546 para disponer de un cenobio en el que pudieran profesar las hijas de las familias nobles y burguesas, evitando así que éstas tuvieran que alejarse de su entorno para entrar en religión. La iniciativa partió de las autoridades municipales durante el episcopado del cardenal Hércules Gonzaga (1536-1546), aunque fue



Tarazona. Convento de la Merced. Claustro

su sucesor, Juan González de Munébrega (1547-1567), quien sufragó sus edificaciones más importantes, en particular la iglesia, donde pensaba enterrarse, si bien más tarde desechó esta posibilidad. También costeó el retablo titular, reemplazado hacia 1757 por una efectista fábrica de escultura debida al zaragozano José Ramírez de Arellano.

El templo, embutido en la muralla, consta de una nave sin capillas cubierta por una espectacular bóveda de crucería estrellada que exhibe en los florones las divisas de González de Munébrega. El coro de las monjas se dispone a los pies, despojado en el transcurso de la poco afortunada restauración de la década de 1970 del bello cerramiento de celosías caladas de yeso aún visible en fotografías antiguas, cuyo único resto lo constituye el antepecho del coro alto.

Completa la estampa urbana de las concepcionistas el pequeño campanario erigido en 1557 sobre uno de los cubos de la muralla medieval. Luce en los cuerpos altos decoración de tradición mudéjar que, junto con las citadas yeserías del coro, fueron declarados Bien Catalogado del Patrimonio Cultural Aragonés el 24 de octubre de 2002.

En agosto de 2001 la pequeña comunidad que lo habitaba tuvo que abandonarlo [CRIADO MAINAR, J., 2002, pp. 133-136] para sumarse a sus hermanas de Peñaranda de Duero (Burgos). El huerto y las dependencias, que en la década de 1920 se reconstruyeron tras su hundimiento, fueron enajenadas y pasaron a manos particulares. La iglesia pertenece ahora al Obispado.

Los últimos años del siglo XVI y las primeras décadas del XVII resultaron muy favorables para la instauración de nuevas fundaciones conventuales que encontraron en los obispos Pedro Cerbuna (1585-1597) y fray Diego de Yepes (1599-1613) sus principales valedores. El primero, muy preocupado por la educación –como lo demuestra su apoyo económico a la erección de los edificios y dotación de las cátedras de la Universidad de Zaragoza y a la creación del Seminario Conciliar de San Gaudioso de Tarazona–, contribuyó al asentamiento de la Compañía de Jesús.

En la década de 1580, la hacienda de Antonio Carnicer y la acción de Carlos Muñoz Serrano, canónigo de la Seo turiasonense y futuro obispo de Barbastro, permitieron plantear la apertura de un colegio jesuítico, pero hasta octubre de 1591 el general de la Compañía no aceptó de manera formal su constitución bajo la advocación de San Vicente Mártir. Meses más tarde la comunidad se asentó en las casas de los herederos de Hernando Conchillos, situadas en la carrera de Tudela, muy cerca de la plaza Mayor o del Mercado. Este amplio inmueble se ubicaba justo detrás del convento de la Merced, el cual, tras exponer las pertinentes quejas en relación con la distancia que debían mantener los emplazamientos de unas instituciones religiosas con otras, y presentársele las explicaciones oportunas, acató la situación.

La iglesia de San Vicente Mártir, edificada poco antes de 1675, dispone de una nave con capillas entre los contrafuertes que se cubre mediante bóveda de cañón con lunetos, crucero con cúpula sobre tambor, cabecera plana y coro alto a los pies. Se sirve, pues, del vocabulario clasicista que tan bien había funcionado en otras órdenes religiosas, como la Merced y, sobre todo, el Carmen Descalzo, aunque en este caso con cierto retraso, ya que cuando se levantó las propuestas en arquitectura en el resto del país estaban plenamente barroquizadas. Esta demora se debió a que los seguidores de San Ignacio no percibían los suficientes donativos para abordar el proyecto de un nuevo templo, y sí para adecentar y mejorar el que tomaron como provisional en 1592 [CALVO RUATA, J. I., 1991, pp. 411-412].

Desde finales del siglo XVI y hasta la expulsión de los jesuitas del país en 1767, el Colegio de San Vicente Mártir cumplió un papel importantísimo en la educación de las elites de la comarca. Fueron los encargados de enseñar primeras letras, gramática, filosofía y moral a los alumnos que todos los años acudían a sus aulas [AINAGA ANDRÉS, M^a T., y AINAGA ANDRÉS, I., 1994, pp. 99-121]. En el siglo XIX pasó a manos de la Diputación Provincial de Zaragoza, que lo destinó a fines asistenciales, con la consiguiente transformación de las construcciones antiguas. Hoy es sede de la Residencia Hogar Doz, dependiente del Gobierno de Aragón.

Fray Diego de Yepes, sucesor de Cerbuna, amparó otras dos fundaciones conventuales: la de padres capuchinos y la de carmelitas descalzas. El convento de San José de la Orden Capuchina de Tarazona fue el segundo más antiguo del reino de



Tarazona. Convento de la Concepción de Nuestra Señora

Aragón, después del de Zaragoza. Los religiosos recibieron la oportuna licencia de instalación en el otoño de 1599, poco antes de la toma de posesión de fray Diego, pero el verdadero patrón y benefactor de esta casa sería Miguel de Ortí, arcediano de Tarazona, que costeó los edificios conventuales y más tarde se enterró en la capilla mayor.

Un inmueble de la parroquia del Cinto sirvió a los capuchinos como residencia provisional. Más tarde se mudaron a otras casas en la calle de Tudela y, por fin, hallaron su emplazamiento definitivo junto al camino de Tudela, en una loma existente sobre el término de La Rudiana.

Los frailes capuchinos se caracterizan por vivir en extrema pobreza, sin rentas ni propiedades, y su edificio conventual en nuestra ciudad debió ser perfecta muestra de ello, a pesar de que contaron con las abundantes limosnas del arcediano Ortí. La iglesia, terminada en 1603, se edificó según los planos de fray Cherubino de Nápoles, capuchino arquitecto, pero nada podemos afirmar de su aspecto interior. El cenobio, noviciado de la provincia, sólo podía albergar a veinte religiosos, lo que nos lleva a pensar que sería de muy reducidas dimensiones [ARGÁIZ, G. de, 1675, pp. 438-439].

Las fotografías conocidas permiten constatar que en su construcción se emplearon materiales de muy baja calidad. A mediados del siglo XX, cuando formaba parte del patrimonio municipal, ofrecía un aspecto ruinoso que aconsejó su demolición para levantar un grupo de viviendas.

Mejor fortuna ha corrido el convento de carmelitas descalzas de Santa Ana que patrocinó el obispo Yepes, el único habitado en la actualidad. Aunque fray Diego había profesado en la Orden de San Jerónimo, demostró un profundo aprecio al

Carmelo. Conoció personalmente a Santa Teresa de Jesús y, tras hacerle una promesa, erigió este instituto. Siete monjas se trasladaron desde diferentes casas de Castilla para inaugurar la de Tarazona y, mientras se concluía la edificación, residieron en un apartamento del palacio Episcopal.

El 26 de julio de 1603, festividad de la madre de la Virgen, las religiosas entraron en el nuevo convento junto con otras siete jóvenes hijas de familias nobles de la ciudad. Santa Ana sería una fundación totalmente financiada por las arcas de Yepes: él sufragó el precio de las obras, lo dotó de todo lo necesario y lo eligió como panteón [ARGÁIZ, G. de, 1675, pp. 441-445].

El templo, debido al maestro de obras tudelano Juan González, consta de una nave de tres tramos desprovista de capillas, crucero acusado en planta y presidido por una media naranja ciega, cabecera plana y coro alto a los pies. Lo cubre una bóveda de cañón con lunetos bellamente decorada con labores de yeso de pervivencia mudéjar que fueron declaradas Bien Catalogado del Patrimonio Cultural Aragonés el 5 de noviembre de 2002.

El conjunto refleja muy bien las características arquitectónicas que esta Orden intentaba plasmar desde 1600 en todos sus asentamientos de nueva planta: templos y claustros muy sencillos, con unas dimensiones muy determinadas, en los que predominan la austeridad, la pequeñez y la pobreza. Las referidas yeserías de la bóveda otorgan, no obstante, al interior del templo un aspecto de cierta riqueza [CARRETERO CALVO, R., 2002, pp. 303-313].

Unos años más tarde, durante el pontificado de Martín Terrer de Valenzuela (1614-1628), comenzó el recurso de ocho monjas de Santa Ana a la Santa Sede alegando que ya no deseaban que su casa siguiera sujeta a la Orden, sino al ordinario diocesano. El papa delegó en Álvaro Pérez de Araciél, abad de Alfaro, que dictó sentencia en marzo de 1631 autorizando la creación de un nuevo convento que acogiera a este pequeño grupo de religiosas. Tanto el obispo como el cabildo catedralicio y el concejo apoyaron a las monjas en su pretensión [SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1930, pp. 222-223].

Año y medio después, bajo el mandato de Baltasar Navarro de Arroyta, se constituyó el convento de carmelitas descalzas de San Joaquín. En primer lugar, alquilaron unas casas de la familia Mur situadas en la calle que subía de la Seo a Santa Ana —actual de San Antón—, y para habitarlas se llamó a dos religiosas del convento de Santa Teresa de Zaragoza. Esta elección no fue casual, ya que nueve años antes se había producido una situación similar en la capital aragonesa con este establecimiento, creado por el notario Diego Fecet. El 22 de octubre de 1632 se trasladaban a la nueva fundación las monjas que comenzaron el recurso.



El cenobio tuvo varios bienhechores que contribuyeron a la construcción y dotación del nuevo complejo. Entre ellos cabe destacar a Gaspar Gil, obispo de Vich, a Diego Antonio Francés de Urrutigoiti, deán de la catedral y futuro obispo de Tarazona, y al matrimonio compuesto por Hipólita Agustín y Francisco de Angulo. Esta pareja, tras quince años juntos y sin descendencia, decidieron entrar en religión. Él profesó como capuchino en San José y ella, junto con su sobrina, lo hicieron en San Joaquín llevando todas sus rentas [ARGÁIZ, G. de, 1675, pp. 463-464; SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1930, pp. 225-226].

La iglesia obedece al modelo arquitectónico de Santa Ana. Está presidida por un magnífico retablo dorado y policromado cuya mazonería puede datarse en el tercer cuarto del siglo XVII. En algunos de sus lienzos se ha querido ver la mano del pintor del barroco zaragozano Francisco del Plano [ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1991, p. 266]. La fachada es muy similar a la de la iglesia de la Merced, aunque de formas más cuidadas y perfeccionadas. Una escultura de San Joaquín con la Virgen Niña ocupa el nicho en que remata la portada.

Las oficinas, adosadas al templo por el lado de la Epístola, se distribuyen en torno a un pequeño claustro cuadrado de dos plantas terminado en 1715 [ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1991, pp. 265-266]. En 1995 las hermanas de San Joaquín tuvieron que agregarse a la comunidad de San José de Zaragoza. Su iglesia pertenece desde entonces al Obispado y las dependencias fueron adquiridas por el consistorio turiasonense a finales de 2001 para instalar en ellas servicios culturales.

La última casa conventual que trató de establecerse en la ciudad también nació con dificultades, ya que la autoridad municipal denegó a los padres carmelitas descalzos el asentamiento en 1650, a pesar de que disponían de los fondos necesarios, procedentes de la hacienda de un matrimonio devoto zaragozano. Tras la negativa buscaron cobijo temporal en Torrellas, aunque finalmente se desplazaron a Novallas en 1654 [ARGÁIZ, G. de, 1675, p. 614].

Poco a poco intentaron trasladarse a la ciudad del Queiles, poniendo como excusa ante el concejo que tenían que permanecer cerca de las carmelitas descalzas de Santa Ana para asistirles en confesión. Por fin, en 1680 el obispo Diego Antonio Francés de Urrutigoiti consintió su fundación, bajo la advocación de Santa Teresa de Jesús, donándoles unas casas que pertenecieron al Conde del Villar, en las que permanecieron hasta 1700, año en el que se mudaron a su emplazamiento definitivo [SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1930, p. 273].

Su iglesia consta de una nave de cuatro tramos con capillas entre los contrafuertes comunicadas entre sí y cubiertas, respectivamente, con bóveda de cañón con lunetos y de arista. Cuenta con crucero acusado en planta y dotado de cúpula sobre tambor, cabecera plana y coro alto a los pies. Todo ello muy decorado mediante pinturas murales de la primera mitad del siglo XVIII.



Tarazona. Iglesia del convento del Carmen. Interior

Preside el altar mayor un gran retablo escultórico, dorado y policromado, que ha sido datado a mediados del siglo XVIII y atribuido al taller familiar zaragozano de los Ramírez, al igual que la mayoría de los que ocupan las capillas laterales [ARRÚE UGARTE, B., *et alii*, 1991, pp. 214-221].

La fachada corresponde a la tipología desarrollada a principios del siglo XVII por el arquitecto carmelita fray Alberto de la Madre de Dios en el Real Convento de la Encarnación de Madrid. Consta de un rectángulo coronado por un frontón triangular con portada compuesta por un tripórtico, si bien en Tarazona los vanos laterales son ventanas, y no puertas como en el modelo original. Sobre la portada, un nicho cobija la imagen de Nuestra Señora del Carmen, encima del cual se sitúa el espejo que permite iluminar el coro en alto dispuesto a los pies del templo.

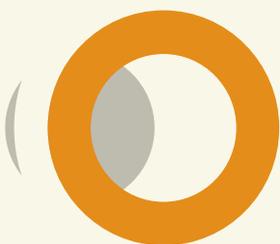
Los padres carmelitas fueron los únicos que regresaron a su cenobio tras la excomunión, a pesar de que las antiguas salas se habían convertido en una fábrica de fósforos. En noviembre de 1915 se construyeron en torno a su iglesia una humilde casa [SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1930, p. 274] que medio siglo después volvieron a abandonar. En la actualidad, la iglesia todavía mantiene un culto muy arraigado entre los tarazonenses, aunque desde la década de 1980 ya no tiene rango parroquial. Buena parte de su claustro, la antigua sala capitular y otras dependencias permanecen hoy embutidas en las edificaciones de una industria del sector de la alimentación, en pleno funcionamiento.

Bibliografía

- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y AINAGA ANDRÉS, I., 1994, «Fundación del Colegio de San Vicente Mártir de la Compañía de Jesús en Tarazona», en *Cuatro Siglos. IV Centenario de la fundación del Seminario Conciliar de S. Gaudioso*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, Obispado de Tarazona y Ayuntamiento de Tarazona, pp. 99-138.
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., y CRIADO MAINAR, J., 1999, «El convento de San Francisco de Tarazona (Zaragoza), construcción y reforma de sus edificios medievales», *Aragón en la Edad Media. XIV-XV. Homenaje a la profesora Carmen Oróstegui Gros*, (Zaragoza), vol. I, pp. 49-72.
- ARGÁIZ, G. de, 1675, *Teatro Monástico de la Santa Iglesia, ciudad y obispado de Tarazona*, vol. VII de *La Soledad laureada por San Benito, y sus hijos, en las Iglesias de España*, Madrid, imp. de Antonio de Zafrá.
- ARRÚE UGARTE, B., et alii, 1991, *Inventario Artístico de Zaragoza y su provincia*, t. I, *Partido Judicial de Tarazona*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- CALVO RUATA, J. I., 1991, *Patrimonio Cultural de la Diputación de Zaragoza, I, Pintura. Escultura. Retablos*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza.
- CARRETERO CALVO, R., 2002, «Yeserías de pervivencia mudéjar del siglo XVII en Tarazona: el trasagrario de la iglesia del convento de San Francisco y la iglesia del convento de Santa Ana», en *Arte mudéjar aragonés. Patrimonio de la Humanidad. Actas del X Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» y Departamento de Historia del Arte, pp. 303-313.
- CARRETERO CALVO, R., 2003, *El convento de Nuestra Señora de la Merced de Tarazona. Estudio histórico-artístico*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- CRIADO MAINAR, J., 2002, «Singularidad del arte mudéjar de Tarazona», en *Arte mudéjar aragonés. Patrimonio de la Humanidad. Actas del X Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» y Departamento de Historia del Arte, pp. 85-143.
- CUADRADO SÁNCHEZ, M., 1996, «Un nuevo marco socioespacial: emplazamiento de los conventos mendicantes en el plano urbano», en *VI Semana de Estudios Medievales, Nájera, 31 de julio al 4 de agosto de 1995*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 101-109.
- IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., y CRIADO MAINAR, J., 1999-2000, «Manifestaciones artísticas de la Contrarreforma en Aragón. El Trasagrario del Convento de S. Francisco de Tarazona (Zaragoza)», *Tvriaso*, XV, (Tarazona), pp. 93-126.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1924, *El convento e iglesia de San Francisco en Tarazona y el Santísimo Cristo de la V.O.T. (Ensayo histórico)*, Tarazona, Tip. de Luis Martínez Moreno.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929-1930, *Historia de la Fidelísima y Vencedora ciudad de Tarazona*, Madrid, imp. de Estanislao Maestre, 2 vols.

De la literatura, leyendas y tradiciones

IV



Página anterior:
Vera de Moncayo. Puerta de la iglesia
parroquial de la Natividad

Pedro Manuel de Urrea (1485-1524), señor de Trasmoz y autor de un *Cancionero*

JOSÉ E. GALÉ CASAJÚS

El señorío de Trasmoz (1485-1512)

El día 18 de mayo de 1490 una inusual comitiva subía las calles de Trasmoz camino de la iglesia. Al frente de ella, D. Felipe Galcerán de Castro y de Pinós, señor de Estadilla y vizconde de Illa y de Canet, en nombre del nuevo señor del lugar, de cuando en cuando se detenía ante una casa, ordenaba abrir la puerta, cruzaba el umbral, se demoraba un momento en el zaguán y continuaba el ritual de su paseo. Poco después, en la iglesia de Santa María, el concejo de cristianos de la villa besa al representante de su señor en la mano y en el hombro izquierdo en señal de vasallaje mientras, fuera, la aljama de moros espera. Finalmente, Felipe de Castro mandará levantar una horca y colgar de ella, simbólicamente, una rama, y andará aún por los arrabales ordenando hacer leña, abatir algún animal y plantar unos cuantos árboles, siempre en nombre del nuevo señor de Trasmoz, D. Pedro Manuel de Urrea, el cual, con sólo cuatro años, jugaba mientras tanto, ajeno a esta ceremonia, en el caserón de Épila donde su familia guardaba el luto por la prematura muerte del primer conde de Aranda.

D. Pedro Manuel Ximénez de Urrea había nacido en 1485, segundo hijo varón de D. Lope Ximénez de Urrea, uno de los nobles más poderosos de Aragón. Éste, a su muerte, dejaba a su mujer, D^a Catalina de Híjar, al cargo de sus seis hijos: Miguel, el primogénito, heredero de la Casa y del título, Pedro Manuel, futuro poeta, Catalina, comprometida ya con el señor de Illueca, Beatriz, que será condesa de Fuentes, y Timbor y Juan, que entrarán en la Iglesia.

Al principio, toda la familia permaneció reunida en el solar familiar en torno a D^a Catalina pero pronto llegan los problemas: en 1493 los Reyes Católicos disponen el matrimonio del nuevo conde, de sólo 14 años, con Aldonza de Cardona, prima de Fernando II. Al año siguiente, cuando los esposos regresen a Épila, la madre del conde habrá de retirarse con el resto de sus hijos a sus propias posesiones. Y será allí, en Almonacid de la Sierra, donde crecerá Pedro Manuel, educándose para ser el caballero que un día habrá de hacerse cargo del señorío de Trasmoz.

En estos primeros años, la condesa viuda se ocupará eficazmente de la herencia de su hijo: arrienda los pastos a un mercader de Tarazona, negocia con las localidades vecinas el acceso al agua que necesitan las herrerías de La Mata y, sobre todo, intenta por todos los medios incorporar Lituénigo y San Martín de la Virgen de Moncayo al señorío de Pedro Manuel. Esta última pretensión va a provocar un grave conflicto en la zona, pues ambas aldeas integraban el patrimonio de Garci López de la Puente, un hidalgo turiasonense que rechazaba las reclamaciones de D^a Catalina. Las fricciones iniciales degeneraron en 1503 en enfrentamientos armados que precisaron la intervención de la Diputación del Reino. Pese a ello, un criado de la condesa acabó acuchillando a Garci López en las calles de Tarazona.

Entre tanto, la propia familia de los Urrea se veía envuelta en un largo y enconado proceso judicial a cuenta de la herencia de D. Lope que envenenó la juventud del escritor. Fueron años penosos en los que el joven conde de Aranda llegó a ocupar por la fuerza las localidades donde su madre criaba todavía a algunos de sus hermanos. Además, en la disputa se vio involucrado el propio Pedro Manuel: su hermano mayor le exigía la devolución de una parte sustancial de su patrimonio: la mina de hierro de La Mata de Castilviejo. Ni siquiera un primer arbitraje del rey Católico pudo cerrar el conflicto, que se prolongó hasta 1505. Finalmente, de sus posesiones a D^a Catalina sólo le quedó el pequeño pueblo de Jarque, en la comarca del Aranda, a donde se trasladó con el joven escritor y con la que, desde 1504 era la esposa de éste, D^a. María de Sessé.

Poco después, hacia 1509, Pedro Manuel de Urrea decidía ocuparse personalmente del feudo que le había legado su padre, y, acaso por primera vez en su vida, trasladaba su residencia al castillo de Trasmoz.

La llegada del señor de Trasmoz a sus dominios se manifestó en una sucesión creciente de enfrentamientos con sus vecinos. En algunos casos, los problemas se resolvieron mediante acuerdos legales, como el que firmaron la ciudad de Tarazona y el concejo de Trasmoz en febrero de 1511 acerca de los límites entre ambos municipios o el que cerró la discusión por derechos de aguas que enfrentaba a Trasmoz con Litago, y cuyo reparto acordaron Pedro Manuel y D. Miguel Ximénez de Embún, abad de Veruela, en noviembre de ese mismo año. Otros dos, sin embargo, fueron agravándose de forma irremediable: el viejo pleito sobre Lituénigo y ciertos derechos de tala en el Moncayo que enfrentaban a Trasmoz con Añón de Moncayo.

En realidad, la posición del segundón de los Urrea en Trasmoz era muy precaria ya que todos sus vecinos estaban vinculados de una forma u otra a la poderosa casa de Aragón, enemiga tradicional de la suya. Por un lado, el monasterio de Veruela, de quien dependían Vera de Moncayo, Litago y Alcalá de Moncayo, tenía como principal patrono a los duques de Luna, título que ostentaba D. Juan de Aragón, el cual, al mismo tiempo, era Castellán de Amposta, es decir, tenía



Trasmoz. Castillo

bajo su tutela todas las encomiendas hospitalarias, como Ambel y Añón de Moncayo. Por otro, los García de la Puente, que no olvidaban el asesinato de su padre, eran parientes del señor de Pedrola, D. Alfonso de Gurrea y Aragón, hijo del Castellán, y señor de Torrellas, Los Fayos y San Martín de la Virgen del Moncayo.

La tensión acumulada se desbordó violentamente en 1512, si bien los episodios más sangrientos tuvieron como escenario el valle del Jalón, donde se enfrentaron directamente al señor de Pedrola y el propio Pedro de Urrea, al frente de los hombres del conde de Aranda. Todo Aragón se dividió en el apoyo a las dos casas más poderosas del Reino: hubo pequeños choques armados, varios pueblos fueron asolados y estuvo a punto de estallar una auténtica guerra civil. Finalmente, sólo la intervención personal de Fernando II logró la paz en 1513.

El *Cancionero* (1513-1516)

El día 7 de julio de 1513 salía de las prensas de la imprenta de Arnao Guillén de Brocar en Logroño la primera edición del *Cancionero* de D. Pedro Manuel de Urrea. Se trata de un volumen de 49 folios compuesto exclusivamente por textos en verso, acompañados, en algunas ocasiones, con dedicatorias en prosa a algún miembro de la familia del escritor. Los poemas se encuentran agrupados por temas y estrofas, de acuerdo con una estructura habitual en este tipo de impresos: poemas religiosos, morales, amorosos, romances, canciones, villancicos y una composición final que, bajo el título de «Égloga de la tragicomedia de Calisto y Melibea de prosa trobada en metro» versifica el inicio del auto primero de *La Celestina*.

Ya la mera existencia de este impreso resulta sorprendente puesto que no se conoce en la época ninguna otra edición «de molde» de la producción poética de un miembro de la alta nobleza, cuya publicación preceda a la muerte de su autor. De hecho, el propio Pedro Manuel repetidamente alude al deseo de que sus escritos permanezcan inéditos, de acuerdo con los usos acostumbrados entre los miembros de su clase social:

Y assí, suplico a vuestro señoría que se acuerde del saber de los sabios, que es mirar adelante y tomar la parte más segura y que no innove yo una cosa tan nueva en mi linaje sino que siga las pisadas de los otros en lo que hiziere: que quede guardado para que después de yo muerto puedan ver que he vivido [f. 2 v.]

Pese a todo, parece ser que fue la propia madre del poeta, a quien está dedicado el volumen en su conjunto y bastantes textos en particular, como el prólogo del que está sacada la cita anterior, quien corrió con la responsabilidad de hacer públicos los escritos de su hijo.

Eso explica, por otra parte, que de nuevo al año siguiente, esta vez en la imprenta burgalesa de Fadrique de Basilea, salga a la luz otra obra del señor de Trasmoz también dedicada a D^a Catalina: la *Penitencia de Amor*. Se trata, en este caso, de una novela sentimental dialogada en la que básicamente se combina la estructura dialogada de *La Celestina* con la temática habitual de las novelas sentimentales. Varios folios al final del volumen recogían también unos cuantos poemas nuevos del autor.

Por último, en 1516, se imprime en Toledo la que resulta ser la segunda y definitiva edición del *Cancionero*. En ella, reaparecen todos los poemas del texto de Logroño, a los que se suman, por un lado, la *Penitencia de Amor*; por otro, cierto número de nuevas piezas poéticas de distinto tipo, principalmente canciones, romances y villancicos; y, por último, textos completamente novedosos, pertenecientes a géneros inexistentes en la primera edición: un grupo de obras en prosa de carácter alegórico moralizante y una serie de églogas dramatizadas.

De este modo, entre 1513 y 1516, queda configurado uno de los más interesantes *corpus* literarios de un escritor español de la primera mitad del siglo XVI.

En general, la estructura del *Cancionero* sigue el molde «canónico» del *Cancionero* de Juan del Enzina de 1496. Esta similitud, muy evidente en la edición de 1513, en 1516 se ve distorsionada, al menos en su primera mitad, por la inclusión de los textos en prosa.

En todo caso, el *Cancionero* de Pedro Manuel de Urrea comienza, tras un par de prólogos dirigidos a su madre, con un pequeño número de poemas religiosos, uno de los cuales, el *Credo Glosado*, había sido el primer impreso –hoy desconocido– del autor. En este bloque inicial figura también el poema «A una hermita de nuestra Señora que está cerca de su casa, que se llama nuestra Señora del Moncayo»:

Oh, Reina, Virgen sagrada,
descanso siento y sentí
en estar cerca de mí
tu casa santificada.
Tanto que estoy sin temor
que trabajo me haga daño
porque con un bien tamaño
no puede reinar dolor. [f. 5 v.]

A este apartado inicial sigue un amplio número de poemas y prosas de contenido moral, buena parte de los cuales fueron escritos para los propios parientes del autor —su tío el duque de Híjar, su cuñado el señor de Illueca, su madre, su mujer, los condes de Aranda...— y en repetidas ocasiones toman como punto de partida motivos concretos de la biografía del poeta: el pleito con su hermano, un incendio del castillo de Jarque, su propia boda...

Sirva como ejemplo esta estrofa del poema «Don Pedro de Urrea a doña María, su muger»:

A vos, señora, me allego,
que me sois mil coraçones,
que aunque tenga mil passiones
se me vuelven en sosiego.
A vos, que sois mi alegría
que jamás no me dexáis
ver querella,
vos que hazéis mi fantasía
alegre, sabiendo estáis
vos en ella. [f. 47 v.]

En general son poemas cultos, que remiten a las tradiciones poéticas de mayor prestigio en la lírica castellana del siglo XV como el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique o Juan del Encina. El autor se sirve en ellos en unas ocasiones del elegante verso de pie quebrado de las *Coplas* de Manrique y en otras del verso de arte mayor consagrado por Mena. En algunos de estos textos, el señor de Trasmoz recrea también la oscura retórica de este tipo de poesía culta de la centuria anterior:

El Delius, planeta que oras declara,
atrás ya dexando el toro plaziente,
quando en lacertos que alegran la gente
entra su tiempo que passa y no para,



Lisboa. Biblioteca Nacional. *Cancionero* de Pedro Manuel de Urrea



Trasmoz. Iglesia. Exterior

lo pasado oscuro con más tiempo aclara
con fuerza más fuerte derriba lo triste,
de triste desnuda, de alegre nos viste,
mostrándonos fuerte y plaziente la cara. «Sepultura de amor» [f. 56 r.]

En esta primera parte se encuentran también la mencionada *Penitencia de amor*, y un grupo de prosas de contenido moral: *Casa de Sabiduría*, *Jardín de hermosura*, *Batalla de amores* y, sobre todo, *Rueda de peregrinación*, la más amplia y compleja de las cuatro. En ella, el autor, acompañado

de Humanidad, Pobreza y Castidad, contempla y describe un complejo cuadro alegórico formado por diversas ruedas que simbolizan los diferentes estados religiosos y más concretamente, la difícil convivencia de las tres religiones monoteístas:

Ellas me declararon que lo que yo vería es una rueda que se llama rueda de peregrinación, donde andan las cosas del mundo y porque todos andamos peregrinando hasta que llegamos adonde imos, que es a la gloria; y que las dos ruedas, en la una iba la gente de la iglesia y en la otra la del mundo. [f. 63 v.]

Entre estas composiciones de carácter moral van apareciendo también diversos poemas amorosos de estética cancioneril en los que el poeta desarrolla sus quejas de amor por varias damas: Francisca Climente, Violante Voscana, Aldara de Torres, la mora Moragas y, sobre todo, cierta Leonor, que acaba convirtiéndose en la amada por excelencia del *Cancionero* de don Pedro:

Yo don Pedro de Urrea
otorgo ser deudor,
señora doña Leonor,
de lo que mi fe desea,
captiva de vuestro amor.
Y porque vos me prestastes,
me prestastes y me distes,
al tiempo que me matastes,
el bien y el mal que en mí vistes
me dexastes.

«Un conocimiento que haze a su amiga» [f. 43 r.]

El *Cancionero* continúa con un amplio número de breves poemas agrupados de acuerdo con el subgénero compositivo: motes con sus glosas, romances, canciones y villancicos. Entre los romances, por ejemplo, destaca por su valor histórico el «Romance sobre la muerte del Condestable de Navarra», D. Luis de Beaumont, tío del autor, en Aranda de Moncayo:

El famoso en todas cosas,
magnífico y esforçado,
esforçado condestable
de Navarra intitulado,
cavallero muy guerrero
y en astucias bien probado,
con la persona pequeña
y el coraçón muy sobrado,
viejo ya de setenta años,
°Verle quando estaba armado!
°Ningún romano ni griego
nunca fue más esforçado! [ff. 72 r.-v.]

A los romances siguen las canciones, compuestas por una breve estrofa de cuatro versos octosílabos a la que sigue una copla más extensa, habitualmente de ocho. Aunque algunas canciones tienen tema religioso, al igual que en el caso de los romances la inmensa mayoría es de tema amoroso:

°Ay de mí, por bien quereros!
°Ay, también, si no os quisiera!
°Ay de quien libre estuviera!
°Ay de quien vive sin veros!
°Ay de aquel que os quiere ver!
°Ay!, pues tiene gran pasión.
°Ay!, pena en el coraçón.
°Ay!, dolor en el querer.
°Ay de quien quiere quereros!
°Ay, también, si no os quisiera!
°Ay de quien libre estuviera!
°Ay de bien vive sin veros! [f. 75 v.]

El último bloque poético, el más amplio, es el de los villancicos: un estribillo inicial de tres versos se amplía con un número variable de mudanzas tras cada una de las cuales se repite el verso final del estribillo. Muchos tienen tema similar al de las canciones pero otros se sirven de un tono más festivo y popular:

No me castigéis, marido,
si en amores voy metida,
porque no os quite la vida
Sufriréis cuando veréis
mi plazer y vuestro daño
si queréis cumplir el año,
si no no le compliréis;
y nunca me maltratéis,
si en amores voy metida,
porque no os quite la vida. [f. 85 r.]

Finalmente, el *Cancionero* de Pedro Manuel de Urrea se cierra con un grupo de «Églogas» en verso de carácter dramático, las primeras piezas teatrales de la literatura aragonesa. La mayoría de las composiciones saca a escena pastores estereotipados que dan voz a las habituales querellas de amor y celos con un lenguaje popular que se mueve dentro de la tradición del teatro de Juan del Encina.

En breves palabras, la obra literaria de Pedro de Urrea debe ser interpretada como la más completa manifestación literaria de un noble renacentista apasionado por la literatura de su tiempo. Tal y como él mismo le confiesa a su madre:

Mas crea vuestra señoría que es un vicio tan dulce –aunque parece trabajoso– el escrebir, que después que está tomado por descanso y passatiempo, no se puede dexar.
«Prólogo» a la «Rueda de peregrinación» [f. 61 r.]

La creación literaria era para el señor de Trasmoz una auténtica necesidad vital. Gracias a ella desde su primera juventud ahuyenta los pesares provocados por las desavenencias familiares, entretiene los ocios de sus seres más queridos, se enfrenta a su propia soledad y melancolía y, en cierto modo, supera las limitaciones que le impone su baja situación en el grupo social al que le tocó pertenecer.

Pedro Manuel de Urrea, en su *Cancionero*, cultiva todos los géneros, todos los tonos, todos los temas, siempre tras la estela de los poetas más prestigiosos de su época y también de los más innovadores. De ahí que el estudio de su obra revele un conocimiento del universo cultural de su época propio sólo de quien ha dedicado sus más fructíferos ocios a la literatura. Sin duda, todo esto no convierte al señor de Trasmoz en un gran poeta pero lo hace merecedor de mucha más consideración literaria que aquella en la que se le ha tenido hasta ahora.

Además, habrá que recordar que todo lo contenido en el *Cancionero* fue escrito por Urrea «hasta los 25 años de su edad», es decir, forma parte de su etapa de aprendizaje literario. De hecho, las últimas composiciones incorporadas al libro,

la prosa alegórica *Rueda de Peregrinación* y las églogas pastoriles, apuntan hacia un escritor de mucho más fuste que el apasionado «amateur» de la primera década del siglo.

Peregrinación... y muerte (1517-1524)

Es muy poco lo que sabemos del señor de Trasmoz durante los años de edición de sus obras. La documentación indica que su vida trans-



Trasmoz. Iglesia. Crismón

curría entre Épila, solar de los Urrea y residencia de su hermano, Jarque, retiro de su madre, Trasmoz y Zaragoza, sin que se conozcan acontecimientos dignos de reseña hasta 1517. Ese año, el día 8 de septiembre, D. Pedro Manuel de Urrea ordenaba en Zaragoza su testamento en prevención de su inminente partida a un largo viaje por Aragón, Valencia, Cataluña e Italia, viaje que se iba a prolongar durante los dos próximos años.

En su ausencia, su madre tomaba de nuevo las riendas del señorío con el renovado objetivo de conseguir ventajas económicas para su hijo. La condesa viuda esta vez va a querellarse contra el propio arrendador de las ferrerías de La Mata, el comerciante de Zaragoza Francisco de Santa Cruz, al que acusa de incumplir el contrato de arrendamiento. El pleito permaneció abierto largos años y el escritor, a finales de 1519, de regreso ya de su larga peregrinación, se vio envuelto en un nuevo episodio de violencia contra los de Añón de Moncayo en el que aparecía implicado el citado comerciante.

Sin embargo, el dato más importante de esta etapa final de la vida de Pedro Manuel de Urrea va a ser la publicación en 1523 de su última obra, *Peregrinación de las tres casas santas de Jerusalén, Roma y Santiago*, recreación literaria del viaje realizado unos años antes. Poco es lo que se conoce sobre este impreso de 84 folios, dividido en tres libros, que, a pesar de su motivación religiosa, llegó a ser prohibido por la Inquisición. No obstante, por los escasos datos que nos han llegado de él, sabemos que el autor hacía gala de su condición de señor de Trasmoz, pues la narración se iniciaba «desde su casa» y el primer libro comenzaba: «Trasmoz hace cien fuegos». El volumen concluía con «unas coplas y romances sobre la muerte de la condesa de Aranda», su madre, que acababa de fallecer en 1521.

Con la publicación de este libro llegaba a su fin la vida del autor. Al año siguiente, el 10 de octubre, Pedro Manuel de Urrea, de 38 años, era enterrado en el panteón familiar de Épila. Desconocemos la causa de su fallecimiento pero por el inventa-



Tarazona. Ex-convento de San Francisco.
Pintura mural de la capilla de la Piedad

rio de su escritorio sabemos que este noble renacentista apasionado por la literatura se dispónía a redactar un nuevo libro cuando le sorprendió la muerte.

Han pasado casi 500 años desde la desaparición del señor de Trasmoz y todavía queda por acometer una edición completa de su *Cancionero*. Carecemos igualmente de una biografía rigurosa del autor y de una interpretación general de su obra y de su papel en la historia de la literatura castellana. Sean estas líneas una invitación a subsanar este injusto e incomprensible olvido.

Bibliografía

1.- Ediciones

- URREA, P. M. X. de, 1950, *Églogas dramáticas y poesías desconocidas*, ed. e intr. de E. Asensio, Madrid, Joyas bibliográficas.
- DUTTON, B. [ed.], 1991, *El cancionero del siglo XV, c.1360-1520, VI: impresos 1513 (13UC) 1520 (20*YT) + 16 RE (Resende)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, ps. 1-73 (13UC), 241-244 (14UP), 256-284 (16UC).
- URREA, P. M. X. de, 1996, *Penitencia de amor*, ed. de D. Yndurain, Madrid, Akal.
- URREA, P. M. X. de, 1996, *Jardín de Hermosura*, ed. crítica, estudio introductivo e nota a cura di M. von Wunster, Mario Baroni editore, Luca.

2.- Estudios específicos

- BOASE, R., 1977, «Poetic theory in the dedicatory epistles of Pedro Manuel Ximénez de Urrea (1486-c.1530)», *Bulletin of Hispanic Studies*, LIV, pp. 101-106.
- BOASE, R., 1980, «Imagery of love, death and Fortune in the poetry of Pedro Manuel Ximénez de Urrea (1486-c.1530)», *Bulletin of Hispanic Studies*, LVII, pp. 17-32.
- CORRAL, J. L., 2002, *La torre y el caballero. El ocaso de los feudales*, Barcelona, Edhasa.
- EGIDO, A., 1991, «Aproximaciones a las *Églogas* de Pedro Manuel de Urrea», en *I Curso sobre lengua y literatura en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 217-255.
- GALÉ, E., 1997-1998, «Aportación documental para el establecimiento de la biografía de Pedro Manuel de Urrea, señor de Trasmoz (I)», *Turiaso*, XIV, (Tarazona), pp. 225-302.
- GALÉ, E., 1999-2000, «Aportación documental para el establecimiento de la biografía de Pedro Manuel de Urrea, señor de Trasmoz (y II)», *Turiaso*, XV, (Tarazona), pp. 229-286.
- GÓMEZ, J., 1990, «Las 'artes de amores', 'Celestina' y el género literario de la 'Penitencia de amor' de Urrea», *Celestinesca*, 14/1, pp. 3-16.
- HOUSE WEBBER, R., 1977, «Pedro Manuel de Urrea y *La Celestina*», en *La Celestina y su contorno social. Actas del I Congreso Internacional sobre La Celestina*, Barcelona, Borrás.
- MAIRE BOBES, J., 1997, «La «*Nave de seguridad*» de Urrea. Forma y contenido», *Epos*, XIII, pp. 171-187.
- MAIRE BOBES, J., 1997, «Género literario y temas de la *Penitencia de amor* de Ximénez de Urrea», *Alazet*, 9, pp. 125-138.

JAVIER DELGADO

El encuentro de Bécquer con Veruela produjo una obra de arte cuyo efecto fundamental va más allá de la vinculación concreta del monasterio con la literatura del poeta sevillano. En esas cuartillas nacieron unos textos capaces de dar cuenta tanto de la especial subjetividad de un artista en crisis como de la realidad de un ámbito geográfico y social en una época concreta. Y el verdadero misterio del encanto de las páginas de Bécquer radica en cómo esa subjetividad de un hombre de la segunda mitad del siglo XIX sigue suscitando en nosotros un goce estético capaz de hacernos desear no sólo volver de nuevo a ese lugar del somontano aragonés del Moncayo sino, sobre todo, volver a sentir en nues-

tro interior la emoción del encuentro del arte y la vida, esa emoción que nos hace sentir con inusitada potencia nuestra propia individualidad.

Leer *Desde mi celda* es, por supuesto, hacer un viaje al Aragón moncaíno de mediados del siglo XIX, con todo el sabor de la circunstancia de sus gentes de entonces. Es preciso no olvidar que en esos textos se nos habla de un pasado ya remoto, cuyas características de ninguna forma tienen una directa vinculación con las características actuales de esta comarca. Otra cosa es que nos asomemos a sus páginas no sólo, o no tanto, a buscar el detalle de la realidad que quedó prendido para siempre en el recuerdo literario sino a la búsqueda del despertar en nuestro interior de un eco personal de la íntima vivencia del poeta ante la naturaleza y el arte que encontró en estas tierras. En esa nueva comunicación personal con un mundo concreto habremos logrado resucitar nuestra capacidad poética personal a cuya atención y cuidado Bécquer nos convoca no sólo como lectores sino como verdaderos compañeros del alma.

Una magnífica guía de lectura de los textos de Bécquer la encontraremos en la edición de *Desde mi celda* que el profesor de la Universidad de Zaragoza Jesús Rubio Jiménez ha editado recientemente. En esas ciento treinta páginas llenas de sabiduría y sensibilidad Jesús Rubio nos ofrece una información detallada sobre las circunstancias de los Bécquer (Gustavo Adolfo, su hermano Valeriano y sus respectivas familias) a su llegada al monasterio de Veruela a finales de



Monasterio de Veruela. Jardines desde el Museo de los hermanos Bécquer

1863, sobre los detalles de su estancia y sobre la génesis de esos textos del poeta y de los dibujos y pinturas de Valeriano. Jesús Rubio, inspirador de cuantas iniciativas becquerianas se han puesto en pie en los últimos años en tierras del Moncayo ha recreado la situación en la que se encontraba el cenobio tras la Desamortización de 1835 y lleva años rastreando con tesón y pasión la biografía de los Bécquer y de cuantos tuvieron que ver con su estancia en Veruela, como es el caso de su amigo Augusto Ferrán, cuya influencia sería decisiva.

También nos informa Jesús Rubio de otras visiones que en aquella época hubo sobre Veruela como habitual lugar de veraneo, transcribiendo curiosos y divertidos textos, como esas *Ordenanzas para los huéspedes de Veruela en la temporada de verano* publicadas en 1861, folleto que incluye romances como éste del que no me resisto a copiar unos versos:

De su hondo seno Moncayo
por la pedregosa Huecha
nos da sus puras corrientes, que aún más puras aquí llegan.

Añón envía sus truchas,
Alcalá leche, manteca,
Trasmoz ofrece sus vistas,
Vera su mercado y tienda.
Litago el fresco chordón,
que traen niñas modestas:
rotos los pies y vestidos
de andar por aquellas breñas.

El buen humor y la retranca que rezuma esta publicación publicitaria puede verse en la siguiente cuarteta:

Todos los males se curan
con los aires de Veruela,
menos el amor, la tisis,
las manías y la suegra.

...y en algunos de los artículos de las citadas *Ordenanzas*, como por ejemplo estos dos:

Art. 6°. Cada uno paseará por donde quiera, como, donde y cuando quiera, sin que sea obligación, ni se crea buen modo llamar a otro para ir juntos salvo al paseo del Barranco y Prado Largo.

Art. 20°. Si algunos subiesen a Moncayo, y a la vuelta dijesen que han visto este mundo y el otro, no por eso habrá obligación de creerlos, y volviendo un poco la cara se podrá reír de él o de ellos el que quisiere.

Las veinte páginas de apretada bibliografía que ofrece Jesús Rubio son también una estupenda fuente gracias a la cual el lector contemporáneo podrá ampliar una base de conocimientos sobre la que edificar un disfrute personal de los textos de Bécquer siempre más amplio y profundamente gratificante.

Otras publicaciones de Jesús Rubio, como su libro *Los Bécquer en Veruela* o el catálogo de la exposición *Viajeros románticos en el monasterio de Veruela*, editado por Jesús Rubio y Ricardo Centellas, nos ofrecen noticias y reflexiones sobre la tarea de los hermanos Bécquer. La edición, hace unos años, de los textos de Gustavo Adolfo Bécquer *Leyendas del Moncayo*, *Un lance pesado*, *Desde mi celda* y *La Virgen de Veruela*, junto con grabados



Monasterio de Veruela. Museo de los hermanos Bécquer

de Valeriano (obra de la que se anuncia una inminente nueva edición) aporta una interesante propuesta en la que textos e ilustraciones dan cabal noción de toda una forma de acercamiento a Veruela y sus alrededores.

La estela de Bécquer no ha cesado de alentar e iluminar nuevas creaciones literarias relacionadas con Veruela. Una de las últimas realizaciones ha sido el libro colectivo de narraciones *Bécquer y el monasterio de Veruela. Visiones*, en el que catorce escritores aragoneses ofrecen su personal aportación sobre la figura del poeta y sobre las características del somontano aragonés del Moncayo.

Veruela: centro de arte y de vida comarcal

Veruela nos llama con una voz especial desde que Bécquer escribiera sobre sus muros y sus estancias, sus visitantes de carne y hueso y sus presencias fantasmales, y los pueblos del somontano aragonés del Moncayo nos atraen también especialmente desde que Bécquer escribiera sobre sus gentes, sus ruinas, sus caminos y sus huertas. Pero ello habrá que achacarlo no sólo a la literatura, por mucha calidad que ésta tenga (y la de Bécquer tiene mucha): algo habrá en este monasterio y en estas tierras capaz de propiciar una experiencia espiritual y una creatividad literaria, algo que sin duda Bécquer supo percibir y transmitir. Sobre ese *algo* hablaremos ahora, o al menos sobre algo de ese *algo*, pues nunca sabremos cuánto queda aún (y siempre) por nombrar de cuanto embellece y ennoblece esta concreta realidad.

Esta concreta realidad de un rincón privilegiado de Aragón podemos recorrerla muy tranquilamente, paso a paso, en cualquier estación del año. Y también recordar sus lugares, sus gentes, los seres de toda índole que le dan su carácter y sabor, consultando, leyendo, relejendo buenos libros, escuchando buenos discos, incluso viendo buenos vídeos, como el dedicado por José Antonio Labordeta a esta zona, bajo el título *El Moncayo*, de su famosa serie *Un país en la mochila* y en el capítulo correspondiente de su libro *Con la mochila auestas*, en el que se detiene especialmente en Veruela y en el que al hablar de los pueblos de la zona recuerda muy oportunamente aquellos antiguos versos del marqués de Santillana sobre estas tierras:

En toda su montaña
de Trasmoz a Veratón
no ví tan gentil galana.
Partiendo de Conejares
allá suso en la montaña
cerca de Travesaña
camino de Trasobares
encontré moça loçana
pero más aca de Añón
riberas de na fontana.

Ya que hemos comenzado con un vídeo, sigamos con un disco: *La tradición oral en el Moncayo*, en el que Luis Miguel Bajén y Mario Gros recogen en la voz de sus protagonistas dichos, juegos, narraciones y canciones tradicionales del lugar.

Sobre el monasterio de Veruela se han escrito muchos estudios monográficos y algunas guías. Entre éstas destaca la que publicó la Diputación de Zaragoza, al cuidado de Jesús Criado Mainar, con el título *Monasterio de Veruela. Guía histórica*. Jesús Criado fue durante un tiempo director de la Escuela-Taller del Monasterio de Veruela, ubicada en el interior del monasterio, a cuyos profesores y alumnos se deben importantes mejoras en sus instalaciones (incluidas artísticas reconstrucciones de partes del monumento y de sus jardines). Hablar con los integrantes de esta Escuela-Taller puede ser una forma de conocer aspectos interesantes de la situación actual del monasterio, además, por supuesto, de hacerlo con las guías artístico-turísticas que se ocupan de explicar muy detalladamente el monumento a los visitantes. Sin olvidar las exposiciones y los actos culturales de diversa índole que se programan en el monasterio, haciendo de él un verdadero centro de cultura y vida comarcal.

Otro tipo de guías de Veruela son las dedicadas a un público estudiantil, como la de José Luis Moreno Lapeña, *La abadía de Santa María de Veruela*, o la de los profesores Arturo Ansón Navarro y M^a Antonia Antoranz Onrubia, *Un día en... un monasterio cisterciense aragonés: Veruela*, ambos muy apropiados para la preparación o como complemento de las visitas escolares.



Espedición de Veruela. Dibujo de Valeriano Bécquer de 1864



Espedición de Veruela. Alcázar de Moncayo. Dibujo de Valeriano Bécquer de 1864

Entre los estudios monográficos sobre Veruela citaré dos de quien firma estas páginas y un reciente serio estudio sobre el monasterio de Veruela en el siglo XVI, época tan importante para el monasterio pero hasta ahora tan apenas estudiada. Javier Delgado, *Job en Veruela. (Esculturas del claustro gótico del monasterio de Veruela)*, y Javier Delgado y Bernardo Lario, *El buerto de piedra. Flora esculpida en el claustro gótico del Monasterio de Veruela.* Javier Ibáñez Fernández, *Splendor Verolae. El Monasterio de Veruela entre 1535 y 1560.*

Piedras, flores, insectos y nubes

Una visión global de la naturaleza, la vida económica y social, el arte de esta comarca y la literatura relacionada con ella la encontraremos (perfectamente ilustrada) en *El Moncayo*, libro colectivo de varios profesores de la Universidad de Zaragoza gracias al cual nos es posible reparar tanto en las formas geológicas de sus montes como en las características precisas de su flora, las condiciones de vida de sus habitantes o la belleza de sus monumentos, además de recibir sugerencias de largos paseos montañosos.

He nombrado en el párrafo anterior los paseos montañosos. Hay varias publicaciones sobre el particular. Una por la que tengo especial aprecio es la que publicó la Federación Aragonesa de Montañismo con el título *Tierras del Moncayo*, en la que se nos ofrece el detalle de un buen número de excursiones por estas tierras.

En los últimos años, gracias a la creación de diversos grupos y asociaciones, se organizan actos y se publican diversas guías y trabajos sobre aspectos muy concretos de la vida natural y cultural del lugar. Para quienes quieran ampliar sus búsquedas en el medio natural les serán muy útiles guías especializadas en la descripción de especies vegetales y animales como la *Clave de plantas silvestres* de Francis Rose, la *Guía de frutos silvestres* de Manuel Duruti, la obra *Aves de Aragón*, la *Guía de los insectos de Europa* de Michael Chinery o la *Guía de los fósiles* de H. Chaumeton y D. Magnan. Sobre mariposas tenemos la suerte de contar en Aragón con un sabio como Víctor M. Redondo Veintemillas que publicó una obra magnífica, *Las mariposas y falenas en Aragón*, con la cual podemos disfrutar de su observación en un ámbito como el Moncayo, especialmente importante a estos efectos por el gran número de especies que alberga.

Todos estos libros no son sino algunos ejemplos escogidos de una bibliografía inmensa a la que podemos acceder para completar nuestro disfrute de una comarca especialmente dotada para acoger a quienes desean andar, observar y escuchar, como lo hiciera en su momento aquel ilustre visitante que fuera Gustavo Adolfo Bécquer. Como él, podemos dejar que las ruinas del castillo de Trasmoz, las empinadas calles de Añón de Moncayo o un sin fin de detalles del lugar y de la vida de sus gentes entren en nuestras vidas como un elemento purificador y engrandecedor de nuestra existencia. Como él podemos acercarnos a Veruela y entrar en un mundo en el que nuestra personalidad y nuestra creatividad crezcan a la luz y los colores de las nubes de los más bellos atardeceres de Aragón. Y con él, volver una y otra vez a la proximidad de estos muros que guardan eternamente misterio y belleza:

En el fondo del melancólico y silencioso valle, al pie de las últimas ondulaciones del Moncayo, que levantaba sus aéreas cumbres coronadas de nieve y de nubes, medio ocultas entre el follaje oscuro de sus verdes alamedas y heridas por la última luz del sol poniente, vi las vetustas murallas y las puntiagudas torres del monasterio...

Bibliografía

- ANSÓN NAVARRO, A., y ANTORAZ ONRUBIA, M^a A., 1993, *Un día en... un monasterio cisterciense aragonés: Veruela*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- *Aves de Aragón. Atlas de especies nidificantes*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 2000.
- AGUIRRE, F. J., et al., 2002, *Bécquer y el monasterio de Veruela. Visiones*, Zaragoza, Delsan.
- BAJÉN, L. M., y GROS, M., 1999, *La tradición oral en el Moncayo*, Colección Aragón LCD, Zaragoza.
- BÉCQUER, G. A., 2002, *Desde mi celda*, edición de Jesús Rubio Jiménez, Madrid, Cátedra.
- BÉCQUER, G. A., 1991, *Leyendas del Moncayo. Un lance pesado. Desde mi celda. La Virgen de Veruela*, edición de M. Castillo Monsegur, Zaragoza, Diputación de Zaragoza.
- CHAUMETON, H., y MAGNAN, G., 1986, *Guía de los fósiles*, Barcelona, Omega.
- CHINERY, M., 1988, *Guía de los insectos de Europa*, Barcelona, Omega.
- CRIADO MAINAR, J. [ed.], 1993, *Monasterio de Veruela. Guía histórica*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza [hay ya una edición más reciente en el mercado].

- DELGADO, J., y LARIO, B., 1998, *El buerto de piedra. Flora esculpida en el claustro gótico del Monasterio de Veruela*, Huesca, La Val de Onsera.
- DELGADO, J., 1996, *Job en Veruela. (Esculturas del claustro gótico del monasterio de Veruela)*, Zaragoza, IberCaja.
- DURRUTI, M., 1990, *Frutos silvestres. Comestibles y venenosos*, León, Everest.
- IBÁÑEZ FERNÁNDEZ, J., 2001, *Splendor Verolae. El Monasterio de Veruela entre 1535 y 1560*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- LABORDETA, J. A., 2001, *Con la mochila a cuestas*, Barcelona, RBA.
- LABORDETA, J. A., 2001, *Un País en la mochila. El Moncayo*, Madrid, Divisa.
- MORENO LAPEÑA, J. L., 1995, *La abadía de Santa María de Veruela*, Zaragoza, Cometa.
- PELLICER, F., *et alii*, 1998, *El Moncayo*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.
- REDONDO VEINTEMILLAS, V. M., 1990, *Las mariposas y falenas en Aragón. Distribución y catálogo de especies*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- ROSE, F., 1997, *Clave de las plantas silvestres*, Barcelona, Omega.
- RUBIO JIMÉNEZ, J., 1990, *Los Bécquer en Veruela. Un viaje artístico-literario*, Zaragoza, IberCaja.
- RUBIO JIMÉNEZ, J., y CENTELLAS SALAMERO, R., [ed. y cat. a cargo de], 1999, *Viajeros románticos en el monasterio de Veruela. Spanish Sketches, un álbum inédito de Valeriano Bécquer*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza.
- THIEDE, W., 1982, *Pequeña guía de las Aves de Europa*, Barcelona, Omega.
- *Tierras del Moncayo. Senderos de gran recorrido. 1ª fase: Tarazona-Morata de Jalón. (GR 90)*, 1992, Comité Aragonés de Senderos de Gran Recorridos, Federación Aragonesa de Montañismo, Zaragoza, Prames.

Las fiestas *a redol* de Moncayo

VICENTE M. CHUECA YUS

La comarca de Tarazona y el Moncayo es una tierra de frontera. A lo largo del tiempo, diversas civilizaciones han dejado su impronta en ella. Los años se han jalonado de distintas fiestas y ritos que han ido creando tradiciones.

Algunas costumbres perviven hoy en día, otras pasaron al rincón de la memoria. Unas señas de identidad que se repetían todos los años para integrar a los individuos en un colectivo, para asegurar una buena cosecha, para preservarse del mal o para exteriorizarlo y servir de catarsis.

Así, han surgido fiestas como el *Cipotegato*, el *Pesaje de los niños* o el *Encierro andando*. Pero junto a ellas, a lo largo de las cuatro estaciones, pequeños ritos lúdicos y religiosos han garantizado la continuidad de la montaña. Los dances o *palotiaus*, las romerías a la Virgen de Moncayo, a Veruela, las rondas y llegas, las mulillas o las recogidas de tortas y vino son algunas de las manifestaciones y tradiciones más conocidas. No olvidemos que todas tienen su significado. El calendario anual de la localidad a la que pertenecen nos indicará la llegada de la fiesta, o lo que es lo mismo, de la protección total a las personas y actividades de sus habitantes durante los doce meses siguientes.

También debemos ser conscientes del carácter comarcal que algunas de ellas van tomando, hasta convertirse en representativas de nuestra tierra. Muchas se han adaptado, pues la tradición no permanece estática y las nuevas circunstancias les afectan, pero su capacidad de asumirlas y transmitir las las convierte en un nexo de unión entre el pasado y el futuro... Y lo que es más importante, entre nosotros.

Todas estas historias comienzan con la presencia de las hogueras en invierno. Santa Bárbara, Santa Lucía o la hoguera de Navidad parecían ser el intento de los moncaínos por conservar la luz ante las pocas horas de sol de estas fechas. La matacía favorecía estos festejos al igual que la existencia de torreznos, choricitas y morcillas que, junto a las más habituales patatas, se asaban en las brasas.

Los mozos se dedicaban a saltar por encima de ellas, a *blincar*, para demostrar su valor. No hay que decir que el vino ayudaba a tomar impulso.

Con la Navidad irrumpían zambombas y panderetas. Los mocetes recogían el *agui-lando* y devoraban almendras, higos, mostillos y otros frutos secos.

Enero era el mes de San Antón, San Sebastián o San Vicente. Ya en febrero, la Candelera o San Blas. Seguía siendo tiempo de hogueras, comer el mondongo de la matacía y recorrer los pueblos con procesiones, auroras, albadas y rondas. Fiestas para proteger animales, para buscar novio, adivinar el tiempo, prevenir los males de garganta o ensalzar a los quintos de ese año. Litago, Lituénigo, Alcalá de Moncayo, Malón o Torrellas, entre otros, sabían de estas celebraciones.

Carnaval y Semana Santa se constituían en las fiestas predominantes en el período siguiente del año. Disfraces de *mazorrios* o *cipotegatos*, *caretos* o *madamas* inundaban las calles con ropajes sacados de los arcones, caras manchadas de harina y ganas de diversión. En Lituénigo se rendían, y rinden, honores a la Virgen del Río con una procesión ruidosa con disparos de trabucos. El jueves lardero anunciaba la última oportunidad para comer carne, salvo el intermedio de la Vieja, en medio de la Cuaresma. La Semana Santa iba a llegar.

Procesiones, matracas, carracas, los oficios y el monumento se encargaban de remarcar los distintos episodios de la muerte y resurrección de Cristo. Los encuentros de María y Jesucristo volvían a vivirse en todas las localidades de nuestra comarca. El reloj, en este caso de la Pasión, seguía funcionando.

El buen tiempo de la primavera permitía la aparición de las romerías en las distintas localidades que rodean el Moncayo. Era época de culecas y cortesías, como el día de San Jorge, en Grisel. Tampoco podemos olvidar las visitas a las ermitas de Santipol en Novallas, el Pilar en Malón, San Roque en El Buste o Santa Rosa en la Plana del Rosel, donde acudían los de Cunchillos y Tarazona.

Se acompañaba este periodo de otras fiestas como las de la Santa Cruz, San Miguel, San Isidro en Añón de Moncayo y Vera de Moncayo, o la Ascensión y el Corpus, entre las más celebradas, sin olvidarnos de los mayos.

Para San Juan o San Pedro, días que marcan el momento máximo de esplendor natural, eran habituales ritos como enramar las casas de las muchachas, bañarse en determinadas aguas, mirar el sol, curar las hernias o quitar las verrugas.

En el comienzo del verano, tiempo de recoger cosechas, el trabajo limitaba las posibilidades de esparcimiento. El *Quililay*, romería de ascenso a Moncayo, irrum-



EMILIO DE GRACIAS ARDIE

21 de Agosto de 1981

El Pueblo

San Antonio de Padua

San José

San Juan

San Pedro

San Pablo

San Mateo

San Marcos

San Lucas

San Andrés

San Bartolomé

San Simón

San Judas

San Matías

San Tadeo

San Inés

San Vicente

San Esteban

San Agustín

San Jerónimo

San Basilio

San Gregorio

San Ildefonso

San Isidoro

San Leandró

San Fulgencio

San Valeriano

San Praxedes

San Pádra

San Eusebio

San Marcelo

San Pedro de Verona

San Antonio de Padua

San José

San Juan

San Pedro

San Pablo

San Mateo

San Marcos

San Lucas

San Andrés

San Bartolomé

San Simón

San Judas

San Matías

San Tadeo

San Inés

San Vicente

San Esteban

San Agustín

San Jerónimo

San Basilio

San Gregorio

San Ildefonso

San Isidoro

San Leandró

San Fulgencio

San Valeriano

San Praxedes

San Pádra

San Eusebio

San Marcelo

San Pedro de Verona

pía al inicio de estas semanas de intensa actividad. Esporádicamente aparecerían otras fiestas en el mes de julio, como la muerte de San Benito, patrón eremita de Los Fayos, donde lo conmemoran hasta tres veces, los *Tres San Benitos*, o la romería a las Cuevas, en Añón de Moncayo. Se mantenía así la llama de la alegría hasta la llegada, de nuevo, de las subidas a la Virgen de Moncayo, ya en agosto.

Santa Brígida en Vera de Moncayo, la Virgen y San Roque en Trasmoz, Añón de Moncayo, El Buste o Grisel daban a este mes un carácter lúdico. La Virgen del Rosario en Vierlas, San Agustín en Los Fayos y San Atilano en Tarazona, con la algarabía de su víspera del *Cipotegato*, ponían el punto y final. Estas jornadas, con sus procesiones, misas y bailes, rondas y llegas, constituían uno de los momentos festivos claves. Todavía hoy mantienen ese carácter merced a su coincidencia con el período vacacional, que llena de propios y extraños los pueblos.

La Virgen de septiembre, la Cruz o el Santo Cristo, junto con San Miguel, nos muestran un círculo del año que parece ir cerrándose. Las recogidas de tortas, mulillas o la tradición del *Pesaje de los niños* son el epílogo de las llegas y el aviso de la inminencia del otoño.

Noviembre anunciaba difuntos y calabazas, procesiones de ánimas por la silueta del Moncayo. La Virgen del Río, patrona de Tarazona, San Martín patrón del pueblo del mismo nombre o la Virgen de Veruela jalonaban el mes. Las luces de las hogueras volvían a ser símbolo de esperanza, estaban a punto de volver a brillar... El mundo seguía girando.

Como hemos dicho, todas las fiestas eran importantes en Moncayo. Nuestro talante acogedor nos ha permitido darlas a conocer fuera de nuestro territorio. Incluso algunas han recibido el respaldo institucional del Gobierno de Aragón con su declaración como fiestas de interés turístico. Por razones evidentes de espacio os presentamos algunas. Todas las que están, son; pero todas las que son –serían todas– no están.

El *Cipotegato* en Tarazona

El *Cipotegato* es una de las fiestas más representativas de la comarca. Todos los 27 de agosto, un personaje vestido con un traje colorista, sale corriendo del ayuntamiento de Tarazona y atraviesa la antigua plaza del Mercado para emprender un recorrido secreto por las calles de la ciudad. Una lluvia de tomates lo atenaza, mientras sus amigos se encargan de facilitarle el paso y él mismo intenta alejar a los perseguidores más osados con la ayuda de una vara de fresno de la que cuelga una pelota de trapo. Tras volver a la plaza, sus paisanos lo izan en hombros entre vítores y, de nuevo, el tomate sobrante vuela de unos a otros, impulsando un jolgorio que continúa con charangas, agua y pasacalles.

Las teorías sobre la raíz de este ritual son diversas. Las noticias más antiguas, según Elisa Sánchez –que cita a otros autores– hacen mención a un personaje



Tarazona. *Cipotegato*

creado por Felipe II y que ya en los siglos XVI-XVII abría camino a las autoridades municipales con un *pellexo de gato*. El disfraz, hoy de dos piezas y tradicionalmente de una, conserva algo de ese aire gatuno. Tampoco olvidemos que la rapidez y la astucia, características de estos animales, son cualidades aconsejables para el *Cipotegato*. Según este punto de vista, el germen de la fiesta sería municipal y el *Cipotegato* un personaje único vinculado al concejo y al hecho de abrir paso en cortejos festivos.

No obstante, una serie de estudiosos hacen hincapié en la documentación del archivo catedralicio turiasonense, aportada por Carlos Escribano y datada en el siglo XVIII, que relaciona a nuestro personaje con la solemnidad del Corpus Christi, fiesta grande en la ciudad que había perdido cierto relieve frente a la conmemoración de la llegada de las reliquias de San Atilano en 1644.

El *Cipotegato* aparecería la víspera del Corpus, denominándose *pellexo de gato* por llevar uno para *acallar a los niños*. Su misión consistiría en despejar el camino, aunque en este caso al cabildo turiasonense. Le pagaba la propia Iglesia de Tarazona con un presupuesto al margen de los danzantes. Estaríamos hablando, en todo caso, de un origen eclesiástico y de un personaje, único, ligado al cabildo.

Otra posible raíz, propuesta por José M^a Sanz y desarrollada por F. Roda y Antonio Beltrán, se hallaría en el antiguo dance de Tarazona. Los dances o *palotians*, como también se denominan en nuestra comarca, eran representaciones que incorporaban teatro, danza y música. Entre sus personajes típicos, además de los dan-

zantes, el ángel o el diablo, aparecería el *Cipotegato*, *zaputero* o *cipotero*, según informaciones de Luis Miguel Bajén y Mario Gros.

Algunos autores proponen que su tarea, al menos a principios de siglo XX, consistía en ahuyentar a los niños, como en el siglo XVIII, para que no estorbasen en el dance. En algunos lugares, como El Buste y Vera de Moncayo, llegaban a participar en el propio *palotiau*.

De nuevo estaríamos hablando de una procedencia eclesiástica o derivada, cuando menos, de un hecho religioso, cuya relación e implicación directa en los dances dependía de las localidades. En este último caso sería una figura con un sentido más colectivo.

Víctor Azagra afirma que, en la década de 1930, el *Cipotegato* salía al toque del reloj del ayuntamiento, perseguido por la chiquillería que le tiraba, ocasionalmente, troncos de lechuga, sustituidos en los años cuarenta por tomates. El hecho de correr entre los tomates ayudó a configurar una nueva teoría sobre la raíz de esta fiesta, según la cual se trataría de un reo condenado a sufrir una suerte de lapidación de la que podía escapar huyendo por las calles de la ciudad, ya que si sobrevivía a la lluvia de piedras alcanzaba la libertad.

En resumen, la figura del *Cipotegato* ha ido cambiando a lo largo de la historia. Las primeras noticias concretas lo asocian a la celebración del Corpus Christi, a las procesiones de la Iglesia y a los dances. Luego lo descubrimos la víspera de la conmemoración de la traslación de la reliquia de San Atilano acompañando al concejo y a los gigantes. Tras la desaparición del dance de Tarazona se convertiría en un motivo de divertimento para la chiquillería. A mediados del siglo XX la fiesta adquiriría su fisonomía actual en la que el *Cipotegato* ha pasado de perseguido a perseguidor y se ha convertido en motivo de atracción, respaldada por su declaración de Fiesta de Interés Turístico de Aragón en 1998.

El Pesaje de los niños en Lituénigo

En las tierras de Moncayo la mayoría de la población ha dependido tradicionalmente de la agricultura, uno de cuyos cultivos básicos era el trigo. Además de constituir un medio de vida, pues con él se hacían los panes cotidianos, cumplía un papel ritual y simbólico en las rosquillas de fiestas y el pan dormido, en la bendición de los campos o cuando se arrojaban espigas a la calle para dar suerte y propiciar felicidad y abundancia a las parejas de recién casados, como citan Luis Miguel Bajén y Mario Gros. La fertilidad de la tierra y del hombre iban unidas.

Lituénigo es uno de los lugares donde el rito de sacralización del trigo alcanzó, y todavía alcanza, una de sus plasmaciones más interesantes. San Miguel Arcángel, celebrado cada 29 de septiembre, es el patrón de la localidad y ocasión de su fiesta mayor, prolongada a la jornada siguiente, en el día de *San Miguelico*.

Con la cosecha guardada en los graneros, marcaba tradicionalmente la fecha de pagos y nuevos contratos.

Es tradición, según recogen fotográficamente Luis Miguel Bajén y Mario Gros, realizar una llega o recogida de trigo. Los mayordomos, encargados de *allegarse* el cereal, protagonizan los actos. Para fomentar la participación hoy en día se eligen por calles y riguroso turno, como explica Jesús Hernández.

En una balanza romana, custodiada en el Museo del Labrador, se pesan los niños y niñas nacidos durante el año, antes en Lituénigo y en la actualidad naturales del pueblo o descendientes de familias que no renuncian a sus orígenes. También el pesaje se ha convertido en un gesto simbólico, pues en el fondo no se trata de equilibrar las cestas del bebé y del grano, ya que éste es siempre más abundante.

Concluida esta operación se procede a la subasta, con la fórmula de tantos. Se crea un pasillo humano a ambos lados de la entrada de la iglesia de la Purificación de la Virgen. La subasta comienza y a cada oferta el pujador camina por el pasillo para coger una llave colgada en la puerta. El precio supera siempre al real del mercado, de manera que cuando el ganador toma la llave y la besa está donando una cantidad de dinero para San Miguel.

En los orígenes de esta fiesta se mezclan historia y leyenda. Cuentan que un matrimonio que no podía tener descendencia pidió consejo a un fraile capuchino, quien les aseguró que debían encomendarse a San Miguel y ofrecerle, como limosna, el peso en trigo de la criatura recién nacida. El hijo llegó y los padres cumplieron su promesa.



Lituénigo. Pesaje de los niños

Es indudable la conexión simbólica entre la balanza física para el peso del trigo y los niños y la figura de San Miguel, al igual que la noticia recogida por Luis Miguel Bajén y Mario Gros –citando a L. Lozano– de que los habitantes de Lituénigo entregaban un tributo en trigo a la Iglesia, por San Miguel, ya en 1295. El pago del diezmo parece estar en el trasfondo de este ritual, pues también existe en el lugar una *pedra del aborcado* que recoge otra leyenda vinculada al pago de impuestos. Sin embargo, no podemos olvidar su marcado carácter integrador: con esta ceremonia el niño ingresaba públicamente en la comunidad.

El *Pesaje de los niños*, declarado como Fiesta de Interés Turístico de Aragón en 1998, está en pleno auge y en la actualidad tiene lugar el último domingo de septiembre.

El Encierro andando de Novallas

Vacas es sinónimo de fiesta. Sin ellas el esparcimiento y la algarabía serían imposibles en algunas localidades de nuestra comarca como Añón de Moncayo, Santa Cruz de Moncayo, Vera de Moncayo, Litago, Tarazona o Novallas. Encierros, *ros-caderos* o torear siguiendo la suerte de Cúchares, son tradiciones que se hallan fuertemente arraigadas entre la población, que participa como agentes activos o como simples espectadores.

Dos de los monumentos civiles más significativos de Tarazona testimonian la importancia de la afición taurina. Cuando a mediados del siglo XVI se levantó el actual ayuntamiento, el acuerdo concejil subrayó que el edificio cumpliría las funciones de lonja, granero y *mirador de bueyes*, es decir, palco para que las autoridades municipales y sus invitados contemplasen los espectáculos taurinos. En 1792 éstos se trasladaron a la plaza de Toros Vieja, un singular conjunto de viviendas que conformaban un coso taurino, en uso hasta 1870.

La existencia de pastos para este tipo de ganado en la Dehesa del Moncayo constituyó un factor determinante. Así, el consistorio turiasonense llegó a tener su propia manada de reses bravas y en el término de Morana, cercano a Añón de Moncayo, las tradicionales serranillas eran por lo general vaqueras. La proximidad a Navarra, donde estos espectáculos gozan de un arraigo excepcional, también ha influido en el interés que las gentes de nuestros pueblos han demostrado y demuestran por este tipo de festividades.

Antiguamente, las vacas se traían andando desde su lugar de pastos a las poblaciones. Novallas ha conservado esta tradición, al igual que la del toro ensogado. La celebración en Novallas, a mediados de septiembre, del tradicional *Encierro andando* no es más que la vieja constatación de la relación del hombre con el toro. Las diversas ganaderías navarras acudían al paraje conocido como Navallo y allí se tranquilizaban las reses que, al día siguiente, serían bajadas a la localidad. Recientemente, charangas y almuerzos acompañaban este acto cargado de alegría y emoción.

Las romerías

Las romerías son peregrinaciones a ermitas o lugares santos que se repiten periódicamente cada año. Tienen un carácter festivo, de forma que los actos religiosos se acompañan de música, entretenimientos y comidas de confraternización. La costumbre de acudir a estos lugares permanece muy arraigada en los comportamientos colectivos de la población. En el transcurso de la historia, diversas religiones y culturas han incorporado estos lugares a sus respectivas tradiciones. Con el buen tiempo comienzan a aparecer en nuestro territorio esas citas, que jalonan el calendario prácticamente desde abril a septiembre.



Grisel. Los romeros de Samangos acuden a las cortesías

Una de las más tempranas tiene lugar el 23 de abril en Grisel. En ella se evoca la hermandad que existió entre sus habitantes y los de Samangos, en la actualidad un despoblado del que sólo quedan la ermita y algunos vestigios. Ese día un grupo de personas acude allí para oír misa y procesionar con la Virgen de las Mercedes. Mientras, convecinos y amigos hacen otro tanto en Grisel y se ponen en marcha portando a la Virgen de la Huerta. Ambas comitivas se encuentran a medio camino y retornan juntas a Grisel para ejecutar frente a la iglesia diversas cortesías con los pendones, como prólogo de una jornada de esparcimiento.

Sin duda, entre las Vírgenes, Cristos y santos honrados con distintas romerías sobresale la Virgen de Moncayo que, al menos desde la Baja Edad Media, recibe culto en un oratorio bajo la Peña del Cucharón. Diversas localidades acuden en plegaria a lo largo del mes de junio y principios de julio y, superada la pausa de la cosecha, en agosto y septiembre.

En Tarazona, esta romería se conoce como el *Quililay*, nombre que según Antonio Ubieto proviene del ritmo con que el tamborilero marcaba el paso a los romeros. No hemos de olvidar que el tambor era instrumento para crear ritmos y remarcar determinados momentos de la vida. Sirva por ejemplo la llega de Lituénigo, con toque festivo de tambor, como demuestran diversos testimonios gráficos de este acto. Valeriano Bécquer reproduce también, en uno de sus dibujos, a estos tamborileros moncaínos haciendo las veces de alguacil.

Según José M^a Sanz, el *Quililay* parece instaurarse en el siglo XVI, concretamente, entre 1515 y 1521. Por entonces, el cabildo catedralicio, propietario del santuario, concedió permiso permanente, sin necesidad de renovación anual, para que al

comienzo del verano los devotos, en particular los labradores que imploraban protección para sus cosechas, *puyaran en procesion a Moncayo*.

En esencia, el ritual se mantiene todavía. Tras escuchar misa en la Seo, los romeros marchan en procesión hasta el Crucifijo, humilladero próximo al ojo o nacedero de San Juan, límite histórico del recinto urbano. Desde allí ascienden hasta la fuente del Sacristán y al santuario. Hoy, el Ayuntamiento ofrece a todos los asistentes un almuerzo de migas y, tras la misa, el cabildo corresponde como el reparto de judías para la comida, a la que siguen una serie de actos festivos. Con la tarde comienza el descenso durante el que se cortaban hojas de acebo y rebollo que servían, una vez bendecidas, para proteger la casa. En el Crucifijo se organizaba una procesión que, con los portacirios denominados del *Cierzo* y *Regañón*, concluía en la entrada de la catedral.

En las noticias más antiguas citadas por José M^a Sanz están ya presentes localidades de Castilla –como Beratón o Vozmediano– y Navarra –como Cascante o Monteagudo–, lo que no es de extrañar dado el carácter de frontera de nuestra comarca. Del mismo modo, otras romerías como la de la Virgen de los Milagros en Ágre-da o la de Nuestra Señora del Camino en Monteagudo han contado –y todavía cuentan– con amplia participación aragonesa.

También extiende su influencia por una zona amplia la Virgen de Veruela, a la que acuden pueblos de las comarcas del Campo de Borja y de Tarazona y el Moncayo. Asimismo la de la Aparecida, a la que acuden los de Alcalá de Moncayo, o la culeca que comen en Torrellas de camino a la ermita de la Cruz, van marcando el paso del tiempo hacia septiembre.

A las romerías de Santipol en Novallas –donde se daba de comer almendras y mollete–, San Miguel o San Sebastián se añaden a otras cuyo eje común era establecer diversos rituales de protección en torno a una figura cristiana, pero a menudo con raíces muy evidentes en el culto a la naturaleza.

Los dances o *palotiaus*

Los dances o *palotiaus* –pues ésta es la denominación que reciben en nuestra tierra– son un conjunto de representaciones festivas que combinan la música, el teatro y el baile. Se celebraban para festejar a los patronos o patronas de la localidad y comportaban una suerte de renovación del pacto que los unía. Con ellos se invocaba, pues, su protección para el pueblo.

Sus orígenes, todavía poco claros, parecen arrancar, a decir de estudiosos como Antonio Beltrán, Lucía Pérez o Luis Miguel Bajén y Mario Gros, en el siglo XVII. Para el primero de ellos, la zona del somontano de Moncayo registra la mayor densidad de Aragón en dances, mostrando una cierta homogeneidad y rasgos diferenciadores. Diversos testimonios demuestran su existencia en Alcalá de Moncayo,



Añón de Moncayo. *Paloteau* de El Buste

Añón de Moncayo, El Buste, Grisel, Litago, Malón, Novallas, San Martín de la Virgen del Moncayo, Tarazona y Vera de Moncayo.

Todos tenían, junto a los danzantes, un conjunto de personajes más o menos comunes: un ángel simbolizando el bien, un diablo como representante del mal, así como un mayoral y un rabadán, protagonistas que dirigirían nuestra mirada hacia las antiguas pastoradas y autos sacramentales del siglo XVI. En Tarazona, El Buste o Vera de Moncayo contaba, además, con la presencia privilegiada del *Cipotegato*.

Los danzantes iban ataviados con alpargatas, medias con los habituales cascabeles, calzón corto, sayeta o falda, camisa con banda o no, y pañuelo. Portaban el palo, que les daba nombre, *paloteador*, y que les servía para escenificar el baile al son de las mudanzas. En otras ocasiones llevaban un arco de flores. Según Antonio Beltrán, son claras las alusiones al mundo agrícola y a las músicas de palos del siglo XVIII.

Para este investigador, las mudanzas se ejecutaban en diversos momentos de la celebración festiva y religiosa y eran independientes de la representación teatral religiosa, de la que constituían unos intermedios. Mayoral, zagal, diablo, ángel y cipotegato desgranaban diversos diálogos y monólogos de exaltación del patrón o Virgen, crítica a los otros danzantes, acontecimientos locales o a las autoridades del pueblo.

Aunque los textos fueron creados en verso por gentes letradas, que los conservaron en forma de cuadernos, la tradición oral jugó un papel importante en la trans-

misión y modificación de las narraciones. De igual manera, los ropajes cambiaron. Así, enseguida las sayetas fueron sustituidas por pantalones largos, más próximos al mundo navarro.

Los instrumentos musicales también conocieron transformaciones. La gaita o la dulzaina y el tambor dieron paso a modernas charangas. La tradición no era algo inmóvil, conservaba esencias y transformaba otras. Las músicas incorporaron polcas, vales, pasodobles, etc. Es el propio colectivo social del pueblo el que favorece las novedades, a veces tan claras como la irrupción de la mujer en el dance.

La recogida de tortas o las mulillas

La tradición de rondar o llega es una de las más asentadas en nuestra comarca. En tiempos pretéritos, los quintos solían pasar por todo el vecindario a demandar rosquillas, tortas y moscatel o cualquier otro licor con el que amenizar sus fiestas. Recorrían todas las casas, a menudo disfrazados, sobre todo durante el Carnaval, con guitarras y rondando, siempre de manera especial a las muchachas. Se ayudaban a menudo de unos *cóvanos* hechos de mimbre que acarreaban unas mulillas, esquiladas para la ocasión de forma curiosa.

Al igual que se realizaban recorridos prefijados con las procesiones eclesiásticas, estas, llamémosles, procesiones laicas, se encargaban de preparar la fiesta, pero también de hacer que todo el pueblo supiera quién era quinto, o quiénes organizaban una fiesta. Las puertas rara vez permanecían cerradas, siempre *caía algo*, o los mozos llevados de su ímpetu, siempre *veían algo* que, rápidamente, colectivizaban. Estos obsequios eran una manera de pulsar el nivel de integración de las familias en la vida colectiva de un pueblo.

Actualmente, siguen realizándose en casi todos los pueblos. Hay que destacar la tradición ininterrumpida de las de Santa Cruz de Moncayo, donde en las fiestas patronales de mayo los quintos y quienes quieren unirse a ellos acuden a *recoger las tortas*. Lo mismo se puede decir de las de Torrellas, cuyas mulillas, celebradas para el Santo Cristo de septiembre, han mantenido cierta continuidad hasta la actualidad.

Otras fiestas

Desde la Edad Media es conocida la costumbre de disfrazarse en Carnaval, tanto las personas mayores como los niños. *Mascarutas*, *caretos* y *madamas* recorrían las calles los domingos, lunes y martes de Carnaval, sin olvidar el domingo de *piñata*. Carnestolendas triunfaba.

Cipotelegatos del Moncayo



Cipotelegato de Tarazona moderno y antiguo

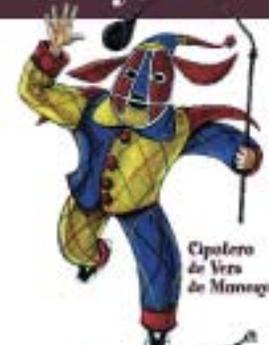
Cipotelegato de Anser



Cipotelegato de El Busto

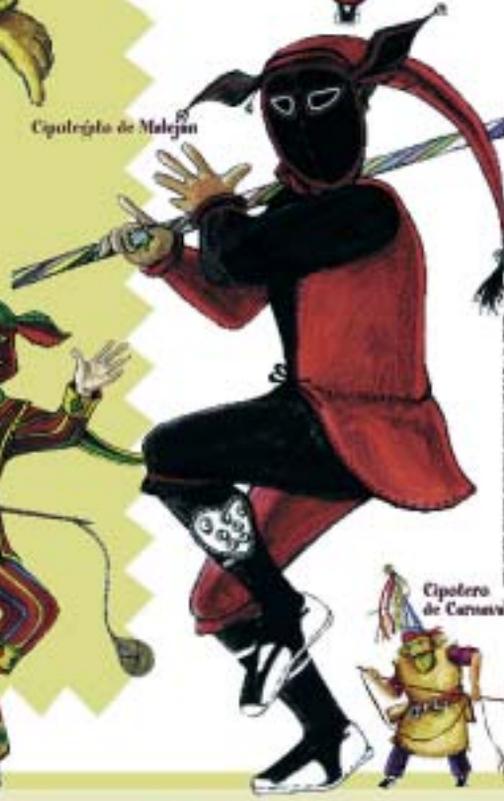


Cipoteros, Zaputeros, Cipotelegatos... de las tierras del Moncayo



Cipotero de Vera de Moncayo 2

Cipotelegato de Maleján



Cipotelegato de Orizabal



Cipotero de Vera de Moncayo 1



Cipotelegato de Valdebarate



Cipotero de Carrión





San Martín de la Virgen del Moncayo.
Procesión del Santo Cristo

También tenemos noticia de otros festejos vinculados al disfraz, a la inversión de papeles, como los *obispillos*, el *rey de gallos* y los Santos Inocentes. En la misma línea, aunque con un sentido religioso, los niños se vestían con ropajes diversos el día de la Santa Infancia, recordando así las diversas naciones del mundo en que misionaba la Iglesia Católica.

Quizás como eco de esas fiestas más profanas, nos han llegado testimonios, recogidos por Miguel Ángel Notivoli para Novallas o para Vera de Moncayo, de las jornadas en las que los niños se convertían en regidores municipales. Vestido como un adulto, con banda y sombrero, el nuevo alcalde asistido por su concejo se encargaba del

gobierno del pueblo. Poco duraba la alegría infantil, pues el día siguiente traía el orden natural de las cosas.

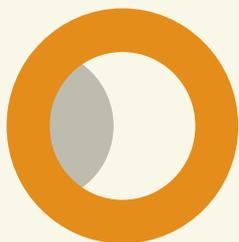
Fiestas y festejos poblaban, y pueblan, nuestra comarca. Un mundo que te invita a comer, beber y bailar en una ronda sin fin.

Bibliografía

- BAJÉN, L. M., y GROS, M., 1999, *La tradición oral en el Moncayo*, Colección Aragón-LCD, Zaragoza.
- BAJÉN GARCÍA, L. M., y GROS HERRERO, M., 2003, *La tradición oral en el Moncayo aragonés*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A., 1992, «Etnología y antropología cultural en la comarca del Moncayo», *Tvriaso*, X, (Tarazona), t. II, pp. 565-599.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1982, «El Cipotegato hace doscientos años», *Tarazona Informativa*, 31-32, (Tarazona), p. 19.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F. J., 1979, «Ritos y costumbres del somontano Ibérico recogidos en Lituénigo (Zaragoza)», *I Congreso de Aragón de Etnología y Antropología*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 245-248.
- RODA HERNÁNDEZ, F., 1981, «El Cipotegato de Tarazona y personajes similares», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 37, (Pamplona), pp. 83-121.
- SÁNCHEZ SANZ, M^a E. «Y en Tarazona: Pasillo a Cipotegato», *Revista Narria*, 51-52, (Madrid), pp. 48-50.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1932, *Moncayo. Ciencia, Turismo, Religión*, Tarazona, tip. Luis Martínez Moreno.
- VV. AA., 1998, *Dances tradicionales en el somontano de Moncayo*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza.

De los moradores

V



Página anterior:
Litago. Puerta de la iglesia parroquial
de Nuestra Señora de la Asunción

Mosé (Muça) de Portella, judío de Tarazona, baile del rey

MIGUEL ÁNGEL MOTIS DOLADER

Contexto histórico

El *siglo de oro* del judaísmo hispánico (1213-1283) se caracteriza por una notabilísima presencia de altos funcionarios, cuyo apogeo se produce en los reinados de Jaime I (1213-1276) y Pedro el Grande (1276-1285). Su conocimiento de la lengua árabe y su preparación financiera les confirió una primacía política desconocida entre sus correligionarios de Europa.

En la segunda mitad del siglo XIII, la comunidad judía de Tarazona tributa una media del 3% de la pecha o impuesto ordinario de esta minoría en Aragón, frente al 2% en los subsidios extraordinarios, mientras que la comunidad mudéjar local abonaba la mitad que la judía en todos estos conceptos.

Aunque los primeros datos fiables de población hebrea proceden de fines del siglo XIV, en que se contabilizan 52 hogares, es decir, aproximadamente 225 personas, parece que en la centuria anterior esta cifra es menor. Dentro de la elite económica destacan los mercaderes-almacenistas, con un intenso tráfico con Navarra y Castilla, mientras que el fuste productivo recaía sobre los artesanos textiles y peleteros.

El caserío se asentaba a los pies de la Zuda, en el espacio abrazado por la barbacoa –calle el Conde–, la acequia de Selcos, el mercado y la puerta del Burgo, coincidiendo con las calles Aires, Judería, Rúa Alta, Rúa Baja y la plaza de los Arcedianos.

Entorno familiar y privado

Mosé de Portella, hijo de Açach, es el mayor de cinco hermanos –Salomó, Abraham, Ismael y Yucef–. En 1267 obtuvieron de Jaime I el privilegio de satisfacer sólo un quinto de los impuestos de la aljama en lo relativo a pechas, tributos y otras contribuciones reales.

Los orígenes de su fortuna arrancan del negocio cerealístico y de los préstamos efectuados a Jaime I, que le cederá la villa de Trasmoz y algunas heredades en Torrellas. En 1278 adquiere las rentas de la bailía de Jaca, Canfranc, Berdún y Biescas, amén de la honor Cortillas y Bahón, a las que se sumarán en 1284 el almuadí, el peso y la carnicería musulmana de la ciudad.

Nunca estuvo desvinculado de su localidad natal; todo lo contrario, procuró el bien de su ciudad en la medida en que pudo, como corrobora el informe redactado en 1283 avalando la carestía de víveres, gracias al cual se logró la importación de trigo almacenado en sus silos de Tauste, Ejea, El Bayo, Sádaba y Filera. Pese a sus numerosos viajes –disponía de una residencia en la capital del reino por imperativos del cargo–, son frecuentes los encuentros con el rey o el infante en la ciudad del Queiles.

Defensor de la *Torah* como norma de conducta –y muy relacionado con las comunidades hebreas a causa de la recaudación de impuestos–, pudo contarse entre los amigos del prestigioso rabino de Barcelona, Selomó ben Adret, a quien pidió su asesoramiento. Molesto porque ciertas judías meretrices ofrecían sus servicios en un edificio adyacente con su domicilio de Zaragoza, logró en 1283 que fueran expulsadas. Siempre contó con sus hermanos tanto en las actividades públicas como privadas. Maridado con Aljófar, tuvo una descendencia prolífica. No consta que ninguno de sus hijos –Açach, Abraham y Salomó– tomaran el relevo.

Entre su extensa familia podemos confirmar la existencia de Samuel, médico y tío de Muça, padre de Açach, Abraham, Vitas, Ismael, Aldonça y Oro, con la particularidad de que éstas últimas maridaron con dos vástagos de Muça, a saber, Abraham y Salomon, con lo que respondería a una típica estrategia patrimonial: el enlace entre primos. Es muy probable que el patriarca del linaje –nacido el último tercio del siglo XII– se llamase Açach.

Cursus honorum

Los estudios clásicos de Klüpfel permiten dilucidar las etapas que permitieron a algunos judíos acceder a la función pública: concesión de préstamos al monarca, transferencia de parte de las rentas del patrimonio real que habían servido de aval, nombramiento como funcionario de una ciudad, comarca o región dada, y transformación en cortesano del círculo del soberano.

Ascenso y consolidación (1273-1283)

Su aparición en la escena política se remonta a abril del año 1273, en que ostenta el cargo de baile de Tarazona, de la que le adjudicará las rentas de la morería. A comienzos de 1276 figura como baile de Sagunto, Onda, Peñíscola, Morella, Segorbe y Villarreal y Vall de Uxó. Poco después incorpora los nombramientos de



Tarazona. Judería. Calle Rúa Baja

baile de Tarazona, Malón, Santa Cruz de Moncayo, Borja, Luceni y Ejea, como indemnización por las cantidades libradas a su padre en el mantenimiento y defensa de los castillos de Murviedro, Usona y Segorbe.

Con el advenimiento de Pedro III mantiene la bailía de Tarazona y diversas localidades de su merindad, rebasando la margen izquierda del Ebro en Ejea, Tauste y El Bayo. En sus primeras rúbricas adopta la grafía árabe *Muça* frente al onomástico hebreo *Mose*, atraído por el prestigio de que gozaba una lengua que pudo aprender en su mocedad.

En 1277 *Muça*, sin perder la jurisdicción sobre el territorio, proyecta su influencia por la merindad de Ejea y parcialmente en la de Jaca. Queda patente que su dominio es casi absoluto en la vida administrativa de la frontera con Navarra. Su poder se extiende en 1278 a poblaciones distantes como Jaca y Canfranc, acreditando igualmente la bailía de Sariñena. De esta forma, y en suma, en el trienio 1279-1281 percibe los derechos reales de las merindades de Tarazona, Ejea y Jaca. Por otro lado, el ejercicio de su cargo suscitó serias desavenencias con su homólogo de Zaragoza, *Jahuda* de la Cavallería (1279-1280), y le costó una investigación judicial tras la denuncia interpuesta por los templarios (1281).

Nada parece cambiar en 1282 –prosigue desarrollando su actividad en los mismos enclaves, pero sólo otorga documentos en calidad de baile de Tarazona, Riela y Jaca, y como merino de Jaca y Tarazona–, salvo por el hecho de que pasa de prestar sus servicios al infante Alfonso, ahora lugarteniente de la Corona de Aragón, lo que le granjeará su plena confianza.

Los fluctuantes linderos de la función pública explican que en 1283 se aluda a su persona como baile, sin mayor especificidad territorial, interviniendo como superior jerárquico de los recaudadores de la comunidad de aldeas de Daroca y Teruel, sin inhibirse de actuar en Barbastro, Calatayud y Montalbán. Ciertos estudiosos entienden estas últimas intervenciones como preludio de una nueva etapa; si bien es cierto que existía un baile general, cuyo puesto ocupaba Enego López de Jassa, Muça actuaba como su *alter ego*.

El Privilegio General (1283-1286)

El rechazo de los estamentos del Reino a una política exterior que extenuaba las arcas aragonesas y contribuía a la pujanza mercantil catalana, desembocó en la asamblea de Zaragoza de 1283, convocada sin el visto bueno del soberano, conduciendo a una deriva secesionista en aras de la confirmación de unos privilegios de clase y de ciertas libertades forales consuetudinarias.

La aprobación del *Privilegio General* marca un hito irreversible a partir del cual los judíos son desposeídos de las bailías o cualquier otro cargo público: *demandan los ricos homes e todos los otros sobredichos que en los reynos d'Aragon e de Valencia, ni en Ribagorça ni en Teruel, que no aya bayle que jodio sea*. Las pautas de Muça no cambian con respecto al período anterior; bien es verdad que ahora será llamado ambiguamente *fiel nuestro*; desde 1284 jamás volverá a recibir el título de baile.

Se ocupa de percibir los tributos de las aljamas judías de Tarazona y Borja, y el monedaje de las merindades de Tarazona y Ejea. La colaboración intensa de sus hermanos obedece a los viajes emprendidos junto al infante, como el realizado a Urgel para defender las fortalezas sitiadas por los ejércitos del conde de Foix (1284). El futuro mandatario del Reino mantuvo a su lado no sólo a Muça, sino también a Ismael; el primero se vinculó directamente al servicio del rey, mientras que el segundo se involucrará en la casa del infante.

Sin perjuicio de que Alfonso III (1285-1291) acelerara la *deshebraización* del Estado, Muça de Portella actuó *de facto* como baile general de Aragón. A la postre llegó a acumular tanto poder que en las Cortes de 1286 los ricos hombres clamaron para que fuera separado de un cargo. El rey no renunció a sus servicios bajo el título de *nuestro fiel* o miembro *de nuestra casa*. Así, sus receptorías se extienden a las aljamas de Lérida, Cervera, Tarragona, Montblanch, Villafranca y Barcelona. Por lo que sabemos permaneció con vida hasta noviembre de 1286.

Actividad pública

La dimensión pública desplegada por Mosé de Portella es muy heterogénea: en



Tarazona. Ayuntamiento. Circuncisión

cuanto merino, su misión fundamental consistió en administrar el patrimonio real, mientras que como baile se ocupaba de gestionar los bienes comunes del Reino.

Percepciones y exacciones

El fuste esencial lo constituyen las recaudaciones ordinarias —pechas, tributos, *questias*, caballerías, monedaje, cenas, rentas, etc.— e irregulares —subsidios extraordinarios, remisiones de ejército, caloñas, multas, etc.—, prácticamente sobre todo Aragón. En unos momentos en que las alteraciones internas y la política exterior exigían cuantiosos recursos, una eficaz gestión era capital, como dan cuenta los préstamos que hubieron de suscribir con periodicidad bailes y aljamas. Léase, a modo de ejemplo, el empréstito de 85.000 sueldos reclamado en 1277 para armar las galeras contra los musulmanes, de los que 5.000 sueldos serán suscritos por los judíos de Calatayud y 20.000 sueldos por Muça de Porte-



Tarazona. Archivo de la catedral.
Documento hebreo

lla junto con Aarón Abinafia e Íñigo López de Jassa.

Gastos y retribuciones

En este capítulo se insertan actuaciones heterogéneas: amortizaciones, indemnizaciones y gastos de administración –alcaldía y bailía de Segorbe, honor de Ayerbe–; dotación de caballerías; sueldos de funcionarios –halconeros, monteros–; adquisición de heredades; préstamos –hospitalarios, monasterio de Veruela–; avituallamiento del ejército y la armada –acémilas, cereales–; mantenimiento de castillos –Ulle–; provisión alimentaria de áreas deficitarias.

Otras intervenciones

En fin, en el desempeño de las funciones encomendadas actuó en muy

diversos frentes en cuanto a los fines y objetivos, que completan las facultades que ejerció:

- *fiscalidad*: decomisos de bienes por impago de servicios –obispado de Zaragoza, arciprestazgo de Belchite, abadiado de Montearagón y obispado de Huesca–; intervención en la recaudación de funcionarios inferiores –Veruela, Trasmoz–; órdenes ejecutivas frente a morosos –El Bayo, Tauste, Ejea–; mediación en el reparto de tributos –Ricla–; prorrata del impuesto sobre las aljamas judías; caballerías –Luceni–, etc.
- *intendencia*: almacenamiento y suministro de víveres –corte del infante, nobles, casa de la reina– y de animales para fines militares o de transporte –caballos y acémilas–; necesidades del séquito real, etc.
- *comercio*: flujo de productos estratégicos –caballos, ganado, aceite– con Navarra y Castilla; licencias de exportación e importación; asignación de porteros de las taulas para el control fronterizo.
- *financiero*: subasta de bailías –Jaca, Zuera, Ricla, Épila y Alagón–, rentas de ciudades y lugares de Aragón, así como de salinas –Remolinos–, peajes –Ricla, Tarazona–; explotación de medios de producción o regalías de la Corona como minas y forjas de hierro –Añón de Moncayo y Trasobares–, alhóndigas y boalares –Ejea–; herbajes y pastizajes –Sos–.

- *ejército*: movilización de recursos y gente armada en un período (1277-1280) en que tanto los mudéjares valencianos como los nobles catalanes protagonizan repetidos altercados.
- *fronterizo*: supervisión defensiva de la linde con Navarra y reparación de castillos –Grosín, Ulle, Borja, Sos y Sora– o murallas –Tauste y El Castellar–; evaluación de daños producidos por expediciones castellanas –Magallón–; decomiso de armas a tropas invasoras.

Ocaso y declive

La muerte de Muça de Portella –asesinato, acaso–, acaecida en torno al mes de noviembre de 1286 o comienzos del año siguiente, se produjo en circunstancias no esclarecidas. Su fortuna fue confiscada para contribuir a los gastos de la conquista de Menorca. Pudieron influir en ello tres factores: necesidades apremiantes de tesorería, inquisición judicial para esclarecer los hechos o determinación de los activos que formaban parte de su patrimonio privado y los que gestionaba como funcionario real.

La pérdida que supuso para la aljama coadyuvó a que, tras acordar una indemnización, se les permitiera retornar a Tarazona. No en vano, en la rendición de cuentas efectuada por el baile en 1294 se alude al grave quebranto padecido, ya que de una pecha ordinaria estimada en 1.150 sueldos anota *desta quantia nos costumpnan pagar cadanno desque murio don Muça et que sus parientes se fueron de Taraçona si non DC sueldos*.

Sólo Ismael de Portella se mantuvo en la función pública. A la muerte de su hermano incrementó su notoriedad, quizás por su directo conocimiento de los asuntos pendientes; percibe el tributo que le habían asignado de la aljama judía de Teruel (1283); denuncia que los recaudadores no habían respetado la desgravación negociada con los judíos de su ciudad a instancia de Salamon de Portella (1287); supervisa la gestión de García Martín como alcaide de las aljamas judías y sarracenas de Tarazona (1287); informa sobre la situación tributaria y pagos de los *kabales* de Zaragoza y Calatayud (1288-1290).

Desde un primer momento ejerce como intermediario con los judíos huidos de Tarazona, dotado de plenos poderes para negociar su retorno. La muerte de Alfonso III paralizó las actuaciones, hasta cinco o seis años después a favor de la viuda Aljofar, y sus hijos Abraham y Salamon; Dolça, viuda de Abraham de Portella y el hijo de ambos Açach; Oro, viuda de Salamon, y los hijos de ambos Açach, Ismael y Abraham; y el hermano menor de Muça, Jucef. Los parientes no muestran unanimidad ni deseo de volver, algunos acuerdan con el alcaide de Borja el asentamiento en Albeta de Ismael, Açach y Aljofar, así como sus hijos, hermanos, nietos y primos.

El asunto se retoma en junio de 1297 y entra en vías de solución cuando Jaime II recuerda a los oficiales y a las aljamas de Tarazona y Borja que había declarado exentos de toda contribución ordinaria durante un quinquenio a Ismael de Portella y a los restantes miembros de su familia. Una vez vencida la franquicia, vendría obligada a pagar 500 sueldos. El acuerdo definitivo se había rubricado en el estío de 1300, y tenía una vigencia decenal, englobando a toda *la casa de don Muça de la Portiella*. Un conato de mudanza a Tudela, protagonizado por el médico Simuel de Portella es abortado en 1304.

Jaime II (1291-1327) tras su advenimiento sigue confiando a Ismael misiones diplomáticas en Castilla y gestiones indagatorias en Tarazona –acuñación falsa–. Es distinguido con la concesión de una renta de 400 sueldos sobre el merinado de Tarazona (1298) y la exoneración de los impuestos reales (1307). Su prestigio le permitió alcanzar el rango *dayyan* y *rab* de las comunidad judías de Aragón en 1304. A partir de 1311 comienza un largo periplo con dirección a la Corte, como demuestran los guiajes que amparan su seguridad, la de su familia, sus monturas y bienes, el último de los cuales expiraba en noviembre de 1312. Este mismo salvoconducto afecta a su hijo Açach, por idéntico motivo, en diciembre de 1314, donde se declara que su padre ya había fallecido; por aquel entonces debía ser como mínimo sexagenario.

Bibliografía

- AINAGA ANDRES, M^a T., y MOTIS DOLADER, M. Á., 1988, «La judería de Tarazona: delimitación y morfología (1366-1500)», en *Destierros aragoneses. I. Judíos y Moriscos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 135-154.
- ASSIS, Y. Y., 1997, *Jewish Economy in the Medieval Crown of Aragon (1213-1327). Money and Power*, Leiden, E. J. Brill.
- MOTIS DOLADER, M. Á., y AINAGA ANDRES, M^a T., 1987, «Patrimonio urbanístico aljamil de la judería de Tarazona (Zaragoza): las sinagogas, la necrópolis y las carnicerías», *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 56, (Zaragoza), pp. 83-130.
- MOTIS DOLADER, M. Á., 1997, *Ordenamiento Jurídico de las Comunidades judías del Reino de Aragón en la Edad Media (siglos XIII-XV)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- REGNE, J., 1978, *History of the Jews in Aragon. Regesta and Documents (1213-1327)*, Jerusalén, The Magues Press Hebrew University.
- ROMANO, D., 1969-1970, «Los funcionarios judíos de Pedro el Grande de Aragón», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXXIII (Barcelona), pp. 5-41.
- ROMANO, D., 1983, *Judíos al servicio de Pedro el Grande de Aragón (1276-1285)*, Barcelona, Institución «Milà i Fontanals».
- ROMANO, D., 1986, «Courtisans juifs dans la Couronne d'Aragon», en *Les juifs dans la Méditerranée médiévale et moderne*, Niza, pp. 79-95.
- ROMANO, D., 1988, «Cortesanos judíos en la Corona de Aragón», en *Destierros aragoneses. I. Judíos y Moriscos*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 39-60.
- SHNEIDEMAN, J. L., 1957, «Jews as royal bailiffs in thirteenth century Aragon», *Historia Judaica*, 19, pp. 55-66.
- SHNEIDEMAN, J. L., 1959, «Jews in the royal Administration of thirteenth Century Aragon», *Historia Judaica*, 21, pp. 37-52.
- SHNEIDEMAN, J. L., 1962, «Political Theory and Reality in Thirteenth Century Aragon», *Hispania*, 86, (Madrid), pp. 171-185.

M^a TERESA AINAGA ANDRÉS

Pedro y Fernando Pérez Calvillo protagonizaron uno de los capítulos más singulares en la historia de la Iglesia turiasonense. No ha sido frecuente que naturales de la ciudad alcanzasen la más alta dignidad de esta sede episcopal y, además, en ninguna otra oportunidad se han sucedido al frente de la misma dos hermanos [ARGÁIZ, G., 1675, pp. 293-334; SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929, pp. 455-487, y 1930, pp. 11-23].

Poco sabemos de sus comienzos, pero algunos indicios apuntan a que su familia adquirió cierta relevancia durante la primera mitad del siglo XIV, a la sombra de la todopoderosa familia de los Luna, junto a la que sirvió su padre, Juan Pérez Calvillo. Nuestros preladados llegarían a crear un pequeño dominio señorial, expresión de la fortuna y el éxito social conquistados, que comprendía en principio las localidades de Malón, Vierlas y Cunchillos –en la actualidad barrio rural de Tarazona–, y perteneció a sus descendientes hasta 1498, cuando la muerte sin herederos varones de otro Juan Pérez Calvillo acarrió la desaparición del apellido [AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1989].

Pedro y Fernando testimonian otras tantas facetas diferentes del alto clero medieval. El primero simultaneó durante buena parte de su vida los deberes pastorales con el ejercicio de las armas y la política, mientras que el segundo, hombre de letras, descolló en la corte papal de Aviñón como jurista y diplomático bajo la protección de Benedicto XIII, sin por ello romper los lazos que le ligaban con su patria pues, no en vano, fue conocido entre sus contemporáneos como el *cardenal de Tarazona*.

Pedro Pérez Calvillo (doc. 1351-1391)

Según la documentación reunida, la carrera eclesiástica y política de Pedro tuvo por principal escenario Tarazona. En 1351 la diplomacia aragonesa, descontenta con la política papal de designación de extranjeros, logró el nombramiento de Pedro, por entonces sacristán de la catedral, al frente de la diócesis turiasonense

para suceder al francés Gaufrido. Desde su consagración en 1354 hasta su fallecimiento en 1391 trató, según expresa en un diploma de 1386, de devolver el honor y los bienes recibidos con la promoción episcopal, procurando honor y bienes para la sede [AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1990].

No fue éste, sin embargo, un empeño fácil. El enfrentamiento entre Castilla y Aragón, cuyos episodios más violentos correspondieron a la Guerra de los dos Pedros (1356-1369), afectó gravemente a toda la circunscripción y condicionó la labor del prelado, que encauzó todos sus esfuerzos a su reorganización y reconstrucción material. Pedro I invadió en varias ocasiones el somontano ibérico aragonés, la zona más castigada, tomando dos veces Tarazona (1357-1360 y 1363-1366), y una Calatayud (1362-1366) y Borja (1363-1366).

Durante la guerra, Pedro el Ceremonioso confió a Pérez Calvillo misiones diplomáticas y tareas militares cruciales. Así, en 1362 le encomendó la custodia de Tarazona, de nuevo amenazada por Pedro I, y en 1366, tras la retirada castellana, la reorganización de la frontera bilbilitana. El obispo permaneció en Calatayud hasta la primavera de 1367, cuando marchó al norte para encargarse de la defensa de Tarazona. La ciudad vivía entonces un trance crítico: *despoblada y muy falta de gentes de guerra*, el monarca había llegado a consultar a las Cortes del reino la opción de demolerla ante la imposibilidad de hallar quien aceptase su capitánía.

Concluido el choque armado, el prelado continuó como capitán de Tarazona hasta la firma de la paz definitiva en 1375 para garantizar la seguridad de toda la comarca ante eventuales incursiones fronterizas. Junto con otros oficiales reales, como máxima autoridad civil y militar, impulsó la normalización de la vida ciudadana mediante la adopción de medidas para la reconstrucción del recinto amurallado y los edificios públicos, y la reinstalación de los vecinos desplazados; incluso autorizó la reedificación de la sinagoga mayor de la judería turiasonense [MOTIS DOLADER, M. Á., y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1987, p. 121].

Ese cúmulo de compromisos políticos no le impidieron atender sus obligaciones eclesiásticas. El panorama que pudo conocer en sus frecuentes desplazamientos era preocupante, según se desprende de los mandatos de visita con los que intentó mitigar los problemas más urgentes: la destrucción del patrimonio eclesiástico —desde los templos hasta las tierras de labor—, la caída de las rentas de los beneficios y la insuficiencia del clero, diezmado y disperso.

Pero a los problemas materiales ya enumerados se sumaban otros de índole jurídica que amenazaban con desintegrar y fragmentar la diócesis, cuya unidad siempre ha estado cuestionada por la geografía y la política. Las tierras sometidas al obispo de Tarazona, pertenecientes a tres reinos distintos, se distribuían históricamente en tres circunscripciones aisladas: el deanado de Tudela, y los arcedianados de Calatayud y de Tarazona —éste comprendía ambas vertientes del Moncayo, un sector de la ribera navarra y la zona de Alfaro—.

En tiempos de Pedro Pérez Calvillo se reavivaron viejos litigios y nacieron otros al amparo de las nuevas circunstancias. El cabildo de Santa María la Mayor de Calatayud retomó su pretensión de escapar a la autoridad del ordinario, también rechazada desde antiguo por la Orden del Santo Sepulcro en sus posesiones bilbilitanas. Al alcanzar el rango jurídico de ciudad, tanto Tudela como Calatayud solicitaron al Papado que les permitiera encabezar sendas diócesis independientes.

También la sociedad civil cuestionó la autoridad episcopal, en concreto sobre la supervisión de la distribución de las primicias, facultad de especial importancia por la urgente necesidad de reparar edificios públicos, eclesiásticos o no, dañados por la guerra. Los conflictos más serios se produjeron con la comunidad de aldeas de Calatayud y el concejo de Borja.

En todo momento, y ante cualquier oponente, Pedro Pérez Calvillo mantuvo con firmeza las prerrogativas episcopales, recurriendo para ello no sólo al derecho –con largos procesos ante la Santa Sede, resueltos durante el mandato de su hermano– sino también a otras vías que hoy juzgaríamos poco ortodoxas: la amenaza y el uso de la fuerza contra ciertos miembros de cabildo catedralicio o la excomunión dictada por disputas políticas contra el concejo y algunos vecinos de Tarazona.

En su deseo de conservar y transmitir íntegro ese legado a sus sucesores dispuso la redacción en 1382 de un registro sobre derechos, rentas y posesiones del obispo de Tarazona, hoy conocido como *Libro Chantre*, que supliese los expolios sufridos por sus archivos durante la guerra [CORRAL LAFUENTE, J. L., y ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1980; CORRAL LAFUENTE, J. L., 1981].

Por el contrario, a nivel personal Pedro no demostró tanta previsión. La muerte le sorprendió en noviembre de 1391 sin que hubiese redactado testamento disponiendo sobre el cuidado de su alma y el destino de sus bienes materiales.



Tarazona. Palacio Episcopal. Torreón medieval

Fernando Pérez Calvillo (doc. 1349-1404)

La primera noticia que conocemos de Fernando data de 1349, año en el que, siendo ya racionero de la Seo de Zaragoza, ingresaba como canónigo en el cabildo de Tarazona. Con la llegada de Pedro a la cátedra episcopal, también su carrera iba a recibir un impulso decisivo.

Durante la guerra castellano-aragonesa el prelado, absorbido por la actividad política y militar, delegó la administración de la diócesis en un grupo de hombres de confianza entre los que se hallaba su hermano. Fernando escaló entonces peldaños con rapidez, obteniendo los cargos de arcipreste de Calatayud y deán de Tarazona, pero en 1370 su trayectoria vital cambió drásticamente de rumbo tras abandonar estas responsabilidades para cursar estudios universitarios en Bolonia.

En el más prestigioso centro docente de la Italia medieval siguió lecciones de Derecho Canónico hasta alcanzar primero el grado de licenciado en decretos y, por fin, el de doctor, en 1376. Tras una breve estancia en Aragón para atender cuestiones familiares, ingresó como auditor de causas apostólicas en la curia papal, nuevamente instalada en Roma. A partir de esa fecha tenemos constancia de su entrada en el círculo de servidores más próximos del cardenal Pedro de Luna, a quien acompañó en el cónclave abierto en abril de 1378 para elegir al sucesor de Urbano VI que acabaría desencadenando la ruptura en el seno de la Iglesia de Occidente.

Consumado el Gran Cisma y de acuerdo con una práctica usual, Clemente VII recompensó al auditor Pérez Calvillo concediéndole en octubre de 1383 la sede episcopal de Vich, de la que tomó posesión a mediados de 1387. Esta dilación induce a pensar que no sentía demasiada inclinación hacia las tareas pastorales, sino que su horizonte continuaba en Aviñón. De hecho, la estancia en Vich supone un breve paréntesis en su carrera.

A la muerte de su hermano en noviembre de 1391, Fernando recibió el nombramiento para sucederle en calidad de administrador apostólico, tarea que ejerció a través de dos vicarios generales. Éstos presidieron en su lugar el sínodo diocesano de 1392 [CUELLA ESTEBAN, O., 1998].

La llegada al solio pontificio de Pedro de Luna en 1394 garantizó un lugar preeminente a Fernando, que a una sólida preparación jurídica –tanto teórica como práctica– sumaba la cercanía personal al nuevo pontífice. Prueba de la confianza depositada en él por Benedicto XIII es el hecho de que éste le eligiera para entrevistarse secretamente en 1396 con Bonifacio IX, su oponente romano. El papa premió todos estos esfuerzos diplomáticos otorgándole el capelo cardenalicio el 22 de septiembre de 1397, con el título de presbítero cardenal de la basílica de los Doce Apóstoles, aunque sus contemporáneos lo conocieron como el *cardenal de Tarazona*.



Tarazona. Catedral. Sepultura del cardenal Fernando Pérez Calvillo

En el verano de 1398, con la sustracción de la obediencia por parte de Francia, comenzó la fase más crítica para el papado de Aviñón. Benedicto XIII, abandonado por la mayor parte del colegio cardenalicio, soportó no sólo el acoso político, sino la fuerza de las armas. Durante los cinco años en que se prolongó el asedio, uno de los defensores más enérgicos fue el vicescanciller Fernando Pérez Calvillo, cuyo sello suplía en la validación de documentos al del papa, robado por los cardenales disidentes.

El año 1403 trajo al pontífice la ansiada liberación e, incluso, ciertas perspectivas de éxito, de modo que Fernando, su servidor durante cinco lustros, pudo retirarse del primer plano de la actividad política para volver a su patria. Sin embargo, este último período de su andadura vital fue breve. Llegó a Tarazona en agosto de 1403 y murió el 7 de julio de 1404 después de hacer testamento –cuyo contenido, por desgracia, nos resulta desconocido–. En esos meses no abandonó la sede, dedicándose a labores pastorales, tal y como testimonia el registro de la visita pastoral que cursó a la catedral en el invierno de 1403.

El legado cultural de Pedro y Fernando Pérez Calvillo

La preocupación de Pedro y Fernando por la normalización de la cabeza del obispado tras décadas de dificultades fue singular. Buena parte de sus esfuerzos se orientaron a restaurar la catedral de Santa María de la Huerta, muy afectada por la primera ocupación castellana (1357-1360), aunque no resulte fácil establecer el alcance real de los daños ni los pasos seguidos en su recuperación. La compra, acondicionamiento y donación en 1386 a la mitra de la fortaleza de la Zuda por parte de Pedro para servir como residencia episcopal –la guerra había destruido la anterior– supone la manifestación más evidente de ese interés ya destacado de recompensar el honor y los bienes recibidos procurando, a su vez, honor y bienes para la sede.

De acuerdo con los usos sociales de la época, Pedro se ocupó de dignificar el eterno descanso de los miembros laicos de su linaje haciéndose con la propiedad en 1378 de la capilla absidual de San Pedro y San Pablo en la parroquia de la Magdalena de Tarazona, en la que ya habían sido inhumados su madre, una de sus hermanas y otros parientes cercanos. Poco antes, entre 1370 y 1376, Pedro y Fernando habían erigido de nueva planta en la girola de la catedral otra capilla, dedicada a los Santos Lorenzo, Prudencio y Catalina, para acoger sus propios sepelios.

A la muerte de Pedro en 1391 poco más se había hecho en los mausoleos familiares. Iba a ser Fernando quien se encargara de su dotación a partir de 1399, cuando remitió desde Aviñón una bula a favor de la capilla de la catedral. Hombre culto y refinado, viajero por algunos de los grandes centros europeos de su época, el *cardenal de Tarazona* legó a su iglesia el tesoro precioso de su magnífica biblioteca, conservada en la Biblioteca Capitular [FALCÓN PÉREZ, M^a I., 1995, pp. 62-70, y pp. 467-479, docs. núms. I-III], y además asumió la tarea de la dotación mobiliar de ambos recintos.

Para la capilla de la Seo, sus representantes encargaron al pintor Juan de Leví un soberbio retablo que ha llegado a nuestros días en aceptable estado, en el que se describe la historia de los tres titulares y que constituye uno de los conjuntos más representativos del estilo Gótico Internacional en Aragón [LACARRA

DUCAÏ, M^a C., 1990; AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1992; y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1997-1998].

Tras su llegada a Tarazona Fernando decidió ampliar el proyecto con una serie de pinturas murales, contratadas con Levi a comienzos de 1404. El pintor se obligó a decorar tanto la capilla de la Seo como la de la Magdalena con los retratos orantes de los componentes más significados del clan, conducidos por los titulares –los Santos Lorenzo, Prudencio y Catalina en la catedral, y San Pedro y San Pablo en la Magdalena– a la presencia de la divinidad. Además, en la Magdalena debía efigiar sobre el altar a los dos titulares. [LACARRA DUCAÏ, M^a C., 1990, pp. 59-60, doc. n.º 6; AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1992].

Nada parece conservarse de estas pinturas: las catas efectuadas en la Seo han resultado infructíferas, mientras que los últimos restos de los murales de la capilla de la Magdalena fueron destruidos cuando en la década de 1960 se restauró esta parte del edificio.

Los inventarios de la Seo permiten constatar que Pedro y Fernando no olvidaron enriquecer su capilla con ornamentos y jocalías, pero nada de ello ha sobrevivido al paso de los siglos. El retablo se guarda desmontado a la espera de que la restauración del templo se complete y sea posible su reinstalación, de modo que tan sólo permanecen en su emplazamiento los monumentales sepulcros de alabastro de ambos prelados, tallados entre 1403 y 1405 por el escultor de Tortosa (Tarragona) Pedro de Corcán [AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1990, pp. 16-18, y p. 55, docs. 1-2; AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1992].

Sin duda, la capilla que los hermanos Pérez Calvillo erigieron en la catedral de Tarazona fue uno de los conjuntos artísticos más notables, lujosos y modernos de su época en Aragón. Perfecta expresión de su éxito social y de su orgullosa pertenencia al clan familiar, constituye todavía hoy un homenaje a la constante dedicación de Pedro a la reconstrucción de su sede episcopal y al aprecio que Fernando sentía por su patria, más allá de su brillante carrera en la corte papal.



Tarazona. Catedral. San Prudencio en el retablo de San Lorenzo, San Prudencio y Santa Catalina



Tarazona. Palacio Episcopal. Retratos de los hermanos Pérez Calvillo en el Salón de Obispos

Bibliografía

- AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1989, «El señorío de los Pérez Calvillo: Cunchillos, Malón y Vierlas, durante el último tercio del siglo XIV», *Tvriaso*, VIII, (Tarazona), pp. 29-81.
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1990, «Los obispos de Pedro y Fernando Pérez Calvillo. Su legado cultural a la ciudad de Tarazona», en *Retablo de Juan de Levi y su restauración*, Zaragoza, D.G.A., pp. 5-18 y 55.
- AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1997-1998, «Datos documentales sobre los pintores Guillén y Juan de Levi. 1378-1410», *Tvriaso*, XIV, (Tarazona), pp. 71-105.
- ARGÁIZ, G., 1675, *Teatro monastico de la Santa Iglesia, ciudad y obispado de Tarazona*, vol. VII de *La Soledad laureada por San Benito y sus hijos en las iglesias de España*, Madrid, Antonio de Zafra.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., 1981, «El obispado de Tarazona en el siglo XIV, II. Las propiedades episcopales», *Tvriaso*, II, (Tarazona), pp. 205-287.
- CORRAL LAFUENTE, J. L., y ESCRIBANO SANCHEZ, J. C., 1980, «El obispado de Tarazona en el siglo XIV: el *Libro Chantre*: I, Documentación», *Tvriaso*, I, (Tarazona), pp. 11-154.
- CUELLA ESTEBAN, O., 1998, «Sínodos medievales aragoneses: El Sínodo Turiasonense del año 1392», *Aragonia Sacra*, XIII, (Zaragoza), pp. 25-33.
- FALCÓN PÉREZ, M^a I., 1995, *Estudio artístico de los manuscritos iluminados de la catedral de Tarazona (análisis y catalogación)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- LACARRA DUCAY, M^a C., 1990, «Juan de Levi, pintor al servicio de los Pérez Calvillo en su capilla de la Seo de Tarazona (1403-1408)», en *Retablo de Juan de Levi y su restauración*, Zaragoza, D.G.A., pp. 27-45 y 57-63.
- MOTTS DOLADER, M. Á., y AINAGA ANDRÉS, M^a T., 1987, «Patrimonio urbanístico aljamil de la judería de Tarazona (Zaragoza): las sinagogas, la necrópolis y las carnicerías», *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*, 56, (Zaragoza), pp. 83-129.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1929 y 1930, *Historia de la Fidelísima y Vencedora ciudad de Tarazona*, Madrid, Estanislao Maestre, 2 vols.

MARÍA DEL CARMEN GARCÍA HERRERO

En la ciudad de Tarazona a finales del siglo XIV, concretamente el día 16 de octubre de 1394, pudo escucharse la voz de Marién, mora de Torrellas, que narraba de manera clara, concisa e indubitable su propia historia ante el notario y los testigos. A la sazón era viernes, día sagrado para los musulmanes, de modo que es lícito suponer que Marién acompañada por Ibraim, su segundo marido, había aprovechado el descanso semanal para desplazarse a la ciudad y resolver un delicado asunto pendiente. De los tres testimonios que estuvieron presentes dos eran correligionarios de Marién e Ibraim, Hamet de Burgos y Mahoma de Lecinana, moros de Tarazona, y cabe imaginar que habían acudido junto a la pareja por amistad o por solidaridad, evidenciando el vínculo que une a quienes siguen

la fe de Mahoma por el mero hecho de hacerlo, integrándolos en una comunidad única.

Como es habitual en la documentación de la época nada se nos dice de la edad de Marién, pero resulta sencillo sospechar tanto su juventud como la de su esposo. Tampoco podemos saber si su voz sonaba grave, media o aguda, áspera o dulce, pero el desconocimiento de su timbre no impide percibir la potencia de su discurso: Marién, en todo momento, asume el protagonismo indiscutible de los hechos que cuenta declarando que lo que ha acontecido ha sido fruto de su voluntad y de su deseo.

Sin duda el caso de Marién ha dado que hablar y mucho como mínimo en Tarazona, Bureta, Alberite, Magallón, Borja y Torrellas, y también más allá de Aragón, en Tudela, en el vecino reino de Navarra. Las orillas del Queiles, en un lugar cercano a la frontera, han sido el marco del encuentro decisivo de la historia: una historia de amor y pasión amorosa.

Todo ha sucedido con rapidez, todo se ha cocido y culminado en apenas un mes con la urgencia que caracteriza a quienes caen en amores y son correspondidos. En menos de treinta días la existencia de Marién ha dado un vuelco prodigioso: ha

abandonado su religión, su forma de vida, sus creencias y costumbres; ha dejado a su marido, a su familia, a los suyos; ha desafiado la autoridad masculina marital y del padre, ha quebrado su cotidianidad, ha cortado con su pasado, posiblemente ha degradado su *status*, ha cambiado su lugar de residencia y, en fin, ha roto con todos y todo, y ha escogido un nuevo nombre, vale decir una identidad nueva: ahora se llama Marién la que siendo judía se llamó Dueña [LEDESMA RUBIO, M^a L, 1996, pp. 7-9].

Marién ha dado este golpe de timón a su existencia lanzándose a lo desconocido siendo consciente de lo que hacía, siguiendo su propia voluntad y arbitrio, eligiendo libremente y conociendo su derecho. Que nadie argumente lo contrario, dice, pues no ha sido ni forzada, ni halagada, ni seducida, ni engañada por ninguna persona. Si se ha marchado con Ibraim dejando su pasado atrás, lo ha hecho porque ha querido, por su agrado. Más adelante refuerza su argumento: *que ella, de su propia voluntat se era venida con el dito Ybraym*, y apenas una línea después reitera sus palabras: *nin por tracto de ninguno non se avia venido, sino de su voluntat, segunt dito ha*.

Sí, según ya ha dicho y repetido, porque a Marién le ofende, e incluso puede que le duela, la actitud que han adoptado su padre y su ex-marido conjuntamente, pues andan buscando la causa y los culpables del cambio radical protagonizado por la mujer fuera de ella misma; acaso, en buena parte, intentando recuperarla como hija y esposa sin resultar ambos más lesionados de lo que ya están, pero al mismo tiempo degradándola como ser humano, puesto que con su actitud la señalan como alguien incapaz de decidir su destino.

Un siglo después, en Alcorisa, en 1497, otra joven, Gracia Pérez, asumirá plena y decididamente su responsabilidad ante el tribunal eclesiástico exculpando a su tía, a un matrimonio y a otros alcorisanos, acusados por los familiares de Gracia de haberle inducido a errar, pues Gracia, que ha sido presionada y finalmente encerrada por su familia, se niega a contraer matrimonio con el candidato que le han buscado, asegurando que ella y su amado, consciente, libre y voluntariamente, se han jurado fidelidad mutua junto al fuego, se han partido una moneda, *et que aquello fecho el dito Anthon d'Arinyo, moço, aderecio a su voluntat y que ella havia aderecido a la suya y que havian pasado copula carnal* [GARCÍA HERRERO, M^a C., 1995, p. 278].

Si Marién ha acertado o se ha equivocado al dar semejante giro a su vida es asunto suyo, como suya es la responsabilidad y suyo el deseo. El tenor del documento no deja lugar a dudas.

Marién se ha enamorado. Su narración de los acontecimientos, escueta y funcional, apenas da cabida a la poesía, pero el amor, que asoma en una mención única, es la clave que se nos brinda para comprender el sentido de lo hecho y para cimentar y alentar su osadía. Su voz relata cómo el mes pasado de septiembre, siendo entonces judía, hija de Yento Levi, judío de Magallón, y mujer del judío



Añón de Moncayo. Iglesia. Santas Vírgenes en el retablo de San Martín

Salomón de Alberite, estuvo un día en Tudela, posiblemente sin su marido. No recuerda con exactitud la fecha concreta, pero su memoria encuentra asidero en las celebraciones judaicas y así sabe con certeza que ya había pasado la fiesta de las Cabañuelas.

El recuerdo se ancla en las conmemoraciones que jalonan el discurrir de la rutina, y el día a día judío se altera anualmente a comienzos de otoño, cuando el calendario indica que ha llegado la hora de construir las cabañas que rememoren los cuarenta años que los hijos e hijas de Israel anduvieron por el desierto tras su salida de Egipto.

A ciencia cierta desconocemos qué sucedió entre Dueña e Ibraim aquella jornada otoñal, pero cabe sospechar que se conocieron, pues cuando llegó el momento de la separación ya se habían jurado.

Sin duda la validez jurídica de su homenaje y trato resultaba inexistente: una casada judía y un moro soltero prometían que cuando ella se convirtiera al Islam, él la tomaría por mujer y ella a él por marido. Dos religiones, una mujer ligada a otro, una promesa *sub conditione* y acaso intercambiada sin testigos... no obstante lo insostenible ante cualquier juez era suficiente para dos amantes comprometidos.



Tarazona. Ex-convento de San Francisco.
Pintura mural de la capilla de la Piedad

homenaje que había entre ambos. Cuidadosamente le citaba indicando el día: martes, la hora: primera, y el lugar: el molino de Recajar del río Queiles, cerca de Tudela.

Por amor a ella, por amor... La mujer llama a su enamorado para que acuda a su vera, del mismo modo que hizo Margarida algunos años antes, en 1375, una cristiana casada con un mercader de Barcelona mucho mayor que ella, que se había enamorado de un joven, un tal Antoni Muntaner, durante una de las ausencias del marido, alejamiento que por entonces duraba más de un año. En la historia catalana la cadencia fue otra, pues el primer encuentro vino precedido por dos meses de miradas intensas cruzadas en la catedral, pero tras este preámbulo ocular también la voz cantante fue la femenina. Mediante un criado, Margarida envió un regalo alimenticio a Antoni, una langosta, acompañándolo de una indicación significativa, que la comiera por amor a ella, y de una explícita invitación para que fuera a su casa aquel mismo día a la hora de vísperas: *Diu madona Margarida que la menjets per amor d'ella, e que y vengats al vespre* [VINYOLES, T. M^a, 1992, p. 143].

Puede que Dueña e Ibraim concordaran que ella, menos libre, fuera marcando el ritmo de los siguientes pasos. No lo sabremos nunca. En cualquier caso, al ceñirnos a la fuente única que nos informa se evidencia que es la mujer quien toma la iniciativa para que se lleve a término lo acordado. Marién se sirve de un mensajero, un vecino de la villa de Borja al que, sostiene, conoce de vista aunque no recuerda su nombre. No sería de extrañar que la mujer, visto el cariz que ha tomado el asunto, oculte la identidad del borjano que les ayudó a reencontrarse para ponerle a salvo de posibles denuncias o venganzas por parte de su padre y de su primer marido. Porque si bien dice que no se acuerda de cómo se llamaba el sujeto, sí le devuelve la memoria el dato de que le abonó un real de plata y una blanca por su trabajo de mediación, consistente en ir a Bureta, buscar a Ibraim, y darle un recado: Dueña le enviaba a rogar que, por amor a ella, quisiese venir a cumplir el trato y

Margarida citó a Antoni a la hora de vísperas, y también a la hora de vísperas, al anochecer, fue cuando Ibraim llegó por fin al molino del Queiles a reunirse con Marién. Un tiempo marcado por las horas canónicas que, sin duda, a Marién debió de resultarle interminable e inquietante, puesto que ella le había mandado aviso para juntarse en el lugar previsto al amanecer, a la hora primera. Posiblemente Ibraim no pudo personarse hasta finalizar su jornada, pero si el cómputo horario es preciso, la mujer le estuvo esperando en el molino durante todo el día. Entonces pudieron hablar.

Resulta significativa la manera de nombrar el contenido del encuentro: *hovieron su fabla* y, acto seguido se nos informa: *avida fabla*. Es posible que ya anochecido Dueña e Ibraim cambiaran impresiones, dialogaran, sopesaran las consecuencias de su siguiente acción y juntos tomaran la decisión estratégica de encaminarse a Torrellas, un lugar de población musulmana en el que, sin duda, la joven pareja fue bien acogida –¿acaso se les esperaba ya?–. Allí, en Torrellas, Dueña islamizó de modo presuroso, se convirtió en Marién y mediante honestas personas, es decir, públicamente, contrajeron matrimonio conforme a la Tradición –*çunia de moros*–. Una vez legalizado su vínculo se hicieron vasallos del señor del lugar, el escudero Pero López de Gurrea.

Un hombre y una mujer jóvenes –no olvidemos que aún viven los padres de ambos–, enamorados, en edad fértil y ella dispuesta a convertirse inmediatamente a la fe de Mahoma, además de suscitar posibles simpatías entre sus nuevos vecinos moros, constituían una previsible fuente de mayor bienestar, dominio y riqueza para su señor, pues no era mal asunto tener vasallos y cuantos más, mejor. Recordemos el proverbio español que el viajero Jerónimo Münzer señala en 1495: *Quien no tiene moros, no tiene oro*. Recordemos también, los pleitos bajomedievales suscitados entre los poderosos por la posesión de estas familias que, a los ojos del viajero alemán, eran en su mayoría, en el reino de Aragón, excelentes labradores –aunque hubiera otros muchos oficios–, dotados de peregrino ingenio para los riegos y el cultivo de la tierra, muy rentables, parcos en su alimentación y, se deduce, dóciles [SESMA MUÑOZ, J. Á, *et alii.*, 1992, pp. 93-102; GARCÍA MARCO, F. J., 1993].

Quizás la historia de la pareja formada por Marién e Ibraim jamás hubiera salido a la luz si no se hubiera producido la detención de una viuda de Tudela, una mora llamada Marién, a la que el padre y el primer marido de Dueña habían hecho prender como responsable de la huida de Dueña. Alguien tenía que tener la culpa de tamaño desaguisado, alguien. Desde el punto de vista de los abandonados, el primer marido y el padre, aceptar que Dueña se había ido de ellos, de su cultura y de su religión sencillamente porque había querido debía resultar insoportable, más cuando parece que no pueden o no quieren rendirse ante la realidad quizás por orgullo, tal vez porque todavía aman a su mujer e hija, acaso por ambas cosas y también por una necesidad insatisfecha de castigo, de venganza. No lo sé con certeza, pero de todo ello y más pudo haber parte aunque ignoro las proporciones de los ingredientes.

En cualquier caso Yento y Salomón, padre y antiguo marido, no han cerrado la herida ni limpiamente ni en falso. Todavía es demasiado reciente. Evoco, al llegar a este punto, el proceso seguido en 1484 contra Fátima, nacida musulmana, convertida al cristianismo quizás también en un primer momento por amor y pasión, que adoptó el nombre de Úrsula, y después retomó su identidad y nombre islámico. La azarosa vida de Úrsula, con múltiples escenarios geográficos, religiosos y afectivos, fue indagada por la Inquisición. Del complejo itinerario existencial, aquí y ahora, nos interesa el hecho de que al buscar los orígenes de la mujer la pesquisa se traslada a Valencia, y es allí en donde el testimonio de su padre no deja resquicio acerca de la ruptura definitiva con su hija:

Et assimesmo lo sabe porque este depessant fue a Valencia por informarse de la verdat al lugar do stava el padre de la dita mora, que se clamaba Çalema el Texedor. Al qual dixo el dito depessant si sabía de la dita Fátima, filla suya. Et el dito Çalema su padre, le respondió que no, et que no quería saber (nada). Et el dito deposant le dixo que por qué. Et el dito Çalema respondió al dito depessant que porque no le havia tenido lealtat, que se le haya fecho christiana [LEDESMA RUBIO, M^a L., 1994, p. 61].

Suele resultar difícilísimo asumir que otras u otros rehusen lo propio abrazando lo ajeno y no es extraño que se interprete como traición. Zalema habla de la deslealtad de su hija. El mismo sentimiento de asombro, incomprensión y sin sentido que puede que experimentaran Yento y Salomón es explorado con maestría por Borges en su relato «Historia del guerrero y la cautiva», un cuento que remite a otros tiempos y latitudes, pero que habla también de presuntas felonías culturales perpetradas por amor; amor a la ciudad, amor a un hombre [BORGES, J. L., 1992, pp. 150-153].

El padre y el que solía ser marido de Marién, cuando Dueña, han hecho apresar a una viuda de Tudela. A oídos de Marién han llegado esas intranquilizadoras nuevas y su voz se alza contundente exculpando a su homónima, pues a nadie se le oculta que la acusación de alcahuetería es gravísima, ya que se considera un delito execrable frecuentemente castigado con pena de muerte en las diferentes legislaciones. Tampoco sabremos nunca si Marién e Ibraim se unieron en la casa de Marién, la viuda de Tudela y si fue ella la que medió facilitando el conocimiento y el espacio para su encuentro. Puede que la mera elección del nuevo nombre de Dueña sea una pista y también un sutil indicio acusatorio.

Un viernes, día respetado por el Islam y consagrado al descanso, Marién acudió al notario y allí, ante escribano público y testigos, intentó poner a salvo a la viuda de Tudela, a su nuevo marido y a cualquier otra persona que pudiera ser inculpada por su huida. Ella y sólo ella era responsable, por lo tanto que así se hiciera constar en carta pública.

Testimonio de Marién, antes llamada Dueña

Archivo Histórico de Protocolos de Tarazona, notario Miguel Pérez de Los Fayos, año 1394, s.f.

Anno a Nativitate Domini Millesimo CCC° XCIII, dia biernes XVI mes de octubre.

En la ciudat de Tarazona, en pre[sencia de] mi, notario, e de los testimonios dius scriptos, fue personalment [con]stituyda Marien, mora, muller qui se dixo seyer de Ybraim, [fijo] de Mahoma el Ferrero, vezino del lugar de Burueta. E propuso e dixo la dita Marien que ella seyendo en la ciudat de Tudela del Regno de Navarra, un dia del mes de setiembre mas cerqua passado, del qual non se acuerda, pasada la pascua, siquiere fiesta, de Cabanyiellas de los judios, seyendo ella la ora judia, e que le dezian la ora por nombre Duennya, muller que era de Salamon de Al[verit], judio, e filla de Yento Levi, judio del lugar [de] Magallon; e seyendo asi en la dita ciudat de Tu[dela], que entre ella e el dito Ybraym avia hom[en]age e tracto que ella se avia de yr a tornar mora e tornada mora, quel dito Ybraym la avia de prender por muller et ella a el por marido.

Et que ella, dius el dito h[o]menage e tracto e con voluntat de aquel exeguir, que trobo a un hombre, el nomb[re] del qual de present dixo que non se acuerda, vezino de la villa de Borja, al qual conoxia de cara, e que le dixo hab de yr en a Borja e que le respusso que si. E la ora // dixo al dito hombre que si queria yr al lugar de Burueta, al dito Ybraym, e que le dixiese de part della que ella lo enviava a rogar que, por amor della, quisies venir a conplir el tracto e homenage que era entre ambos para dia martes, la ora primera, viniend al molino del Recaxar del rio de Queyles, que yes cerqua de la dita ciudat de Tudela, e que ella lo speraria alli para el dito dia, e que ella dio al dito hombre yendo con el dito misage, queria satisfacer de su travallo, el qual hombre le avia respuesto que le plazia yr al dito Ybraym, segunt ella le dezia, a notificar lo aquello, e que dio ella [al] dito hombre un real de plata e una blanca por su travallo.

Et que el dito Ybraym, avido misage della con el dito hombre, que fue al dito molino del Recaxar el dito dia martes, segunt gelo avia enviado a dezir con el dito hombre, et ella que sallo el dito dia martes al dito molino e que trobo alli al dito Ybraym a ora de viespras, e que hovieron su fabla.



Zaragoza. Archivo Histórico de Protocolos. Dibujo del protocolo de Juan Albión, de 1439

Et que ella el dito dia, avida fabla con el dito Ybraym, de su propria voluntat e arbitrio, non forçada, falagada, seduita nin engannyada por persona alguna, antes, de todo su dreyto certificada plenament, se avia venido de su agradament con el dito// Ybraym, con el qual avia venido al lugar de [Tor]ellas, e en el dito lugar ella avia tornada mora, e tornada mora, mediantes honestas personas e instant homenage e tracto entre ellos fecho, el dito Ybraym la avia tomado e presso por muller et ella a el por marido segunt çunia de moros, e era notorio en el dito lugar. Et se avian fecho vasallos de Pero Lopez de Gurrea, scudero, de qui era el dito lugar de Torellas.

Et agora que a su noticia era pervenido quel dito su padre e el dito Salamon de Alverit, marido della que solia seyer, avian fecho prender en la dita ciudat de Tudela a Marien, muller que fue de Caricon, mora de la dita [ciudat] de Tudela, inculpan-do aquella que por tracto della [*varias palabras perdidas.*] era venida con el dito Ybraym. La [dita] Marien ni otras personas algunas non tuviesen [culpa] alguna en su venida, porque dixo la dita Marien que ella de su propria voluntat se era venida con el dito Ybraym, su marido, et que la dita Marien, muller que fue del dito Caricon, ni otra persona alguna non tenian culp[a] alguna en la dita su venida, nin por tracto de ninguno non se avia venido, sino de su voluntat, segunt dito ha.

Et a con// servacion e descargo del dito Ybraym, su marido, e de su dreyto de la dita Marien, muller del dito Caricon, e de quales quiere otras personas que fuesen culpadas por razon de la dita su venida, requirio por mi, notario iuscripto, seyer fecha carta publica de todas e cada unas cosas sobredichas.

Desto son testimonios, qui presentes fueron a las sobredichas cosas, Fortunyo Bicent, Ximeno de Peralta, e Hamet de Burgos e Mahoma de Lecinana, moros, vezinos de la dita ciudat de Tarazona.

[Fue] fecha en forma e livrada al dicho Ybraym.

Bibliografía

- BORGES, J. L., 1992, *El Aleph*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- GARCÍA HERRERO, M^a C., 1995, «Matrimonio y libertad en la Baja Edad Media aragonesa», *Aragón en la Edad Media. XII*, (Zaragoza), pp. 267-286.
- GARCÍA MARCO, F. J., 1993, *Las comunidades mudéjares de Calatayud en el siglo XV*, Calatayud, Centro de Estudios Bilibilitanos.
- LEDESMA RUBIO, M^a L., 1994, *Vidas Mudéjares*, Zaragoza, Mira Editores.
- LEDESMA RUBIO, M^a L., 1996, *Estudios sobre los mudéjares en Aragón*, Teruel, Centro de Estudios Mudéjares.
- SESMA MUÑOZ, J. Á., SAN VICENTE PINO, Á., LALIENA CORBERA, C., y GARCÍA HERRERO, C., 1992, *Un año en la historia de Aragón: 1492*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.
- VINYOLES, T. M^a, 1992, «El discurso de las mujeres medievales sobre el amor», en *La voz del silencio I (siglos V/III-XV/III)*, Madrid, Laya.

Persistencia inquisitorial en la persecución de un morisco

M^a CARMEN ANSÓN CALVO

No parece muy habitual que cuando se celebran efemérides o se hacen reseñas sobre personas destacadas en una sociedad se incluyan entre ellas a protagonistas que se asocian más con el grupo de los vencidos, o pertenecientes a minorías marginadas, que con los vencedores o los poderosos. Este va a ser el caso de esta contribución, referida a Gaspar Zaydejos, un morisco vecino del pueblo de Torrellas, próximo a Tarazona, nada conocido ni tratado por la historiografía, pero que tuvo un papel destacadísimo, no sólo en su lugar de residencia sino entre la comunidad morisca aragonesa y española y, además, sus conexiones dentro y fuera de España, y su interesante personalidad motivaron la preocupación, en los siglos XVI y XVII, de la Inquisición y de la Corona.

En la Edad Moderna Torrellas era un importante y rico pueblo habitado por moriscos, perteneciente junto con Los Fayos y Santa Cruz de Moncayo a la casa aragonesa de los duques de Villahermosa y condes de Ribagorza. En 1540 el duque D. Martín de Aragón y Gurrea casó con D^a Luisa de Borja y Aragón, y de este matrimonio nacieron cuatro varones y tres mujeres. Torrellas permanecerá por entonces bajo la tutela de D. Martín y sus sucesores, dato que es sumamente importante resaltar porque algunos de los representantes de esta casa serán contemporáneos de nuestro morisco e incluso sus vidas participarán en *sucesos comunes* que originarán muy graves desventuras para Gaspar.

La primera noticia que tenemos de la adscripción del apellido Çaydejos a Torrellas procede del fogaje hecho en Aragón en virtud las disposiciones de las Cortes de Tarazona de 1495, censo que recoge en Torrellas a 170 vecinos, todos musulmanes, y entre los que aparece ya un Mahoma Çaydejos. Desde esta fecha, el apellido Çaydejos o Zaydejos lo encontramos adscrito a destacados moriscos torrellanos, entre quienes sobresalió Gaspar Zaydejos.

La búsqueda de datos para trazar su vida fue ardua y trabajosa, pero fructífera, porque nos ha permitido conocer una de las personalidades moriscas más notables

de su tiempo. Ahora podemos decir que nuestro protagonista debió de nacer hacia 1539 en Torrellas, en el seno de una de las familias de mercaderes más ricas y acomodadas de la villa y de su entorno. Su padre, según distintos documentos notariales e inquisitoriales, era un *hombre rico y de consideración* y muy respetado en la comunidad torrellana y en otros lugares próximos

Además, los Zaydejos gozaron de la confianza y quizás hasta del afecto de los duques de Villahermosa, como lo demuestra el que varios, entre ellos el morisco que nos ocupa, desempeñaran los cargos más importantes dentro de su concejo. En Torrellas parece que Gaspar Zaydejos pasó una infancia y una juventud feliz, rodeado de un elevado número de hermanos y primos, en un ambiente económico, social y cultural destacado, y allí parece que se casó y residió hasta el 3 de septiembre de 1573, fecha en que su vida va a cambiar drásticamente. El primer indicio de ello será una orden dada por la Inquisición a Pedro Pérez, notario familiar del Santo Oficio en Tarazona, con fecha 3 de septiembre de 1573, para que prenda en Torrellas a Ruy Díaz Zaydejos, nombre que estaba equivocado y, tras su aclaración, comienza la búsqueda y persecución inquisitorial de Gaspar Zaydejos. El motivo de esta búsqueda es un tanto singular, como singular y apasionante fue su propia existencia desde este momento.

Distintos documentos nos permiten situar a Gaspar Zaydejos en Torrellas entre los años 1567 y 1572; este dato es interesante porque un suceso acaecido allí en ese tiempo marcará su destino. Torrellas, como ya señalamos, pertenecía a D. Martín de Aragón. De su numerosa descendencia, será su primogénito D. Juan Alfonso de Aragón y Gurrea, conde de Ribagorza, quien en 1564 contraerá nupcias con D^a Luisa de Cabrera y Pacheco, hija de los marqueses de Villena. En los primeros años residió el nuevo matrimonio en Toledo, donde parece que, pese a su nuevo estado, la condesa de Ribagorza llevó una vida algo licenciosa. Enterado D. Martín de Aragón de ello, hizo que el matrimonio viniera a tierras aragonesas y así encontramos a D. Juan Alfonso y a D^a Luisa residiendo en Zaragoza, pasando temporadas en Los Fayos y visitando con frecuencia el vecino pueblo morisco de Torrellas.

El traslado del matrimonio a tierras aragonesas no hizo cambiar la actitud de la condesa, que siguió con sus devaneos amorosos, inaceptables para un miembro de una de las casas nobles más ilustres de Aragón. Esta situación, tras una visita a Torrellas del conde, desembocó en la muerte de la condesa, ocurrida en el palacio de Los Fayos en septiembre de 1571, en la que estuvo directamente implicado su marido, D. Juan Alfonso.

No es aventurado suponer que durante las fechas de estos eventos, acontecidos en Los Fayos y Torrellas, estaba Gaspar Zaydejos en la villa de Torrellas, donde parece que ejercía el cargo de justicia. Por otra parte, según distintas noticias documentales, el conde de Ribagorza y el morisco Zaydejos, debían tener edades parecidas, por lo que tampoco sería extraño que se conociesen e incluso se trataran, pues la familia de Zaydejos, como hemos señalado, formaba parte de la elite eco-



Tarazona. Iglesia de la Magdalena. Facistol de taracea de Torrellas



Los Fayos. Palacio de los duques de Villahermosa

nómica y social de la comunidad morisca y gozaba de la confianza de los señores de la villa.

En esta línea de posible relación podríamos ubicar la primera noticia que conecta a ambos personajes con la orden, dada el 3 de septiembre de 1573 al comisario de Tarazona, *por estar el lugar de Torrellas donde tiene su habitación muy cerca de dicho lugar*, de prender a Çaydejos el mozo *que era muy amigo del conde de Ribagorza y estaba advertido por su padre, el duque de Villahermosa, de que lo iban a prender*. Desde este momento, la existencia de nuestro morisco va a estar constantemente en el punto de mira de la Inquisición y será la de un lento y duro peregrinar, intentando proteger su vida y la de los suyos.

La persecución a Gaspar Zaydejos, *porque era amigo del conde de Ribagorza* y a quien la Inquisición llegará a relacionar con el delito imputado a su señor, debe de situarse en un contexto muy problemático. Todo ello ocurre en la década de 1570, en pleno reinado de Felipe II, años en los que se inicia la persecución más perseverante y selectiva de los moriscos aragoneses.

Son años de intrigas, de noticias que recogen la relación de los moriscos con Francia, con el turco, de proyectos de invasión de éste, de ayudas a posibles sublevaciones de los moriscos por potencias enemigas, de cómo se van armando para ello, de correos a Túnez, Argel y Francia, de envío de dinero a sus gobernantes a cambio de su ayuda, y de constantes avisos que señalan *lo levantados que están los moriscos de tierras aragonesas* y, entre ellos, *en especial los moriscos de Torrellas*. Un terror generalizado se adueña de la Corona y todos los medios van

a ser pocos para saber quiénes son los espías, los rebeldes, sus líderes, dónde se ubican los focos de rebeldía, cuáles son sus medios de defensa —armas, escopetas, pólvora, etc.— y de la urgente necesidad de prohibir su posesión a la población morisca.

En este ambiente se inscriben también los mandatos inquisitoriales para prender a Zaydejos, que aumentarán día a día. En principio, la única causa de ello, como se recoge en distintas cartas enviadas a, o por, la Inquisición es *el haber sido muy privado del conde*. Más tarde irán apareciendo testigos más o menos veraces que aseguraran haberle visto abrazar al conde de Ribagorza, hacer ceremonias de moros, tratar de levantar a los moriscos aragoneses, señalándolo como uno de sus líderes y a quien unánimemente califican como *hombre rico y de alta estima entre los moriscos*.

Conforme avanza la década de 1570 crece progresivamente la persecución inquisitorial hacia los principales moriscos aragoneses y en 1575 la situación llegó a ser tan crítica que Felipe II emitió un edicto prohibiéndoles portar armas y ordenándoles la entrega de éstas. El desarme dio lugar a quejas y amenazas de incumplimiento por los nuevos convertidos y sus líderes, entre quienes ocupará un papel importante nuestro justicia de Torrellas, hecho del que la Inquisición va a tomar puntual nota.

No obstante, durante un tiempo estuvo Gaspar Zaydejos resguardado en ese oasis de moriscos que era Torrellas, protegido entre los suyos, pero las acusaciones eran cada día más numerosas y las órdenes para prenderle más preocupantes. Por todo ello, al tener la certeza de que la Inquisición iba a apresarlo, decidió salir de Torrellas y partir hacia Roma, para exponer allí su situación, con la esperanza de conseguir el perdón de las culpas que se le adjudicaban.

Consiguió llegar a Roma, aunque *harto mal parado*, según dice en una carta fechada en la primavera de 1580, y logró que su asunto fuera tratado por los cardenales romanos y se le absolviera de apostasía, su más grave culpa. Con ello creyó que podía regresar libremente a España, y decidió volver, pero el tribunal zaragozano siempre se mostró reacio a aceptar este perdón y fue con nuestro justicia de Torrellas mucho más duro que el tribunal romano, acusándolo reiteradamente de *haber estado diminuto en sus declaraciones en cosas de herejía, de no haber contado en Roma todos sus pecados, de seguir siendo moro y practicar las ceremonias de su religión*. Todavía en marzo de 1609 pedía este Tribunal a Roma la constancia de dicho perdón, remitida el 3 de julio de 1609 al Consejo a Zaragoza, aunque infructuosamente, dada la inflexible postura que adoptó para este caso el tribunal zaragozano.

Tras su retorno de Roma encontraremos a Gaspar Zaydejos cada día más inmerso en cuanto acontecía a los *suyos* y conectando con sus más destacados representantes y *amigos*, dentro y fuera de nuestra patria. De estas conexiones y de otras no totalmente veraces —complots, proyectos de levantamientos, etc.— también tendrá

noticia la Inquisición, que dará orden de registrar su casa, intervenir su correspondencia, evitar que salga de Aragón, incoarle proceso y encarcelarlo. No obstante, según una carta de 12 de noviembre de 1583, el Consejo vio su proceso y ordenó que se le permitiese volver a su casa, aunque fuertemente vigilado, porque no se fiaban de él ni la Iglesia ni el Estado.

Los últimos años del siglo XVI y primeros del siglo XVII fue un periodo muy duro para la comunidad morisca aragonesa, en el que la persecución se recrudeció y la Inquisición ejerció contra *los enemigos moriscos* todo su poder, llenando de ellos las cárceles, abusando de las confiscaciones, de su envío a galeras y elevando día a día en los autos de fe los relajados por practicar costumbres y ritos *de moros*.

Esta situación la sufrió Gaspar Zaydejos, que entre 1604 y 1607, por orden del Santo Oficio, estaba *confinado en el reino de Aragón*, viviendo en Torrellas, *según los usos y costumbres de los suyos*, como dirán a la Inquisición algunos testigos acusadores. En 1608 Zaydejos es enviado a las mazmorras inquisitoriales, acusado de todas las culpas citadas, y allí parece que siguió siendo fiel a los preceptos de Mahoma, leyendo libros moriegos, etc., según lo relata un compañero de cautiverio, que le califica como *moro principal* y a quien, según dice, le reconoció que los moriscos le habían querido *levantar como rey*.



Tarazona. Colección particular.
Inscripción islámica

El 27 de enero de 1609, a pesar de haber *cumplido* la fianza impuesta, seguía en la prisión. A finales de este año, 16 de noviembre de 1609, el Santo Oficio celebró un auto de fe en Zaragoza. En la relación de penados *por moros* en este auto encontramos con el número 89, a *Gaspar Zaydejos, morisco de Torrellas, de 69 años*, contra el que consta se había fulminado proceso el año 1572 *por haber visto besar y abrazar al conde de Ribagorza, por hacer ceremonias de moros y por tratar de que se levantasen los moriscos de este reino*. La Inquisición le acusó de no confesar en Roma todos sus pecados.

Éstos son los cargos que desde 1572 soportaba nuestro morisco y ahora, presentados de nuevo en 1609 por el Tribunal inquisitorial zaragozano,



Novallas. Ayuntamiento. Teja del antiguo castillo con inscripción islámica

serán negados reiteradamente por el reo que, a pesar de estar próximo a cumplir 70 años, fue castigado a sufrir doble tormento, potro y mancuerna, a salir en el auto público de fe en forma de penitente, condenado a remar ocho años en las galeras reales, a recibir 100 azotes y a pagar 100 ducados para los gastos del Santo Oficio.

Dado que en las actas parroquiales de difuntos de Torrellas y Tarazona no hallamos ningún dato sobre su fallecimiento, las noticias sobre nuestro morisco hubieran terminado posiblemente aquí, con su presencia en el auto de fe zaragozano de noviembre de 1609, incluyéndole entre los galeotes que encontraron su final en unos mares no demasiado cercanos a su tierra natal. Afortunadamente no fue así, pues una búsqueda posterior nos deparó conocer que, según consta en las actas de entierro de la parroquia zaragozana de San Pablo, *el día 12 de diciembre del año 1609, murió, en la parroquia de San Pablo, Gaspar Zaydejos, nuevo convertido, que vivía en la Casa de la Penitencia de la calle Castellana. Lo hizo enterrar de limosna, en 20 sueldos, D. Juan de Aragón.*

Su final no pudo ser más triste, pues, tras tantos infortunios, este culto, rico y cosmopolita morisco que, fiel a los suyos, a sus usos, costumbres y preceptos, pasó más de un tercio de su vida perseguido por el Santo Oficio, se despidió de ésta con un entierro *por pobre*. Aún así, no murió en un completo anonimato, ni totalmente olvidado por quienes habían sentido por él amistad y quizá afecto,

pues el señor de Torrellas, D. Juan de Aragón, duque de Villahermosa, feligrés de esa misma parroquia de San Pablo, sabedor de los últimos infortunios de su destacadísimo vasallo, contribuyó a su humilde entierro con 20 sueldos. Entierro y suma mínimos para tan gran hombre.

Bibliografía

- ANSÓN, M^a C., y GÓMEZ, S, 1990, «Contribución a un estudio sociológico de los moriscos aragoneses en 1600», en *Actes du IV Symposium International d'Études Morisques*, Túnez, ed. Zaghouan, pp. 74-84.
- ANSÓN CALVO, M^a C., 1997, «Poder económico, poder social y persecución: tres variables significativas en procesos inquisitoriales aragoneses», en *Disidencias y exilios en la España Moderna*, Alicante, Editorial de la Universidad de Alicante, t. II, pp. 193-213.
- ANSÓN CALVO, M^a C., 1998, «La actividad inquisitorial aragonesa en el reinado de Felipe II y su repercusión en los súbditos moriscos», en *Actas del Congreso Internacional Felipe II (1598-1998)*, Madrid, ed. Parteluz, t. III, pp. 11-37.
- ANSÓN CALVO, M^a C., 1999, «El último auto de fe zaragozano en el reinado de Felipe II de Castilla, I de Aragón», en *Actas de la V Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, t. I, *Felipe II y su tiempo*, Cádiz, pp. 409-421.
- ANSÓN CALVO, M^a C., 2001-2002, «Gaspar Zaydejos: destacado morisco aragonés», *Tvriaso*, XVI, (Tarazona), pp. 233-261.

Vicente Calvo y Julián: insigne ilustrado aragonés, canónigo de Tarazona

M^a CARMEN ANSÓN CALVO

*Estamos en un Reino que apenas se sabe, sino en bosquejo,
las preciosidades que encierra, las riquezas que posee
y los adelantamientos de que es capaz.*
(Vicente Calvo y Julián, Tarazona,
4 de diciembre de 1782)

Entre las biografías de grandes hombres aragoneses no es, ni mucho menos, singular encontrar reseñado como lugar de nacimiento de muchos de ellos las tierras turiasonenses. La comarca de Tarazona y el Moncayo, receptora de muy diferentes gentes a lo largo de su historia, vio con frecuencia recompensada su generosa hospitalidad con el nacimiento o residencia en ella de hombres y mujeres, cristianos viejos, judíos y moriscos, que con su destacado papel en muy diferentes campos –historia, literatura, teología, economía– han sido reconocidos con lo que fue su tierra, pues al asociarlos con ella contribuyen a su eterno engrandecimiento.

Este es el caso del turiasonense por adopción Vicente Calvo y Julián, que tantas obras importantes nos legó y a quien Tarazona y el somontano del Moncayo deben una de las más interesantes y completas descripciones de la época de la Ilustración aragonesa, su *Descripción Física y Natural de Tarazona y su Partido en 1781*. Estudié esta obra manuscrita pormenorizadamente y di rendida cuenta de su importancia y de la profunda formación de su autor, en el libro *Tarazona y su Partido en la época de la Ilustración*, publicado en 1977. No obstante, a pesar de esta primicia, toda la comarca está en deuda con este gran ilustrado, máxime si tenemos en cuenta que no son frecuentes obras similares en nuestra tierra. Sería una bellísima forma de zanjar esta deuda reproduciendo en una publicación literal todo cuanto él dijo sobre las gentes, modos de vida, tipos de cultivos, crianza de ganados, etc., de esta zona aragonesa.

Ello nos haría recuperar el cómo eran Tarazona, sus parques, sus fuentes, las petrificaciones de Las Raboseras, los bellos pueblos de su entorno, el Moncayo, sus cuevas, sus manantiales; es decir, *ver y conocer* esta zona de Aragón a través de

los ojos y la mente de un ilustrado que la vio, la conoció y la amó profundamente hace más de doscientos años. Hoy, gracias al entusiasmo de quienes también aman estas tierras, parece que el Centro de Estudios Turiasonenses va a hacer posible el llegar a todos *su imagen* con las palabras que él vertió en un manuscrito —y que, por fortuna, transcribí en su totalidad— que presentó a la Real Sociedad Económica Aragonesa para optar a un premio en los últimos días del año 1782.

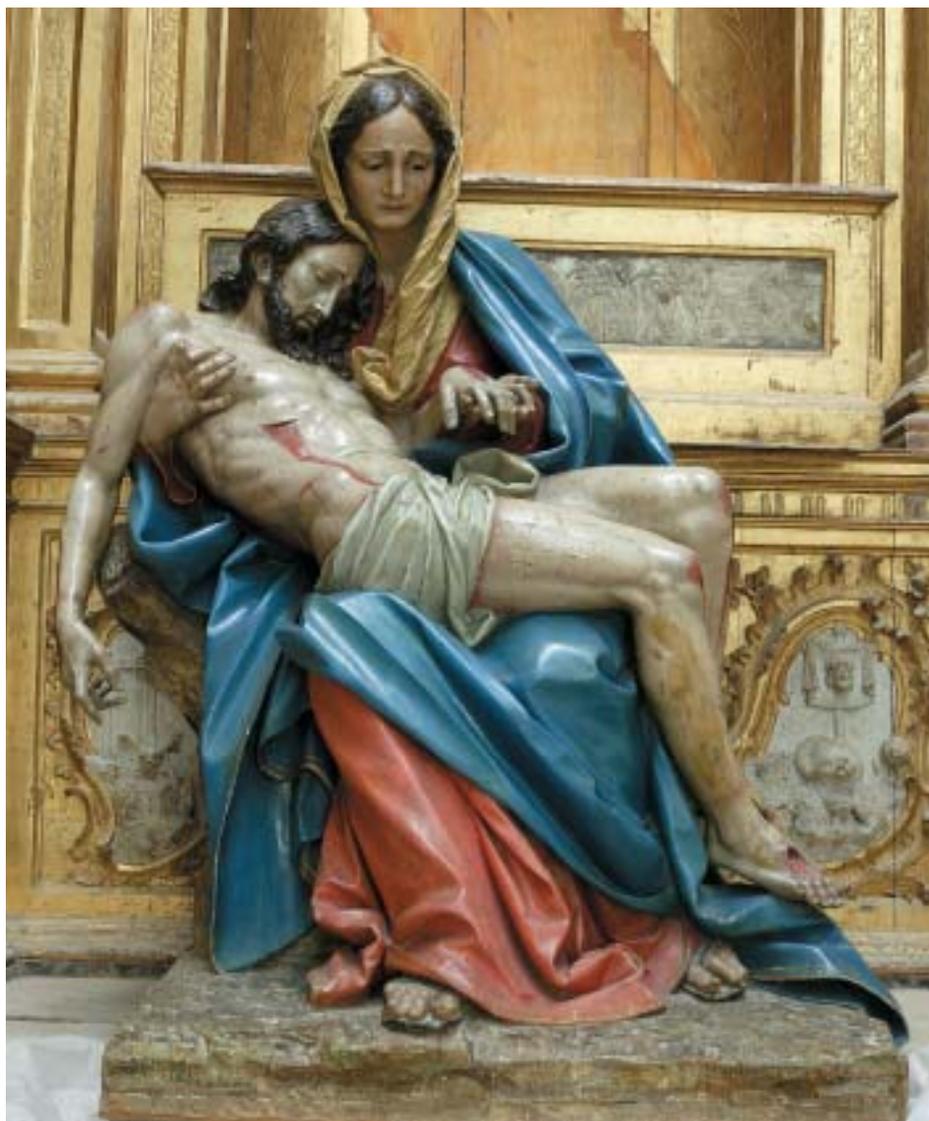
Vicente Calvo y Julián: vida y obra de un ilustrado

Vicente Calvo y Julián nació el año 1738 en Hinojosa de Jarque (Teruel), en el seno de una familia de linaje noble, la más importante del lugar, donde todavía hoy la casa de los Calvo, a pesar de haberse utilizado como hospital, es considerada como la casa solariega del pueblo. Este lugar, donde pasó los primeros años de su vida, era un pequeño pueblo de montaña, poblado por sólo 176 almas, y cuyo terreno de *mediana calidad*, según Madoz, no ofrecía lo que sus padres deseaban para él.

Por ello, debió de salir casi chiquillo de Hinojosa, cuando contaba unos 15 años, pues nuestras investigaciones nos llevaron a encontrar al estudiante *D. Vicente Calvo nt. de Inojosa Dsi. de Teruel* entre los alumnos matriculados entre los años 1753 a 1756 en *Teología, Filosofía, Leyes y Cánones, y Medicina y Cirugía* en la Universidad de Zaragoza. Cursó en ella cuatro años de la carrera de Leyes, pero no nos consta que se licenciase ni se doctorase allí, pese a que Latassa, a quien posiblemente conoció, diga textualmente *cursó Jurisprudencia en la Universidad de Zaragoza y allí recibió el Grado de Doctor*.

Tras sus años de estancia en Zaragoza, parece que pasó otros años en Madrid, donde tuvo buenos amigos y destacados mecenas. Esta etapa en la capital debió de ocuparla en la preparación de sus obras, leyendo y estudiando cuantas materias podían educarle intelectualmente e intentando conocer a otros importantes ilustrados. Sus conexiones con distintas Reales Sociedades Económicas de Amigos del País y el que llegara a ser miembro de algunas de ellas parecen confirmarlo. Entre sus conexiones con estas Reales Sociedades no podemos olvidar la que tuvo, a su regreso de Madrid, con la Real Sociedad Aragonesa, en la que presentó su trabajo sobre Tarazona y su partido, para optar a un premio convocado por la misma y dotado por el conde de Aranda, otro gran ilustrado aragonés contemporáneo, con quien es posible que entablase relación directa o indirectamente.

Aunque algunas noticias sobre Vicente Calvo y Julián nos dicen que *abrazó la carrera eclesiástica y obtuvo después una canonjía*, dudamos de su adscripción a la carrera sacerdotal y, al contrario, creemos que no llegó a ordenarse. El hecho de que algunos autores lo incluyan entre los miembros de la Iglesia puede deberse a la normal asociación del sacerdocio a toda persona que disfruta un canonicato.



Tarazona. Catedral. Grupo de la Piedad

En Madrid tuvo Vicente Calvo una activa vida intelectual, moviéndose en círculos ilustrados y tomando parte en muchas actividades de instituciones propias de la época ilustrada, como las Reales Sociedades Económicas. Su estancia allí parece que fue harto provechosa, pues por designación real, Carlos III le otorgó el año 1773 una canonjía en la catedral de Tarazona, como consta en el acta del cabildo extraordinario de Tarazona, celebrado el 9 de junio de 1773. La toma de posesión se hizo, tras la presentación de la Cédula Real, por mediación de su apoderado, D. Joaquín Arroyo, también canónigo de la misma, quien expuso que:



Tarazona. Iglesia de la Magdalena. San Atilano

su S.M. (Dios le guarde) se había servido nombrar en canónigo de ella al Sr. D. Vicente Calvo, clérigo tonsurado, natural de Hinojosa del Obispado de Teruel, en la vacante que ocasionó la muerte del Canónigo D. Alfonso Durán Gómez, como resultaba de la cédula que puso de manifiesto, fecha en Aranjuez a tres de los corrientes mes y año.

Éste será el punto de partida de la conexión entre Vicente Calvo y Tarazona, ya que la ocupación de dicha canonjía fue lo que le llevó a vivir en la ciudad del Queiles, a conocer profundamente sus tierras y sus gentes, y también a soportar injustos sinsabores y sufrimientos de manos de sus compañeros de cabildo, que nunca asumieron esa imposición real de otorgar a una persona no procedente de la carrera eclesiástica tal prebenda, como queda reflejado en las actas capitulares. Posiblemente no aceptaban el que

tuviera tan buenos mecenas y amigos como para que el monarca le hubiera concedido esa prebenda.

La llegada de Vicente Calvo a Tarazona en el verano de 1773 fue el comienzo de un largo sufrimiento. El cuerpo canonical le manifestó su no aceptación desde el comienzo con sus constantes desprecios y faltas de humanidad, según queda constancia en las citadas actas. Por ello, en octubre de este mismo año 1773 comienzan ya las quejas del nuevo canónigo hacia distintos compañeros. Unos, como el canónigo Alsina, *no le pide el benedicté, ni le hace la venia al entrar en el Coro*; otros le impiden presidirlo y, así, los desprecios, ninguneos y omisiones de protocolo serán constantes, tanto que Vicente Calvo presentó en diciembre de 1773 un memorial en el que, entre otras quejas, expone que *por cierto interés de algunas personas en turnos, cédulas, repartos y emolumentos, no consigue las Sagradas Ordenes.*

El escrito lo tomó el cabildo como una ofensa a su Ilustrísima y le deparó a D. Vicente una multa de veinte reales y la asistencia obligatoria al coro por un mes, so pena de seis dineros por hora de ausencia, así como la obligación de aclarar en qué se fundaba para decir *que le vetaban las sagradas ordenes.* El documento nos señala, pues, que no tenía las órdenes sacras y que deseaba recibir-



Tarazona. Catedral de Nuestra Señora de la Huerta, según Valentín Carderera en 1840

las, pero eran los integrantes del cabildo tarazonense quienes se lo impedían. Este será uno de los motivos de enfrentamiento, como se refleja en las constantes peticiones, protestas orales o escritas de nuestro ilustrado y las reiteradas negaciones a su concesión, sin tener causas de peso para ello. Realmente, el no poseer las órdenes sacras parece que era una cuestión importante entre los canónigos, pues en 1774 Vicente Calvo se queja al obispo de que éstos, al no estar ordenado *in sacris*, no le hacen la venia en el coro, ni le permiten llevar el cetro en las procesiones, pero por toda respuesta obtiene *que no se tiene noticia de ello y se queje donde quiera*.

Su vida en Tarazona entre los miembros de la Iglesia fue cada vez más difícil, produciéndose a veces situaciones kafkianas, pues parece imposible que hasta su vestimenta llegue a motivar una reunión. Así sucede cuando D. Vicente, que percibía una pensión anual de 200 escudos de la Orden de San Juan de Jerusalén, se coloca sobre su hábito canónico la cruz de caballero que esta Orden le había conferido y por ello se le acusa de motivar la distracción y la hilaridad en el coro. Esta cuestión y cómo fue tratada en diferentes juntas desde septiembre de 1780, es un claro ejemplo de la animadversión contra él.

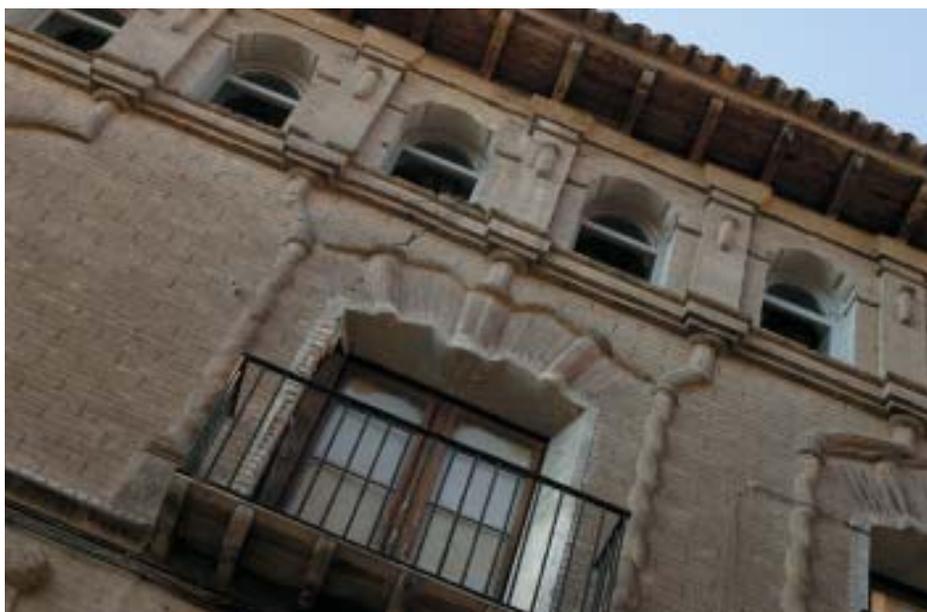
No obstante, después de residir en Tarazona seis años, en marzo de 1782 parece que el obispo escuchó sus razones u otras venidas de personalidades más relevantes amigas de nuestro ilustrado, y ordenó al cabildo se le abonasen las

retribuciones que no había recibido por falta de orden sacro y se le restituyese su silla en el coro. No hubo, sin embargo, inmediato cumplimiento por el cuerpo canonical, que siguió haciéndole la vida casi imposible.

Con ello, posiblemente, los afortunados fueron Tarazona y los pueblos de su partido, porque el grado de inconvivencia y de casi persecución que respiraba entre sus compañeros, hicieron que, como hombre trabajador, culto e ilustrado que era, buscase refugio en sus visitas a la ciudad, los pueblos del entorno, montes y ríos, se pasease por ellos y recogiese desde lo que consideró datos y hechos relevantes hasta la más pequeña de las curiosidades. Nos pudo, así, legar un estudio pormenorizado de los pilares de su economía y los medios para mejorarla, nos describió magistralmente su historia natural, nos presento datos histórico-geográficos de sus pueblos, noticias sobre sus gentes, sus casas y parques, etc. Y todo ello lo recogió en su *Descripción Física y Natural...* de 1781.

En el terreno personal no fue Vicente Calvo y Julián un hombre afortunado durante su etapa tarazonense. Sus problemas en el seno del cabildo alcanzaron tal gravedad que en 1782 se llevaron a Roma y la tensión creada pesaba tanto en su ánimo que marchó a Zaragoza para esperar la resolución romana. Pero su mente y su estado anímico estaban ya en una situación límite: sus problemas pudieron más que él mismo y el 8 de diciembre del año 1782 puso un final trágico a su existencia, arrojándose al río.

Obtuvimos la noticia de su muerte en una pequeña reseña anotada en el manuscrito que presentó a la Real Sociedad Económica Aragonesa, redactada cien años más



Tarazona. Palacio de los Gil de Borja

tarde el doctor Zapater, censor de la misma, quien nos dice *murió abogado en el río, al que se arrojó en un momento de enajenación mental*. Zapater no cita la ciudad ni el río en que nuestro ilustrado puso fin a su vida, pero, dado que en este tiempo permanecía en la capital aragonesa, esperando la resolución de sus problemas por Roma, y habida cuenta que el caudal de agua del río Queiles a su paso por Tarazona es escaso, parece que el suceso tuvo lugar en Zaragoza. Como balance por la obtención de una canonjía en la catedral de Tarazona, parece que el precio pagado fue altísimo, como altísimo debe de ser nuestro reconocimiento a este gran hombre de la Ilustración aragonesa.

Un rico legado: sus escritos

Vicente Calvo y Julián es autor de los siguientes textos:

- *Discurso político, rústico y legal sobre labores, ganados y plantíos*. Editada en Madrid en 1770 y premiada en 1771 por la Real Sociedad Vascongada, haciendo a su autor socio de mérito.
- *Ilustración canónica e historial de los Privilegios de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén*. Editada en Madrid en 1777, fue reconocida dos veces por el Colegio de Abogados de Madrid, dos por la Real Academia de Madrid y dos por providencia de su Majestad, con un Real Decreto para que se imprimiese. Está dedicada al infante don Gabriel.
- *Carta Política sobre los medios de erigir un fondo público para sostener las necesidades comunes de los españoles*. Editada en Madrid. Fue incluida en la *Descripción de España*, editada por Nifo.
- *Discurso sobre el Premio que anunció la Real Sociedad Económica de Madrid el año 1776, al que escribiese los medios más oportunos de fomentar la agricultura de España sin detrimento de la ganadería*. Obra premiada el año 1777 y editada en 1780, le proporcionó la condición de socio de mérito de la clase de Agricultura.
- *Discurso en que se prueba que los beneficios de la Orden de San Juan de Jerusalén no están comprendidos bajo las reservas apostólicas y reglas de la Cancillería*.
- *Discurso en que se intenta manifestar que la Canonjía Penitenciaria de Tarazona es compatible con dignidad de la Santa Madre Iglesia*.
- *Idea sucinta de la vida rústica en odas castellanas, imitando a Fray Luis de León*.
- *Carta del Conde Pupiení a un amigo suyo que quería formar una Biblioteca*.
- *Discurso sobre la formación de las conchas de piedra de la ciudad de Tarazona, probando*

que no son petrificaciones del Diluvio sino obra de la Naturaleza. Está incluido en el manuscrito titulado *Descripción Física y Natural de la ciudad de Tarazona y su Partido*.

— *Diversas Memorias y Papeles de Agricultura, Industria y Comercio*.

— *Poesías diferentes y de asuntos agradables*.

— *Descripción Física y Natural de la ciudad de Tarazona y su Partido en 1781*.

Bibliografía

- ANSÓN CALVO, M^o C., 1977, *Tarazona y su Partido en la época de la Ilustración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- GASCÓN Y GUIMBAO, D., 1908, *Relación de Escritores Turolenses*, Zaragoza.
- LATASSA, F., 1844, *Biblioteca Antigua y Nueva de escritores Aragoneses*, vol. I, Zaragoza.
- MADDOZ, F., 1845-1850, *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, [ed. fac-símil de Valladolid, Diputación General de Aragón, 1985].

GLORIA SANZ LAFUENTE

Bernardo Zaboray Angós nació en 1864 en Novallas, en el seno de una de las principales familias propietarias de la localidad. También poseía tierras en Malón, Tarazona, Torrellas y Los Fayos. Representa al hacendado agrario que además de profesionalizarse a través de sus estudios de Derecho buscó nuevas formas de rentas en el medio urbano mediante inversiones industriales. A lo largo de su vida formó parte de las redes de poder que se entretrejan alrededor de la agricultura en Aragón. Por un lado, se erigió como uno de los primeros promotores de las organizaciones agrarias no sólo en el Moncayo sino también en todo Aragón. Por otro, se unió a movimientos y plataformas políticas

heterogéneas que lo situaron entre el conservadurismo agrarista, el regionalismo conservador y el apoyo a la campaña política de Manuel Marraco dentro del republicanismo. Ocupó diversos cargos políticos y representaciones en organismos consultivos del Estado que hicieron que, en el primer tercio del siglo XX, una buena parte de las decisiones políticas referentes a la comarca estuvieran vinculadas a su persona.

En lo personal combinó las fuentes de renta derivadas de la tierra con la seducción del título universitario en Derecho y la novedosa industria de transformación agraria. Fue, junto con propietarios como Manuel Marraco o Tomás Anechina, uno de los introductores en Aragón de este tipo de empresas ligadas en su mayoría al cultivo de la remolacha. En 1904 fundaba la Sociedad Colectiva Mercantil Anechina y Compañía, un lavadero mecánico. Si había empezado su andadura política como representante de los viticultores comarcales y en dura lucha frente al avance de los alcoholes industriales, en 1911 se integraba en el consejo de administración de la Alcoholera Agrícola del Pilar.

Su quehacer público se centró en dos campos complementarios, la campaña política y, sobre todo, la gestión de organizaciones agrarias de carácter cooperativo que surgían tras la crisis de finales de siglo. En 1899 formaba parte de la Liga Triguera de Aragón y del Sindicato Vitivinícola. Desde 1902 y hasta 1917 presidió la poderosa Asociación de Labradores de Zaragoza, difundiendo en la comarca del Mon-

cayo sus actividades comerciales y obteniendo campesinos asociados en sus municipios. Este cargo le hizo también ser elegido vocal de la Federación Agraria Aragonesa en 1910 y de la Cámara Agrícola de Zaragoza en 1917.

La Asociación de Labradores de Zaragoza fue la principal institución ligada al cooperativismo agrario en Aragón. En las primeras décadas de siglo el Ministerio de Agricultura la consideraba un modelo a nivel nacional. La provincia de Zaragoza como territorio en el que se producía una respuesta a la crisis a través de un cambio del sistema productivo poseía una posición privilegiada respecto a Huesca y Teruel y pronto se consolidó como el centro económico más dinámico de la región, sobre todo por la reorientación de sus regadíos y el auge de la industria azucarera. Su desenvolvimiento económico estaba asentado sobre unas necesidades comerciales ascendentes provocadas por el cultivo de la remolacha, que exigía inversiones y un incremento en la utilización de fertilizantes. A su vez estas transformaciones generaban crecientes necesidades de financiación, aspecto que influyó también en la modificación de las redes informales de crédito. El crédito y los fertilizantes aseguraron a la entidad y a su presidente buenas relaciones con los campesinos del somontano.

Las disposiciones estatutarias de la Asociación y su apariencia representativa eran vaciadas de contenido en su funcionamiento interno, con la misma facilidad con la que el sistema de partidos de la Restauración hacía lo propio con los procesos electivos políticos. Aunque existían reiteradas alusiones a la necesidad de contar con nuevos “elementos activos” y se estimulaba la elección de representantes locales este interés no derivó en la articulación de un mecanismo de gestión democrática. Las figuras del presidente, vicepresidente, contador, tesorero, secretario y, en menor medida, el grupo de vocales, monopolizaban la voz de la asociación en los diferentes organismos, la administración de los bienes, la organización de los servicios cooperativos o el nombramiento y separación de los empleados. Este hecho hizo que en las manos de Zaboray descansara una parte importante de los orígenes del cooperativismo agrario aragonés y que fomentase la creación de asociaciones agrarias en la zona del Moncayo.

A través de Asociación de Labradores de Zaragoza, Zaboray estrechó lazos con un nutrido grupo de propietarios, empresarios y políticos aragoneses. Junto a él, fueron miembros de la junta directiva el diputado y presidente de la Casa de Ganaderos de Zaragoza José María de Arias Villanueva, Julián Guallart Torres, el representante de la Cámara de Comercio de Zaragoza Felipe Larripa Gómez o el diputado provincial Lorenzo Peralta Abadía. También pertenecían a su núcleo de relaciones directivos de las entidades bancarias más importantes de la época, como Alejandro Palomar Mur, miembro del consejo de administración del Banco de Crédito de Zaragoza, y Juan Fabián Díaz de Cabria, de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza. A la muerte de Bernardo varios familiares suyos siguieron desempeñando cargos de responsabilidad en esta organización agraria cooperativa.



Novallas. Iglesia. Interior

Mención especial merece su relación con ingenieros agrónomos al haberse erigido la cooperativa agraria en difusora de innovaciones agronómicas. Estos “asesores técnicos” comenzaban a tener gran fuerza dentro de la agricultura al pasarse de un saber empírico transmitido de generación en generación a un saber científico. Su contacto con estos sectores le permitió acceder a novedosas informaciones agronómicas –uso de sustancias fertilizantes y contra plagas– que después divulgaría en la comarca.

El círculo personal de Bernardo comprendía a concejales del Ayuntamiento de Zaragoza, como Francisco Alfonso Baeta, y también Francisco Bernad Partagás miembro destacado del Consejo Superior de Fomento, de la Junta de Aranceles y Valoraciones o de la Asociación de Agricultores de España en Madrid. Entre los diputados provinciales se encontraban Rafael Calvo Blasco, propietario de Azuara, Francisco Cerdán Bernal, hacendado en Almonacid de la Sierra, Agustín Gross Ruta, propietario en Alforque y Pina, o Enrique Naval Garcés, abogado y rico terrateniente de Belchite. La presencia de Zamboray en múltiples instancias no sólo le permitía “mediar”, “intervenir” o “representar”, sino que le situaba como intérprete privilegiado y único de la sociedad agraria cuando se informaban proyectos de ley o se hacían propuestas concretas al gobierno.

En cuanto a su faceta política, a finales del siglo XIX formaba parte del Ayuntamiento de Novallas, en el que adquirió su experiencia inicial. Ya en 1888 participó como diputado en una comisión para evitar la enajenación de montes de la zona como Valcardera o Monte Cierzo, mediando junto al diputado a Cortes Francisco Bustelo ante la Delegación de Hacienda de Zaragoza. Más adelante fue uno de los líderes de las movilizaciones vitivinícolas en la comarca. Su trayectoria como secretario de la Asociación de Viticultores de Novallas en 1895 le hizo presentarse en la campaña electoral a la Diputación Provincial de Zaragoza como “representante de los pobres agricultores” y pasó a ser uno de los primeros hacendados en utilizar la bandera del agrarismo político. Entre 1896 y 1901 era elegido diputado provincial por el distrito de Tarazona-Borja y alcanzaba el cargo de secretario de la institución. A éste recurrían los políticos de la zona con el fin de exceptuar de la venta montes o para organizar la Cámara Agrícola de Tarazona. En ocasiones sus actuaciones políticas se entremezclaban con las profesionales al ser considerado en Tarazona como “abogado del Ayuntamiento” y representar los intereses legales de éste en Zaragoza. Se convirtió en el mediador urbano de la comarca en la capital provincial desde finales del siglo XIX hasta su fallecimiento en 1926. En 1920 era elegido gobernador civil en Teruel con el apoyo de un tibio regionalismo aragonésista de carácter conservador.

La actividad de Bernardo Zamboray no se limitó a las instancias políticas sino que abarcó las instituciones consultivas provinciales del Ministerio de Fomento. En 1911 era vocal del Consejo Provincial de Fomento de Zaragoza, entre cuyos cometidos se hallaba el de informar de las subvenciones a los sindicatos agrícolas o elaborar informes sobre múltiples iniciativas para la administración. Esta presencia le garantizó además una estrecha relación con los altos funcionarios provinciales y con las élites zaragozanas siendo uno de los personajes destacados en los ambientes políticos y económicos del primer tercio del siglo XX en Aragón.

El testimonio del papel que Bernardo Zamboray desempeñó en la sociedad de su época sigue de alguna manera presente: lo recuerdan la lápida que tras su fallecimiento le dedicó el Ayuntamiento de Novallas, colocada todavía en la Casa Consistorial, y la decoración del ábside de la iglesia parroquial, que sufragaron sus deudos en su memoria.

Bibliografía

- SANZ LAFUENTE, G., 1997, *Propietarios del poder en tierras del Moncayo. Organización agraria y gestión de recursos en la comarca de Tarazona*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses.
- SANZ LAFUENTE, G., 2000, *Las organizaciones de propietarios agrarios en la provincia de Zaragoza. Redes de poder y estructura comercial*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

ROBERTO CEAMANOS LLORENS

A comienzos del siglo XX, las voces de los regeneracionistas clamaban por reformar el país. Lemas como «escuela y despensa» de Joaquín Costa mostraban un deseo de cambio que tenía en la enseñanza uno de sus aspectos más relevantes. Con unas altas tasas de analfabetismo, era preciso modernizar el sistema educativo si se quería salir adelante: había que introducir la renovación pedagógica, mejorar la formación de los maestros, darles un salario digno, multiplicar el número de escuelas y completar sus escasos medios materiales. Sin embargo, durante los últimos gobiernos de Alfonso XIII apenas cambió nada en el sistema educativo español.

Fue en este sistema en el que comenzó a trabajar Manuela Blasco Pardillas, maestra originaria del País Vasco, que recaló en los años veinte en la localidad de Torrellas donde ejerció su profesión hasta la siguiente década —es seguro que fue maestra en Torrellas entre 1927 y 1937—. Manuela estaba casada con Miguel Inaz Urdangarin, que había nacido en 1866 y falleció el 25 de septiembre de 1929 en Torrellas, donde está enterrado.

Como en el resto del país, la escuela que conoció Manuela carecía de lo más elemental. Ni los locales que albergaban las aulas, ni el material con el que contaba, ni los sueldos que recibían los docentes eran dignos. Torrellas tenía en aquella época una escuela de niños, que se encontraba ubicada en el último piso del ayuntamiento, y otra de niñas, sita en la calle Almacabe, hoy calle de San Antón o carretera Los Fayos. En el inmueble de la escuela de niñas la planta baja estaba ocupada por el aula y en la parte superior tenía su vivienda la maestra.

Todas las niñas entre 7 y 14 años, poco más de medio centenar, acudían a la misma clase donde, atendiendo a sus edades, Manuela las dividía en tres secciones asignando a cada una de ellas diferentes tareas. En el aula no había ningún sistema de calefacción, por lo que cada una de las alumnas colocaba bajo sus pies, para entrar en calor, una caja que contenía brasas y que se tapaba con una rejilla. La electricidad se tomaba de la energía que producía un molino que aprovechaba un salto de agua en la acequia de Magallón. No obstante, la luz que proporcionaba era muy

débil por lo que las niñas debían de llevar a clase un candil de aceite. Ellas eran también quienes barrían y limpiaban la habitación. Además, cada familia debía hacerse cargo de los gastos de material de sus hijas. Las niñas acudían al colegio con el material en el interior de sus cabases.

En estas precarias condiciones se impartía la docencia en la escuela de niñas. Sus alumnas recuerdan que Manuela «era dura, pero muy buena maestra». Por las mañanas, las niñas aprendían Aritmética, Geometría, Geografía, Historia de España, Historia Sagrada y Catecismo; las tardes estaban dedicadas a las enseñanzas «propias de su sexo» y se les enseñaba «labores».

En la sociedad de aquella época estaba muy extendida una concepción de la mujer por la que se esperaba de ella que se dedicara exclusivamente al hogar y a la familia. Sin embargo, Manuela no estaba enteramente de acuerdo con esta premisa. Ella misma, como maestra, una de las pocas profesiones que se ofrecían como salida a las mujeres que querían trabajar fuera del hogar, había realizado estudios de Magisterio y había roto con la imagen de mujer dedicada únicamente a las tareas domésticas.

En este sentido, mostró siempre gran interés en que las muchachas que destacaban en su escuela y que ella veía con aptitudes siguieran estudiando más allá de los años correspondientes a la enseñanza primaria. No se cansaba de hablar con sus padres para conseguir convencerles a fin de que siguieran una formación superior fuera de Torrellas. No era ésta una tarea sencilla. Las dificultades económicas de las familias, que contaban con ellas para el trabajo en la casa y en el campo, y la desconfianza ante una opción poco habitual hacía que muchos progenitores no estuvieran de acuerdo con que sus hijas dejaran el pueblo para estudiar.

No obstante, algunas de las alumnas de Manuela rompieron estos esquemas tradicionales y varias concluyeron carreras universitarias, algo inusual en la época. Fue el caso de Priscila Molina García, que cursó Magisterio; de Fermina Sánchez Aranda, que se licenció en Filosofía y Letras y trabajó en Madrid en el Ministerio de Educación y Ciencia; y de Carmen Goicoechea Ledesma, que completó Medicina, profesión que ejerció en diferentes municipios, entre ellos el mismo Torrellas. Estas jóvenes fueron pioneras en una época en la que la presencia de la mujer en la Universidad y en el mundo de la administración pública y de las profesiones liberales era meramente testimonial. Ellas abrieron el camino.

Ésta y otras esperanzas de cambio anidaron en el corazón de muchos españoles cuando, el 14 de abril de 1931, se proclamó la Segunda República. La educación se convirtió en una de sus prioridades. Para el pensamiento republicano había que extender la educación a todas las capas sociales y la enseñanza gratuita y laica era el instrumento para lograrlo. El reto era inmenso.

En 1930 las tasas de analfabetismo se situaban en el 32% de la población, siendo más dramático en el caso de las mujeres, que rondaban el 62%. La



Torrellas. Manuela Blasco y sus alumnas

legislación republicana trató de solucionar este grave problema: aumentó el número de escuelas y de maestros, mejoró sus dotaciones, impulsó la renovación pedagógica de la enseñanza y revalorizó la figura social del maestro. Sin embargo, y pese a los esfuerzos realizados, la escasez de medios económicos y la falta de tiempo para su ejecución impidieron que se llevara a cabo tan ambicioso plan.

Manuela no manifestó nunca su pensamiento político en la escuela. Sus discípulas explican que no hablaba de ello en clase. Sin embargo, era conocida en la localidad por ser una mujer progresista y republicana. «Era de izquierdas y republicana; era más republicana que Salmerón, decíamos por entonces». Sus alumnas recuerdan que le gustaba cantar con ellas y que, entre las canciones, había una cuya letra hacía alusión al Estatuto de Cataluña.

Durante este periodo, Manuela Blasco fue una de las primeras mujeres del país que desempeñó las funciones de alcalde. Efectivamente, entre el 9 de febrero y el 10 de mayo de 1933, presidió la Comisión Gestora del Ayuntamiento de Torrellas.

El 15 de abril de 1931 se había constituido en Torrellas el nuevo ayuntamiento republicano, con Eugenio Lacarta Iturría como alcalde. Sin embargo, apenas dos años más tarde, en la sesión extraordinaria del 26 de enero de 1933, la corporación en pleno cesó en sus respectivos cargos. Ante esta situación, la Ley dictaminaba que se había de designar, para sustituir al concejo cesado, una comisión gestora hasta la celebración de las próximas elecciones municipales.

Esta comisión gestora, proclamada el mismo 26 de enero, estuvo compuesta por: Gregorio León Gimeno –sanitario practicante, en representación del Estado–, Félix García Ledesma –afiliado a la U.G.T., como delegado de las organizaciones obreras– y Ángel García Pérez –escogido por sorteo entre los contribuyentes–. Pero, el 9 de febrero, y por orden del gobernador civil, se procedió a nombrar una nueva comisión gestora en la que Manuela Blasco, por su condición de maestra titular, ocupó el lugar que le correspondía al representante del Estado, siendo elegida también presidenta.

Al frente de esta comisión, Manuela Blasco llevó a cabo las tareas propias de la administración municipal, en especial la continuación de las gestiones para la construcción del camino vecinal de Los Fayos a la carretera de Gallur-Ágreda. También se realizaron diferentes trámites en Zaragoza relativos al monte El Cierzo; en concreto, se pidió la intervención del gobernador civil para evitar posibles conflictos entre los cultivadores de parcelas de Torrellas y de Tarazona. El 10 de mayo de 1933, apenas tres meses después de su constitución, cesó la comisión gestora y tomó posesión un nuevo ayuntamiento surgido de las elecciones del 23 de abril de 1933 y que fue presidido por Gregorio Torres Lacarta. Manuela Blasco terminó así su labor al frente del municipio.

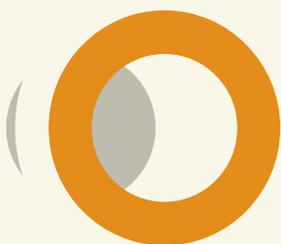
Poco después estalló la Guerra Civil. No sabemos si Manuela Blasco sufrió algún tipo de represión política, aunque sí nos consta que siguió ejerciendo la docencia en Torrellas. En su recuerdo, y en agradecimiento a su labor de tantos años, el Ayuntamiento de Torrellas le ha dedicado una de sus calles.

Fuentes y Bibliografía

- Testimonios de Virgilia García Casaus, M^a Jesús García Pérez, Priscila Molina García, Trinidad Ruiz Carrera y Benigna Torres Calvo –todas ellas vecinas de Torrellas y alumnas de Manuela Blasco– [Torrellas, 28 de septiembre de 2002].
- Actas Municipales del Archivo Municipal de Torrellas.
- CEAMANOS LLORENS, R., 2003, «Blasco Pardillas, Manuela», en BERNAD, E. [coord.], *Republicanos y Republicana. Socialistas y republicanos de izquierda en Zaragoza y su provincia, 1931-1936*, Zaragoza, Grupo Socialista de la Diputación Provincial de Zaragoza, pp. 180-182.

Del presente y del futuro

VI



Página anterior:

Tarazona. Puerta del inmueble nº 15 de la plaza de la Seo

Tarazona y el Moncayo, mosaico de contrastes

LUISA M^a ESPINO GIL

Si tuviésemos que definir la comarca tan solo con una palabra que reflejase su situación económica y social esa palabra sería diversidad. La posición fronteriza con las comunidades autónomas de Castilla-León, Navarra y La Rioja, y las circunstancias históricas, han forjado este presente en el que los contrastes son una de las características definitorias de este territorio y sus gentes: desde su agitada historia y su cultura –marcadas por la convivencia de culturas y manifestaciones artísticas–, su naturaleza, presidida por el Moncayo, mosaico de paisajes y de especies botánicas, hasta su economía basada en la industria y los servicios pero que mantiene un fuerte peso agrícola en la mayoría de los municipios; la comarca

de Tarazona y el Moncayo cuenta con recursos suficientes para construir un futuro en el que la calidad se convierta en su seña de identidad.

Asomarse al territorio

La comarca de Tarazona y el Moncayo limita con las comunidades autónomas de Navarra, La Rioja y Castilla-León. Zona de transición entre la Meseta castellana y el valle del Ebro, es un cruce de caminos, referente al que una y otra vez se ha aludido para explicar desde su presente socioeconómico hasta la idiosincrasia de sus gentes.

Los dieciséis municipios que la integran ocupan una superficie de 452 km², pudiendo agruparse en:

- parte alta: Alcalá de Moncayo, Añón de Moncayo, Litago, Lituénigo, Vera de Moncayo y Trasmoz
- parte media: Grisel, San Martín de la Virgen del Moncayo, Santa Cruz de Moncayo, Torrellas y Los Fayos
- parte baja: Tarazona, El Buste, Novallas, Malón y Vierlas.

Este territorio posee un nexo común, el Moncayo, altura máxima de la Cordillera Ibérica (2.316 m) y frontera natural entre Aragón y Castilla-León. El Parque Natural del Moncayo está protegido además como L.I.C. –Lugar de importancia comunitaria– y Z.E.P.A. –Zona especial de protección de aves–. Su valor medioambiental y paisajístico hace que sea uno de los principales activos de la comarca.

Tarazona dista de Zaragoza 84 km, de Soria 69 km, de Pamplona 112 km, de Logroño 108 km y de Madrid 296 km.

Respecto a las infraestructuras de comunicación, existen dos accesos próximos a la autopista Bilbao-Zaragoza (A-68): la salida de Tudela y Tarazona, a 17 km de Tarazona, y la de Gallur y Borja, a 36 km.

El acceso por carretera tiene lugar a través de la N-122, el principal eje de vertebración de la comarca, que lleva a Zaragoza y Soria. La N-121 nace en Tarazona y proporciona enlace con Navarra. Las obras acometidas en 2001, reivindicadas durante décadas, han supuesto una mejora sustancial de su estado.

Otras carreteras importantes, pero de ámbito comarcal, son la Z-3.720 –que comunica la N-122 con el monasterio de Veruela y que supone el único enlace con Añón de Moncayo y Alcalá de Moncayo–; y la Z-V-3.421, entre Vera de Moncayo y Tarazona –que permite el tránsito a Santa Cruz de Moncayo y Trasmoz–.

Las vías de ámbito local presentan deficiencias tanto en firmes como en señalización y trazado, esto último consecuencia de la orografía del terreno.



Tarazona. Carretera N-122 a su paso por el puerto de Lanzas Agudas

La comarca carece de ferrocarril y la estación más cercana es la de Tudela, a 21 km de Tarazona. Hasta 1970 circuló un tren de vía estrecha que unía Tudela y Tarazona, y que contaba con otra estación en Malón. Hoy este recorrido se ha acondicionado como Vía Verde.

El aeropuerto más próximo se encuentra en Zaragoza, a 86 km.

Por lo que se refiere a la red de transportes públicos, funcionan líneas regulares de autobuses que realizan los trayectos de Tarazona-Tudela y Zaragoza-Soria, a las que hay que añadir las líneas Zaragoza-Valladolid y Salamanca-Barcelona que atraviesan la zona.

En cuanto al transporte intermunicipal, varias líneas de autobuses comunican con la cabecera; en concreto, las de Añón de Moncayo y Alcalá de Moncayo-Tarazona; la de San Martín de la Virgen del Moncayo-Tarazona y la de Los Fayos-Tarazona. No efectúan, sin embargo, servicios todos los días de la semana.



Vera de Moncayo. Rebaño de ovejas

Población

La población de la comarca (14.168 habitantes) se concentra principalmente en la capital, dado que Tarazona cuenta con 10.580 vecinos. La ciudad, junto con Novallas (775 habitantes) son las únicas que superan los 500 habitantes, siendo la población del 56,2% de los municipios inferior a 200 habitantes. Esto indica una fuerte dependencia respecto de Tarazona, que aglutina el 74,68% del total.

DISTRIBUCIÓN DE LOS MUNICIPIOS POR ESTRATOS DE POBLACIÓN

Estratos	Nº de municipios	Población total	% sobre población total
0-100	2	116	0,81 %
101-500	12	2.697	19,03 %
501-1.000	1	775	5,47 %
1.001-5.000	0	0	0 %
>5.000	1	10.580	74,67 %

Elaboración propia. Fuente: Instituto Aragonés de Estadística. Censo de población y viviendas 2001

La densidad demográfica de la zona (31,32 hab/km²) es de las más elevadas de la provincia, por encima de la media de Aragón (25,24 hab/km²) Sin embargo, hay que tener en cuenta que esta cifra es debida a la escasa extensión de los términos municipales. El caso más significativo es el de Torrellas cuya densidad asciende a 125,2 hab/km², ya que ocupa una superficie de tan sólo 2,5 km². En el extremo opuesto, Trasmoz cuenta con la más baja (3,3 hab/km²).

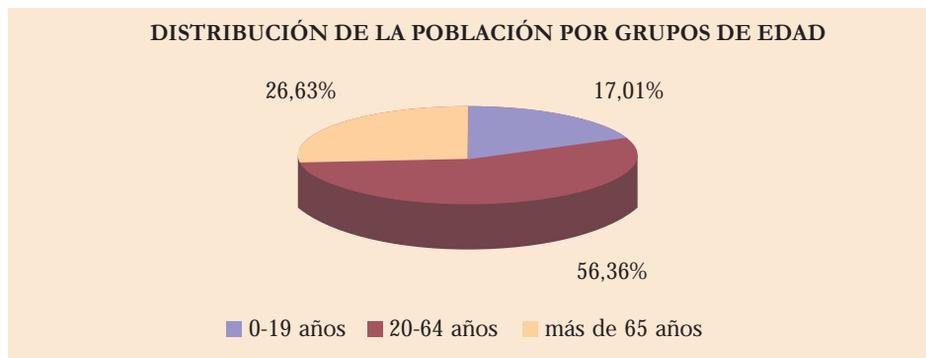
También hay que reseñar el grado de ruralidad –población en municipios con una densidad inferior a 100 hab/km²– muy significativo en conjunto: 97,7%.

Respecto a la división por sexos, la tasa de masculinidad es de 97,49% frente a la provincial (97,70%) y a la autonómica (96,14%). Es destacable el predominio del sexo masculino en el área del somontano del Moncayo, provocado por una mayor emigración de mujeres que elevó las tasas de masculinidad hasta casos extremos como los de Litago y Añón de Moncayo.

En cuanto a la distribución por edad, los mayores de 65 años representan el 26,63%, porcentaje que sobrepasa el provincial (19,97%) y el de Aragón (21,4%). La edad media en la comarca alcanza los 45 años, frente a los 42 de la provincia y la comunidad autónoma.

El índice de juventud –población de 0 a 15 años x 100/ población total– es bajo (11,8%) si lo comparamos con el provincial y autonómico (12,6%). Nos encontramos, pues, con una población muy envejecida y con una tasa de dependencia –jóvenes menores de 15 años y mayores de 65 años respecto de la población en edad activa– muy elevada: 62,63%, muy superior a las tasas provincial (48,44%) y autonómica (51,73%). A este respecto, es importante destacar la tasa de dependencia de los ancianos (43,3%) que hace que la población mayor de 65 años sea la que en mayor medida depende de la población activa.

Estas cifras nos dan idea del envejecimiento de la población, problema que repercute en la actividad socioeconómica, pero que no llega a ser tan extremo como en otras demarcaciones de la comunidad autónoma.



Elaboración propia

Fuente: Instituto Aragonés de Estadística. Censo de población y viviendas 2001.

La pérdida de efectivos humanos se inició en la década de 1950, como consecuencia de un éxodo rural de proporciones extremas continuando hasta la actualidad y debido a factores como la reducción de la natalidad y el aumento de la esperanza de vida. Si realizamos la comparativa de censos de las tres últimas décadas (1981, 1991 y 2001) podemos constatar ese continuo declive. Así, en la última década todos los municipios, excepto Tarazona y Santa Cruz de Moncayo, vieron mermado su vecindario, resultando preocupante el declive de Trasmoz, El Buste o Alcalá de Moncayo.

La emigración de los años 50 y 60 del pasado siglo fue sustituida en los 70 por el crecimiento vegetativo negativo como principal causa del descenso poblacional.

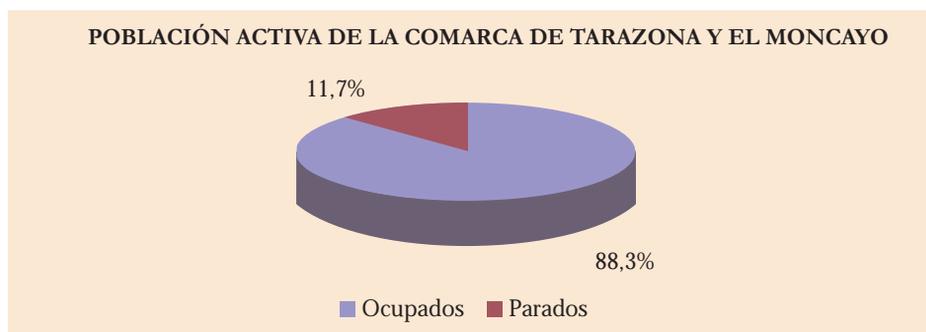
El fuerte peso de la población mayor de 65 años afecta a la mayoría de los pueblos y sobre todo a los más pequeños, como Grisel, el más alarmante, en el que representa el 47,27% del total.

Así pues, la situación demográfica de las tierras del Moncayo es de regresión, aunque sea necesario distinguir entre las localidades mayores, que conservan cierto empuje demográfico, y las más pequeñas, cuya situación es mucho más grave.

Otro fenómeno a reseñar es la inmigración que desde hace varios años ha llegado a la comarca, en su mayoría procedente de América Latina –Ecuador y Colombia– y Marruecos. Destacable es el incremento de extranjeros empadronados tan solo en Tarazona, que desde el año 2000 hasta el 2003 se han multiplicado por siete, alcanzando en este último año la cifra de 396.

Población activa, ocupada y parada

Como fuente estadística de empleo se ha utilizado la afiliación a la Seguridad Social, al no ofrecer la Encuesta de Población Activa estimaciones para la comarca. Así pues, la población activa supone la suma de la población ocupada, en este caso afiliados en alta en la Seguridad Social, y la población parada. En el gráfico siguiente podemos observar su distribución a diciembre de 2002.



Elaboración propia.

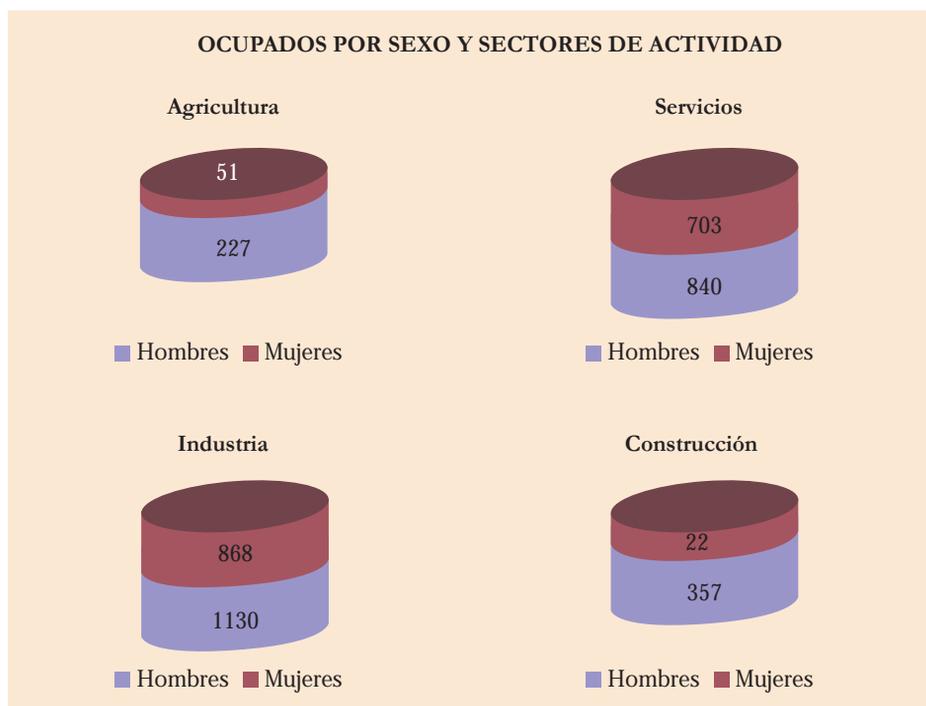
Fuente: Instituto Aragonés de Estadística. Instituto Aragonés de Empleo. Diciembre 2002.

Ocupados por sectores de actividad económica y sexo

El mayor porcentaje de ocupados se da en industria (47%), seguido por los servicios (37%), la construcción (9%) y por último la agricultura (7%).



Fuente: Instituto Aragonés de Estadística. Diciembre 2002.



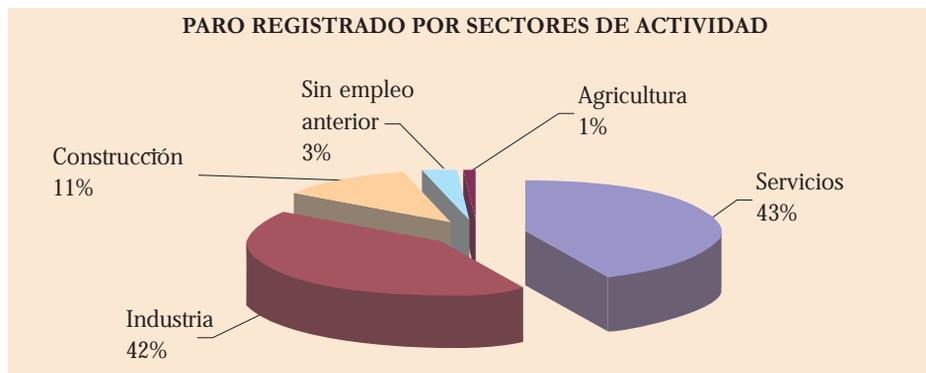
Fuente: Instituto Aragonés de Estadística. Diciembre 2002.

Es importante indicar que en la comarca la ocupación en el sector industrial duplica el porcentaje que presenta en Aragón (22%). Por el contrario, el sector servicios es inferior al regional (61%), mientras que en construcción y en agricultura nos encontramos con los mismos niveles –en Aragón, 10% y 7% respectivamente–.

Por lo que se refiere a la distribución por sexos, resulta interesante señalar el alto peso de la mujer en la industria (43,4%), frente al 22,4% de mujeres aragonesas y al 22% de mujeres en la provincia, diferencia que puede obedecer a la tradición industrial de Tarazona.

Paro registrado en la comarca por sexo y actividades económicas

En diciembre de 2002 el número de parados registrados en la comarca era de 559, representando el 11,7% de la población activa en esas fechas. Si lo analizamos por sectores de actividad los mayores índices de paro se dan en servicios e industria, 43% y 42% respectivamente, seguidos por construcción.



Elaboración propia. Fuente: Instituto Aragonés de Empleo. Diciembre de 2002.

Por lo que se refiere al paro por sexo y edad, la población parada es mayoritariamente femenina, el 65% del total. Los intervalos más desfavorecidos corresponden para los varones a los de 55 a 59 años y para las mujeres a las de 30 a 39 años y las de 45 a 49 años.



Elaboración propia. Fuente: Instituto Aragonés de Empleo. Diciembre de 2002.

Actividades económicas

Según las cifras del impuesto sobre actividades económicas, el sector servicios alcanza el 70,9% del número de matrículas, la construcción el 12,2%, la industria el 9,8% y la agricultura el 6,3%.

Exceptuando a la agricultura, los municipios con mayor número de matrículas son, en buena lógica, los de mayor tamaño –Tarazona, con 1.105 y Novallas, con 77, seguidos de Vera de Moncayo con 68–. En el polo opuesto, las localidades con menor actividad económica son Grisel y Trasmoz –4 licencias cada uno– y Vierlas, el caso más extremo, que cuenta tan sólo con una.

Sector Primario

La comarca, que ocupa un área de 45.240 ha, cuenta con una superficie cultivable de 13.461 ha y una superficie forestal de 7.280 ha, suponiendo otras superficies 24.499 ha.

De la superficie cultivable, la gran mayoría corresponde a secano, 8.520 ha frente a las 4.941 de regadío.

Por la orografía del territorio, parte de la comarca tiene la catalogación de zona desfavorecida de montaña, en concreto los términos de Añón de Moncayo, Grisel, Litago y San Martín de la Virgen del Moncayo.

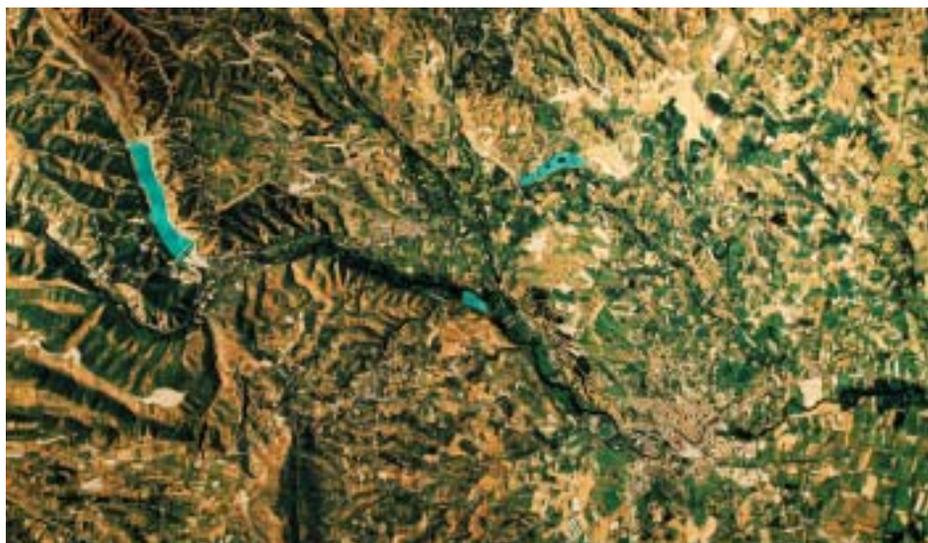
En secano, los cultivos más relevantes son en herbáceos, los barbechos y los cereales de invierno y en cultivos leñosos, los almendros seguidos por el olivo y la viña.

A excepción de Tarazona, la agricultura constituye la principal ocupación, si bien la decadencia del sector provocada por la pérdida de población y por la falta de interés de los jóvenes se manifiesta en el abandono progresivo de tierras. De hecho, la agricultura existente se mantiene por el apoyo de las subvenciones procedentes de Europa y como agricultura de subsistencia para gran parte de las personas mayores de los pueblos.

Las explotaciones son de pequeño tamaño y muy parceladas, y la propiedad es la forma predominante en el régimen de tenencia de la tierra.

La renta agraria ascendió en el año 2001 a 52.652,86 €.

En el ámbito de la ganadería, la mayoría de las explotaciones se dedican a la producción porcina, sobre todo a la crianza de cerdos de cebo. En concreto, el porcino supone el 69,8% de las UGM –unidades ganaderas medias–. Seguidamente, las aves representan el 15,6% y el ovino y el caprino el 10,68% siendo el



Vista aérea del valle medio del Queiles

vacuno el 3,84%. En cuanto a la apicultura, existen colmenas destinadas a la extracción de miel, sobre todo, y a la obtención de polen y jalea en Añón de Moncayo, Tarazona y Vera de Moncayo.

Industria

En la actualidad, según datos del Consejo Económico y Social de Aragón, la comarca está considerada como una de las más desarrolladas desde el punto de vista industrial. Esta actividad se centra fundamentalmente en Tarazona que, además de contar con mejores comunicaciones, dispone de dos polígonos industriales. Así, el 79,5% del número de matrículas en industria se concentran en Tarazona, seguida de Novallas, Malón y Torrellas por este orden.

En el resto de las localidades, la actividad industrial es prácticamente inexistente y en casi la mitad de ellas no hay iniciativa alguna. Es el caso de Alcalá de Moncayo, Añón de Moncayo, El Buste, Los Fayos, Grisel, Litago y Vierlas.

Respecto a la tipología de las industrias, el mayor número de matrículas se da en metalurgia y fabricación de productos metálicos y construcción de maquinaria (30,9%), seguido de la industria textil (19,01%) y de la alimentación (18,3%).

El panorama industrial, exceptuando Tarazona, se basa en pequeñas empresas y talleres dedicados a la transformación de la madera y a la metalurgia principalmente.

En Tarazona, el sector de la fabricación de productos metálicos y construcción de maquinaria concentra la mayor actividad, seguido de la industria textil. La

llegada de Delphi Packard España, S.A. en 1988 supuso la aparición en la zona del subsector de la automoción, que posibilitó una importante absorción de mano de obra tras el declive de las textiles. Posteriormente, superada la crisis industrial de finales de los 90, se instalaron otras empresas del ramo, como es el caso de Faurecia en el año 2000, especializada en componentes destinados al sistema interior de los automóviles, o Trelleborg, que ayudaron a revitalizar el tejido productivo.

Otras empresas como las especializadas en el sector aeronáutico, Aeromac y NMF Europa, multinacional de origen canadiense, o Beta Furs, dedicada al curtido de pieles de conejo, han contribuido significativamente a diversificar la actividad industrial que durante algunos años dependió en gran medida del sector de la automoción.

Construcción

Esta actividad, la segunda por número de matrículas en la comarca, está representada en la práctica totalidad de los municipios y supone el 12% de la actividad económica. Tan sólo en El Buste, Grisel, Litago y Vierlas no consta ninguna licencia. El gran peso (75,1% del sector) lo soporta Tarazona, seguida de Novallas y Vera de Moncayo.

Servicios

Es el sector que cuenta con mayor número de matrículas en la zona (1.022, el 70,9% del total) estando presente en todas las poblaciones, a excepción de Trasmoz y Vierlas. Por ello, en conjunto se sitúa entre los territorios de actividad media dentro de Aragón.

Tarazona aglutina el 81% del sector seguida de Vera de Moncayo y Novallas, mientras que la menor implantación se da en Alcalá de Moncayo, El Buste, Grisel y Lituénigo.

Por subsectores, destacan con el 49,6% el de comercio y reparación de vehículos, el de actividades inmobiliarias con 13,7% y la hostelería con el 13,3%. La mayoría de las actividades de servicios se centra en comercio tanto en Tarazona como en las otras localidades. Sin embargo, mientras que a este subsector le sigue en Tarazona actividades inmobiliarias y servicios empresariales, en el resto de la demarcación la hostelería es el segundo subsector.

La ubicación de estas tierras favoreció desde siempre el intercambio comercial, en particular en Tarazona, con los mercados semanales y las ferias anuales de origen medieval, como las de ganado, que desaparecerían con la introducción de nuevas técnicas comerciales y de transporte.

Como es lógico, hoy la actividad comercial y de servicios en general continúa concentrándose en la capital, mientras que alcanza poco relieve en los otros municipios, salvo en Novallas y Vera de Moncayo.

Es destacable la recuperación de las ferias, como difusión del paronama comercial e industrial del territorio, celebrándose anualmente, desde 1999, la feria comercial e industrial Tarazona-Muestra.



Tarazona. Centro Asistencial Marqueses de Palmerola

Equipamientos

Equipamientos sanitarios y asistenciales

La comarca de Tarazona y el Moncayo pertenece al Área 3 del mapa sanitario de la comunidad autónoma, que tiene como hospital de referencia al Hospital Clínico Universitario Lozano Blesa de Zaragoza. El Centro de Salud de Tarazona cuenta con médicos de familia, servicio de urgencias y varias especialidades –cardiología, dermatología, ginecología, oftalmología, urología y traumatología– que efectúan consulta semanalmente, lo que resulta insuficiente para atender las necesidades. Además, en Tarazona existe un dispensario de la Mutua de Accidentes de Zaragoza, otro de FREMAP y la sede de la Cruz Roja. En el resto de municipios, los dispensarios médicos, a los que se desplaza el personal sanitario desde el Centro de Salud, se ubican en locales facilitados por los ayuntamientos.

En la comarca hay abiertas cuatro residencias para la tercera edad. Dos de ellas se encuentran en la cabecera: el Hogar Doz, destinado a ancianos y minusválidos y dependiente del Instituto Aragonés de Servicios Sociales (I.A.S.S.) y la Residencia Marqueses de Palmerola, para asistidos y con plazas concertadas con el I.A.S.S. y el consistorio turiasonense, gestionando una parte de ellas la propia empresa concesionaria.

El Centro Sagrado Corazón en Vera de Moncayo es administrado por las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. La residencia para la Tercera Edad de Añón de Moncayo, puesta en marcha por el ayuntamiento de la localidad, dispone de plazas para válidos y asistidos, éstas últimas en convenio con el I.A.S.S.

Respecto a la oferta de guarderías, funcionan una en Tarazona y otra en Novallas, de carácter municipal, que no llegan a satisfacer la creciente demanda. No obstante, se está construyendo una escuela de educación infantil municipal en Tarazona, que tendrá capacidad para 100 niños.

El Centro de Servicios Sociales gestionado por la comarca atiende la problemática social a nivel individual, grupal o de desarrollo comunitario, recibiendo apoyo la familia, la infancia, la juventud, la mujer, la tercera edad, los discapacitados, las minorías étnicas, los drogodependientes, inmigrantes y enfermos. Presta servicios de información y orientación, ayuda a domicilio, prevención e inserción, ludoteca y programa de salud mental. También existe un taller ocupacional de discapacitados en el que un grupo de alumnos de varios municipios realizan actividades de restauración de muebles y elementos de papelería con papel reciclado.

Equipamientos formativos

La comarca de Tarazona y el Moncayo presenta una oferta formativa que cubre las necesidades de enseñanza en los niveles de Educación Infantil, Educación Primaria y Secundaria. Cuenta con seis centros en la cabecera: los Colegios Públicos Joaquín Costa y Moncayo y los concertados Ntra. Sra. del Pilar y Sagrada Familia, y el Instituto de Enseñanza Secundaria Tubalcaín. En el resto del territorio funciona el Colegio Rural Agrupado Bécquer que engloba las aulas de Novallas, Vera de Moncayo y San Martín de la Virgen del Moncayo. El Centro de Profesores y Recursos ubicado en Tarazona se encarga del asesoramiento y formación de los docentes de todos estos centros y de los de la comarca de Campo de Borja.

Tarazona cuenta también con una Escuela Oficial de Idiomas, que imparte enseñanza de Inglés y Francés, un Conservatorio Profesional de Música y un Centro de Educación de Adultos El Pósito, además de una Escuela Municipal de Artes Plásticas.

Es destacable asimismo la implantación de iniciativas de empleo en colaboración con el Instituto Aragonés de Empleo. El Taller de Empleo Valeriano Bécquer, auspiciado por la Diputación Provincial en el monasterio de Veruela, comenzó su andadura en el año 2002. En él reciben formación 22 alumnos repartidos en los módulos de albañilería, cantería y pintura al tiempo que trabajan en obras de rehabilitación del monasterio. La Escuela-Taller de Tarazona atiende a 30 alumnos que alternan la formación y la práctica profesional en albañilería y carpintería de madera.

Desde el año 2001 funciona en Novallas el Aula Informática Novalia, en la que se imparten cursos de diverso género, tanto de iniciación como avanzados, y se facilita el acceso a Internet, en lo que ha sido una apuesta por la alfabetización informática de la población y por propiciar la instalación de nuevas empresas limpias –teletrabajo, artes gráficas, diseño, etc.–.

La oferta privada permite también recibir clases de informática, música, dibujo y pintura e idiomas. Destacable es la pertenencia de Tarazona a la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras, red integrada por ciudades de una trein-

tena de países que se han caracterizado por realizar un esfuerzo en la formación de sus ciudadanos. Hasta el año 2003, en que se incorporó Ejea de los Caballeros, era la única localidad aragonesa con esta distinción.

Equipamientos deportivos

El deporte en la comarca se gestiona a través del Servicio Municipal de Deportes de Tarazona y el Servicio Comarcal de Deportes, a los que hay que sumar la oferta privada.

Tarazona dispone de polideportivo, campo de fútbol, pistas de tenis y piscinas al aire libre que permiten practicar un buen número de actividades en el ámbito deportivo.

En el resto de la comarca, el Servicio Comarcal de Deportes desarrolla un completo calendario de actividades. Además, en los últimos años todos los municipios han construido, o remodelado, algún tipo de instalación –frontón, pista polideportiva, salón multiusos o, en muchos casos, piscina–.

Respecto a la iniciativa privada, en Tarazona se ubica un gimnasio y el Seminario menor, que sirve para prácticas deportivas como los *campus* de baloncesto y fútbol. En Santa Cruz de Moncayo, el Centro de Turismo ecuestre ofrece actividades formativas, excursiones, doma y pupilaje de caballos.

También hemos de mencionar las Jornadas que sobre el montañismo y el Moncayo organiza anualmente en Tarazona el Centro Excursionista Moncayo, club de montaña de larga trayectoria, así como las competiciones desarrolladas en buena parte de los municipios.

Equipamientos culturales

Existen en la comarca un buen número de espacios museísticos que han abierto sus puertas en muchos de los pueblos. Podemos visitar exposiciones permanentes en Torrellas, Lituénigo, Trasmoz, Santa Cruz de Moncayo, Novallas, Añón de Moncayo, el monasterio de Veruela, Malón y Tarazona.

Por otra parte, es importante indicar que la mayoría de los ayuntamientos han acondicionado alguna dependencia como biblioteca municipal y varios de ellos han abierto una casa de cultura.



Novallas. Piscinas del Polideportivo Municipal



Tarazona. Tarazona-Foto. *De tal palo tal astilla*, 2002

Entre los centros culturales destaca el monasterio de Veruela que, durante el verano, acoge conciertos de música, exposiciones y actividades como la de los festivales de títeres o el Festival Internacional Veruela, música Viva.

En distintos ámbitos, es asimismo importante el quehacer del Centro de Estudios Turiasonenses, filial de la Institución «Fernando el Católico», la Casa del Traductor o la Fundación Maturén, todas ellas en Tarazona, así como las de asociaciones culturales como la Asociación de Amigos de los Castillos del Moncayo, con sede en el castillo de Grisel, la Asociación La Diezma, en la misma localidad, la Asociación El Torno, de Santa Cruz de Moncayo, la Asociación de Amigos de la Cultura Judía Moshe de Portella, la Asociación La Colodra en Tarazona, la Asociación El Embrujado de Trasmoz y la de reciente creación, Asociación Libre de Artistas del Moncayo, de ámbito comarcal y con sede en Novallas.

La comarca vista desde fuera y desde dentro

Según el Consejo Económico y Social de Aragón en el *Informe sobre la situación económica y social de Aragón* de 2001, la comarca de Tarazona y el Moncayo se encuentra entre las más desarrolladas de Aragón, considerando factores demográficos, económicos, sociales y de mercado de trabajo. Así, respecto al problema del envejecimiento demográfico, señala que se sitúa entre las de problemática media en Aragón.

Respecto al índice de afiliación a la Seguridad Social de la población de 15 a 64 años, en Tarazona y el Moncayo el porcentaje era del 43,2% en el año 2001.

En cuanto a las posibilidades de acceder a una plaza de residencia, la comarca está entre las zonas más favorables, ya que existen 9,6 plazas por cada 100 mayores de 65 años.

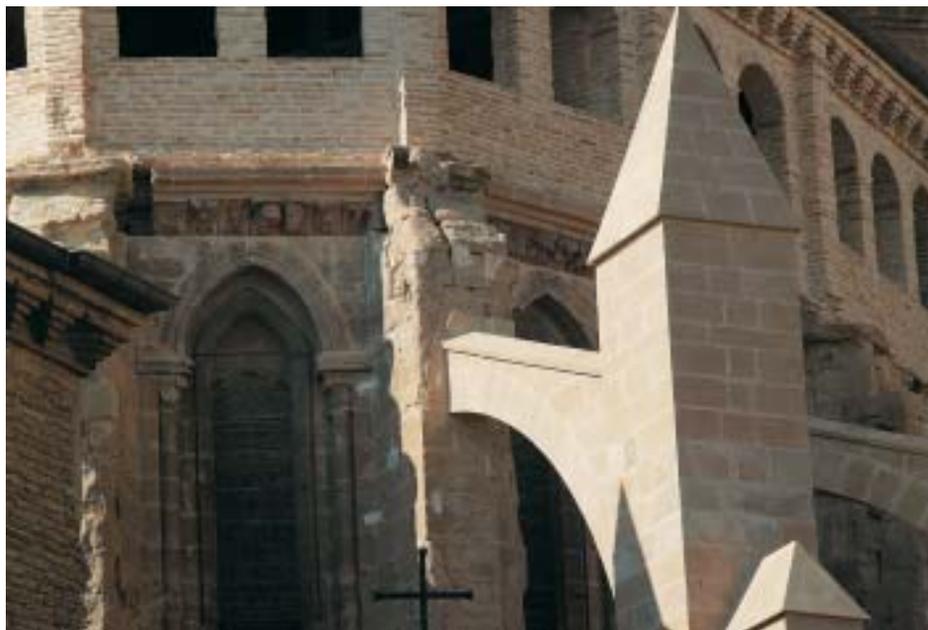
Por último, en el ámbito educativo, la tasa de escolarización en enseñanzas secundarias no obligatorias es del 40%, situándose entre las comarcas más desarrolladas del territorio aragonés.

Este análisis externo quedaría incompleto sin la visión y la valoración de la población de la zona. Los habitantes de la comarca han opinado en varias ocasiones sobre su territorio. En el año 2001, la Asociación para el Desarrollo de las Tierras del Moncayo (ASOMO) organizó varias mesas de trabajo con diferentes sectores poblacionales y económicos cuyas deliberaciones fueron analizadas e interpretadas con el objetivo de servir como base del Programa de Desarrollo para la Iniciativa Comunitaria Leader Plus.

A continuación, indicamos algunas de las debilidades y potencialidades de la comarca recogidas en el mencionado programa de desarrollo.

Debilidades:

- Escasa participación de la población.
- Falta de coordinación en turismo.
- Dependencia del sector de automoción.
- Falta de formación reglada y no reglada adaptada a la oferta de trabajo.



Tarazona. Cabecera de la catedral en proceso de restauración

Potencialidades:

- Alto grado de asociacionismo.
- Existencia de importantes recursos turísticos.
- Gran riqueza patrimonial.
- Existencia de asociaciones y organismos que trabajan por la defensa del patrimonio.
- Calidad de los recursos naturales.
- Considerable oferta formativa reglada no ligada al trabajo.

Meses después, en el año 2002, se publicaba en *Heraldo de Aragón* la percepción que los vecinos de la comarca tenían de la misma en lo que se denominó «El Comarcómetro». Las conclusiones de dicha encuesta destacaron la asistencia sanitaria y el paro como los principales problemas, seguidos por la despoblación y el envejecimiento. Respecto al grado de desarrollo de equipamientos y servicios, sólo el 39,19% de los encuestados los calificó de buenos o muy buenos. Los servicios y equipamientos peor considerados, además de los sanitarios, fueron los destinados a la juventud, a la tercera edad y a la cultura y al ocio, siendo reseñable que el 52,20% de los encuestados consideraran que las expectativas de futuro de sus hijos eran muy malas. Por lo que se refiere a los equipamientos y servicios mejor considerados, destacaron los educativos, los turísticos y los deportivos y las comunicaciones.

La suma de estas visiones ayuda a acercarse a la realidad de un territorio que, en comparación con otras zonas rurales de Aragón, presenta un desarrollo notable sobre todo en aspectos como el educativo pero que cuenta con una problemática en cuestiones sanitarias y de servicios que hace necesario el esfuerzo y la coordinación del sector público y del privado: entidades locales, comarca y comunidad autónoma y de quienes habitan el territorio para posibilitar un futuro mejor.

Bibliografía

- *Censo de población y viviendas 2001, 2003*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Economía, Hacienda y Empleo, Dirección General de Economía, Instituto Aragonés de Estadística.
- *Guía turística de las Tierras del Moncayo*, 2002, Zaragoza, ASOMO.
- “Las comarcas y el Desarrollo local en Aragón”, *Informe sobre la situación económica y social de Aragón. 2001*, 2001, Consejo Económico y Social de Aragón.
- *Programa de la Iniciativa Comunitaria Leader Plus*, 2001, Tarazona, ASOMO.
- Relaciones de extranjeros inscritos en el Padrón de habitantes a 1/1/00, 20/2/01, 5/11/02 y 11/3/03, Ayuntamiento de Tarazona.
- TABUENCA MARTÍNEZ, J. M., 2003, *Datos agrarios básicos en las comarcas y delimitaciones comarcales de Aragón. 2001-2002*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Agricultura. Secretaría General Técnica. Servicio de planificación y coordinación.
- “Tarazona y el Moncayo”, *El Comarcómetro*, *Heraldo de Aragón*, 31 de mayo de 2002.

www.aragob.es

El presente industrial y comercial de Tarazona

ANA BELÉN HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

La actividad industrial de la comarca de Tarazona y el Moncayo se concentra en buena medida en la cabecera, con una notable tradición en este campo que arranca de mediados del siglo XIX, mientras que los otros núcleos de población apenas están representados en este importantísimo sector de la economía. Cabe hablar, pues, de un claro desequilibrio difícil de corregir y que, en última instancia, refleja el enorme peso de Tarazona en su entorno inmediato.

En este sentido, las únicas –aunque modestas– excepciones las proporcionan Novallas, Malón y Vierlas, localidades situadas a orillas del río Queiles, aguas abajo de Tarazona y mirando hacia la Ribera de Navarra, zona ésta de notable actividad económica. Frente a ellas, la aportación de los once núcleos ubicados en el somontano de Moncayo y la zona media resulta irrelevante.

Así, Novallas dispone de empresas alimentarias –dos, que dan trabajo a 3 personas–, de peletería y confección, sendos talleres metálicos, hasta cuatro empresas de construcción, una industria de la madera y el corcho –con 5 trabajadores– y otra de muebles –la más importante de todas, con una plantilla de 18 personas–. En la actualidad, el Ayuntamiento de la localidad está poniendo en marcha un pequeño polígono industrial con buena acogida.

El censo empresarial de Malón es todavía más modesto y comprende industrias textiles –dos empresas con un total de 10 trabajadores–, de la madera y el corcho –un establecimiento con 8 trabajadores– y de la construcción. Por su parte, Vierlas da cabida a una pujante y moderna bodega vitivinícola de reciente instalación, Bodegas Guelbenzu, emplazada en el corazón de una cuidada



Vierlas. Bodegas Guelbenzu. Exterior



Vierlas. Bodegas Guelbenzu. Tanques en frío

explotación con 42 ha de viñedo, distribuidas en 20 parcelas diferentes, que la nutre de materia prima.

La trama industrial de Tarazona

La ciudad del Queiles, con una extensa tradición industrial que remonta al siglo XIX, capitaliza los dos únicos polígonos industriales que, en sentido estricto, existen en la comarca, conocidos, respectivamente, como Polígono de Tarazona y Polígono de Cunchillos.

Frente a la importancia del primero, que acoge el grueso de la actividad productiva de la zona, el segundo reviste por ahora una relevancia más modesta. Se ubica en las inmediaciones del casco urbano, en la carretera CV-679 que une la ciudad con el barrio rural de Cunchillos –que le da nombre–, y cobija talleres y pequeñas empresas de naturaleza muy variada.

Por su parte, el Polígono de Tarazona se sitúa junto al ramal de la carretera N-122 que comunica nuestra ciudad con Zaragoza. Como tendremos oportunidad de referir, se encuentra en proceso de franca expansión.

A pesar de la existencia de estas dos áreas industriales, en el casco urbano de la ciudad también se ubican un buen número de empresas, algunas de tanto peso como Joyco España, S.A.U. –dedicada a la manufactura de productos de confitería y con un total de 240 trabajadores–, asentada en una antigua instalación fabril anexa al

ex-convento del Carmen. También acoge centros más modestos, como Cecil, S.A. –dedicado a la confección, con 28 empleados–, Asociación de Minusválidos Píeres –cableados del automóvil, con 9 trabajadores– y Hormigones Cabello, S.A. –extracción de áridos, con 13 empleados–.

Veamos a continuación algunas notas sobre los orígenes y características de estos dos polígonos industriales, así como sobre las empresas más notables que están radicadas en ellos.

El Polígono Industrial de Tarazona

En 1973 el Ayuntamiento de Tarazona, para hacer frente a la situación de estancamiento socioeconómico de la comarca y recogiendo una demanda sentida desde hacia algunos años por todos los sectores de la localidad, aprobaba con carácter de urgencia y elevaba al Ministerio de Industria una petición para que la ciudad fuera declarada Zona de Preferente Localización Industrial.

También se adoptaron medidas fiscales orientadas a fomentar la instalación de nuevas industrias que frenaran la sangría de la emigración. El desplazamiento de población hacia las grandes capitales y hacia Tudela (Navarra), núcleo muy próximo y en expansión, estaba ocasionando importantes pérdidas de mano de obra cualificada, sentidas por industrias de tan larga trayectoria como las textiles Cipriano Gutiérrez Tapia y Textil Tarazona o la Fosforera Española, que por entonces sumaban 1.420 puestos de trabajo.



Tarazona. Vista general del Polígono Industrial



Tarazona. Interior Delphi-Packard

En diciembre de 1974 el Delegado Provincial del Ministerio de Industria declaraba a Tarazona Zona de Preferente Localización Industrial y a continuación se analizaron los posibles emplazamientos del Polígono Industrial. Una vez decidido el lugar, en unos terrenos emplazados en el paraje Cairán-Irués, junto a la carretera N-122, el Ayuntamiento se comprometió a facilitar las gestiones con los propietarios para la adquisición de los terrenos necesarios —unas 100 ha—. El Instituto Nacional de Urbanismo preparó y desarrolló el suelo urbanizado, contando para la ejecución de las infraestructuras con colaboración municipal y de la Diputación Provincial de Zaragoza.

Así, a finales de la década de los setenta el Polígono Industrial de Tarazona empezó a contar con sus primeras empresas. La mayoría eran de origen familiar y tamaño pequeño, pero desde su carácter pionero desempeñaron un papel decisivo en el relanzamiento de la actividad industrial turiasonense.

La modernización, casi revolución, de este Polígono llegaría años después con la instalación en 1988 de la empresa de cableados eléctricos del automóvil Delphi-C.E.TA.S.A. El inicio de su actividad marca el comienzo de la etapa más reciente en la historia industrial de nuestra comarca, tras el ocaso de las tradicionales textiles, como Cipriano Gutiérrez Tapia y Textil Tarazona. Durante todos estos años ha sido un auténtico motor de desarrollo económico, con una plantilla laboral que en algunos momentos ha superado el millar de trabajadores. En la actualidad, con sus 730 trabajadores, sigue siendo un centro de importancia capital, embarcado en un ambicioso programa de renovación tecnológica que constituye la principal garantía de perdurabilidad.



Tarazona. Interior Aeromac

El creciente desarrollo industrial observado en tiempos aún más próximos ha ocasionado la ocupación completa de este Polígono Industrial. Si entre 1978 y 1998 se habían vendido el 55% de las parcelas, en los últimos cinco años se han vendido el 45% restante. Esto se debe en parte a las facilidades e incentivos que el Ayuntamiento de Tarazona ofrece desde 1997-1998 para la adquisición de suelo industrial, la creación de empleo y las iniciativas locales de empleo. También han influido los convenios de colaboración firmados por la corporación municipal con la Entidad Pública Empresarial del Suelo [S.E.P.E.S.], perteneciente al Ministerio de Fomento, en los que han participado la Diputación General de Aragón y la Diputación de Zaragoza.

Un ejemplo significativo de este relance industrial lo ofrece la llegada de las empresas Aeromac y NMF Canadiense. Su instalación ha supuesto inversiones importantes –más de 309.000.000 € en el caso de la planta Aeromac– y ha contribuido a diversificar los sectores de actividad, frente a la preponderancia hasta entonces de la producción de cableados para el sector de la automoción. Además, han favorecido la cualificación del empleo, al precisar mano de obra especializada en áreas muy específicas de alta tecnología, cuya formación ha corrido en la mayoría de los casos a cargo de la empresa.

Aeromac Mecanizados Aeronáuticos fabrica piezas aeronáuticas de grandes dimensiones para proveer al mercado mundial. Dispone de cinco máquinas fresadoras CNC de doble cabezal de alta velocidad con capacidad de mecanizado para piezas de hasta 15 m de longitud. Por su parte, GAMESA Industrial diseña, fabrica y suministra componentes y subconjuntos para el mercado aeronáutico.



Tarazona. Exterior Faurecia

tico y aeroespacial. Se dedica a la fabricación de componentes mecanizados grandes –de 3 a 15 m de longitud– y medianos –entre 0,5 y 3 m– en aleaciones ligeras.

Otro ejemplo muy significativo lo constituye Faurecia. Instalada en el Polígono Industrial de Tarazona en 1999, es una planta que se dedica a la producción de piezas de inyección para componentes del automóvil, con capacidad para abastecer anualmente las necesidades de 1.000.000 de vehículos. En este caso la elección de la

ciudad del Queiles vino determinada por su posición estratégica con relación a los principales clientes de la empresa, que son la planta que General Motors posee en la localidad zaragozana de Figueruelas, la de Mercedes Benz en Vitoria y la de Volkswagen en Pamplona.

El pasado mes de abril de 2003, la sociedad pública S.E.P.E.S. presentaba una nueva actuación urbanística en el Polígono Industrial de Tarazona –conocida como *Tarazona 2ª Fase*–, emprendida en colaboración con el Ayuntamiento de la ciudad y orientada a la promoción de más suelo industrial.

La superficie bruta del Polígono Industrial Tarazona totaliza 102 ha, de las que 53 corresponden a la 1ª fase y 49 a la 2ª fase. De los 490.000 m² en proceso de desarrollo, 283.661 m² son de uso industrial y los restantes 150.216 m² corresponden a espacios libres y zonas verdes –de ellos, 75.912 m² son de red viaria y aparcamientos–. Los 283.661 m² industriales se dividen en 69 parcelas, cuya extensión oscila entre los 839 m² y los 19.952 m².

Las dotaciones que se han incorporado en esta 2ª fase son las siguientes: alumbrado público, electricidad B.T. –zonas en M.T.–, abastecimiento de agua, saneamiento, bocas de riego hidrantes e infraestructura telefónica.

El objetivo fundamental del S.E.P.E.S. es industrializar los polígonos y hacer de ellos unas zonas dinámicas capaces de activar el desarrollo de las ciudades, por lo que a la hora de vender las parcelas se establecen una serie de condiciones particularidades, tales como la obligatoriedad de edificar respetando la normativa del Plan Parcial y la legislación urbanística, la prohibición de enajenar por actos *inter vivos* sin haber construido y la obligatoriedad de integrarse en la entidad colaboradora de conservación.

Las características técnicas de este polígono son las siguientes:

Superficie total: 1.035.000 m²

Superficie de las parcelas: 712.013 m²

Número de parcelas: 150

Superficie mínima de la parcela: 1.000 m² [agrupables o segregables naves nido].

Pavimentación de viales: sí, asfáltica

Iluminación: sí

Acometida de agua potable: sí

Depósito regulador de agua: sí [13.789 m cúbicos]

Caudal máximo de agua: 260 mg/l CO₃Ca

Tratamiento previo del agua: cloración, decantación y filtración

Otras características del agua: gestión por el Servicio Municipal de Aguas

Red de saneamiento: hormigón (circulares y ovoides)

Lugar de vertido: depuradora de aguas residuales

Características de la depuradora: debaste, desarenador-desengrasador, tratamiento biológico, aireación.

Suministro electrónico: alta, media y baja tensión.

Gas Natural: realizada la distribución.

Potencia eléctrica máxima disponible: 23 VA/m² [consumo medio inst.]

Voltaje de las líneas de suministro: 44 Kv y 13,2 Kv. 4 Uds C.t. 1000, 100, 250 y 250 Kva.

Red telefónica: sí

Acceso a red: D.S.I. y ala red IBERCON.

Red de incendios: red hidrantes. Parque de Bomberos a 3 minutos

Aeropuerto más cercano: Zaragoza, a 86 Km

Puertos más cercanos: San Sebastián, a 184 Km, y Bilbao, a 240 Km

Normas Urbanísticas aplicables: Plan General de Ordenación Urbana.

Las empresas más destacadas instaladas en este polígono industrial son las siguientes:

- Delphi-Cetasa, S.L. [cables para automoción, 730 empleados].
- Faurecia [componentes inyectados para automóviles, 450 empleados].
- Aragonesa de Componentes Pasivos, S.A. [fabricación de potenciómetros, 71 empleados].
- Aeromac Mecanizados Aeronáuticos [fabricación de alas de avión, 37 empleados].
- NMF, Canadiense [fabricación de tubos para alas de aviones, 26 empleados].
- Ramiro Tarazona, S.A. [fabricación de muebles metálicos, 26 empleados].

- Andamios Tendo, S.L. [andamios, 19 empleados].
- Sociedad Cooperativa del Cable de Tarazona, S.C. [montaje de cableados automoción, 20 empleados].
- Cableados Puente Cristo, S.C. [montaje de cableados, 10 empleados].
- Carmave, S.L. [carpintería de madera, 11 empleados].
- Cronyplast-Tarazona, S.L. [galvanoplastia y transformaciones del alambre, 11 empleados].
- Talleres del Keyles, S.A. [mecanización de piezas, 32 empleados].
- Talleres Mecaux, S.L. [taller de mecanización, 13 empleados].
- Tarazona La Val, S.L. [manipulación cableados automoción, 13 empleados].
- Transformados Metálicos Tarazona, S.L. [piezas para electrodomésticos, 15 empleados].
- Embutidos Laseca, S.L. [elaboración de embutidos y productos cárnicos, 13 empleados].
- Ibercotton, S.A. [taller de confección].
- Megacars 2000 [tunelados para automóviles, 4 empleados].

El Polígono Industrial de Cunchillos

Los orígenes de esta instalación remontan a noviembre de 1972, cuando un grupo de particulares solicitó al Ayuntamiento la creación de un área industrial en este enclave. A pesar de ello, el proyecto de parcelación del Polígono de Cunchillos se dilató en el tiempo y no se elaboraría hasta noviembre de 1975.

Ocupa una zona para la que el Plan General de Ordenación Urbana [P.G.O.U.] establece como límites el Camino de Samanes por el norte, la Carrera Borja por el sur, el Camino de Cerces por el oeste y la futura carretera de circunvalación por el este.

Las características técnicas de este polígono son las siguientes:

- Superficie total:* 82.275 m
- Superficie de las parcelas:* 70.675 m
- Número de parcelas:* 47
- Superficie mínima de la parcela:* 328 m
- Superficie máxima de la parcela:* 14.940 m
- Pavimentación de viales:* sí
- Acometida alternativa:* no
- Procedencia:* red municipal
- Depósito de agua:* sí

Caudal máximo: 450 m³/h
Tratamiento previo: sí
Dureza: 260
Pb: 7,5
Gas natural: sí
Suministro eléctrico: alta/baja y media/baja
Centro de transformación: sí
Potencia eléctrica: 25 VA/m² (Kva)
Voltaje de líneas: 44/13.2 KV-380 (V)
Red telefónica: sí
Fibra óptica: no
Ferrocarril: no
Ferrocarril más próximo: Tudela, a 19 Km
Aeropuerto más próximo: Zaragoza, a 86 Km

Las empresas más sobresalientes que están radicadas en este polígono son las siguientes:

- Confecciones Brizer, S.A. [confección, 38 empleados].
- Confecciones Amoña, S.L. [confección, 19 empleados].
- Muebles Turiaso [fabricación de muebles, 16 empleado]
- Muebles Ovala, S.L. [fabricación de muebles de madera, 6 empleados].
- Cooperativa Agrícola San Atilano [fabricación de aceite de oliva, 4 empleados].
- COGAPESA [empresa de construcción].
- Construcciones Calavia [venta de materiales de construcción].
- Manuel Fernández Royo, S.L. [carpintería de madera, 2 empleados].

La actividad comercial

El sector comercial ha tenido históricamente un peso muy notable en la economía de la comarca de Tarazona y el Moncayo. La cabecera cuenta con una marcada tradición mercantil que se sustenta en su condición de centro de intercambios del territorio que la rodea y, sobre todo, en su peculiar emplazamiento, en la vía de paso abierta por el río Queiles entre el valle del Ebro y la Meseta soriana.

Sin embargo, desde mediados de la década de los noventa la ciudad de Tudela ha absorbido una parte de la actividad comercial turiasonense. Numerosos centros, en particular grandes superficies, han elegido la capital de la Ribera navarra como sede y otro tanto ha ocurrido con enclaves lúdicos como multicines, grandes dis-



Tarazona. Feria "Tarazona-Muestra"

cotecas, etc. Todo ello ha llevado a la población a modificar de forma paulatina sus hábitos de consumo.

Frente a esta realidad, difícil de cambiar, se hace imprescindible la adopción de nuevas estrategias que contribuyan a potenciar los productos y mercancías locales, y a dar a conocer sus cualidades y ventajas.

Con esta perspectiva, la Asociación de Comerciantes y el Ayuntamiento pusieron en marcha en 1999 la Feria Comercial Tarazona Muestra, un evento de periodicidad anual que desde entonces tiene lugar todos los años por el mes de abril. Las cinco ediciones celebradas han consolidado este certamen, haciendo del mismo una cita obligada dentro del calendario ferial aragonés.

En sus tres días de duración –siempre viernes, sábado y domingo–, la Feria acoge a casi un centenar de comerciantes y empresarios que presentan sus mejores productos e iniciativas. De forma paralela, se programa una intensa actividad cultural para completar una oferta que en las últimas ediciones ha conseguido atraer una media de 40.000 visitantes, procedentes en su mayoría de Navarra, Soria, La Rioja, la provincia de Zaragoza y la propia ciudad.

En este marco hay que situar los acuerdos de colaboración rubricados entre la Asociación de Comerciantes de Tarazona y el Ayuntamiento de la ciudad, en virtud de los cuales la primera ha puesto en marcha en los últimos cuatro años diversas iniciativas para modernizar y dinamizar la actividad comercial en la ciudad del Queiles, un sector tradicionalmente pujante pero que, como se ha señalado, se había ralentizado en los últimos tiempos.

Aprender trabajando. Las restauraciones en el monasterio de Veruela

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ GARCÍA

La fundación del Real Monasterio de Santa María de Veruela es la más antigua promovida por la Orden de San Bernardo en territorio aragonés. Su origen se remonta hasta mediados del siglo XII, cuando una comunidad de monjes, procedentes de Fitero, decidió establecerse en el somontano de Moncayo.

La zona más antigua, erigida en época medieval, se ajusta en todos los detalles a la normativa constructiva de la Orden y constituye uno de los conjuntos mejor conservados, en su género, de nuestro país. Posteriormente, durante el siglo XVI se acometieron importantes trabajos de remodelación en sus dependencias. Éstos llevaron aparejada la erección del palacio abacial

y la reconstrucción de los cerca de mil metros de su recinto amurallado. En el transcurso del siglo XVII el acerbo de oficinas conventuales se completó con la adición, en la parte oriental, del monasterio barroco, un gran edificio concebido para albergar celdas de monjes cuya superficie casi supera la del conjunto medieval.

Hasta la Desamortización de 1835, el complejo monástico sirvió como cenobio cisterciense. Más adelante, en 1877, pasaría a albergar un noviciado de la Compañía de Jesús. Desde hace unos años se ha transformado en escenario de actividades culturales bajo la tutela de la Diputación de Zaragoza, usufructuaria del monumento desde 1973 y propietaria del mismo desde 1998.

Durante estos ocho largos siglos de historia, la función religiosa se ha encargado de modular arquitectónicamente Veruela pues, a partir del rígido planteamiento constructivo medieval, han ido creciendo las edificaciones dentro del vasto recinto amurallado que en otro tiempo marcó la frontera espiritual de la comunidad. Dependencias como la iglesia, el claustro o la sala capitular cuentan con personalidad propia y merecen, por sí mismas, ser consideradas como verdaderos ejemplos monumentales. Otras estancias carecen de tanta espectacularidad pero están dotadas de esa rotundidad que sólo resulta posible contemplar en las fábricas monásticas.



Monasterio de Veruela. Taller de cantería

Por todo lo anterior, el conjunto de Veruela es declarado Monumento Nacional en 1919. Esta primera catalogación, referida únicamente al conjunto medieval, se vio ampliada posteriormente por el Decreto 1.771, de 1 de diciembre de 1928, para proteger el recinto amurallado y todo lo en él contenido.

Por fin, en época muy reciente, prácticamente en nuestros días, la Diputación de Zaragoza decide acogerse al programa de Escuelas-Taller, impulsado por el Instituto Nacional de Empleo desde 1985, con el propósito de recuperar el monumento para usos sociales y culturales, mientras el trabajo que suponía llevar a cabo la rehabilitación y puesta en marcha revertía en

la cualificación de jóvenes necesitados de formación artesanal adecuada, residentes en las poblaciones cercanas a Veruela dentro de las comarcas de Tarazona y el Moncayo y Campo de Borja.

Aprender trabajando

La historia de la implantación de las Escuelas-Taller de Restauración en el monasterio de Veruela se remonta a diciembre de 1988, cuando el INEM aprueba un proyecto, elaborado por la Diputación de Zaragoza, para instalar en el antiguo complejo monástico un centro de formación para jóvenes desempleados orientado hacia la recuperación integral de uno de los más importantes monumentos de la Comunidad Autónoma de Aragón.

Hasta esa fecha, Veruela era un conjunto de gran prestigio, a pesar de estar claramente infrautilizado. A la par, se daba la circunstancia de que estaba emplazado en el corazón de una comarca muy deprimida y de expectativas de futuro nada claras. Estos hechos hacían de Veruela y el somontano de Moncayo un enclave ideal para la creación de una Escuela-Taller que actuara como motor de desarrollo de la zona. Por ello, con el único objetivo de aprender trabajando y labrar un futuro en los jóvenes de las comarcas limítrofes, en 1988 se subió el primer peldaño de una escalera de formación y rehabilitación verolense que todavía continúa.



Monasterio de Veruela. Barbacana de la muralla

La Escuela-Taller Monasterio de Veruela I

Como se ha apuntado, la primera Escuela-Taller en Veruela inició su andadura en diciembre de 1988 con unos objetivos centrados en la formación de jóvenes desempleados en oficios artesanales muy demandados por entonces en el mercado laboral y que, en muchos casos, habían desaparecido prácticamente –caso de la cantería o de la carpintería tradicional de armar–.

Para ejecutar el proyecto se ideó un programa de formación para desarrollarlo en los distintos talleres implantados, ajustándolo a las directrices marcadas desde el INEM. En general, podríamos resumir los contenidos en dos postulados:

- Formación del alumnado para el ejercicio de los oficios correspondientes, con particular atención a la recuperación de técnicas tradicionales ya perdidas o en proceso de desaparición.
- Contribución a la restauración del monumento que sustentaba la Escuela-Taller.

Dentro de esta dualidad funcional, las clases teóricas y prácticas se fueron intercambiando con la ejecución de obras en el monasterio, poniendo especial énfasis en aquellas cuestiones que ofrecían posibilidad a la participación conjunta de varios talleres.

Las intervenciones más importantes acometidas entonces fueron:

- Construcción de buena parte de los talleres de la escuela, restauración de las bóvedas de la escalera barroca, restauración y rehabilitación de los

dos torreones laterales de entrada y la barbacana anexa, pavimentación del ingreso al monasterio y reconstrucción del sobrepiso del aljibe medieval.

El aljibe medieval es, sin duda, una de las salas más sencillas y a la vez más armónicas de Veruela, que hasta el siglo XVI garantizó el abastecimiento de agua a la comunidad pero que, tras alterarse su cauce, pasó a desempeñar funciones de índole diversa.

Esta estructura semienterrada es una cuidada sala de cantería, cerrada con bóveda de cañón apuntado, que dos arcos fajones dividen en tres tramos. En principio la luz penetraba a través de sendas ventanas practicadas en los lados cortos, una de ellas adintelada y la otra de medio punto. La total falta de concesiones al ornato, reducido a la moldura que marca la línea de impostas en los arcos, deja bien a las claras su concepción estrictamente funcional. Las características arquitectónicas de la estancia aconsejan su adscripción a la primera etapa constructiva del monasterio, en torno a las décadas iniciales del siglo XIII.

En fecha más reciente, sobre la fábrica medieval se había levantado una segunda planta. El avanzado estado de deterioro de la misma, agravado con el hundimiento en 1990 de la cubierta, urgió su inmediata rehabilitación. Los trabajos, abordados de modo paralelo a la restauración del recinto medieval, corrieron a cargo de las Escuelas-Taller de Restauración Monasterio de Veruela I y II, entre 1990 y 1993, y lograron recuperar un espacio de incuestionables valores plásticos y artísticos reconvertido en sede del Museo del Vino. En la zona medieval se limitaron a la limpieza de paramentos y a la sustitución puntual de las piezas de cantería más deterioradas. La sala superior fue reconstruida en su integridad para conseguir un ambiente tradicional que sirviese de marco a las nuevas funciones de naturaleza museística.

De modo paralelo se acondicionaron los accesos a la sala inferior y se ajardinó el espacio inmediato con la idea de convertirlo en prolongación del Museo. Para ello se creó una viña con la plantación de todas las variedades incluidas dentro de la Denominación de Origen Campo de Borja.

Simultáneamente, el taller de cantería atendía a la reposición de merlones de las murallas exteriores, la sustitución de piezas deterioradas en el claustro, sala capitular y aljibe medieval, la confección de dos óculos de nueva traza y la restauración de las jambas de la iglesia abacial.

Por otro lado, el trabajo de carpintería se basó en la ejecución de obra para el monasterio. En el aspecto más creativo se confeccionaron columnas y capiteles para un retablo barroco, una balaustrada renacentista, los muebles de la Oficina de Información del monasterio y una maqueta del desaparecido retablo mayor verolense.

Finalmente, el equipo de jardineros reanudó el mantenimiento de las zonas ajardinadas, algunas abandonadas desde la marcha de los jesuitas en 1973. A la vez efectuaron otras labores como:

- Creación y mantenimiento de nuevos jardines.
- Realización de un herbario con más de 100 plantas características de la zona (flora autóctona).
- Recolección y clasificación de semillas obtenidas en los diferentes recorridos efectuados en el Moncayo y siembra en los viveros del monasterio.



Monasterio de Veruela. Paseo de los plataneros

La Escuela-Taller Monasterio de Veruela II

La Diputación de Zaragoza, en colaboración con el INEM, presentó en el año 1992 un nuevo programa de Escuela-Taller para Veruela, teniendo en cuenta los buenos resultados obtenidos con el primer proyecto y el aprecio de una insistente demanda de los oficios tradicionales por parte de la juventud asentada en el somontano de Moncayo.

Para ello se plantea la actuación en el interior del monasterio, una vez acometida la reorganización de accesos y la recuperación de una parte de su muralla, en la zona del monasterio barroco, para habilitar en sus dependencias un centro para el ocio que completaría el abanico de usos del cenobio y que entonces comprendía únicamente aspectos turísticos.

Por otra parte, el éxito sociolaboral del programa formativo anterior, refrendado por un nivel de colocaciones entre los antiguos alumnos próximo al 50%, cifra más que interesante para el medio rural en los inicios de los noventa, tuvo su proyección en el cambio de imagen operado en el monumento. Se habían dado los primeros pasos para dotar a Veruela de la infraestructura precisa para transformarlo en el gran centro turístico y cultural que liderase el desarrollo de una zona en franca depresión.

En este contexto, la aprobación de esta segunda Escuela-Taller, en junio de 1992, constituyó una apuesta decidida por la consolidación y afianzamiento de una ini-

ciativa dotada de gran futuro. Desde el punto de vista formativo, esta nueva etapa tuvo un éxito comparable a la anterior, con expectativas de inserción laboral cercanas al 60% merced, en buena medida, a la excelente labor de orientación y proyección de empleo ejercida de modo paralelo al funcionamiento de la Escuela-Taller por el Módulo de Promoción y Desarrollo de la comarca del Moncayo.

Desde la perspectiva monumental, el impacto positivo fue muy superior al alcanzado con el primer proyecto. Se ejecutó el adecuado acondicionamiento de los accesos al monasterio, así como la recuperación de diversas zonas concretas, pensando en mejorar la imagen turística del monumento y transformar éste en polo generador de trabajo, sin descuidar en ningún momento su condición de vivero de jóvenes profesionales llamados a cubrir la demanda laboral del ámbito de Tarazona y comarca.

Las principales actuaciones de esta nueva etapa fueron las siguientes:

- *Acondicionamiento de los accesos al monumento medieval (zona de la barbacana y paseo de los plataneros)*. Nivelación de terrenos, acondicionamiento del vial, incluido adoquinado, y empedrado de ambos sectores junto con el ajardinado de las zonas limítrofes.
- *Restauración de la fachada occidental de la iglesia monacal*. Sustitución de elementos dañados en la zona del hastial, con el desmontaje y remontaje de toda la estructura. Reparación del tercio inferior de las arquivoltas del óculo principal y consolidación del talud de la puerta principal y de las columnas colgantes. Finalmente se trató toda la fachada para su consolidación y preservación futura.
- *Conclusión de los trabajos de restauración y rehabilitación del antiguo aljibe para su conversión en sede del Museo del Vino*. Acabado de interiores, incluso la recuperación de los paramentos pétreos de la sala inferior. Ordenamiento de los accesos mediante la construcción de muros de contención, rampas y escalinatas, así como el adoquinado de los mismos. Dotación de contenidos museísticos a las dos salas que integran el conjunto. Creación de un jardín-huerta temático relativo al cultivo de la vid en el que están representadas todas las variedades admitidas por el Consejo Regulador de la Denominación de Origen Campo de Borja.
- *Restauración del frente occidental del recinto defensivo (sectores colaterales a la zona de la barbacana)*. Consolidación de los paramentos de muralla y enlucido posterior con mortero especial. Reposición del albardillado, merlones perdidos y restauración de los elementos conservados.
- *Rehabilitación del jardín-huerta, con el antiguo molino barinero*. Por una parte se recuperaría la zona de huerta y jardín, sita dentro de la muralla monástica, para su conversión en un espacio abierto al público. Para ello se efectuaron



Monasterio de Veruela. Jardines

trabajos de nivelación de terrenos, construcción de estanques, introducción de riegos, sistemas de conducción de agua por acequias, delimitación de parterres y realización de fuentes de piedra natural. Por otro lado, se rehabilitó el antiguo molino harinero, con su viaducto, cascada, bóveda de la antigua sala de molienda y planta superior –anterior depósito de grano y harina–.

- *Creación del Museo de los Bécquer.* En este entorno se recuperaron las celdas del monasterio barroco que ocuparon Gustavo Adolfo y Valeriano Bécquer durante su estancia en Veruela en el siglo XIX. Las obras supusieron la consolidación de suelos y forjados, limpieza de las pinturas decorativas existentes en las paredes, reparación de tarimas, instalaciones eléctricas y adecuación museística del recinto.
- *Acondicionamiento de la primera planta de la antigua casa de ejercicios para su conversión en hospedería.* Ahora se redistribuirían las habitaciones para dotarlas de servicios, incluso baño en cada una de ellas, mejorando las redes eléctrica y sanitaria.

Otro apartado fundamental lo constituyen las intervenciones sobre las zonas verdes del monasterio. El jardín-huerta de Veruela responde a un concepto que difícilmente puede ajustarse a los convencionales de catalogación de masas vegetales. Su origen se remonta a la época del Renacimiento, cuando los abades Hernando de Aragón y Lope Marco dispusieron la total renovación del recinto fortificado entre 1541 y 1553. La medida supuso la creación de un vasto espacio cerrado de superficie cercano a las cinco hectáreas, usado durante largo tiempo como huerta y vergel.

Esta función fue enriqueciéndose con el paso de los años, a medida que los monjes empezaron a destinar algunas parcelas a cometidos más específicos. Basta recordar la labor del ilustrado fray Antonio José Rodríguez (1705-1777), monje profeso de Veruela y gran conocedor de los arcanos secretos del arte de la botica, que cultivó en el cenobio numerosas plantas aromáticas y medicinales del Moncayo.

El proceso se hizo irreversible a comienzos del siglo XIX, cuando bajo el gobierno abacial de Benito Oñate (1815-1819) se reordenaron las huertas, distribuidas en varias zonas separadas por frutales, que en número cercano al millar se plantaron por entonces.

La llegada de la Compañía de Jesús en 1878 supuso un cambio radical en la actitud hacia la huerta monástica. Por vez primera hay voluntad de introducir zonas ajardinadas en sentido estricto –paseo del palacio abacial, bosque romántico...–, llamadas a transformar la fisonomía secular del monasterio. Un cambio de actitud que alcanzará su momento más dulce poco antes de 1918, fecha en que se llevará a cabo el más antiguo levantamiento planimétrico conocido de la disposición de los distintos ambientes vegetales acotados por la muralla.

Este valioso documento se plasma en una realidad conocida como jardín-huerta, en la que es posible distinguir dos ámbitos bien diferenciados. El primero, concebido para arropar las zonas más monumentales, se caracteriza por la presencia de arbolado ornamental –barbacana, paseo del palacio, jardín de la portería, claustros y dos masas boscosas–. Por su parte, el segundo espacio comprende el resto y ha mantenido el uso hortícola primitivo.

El deseo de recuperar esta joya intramural surge en 1986, cuando se acometen las primeras tareas de limpieza y desbroce, aunque hasta dos años después no se decidiría su recuperación dentro de un proceso de restauración integral del monumento. Con la colaboración de las Escuelas-Taller Monasterio de Veruela I y II se pondría en funcionamiento un vivero nuevo en el que se reunirán casi medio centenar de especies de plantas, árboles y arbustos de la comarca de Tarazona y el Moncayo.

Se completó el proyecto con la restitución de la antigua red de riegos que vivificaba los espacios vegetales incluidos dentro de la muralla. Finalmente, se efectuaron labores puntuales de reordenación y restauración vegetal en diversos puntos, algunas tan entrañables como la feliz recuperación del viñedo centenario plantado por los padres jesuitas.

La catalogación del proyecto de rehabilitación del jardín-huerta de Veruela como proyecto piloto de Conservación del Patrimonio Arquitectónico Europeo dentro de la convocatoria de 1993, con los beneficios que de ello se derivaron, supuso un empujón definitivo a esta ambiciosa empresa. En esta ocasión, los trabajos fueron fruto de la colaboración entre el Servicio de Recursos Agrarios de la Diputación de Zaragoza con su Escuela-Taller.

Por lo que lleva implícito para el conjunto, no debe pasarse por alto esta distinción recibida, cuya importancia no radica tanto en el aporte económico como en el reconocimiento de las instituciones comunitarias a la importante labor desarrollada por ambas entidades y por la enorme repercusión pública que tuvo el hecho de que Veruela formara parte de los cincuenta mejores proyectos seleccionados por la Comunidad Económica Europea.

La Escuela-Taller Monasterio de Veruela III

Con el fin de dar continuidad a las obras de restauración del monumento y seguir dinamizando económica y laboralmente la comarca, el 29 de diciembre de 1995 se inicia un tercer proyecto formativo con el fin de:

- Mantener la política de restauración, con particular atención para aquellas estancias vinculadas orgánicamente a las ya rehabilitadas, pero sin descartar otras actuaciones necesarias para completar el mapa de servicios culturales del complejo.
- Ampliar el abanico de opciones turísticas al visitante potencial con la reapertura de zonas todavía vedadas al público, pero susceptibles de recuperación tras atenciones puntuales.
- Complementar las infraestructuras precisas para atender a los casi 100.000 visitantes anuales que se recibían por aquel entonces.



Monasterio de Veruela. Acondicionamiento de los espacios anexos al sobreclaustro



Monasterio de Veruela. Óculo medieval de la iglesia tras su restauración

- Mejorar la red de infraestructuras –fontanería y electricidad– del monasterio, en muchos casos anticuadas.
- Alentar la creación de una serie de pequeñas empresas que abasteciesen los servicios ofertados por el monasterio.

Para llevar a cabo estos objetivos abrió sus puertas una nueva Escuela-Taller con las especialidades de albañilería, cantería, carpintería, jardinería-medio ambiente, fontanería y electricidad. Los proyectos de obra

desarrollados estaban encaminados a ampliar la zona visitable del complejo, entonces un 50% de la parte monumental de Veruela:

- Se actuó en la torre medieval de la iglesia monástica y en la rehabilitación de nuevos sectores del monasterio barroco para incrementar los potenciales servicios hosteleros.
- También se atendió globalmente al sector septentrional de los jardines, complementando en buena medida la tarea de recuperación de la masa vegetal iniciada con la Escuela-Taller en 1988.
- Se acometió una revisión en profundidad de las redes de electricidad, fontanería y calefacción y, de forma paralela, se intervino en la iluminación del complejo monumental, tanto edificado como ajardinado.

La Escuela-Taller Monasterio de Veruela IV

Siguiendo con la extensa nómina de proyectos formativos que se han desarrollado en el cenobio verolense, en 1997 dio comienzo un cuarto proyecto cuyas obras o actuaciones son las siguientes:

- *Recuperación del salón de reyes o dormitorio medieval.* Espacio construido originalmente en el siglo XIII, al que en el siglo XVI se le sustituyó la cubierta de madera por una bóveda de crucería estrellada de bella factura. La actuación se cerró con la restauración de esta sala, liberándola de actuaciones recientes, en el fin de que recuperase el ambiente que debió tener en época renacentista. Se dejaron como testigos de obra las referencias medievales que el paso del tiempo no había eliminado.

- *Restauración de las murallas.* La intervención en el recinto amurallado supone la continuación de las iniciadas por anteriores proyectos de Escuela-Taller. En conjunto, la muralla es una cerca levantada en mampuesto revestido y coronado por una vía de merlones y albardillas de piedra sillar, todo ello construido a mitad del siglo XVI. Las obras se circunscribieron al sector murado que limita con el jardín recuperado por la Escuela-Taller precedente.
- *Claustro barroco.* Estas dependencias fueron erigidas a fines del siglo XVIII. La restauración se ha basado principalmente en el tratamiento de estucos, yesos y pinturas de las mismas.
- *Recuperación del gran óculo del siglo XIII.* La actuación en este punto concreto ha consistido en liberar al óculo que preside el brazo sur del transepto de la iglesia monástica de un pilar que lo ocultaba, tras haber cosido previamente las dovelas originales, poniendo en valor así un motivo fundamental en el monasterio, complemento ideal de la sala que lo cobija y de la iglesia abacial que lo protege.

El Taller de Empleo Valeriano Bécquer

Con el fin de incidir en la recuperación del monumento, la Diputación de Zaragoza decide impulsar un proyecto novedoso para la comarca, cofinanciado con el INEM, destinado a la instrucción artesanal de mayores de 25 años para su posterior inserción en el mercado laboral, tras un año de activa formación.

Con este propósito, un grupo integrado por de 22 personas –buena parte de ellas mujeres– inician su quehacer el 10 de junio de 2002, distribuidas en los talleres de cantería, construcción y revestimientos. El programa de intervenciones previsto incluía la restauración de:

- *La capilla de los jesuitas.* Espacio dispuesto en el siglo XIX, anexo al dormitorio medieval, y cuya labor principal consiste en la recuperación de molduras, estucos, pavimentos y pinturas, con el objeto de reconvertirlo en una sala de conciertos.
- *Sacristía (Fase I).* Dependencia construida en la década de 1660 por los abades Bernardo López y Orencio Borruel. Se trabaja en la recuperación de las puntas de diamante de yeso y la decoración de naturaleza vegetal sobre la bóveda.
- *Centro de Interpretación del monasterio.* Sala localizada entre el claustro barroco y la nave de la Epístola de la iglesia abacial. La intervención ha consistido en rehabilitar un ámbito infrautilizado para futuro centro de interpretación.

- *Consolidación del sobreclautro renacentista.* Teniendo en cuenta la deficiente situación en la que estaban los yesos de este singular conjunto, se ha pretendido consolidar las piezas conservadas y evitar que el deterioro siguiese progresando.

A modo de conclusión

Desde que se iniciara la primera Escuela-Taller, allá por el año 1988, mucho es lo que se ha avanzado en la recuperación del monasterio de Veruela. Sus oficinas conventuales, instalaciones, huertas y jardines han vuelto a cobrar vida gracias a que programas novedosos de formación, intercalados con las obras de restauración del edificio a cargo de la propia Diputación de Zaragoza, se han impartido a lo largo de estos casi quince últimos años.

Pero, además, si la recuperación de un monumento de esta envergadura resulta plausible por sí misma, más lo es todavía si tenemos en cuenta que ha sido posible gracias a que generaciones y generaciones de hombres y mujeres, jóvenes y adultos de las comarcas del somontano del Moncayo, allí han cultivado y adiestrado sus habilidades sociales y profesionales facilitando su inserción en el mercado laboral y, por tanto, su asentamiento en el territorio propio, contribuyendo a su permanente desarrollo.

Consecuencia de todo lo anterior serán las diferentes hornadas, suficientemente formadas, de ex-alumnos salidos de los programas impartidos en Veruela que crecen profesional y laboralmente permitiendo que los proyectos ya finalizados ensanchen el contenido a medida que transcurre el tiempo.

Pero, a pesar de que se ha trabajado mucho y bien, no se agotan las posibilidades del monasterio de Veruela y todavía es mucho lo que queda por hacer. De ahí que, sin duda, novedosos proyectos que cabalgan entre la restauración y el empleo

darán continuidad a los descritos en estas líneas, poniendo su grano de arena en la recuperación del monasterio.

°Ojalá llegue pronto el día en que no sean necesarios más proyectos de este tipo en Veruela, pues eso nos indicará que el monumento está restaurado y que las necesidades de cualificación y el desempleo en la comarca son inexistentes!



Monasterio de Veruela. Restauración de la capilla de los jesuitas

LUISA M^a ESPINO GIL

En el futuro de un territorio intervienen aspectos de diversa índole: los recursos de la zona, el potencial humano, la capacidad política y técnica, la situación económica... factores de cuya conjunción depende la calidad de vida en la comarca y, en definitiva, la de su población.

Sin olvidar estos factores, es necesario partir del pasado como referente y de un buen conocimiento de la realidad existente, tanto de sus debilidades como de sus potencialidades, para reducir las primeras y aprovechar las segundas. Por otra parte, será decisivo el papel de las entidades locales de la comarca, así como de las políticas de desarrollo, cuya eficacia dependerá del grado de consenso social y político que se logre para determinar las líneas estratégicas de actuación y de gestión.

La comarca: nuevo órgano administrativo de gestión

En julio de 2001 nacía la comarca de Tarazona y el Moncayo como entidad supramunicipal de gestión de servicios públicos, dotada, entre otras competencias, de las relativas a ordenación de territorio, acción social, cultura, deportes, promoción del turismo, artesanía, promoción industrial, ferias y mercados comarcales. La aparición de este nuevo órgano implica la descentralización de competencias por parte de la provincia y de la comunidad autónoma, acercando la responsabilidad de la administración a sus destinatarios. Ello puede repercutir significativamente en un incremento de la eficacia en la utilización de recursos si las actuaciones emprendidas responden a las necesidades y posibilidades de la zona y de sus gentes. Asimismo, puede suponer una nueva forma de trabajar en defensa de la solidaridad y el equilibrio dentro de este ámbito territorial, como cita de forma expresa la Ley de creación de la comarca.

Iniciativas de desarrollo en la comarca

La experiencia de Leader II como referente de desarrollo en la comarca

La Iniciativa Comunitaria Leader II ha contribuido a que la fotografía de la comarca sea hoy completamente diferente a la que se podía ver con anterioridad a 1997, año en que se inició este programa gestionado por la Asociación para el Desarrollo de las Tierras del Moncayo (ASOMO).

Leader II fue el instrumento financiero de la Unión Europea dirigido a impulsar el desarrollo sostenible de las zonas rurales, basado en la búsqueda de soluciones adaptadas a los territorios y en el apoyo económico de proyectos relacionados con la formación, el turismo, la creación de empresas, la transformación agroalimentaria, el medio ambiente y el patrimonio. Además de la aportación económica de la Unión Europea, la ayuda fue financiada con fondos estatales —a través del Ministerio de Agricultura—, autonómicos y locales.

La influencia de esta Iniciativa en la zona fue decisiva en materia de empleo y de mejora de la calidad de vida, pues incidió en aspectos determinantes para garantizar el desarrollo. Así lo demuestran los resultados cuantitativos y cualitativos alcanzados. Necesidades formativas en materia de industria, turismo y servicios se cubrieron con la puesta en marcha de un plan formativo en campos con claras posibilidades de futuro en materia de empleo como la asistencia a domicilio, la gestión del ocio, la calidad en los procesos productivos o las nuevas tecnologías. En total, más de 500 participantes realizaron cursos diseñados en función de las demandas reales y atendiendo a la mejora y a la creación de empleo.

El sector de turismo rural, apenas significativo en los inicios de Leader, experimentó un importante despegue y el tejido empresarial creció cuantitativa y cualitativamente, en especial la oferta de alojamientos de turismo rural que años atrás era casi inexistente.



Tarazona. Seminario Internacional sobre Financiación, 1999. Organizado por ASOMO (Leader II)

Por otra parte, fueron también decisivos para reforzar este sector el apoyo a la creación de la Asociación de Turismo Rural Moncayo Vivo por su papel esencial para la difusión de la oferta, y la ayuda a la instalación de exposiciones permanentes de diversa temática en varias localidades.

Leader II permitió impulsar proyectos y acciones que supusieron una expansión de los sectores industrial y de servicios, y un incremento y consolidación del empleo, siendo asimismo muy

positivo el asesoramiento prestado a los emprendedores a través de convenios de colaboración con varios organismos.

En agricultura, las acciones se orientaron hacia la atención a empresas de transformación y comercialización, y hacia el desarrollo de acciones de información, promoción y asesoramiento.

Los proyectos vinculados al patrimonio y a la conservación y mejora del medio ambiente tuvieron también un lugar importante, destacando entre las principales líneas seguidas el respaldo a asociaciones culturales para la realización de actividades relacionadas con la divulgación del patrimonio.

"Leader Plus" como herramienta de futuro

Finalizada la vigencia de Leader II, ASOMO solicitó la concesión de la nueva ayuda comunitaria Leader Plus para el territorio. Con ese propósito se elaboró un nuevo programa en el que participaron los diferentes sectores económicos y sociales.

En la actualidad, la nueva Iniciativa de Desarrollo, Leader Plus, funciona ya en la comarca de Tarazona y el Moncayo y en la de Campo de Borja, y constituye una herramienta que puede ser decisiva para el porvenir de estas tierras ya que tiene por objetivo general elevar la calidad de vida en las dos áreas a través de la mejora de la competitividad social, medioambiental y económica.

Ejes de desarrollo

Los ejes de desarrollo contemplados por el programa propuesto, surgidos del debate y consenso entre un amplio grupo de agentes y sectores económicos y sociales, pueden servir como referente a la hora de planificar el futuro de la zona:

- Mejorar las condiciones de vida de la población, especialmente de mujeres y jóvenes.
- Apostar por un turismo ecológico y cultural de calidad.
- Apoyar la producción agrícola de calidad.
- Favorecer la diversificación industrial y las nuevas tecnologías.
- Adaptar la formación a las demandas laborales e impulsar la formación continua de los trabajadores.
- Mejorar los servicios existentes.

Un eje clave de desarrollo: el turismo

Los recursos naturales y culturales de la zona destacan por su calidad, y así lo perciben sus habitantes y quienes nos visitan. Del mismo modo lo valoran estudios generales sobre la situación comarcal redactados en diferentes ocasiones y, de manera específica, los monográficos sobre turismo, como el Plan de Turismo abordado en el marco de la Iniciativa Leader, cuyas conclusiones siguen estando vigentes en cuanto a potencialidades y debilidades.

Este plan remarca entre las potencialidades del sector la existencia de recursos de alto interés y el desarrollo de iniciativas empresariales. Entre las debilidades, subraya el escaso grado de explotación de estos recursos, la inexistencia de una estrategia global y la ausencia de actividades y servicios que conformen una oferta atractiva.

Por otra parte, hay que apuntar el incremento de la oferta turística en estos últimos años, de forma que en la actualidad el número de plazas de alojamiento disponibles asciende a 1.508 distribuidas en hoteles, viviendas de turismo rural, albergues y un área de acampada.

Las viviendas de turismo rural, que en 1993 eran solo dos –una en Vera de Moncayo y otra en Alcalá de Moncayo–, son hoy doce y hay varias más en proyecto. Este aumento de la oferta, junto con el funcionamiento de la Asociación comarcal de Turismo Rural, supusieron los primeros pasos en el afianzamiento del sector, en el que fueron determinantes la capacidad emprendedora de quienes se decidieron a apostar por esta actividad y el apoyo técnico y económico que en muchos casos recibieron gracias a la Iniciativa Comunitaria.

Es cierto que el esfuerzo de la iniciativa privada y pública ha contribuido significativamente a la mejora de la oferta turística, y que se ha avanzado en la organización de actividades, pero a este respecto queda todavía mucho por hacer desde uno y otro ámbito para alcanzar una oferta basada en la calidad, con una puesta en valor de los recursos de las diferentes localidades.

Está claro que el futuro de la comarca no puede depender exclusivamente del turismo, pero hay una serie de factores que nos indican que puede contribuir en buena medida al desarrollo territorial, en particular para los municipios más pequeños.



Santa Cruz de Moncayo. Casa de Turismo Rural El Mirador

Las conclusiones del estudio mencionado coincidieron en señalar las actuaciones en turismo vinculadas a los recursos culturales y naturales como ejes estratégicos que podían ayudar a la generación de empleo y al mantenimiento de la población de la zona. Por lo tanto, merece la pena apostar por el buen aprovechamiento de unos recursos que se encuentran claramente infrautilizados y vertebrar la gestión del turismo a nivel comarcal. Para ello se hace imprescindible la coordinación de cuantos intervienen en todas las esferas –responsables políticos, técnicos, asociaciones, empresarios de hostelería y restauración, comerciantes, etc.– de forma que unan esfuerzos en organización de la oferta, en difusión y en el aumento del nivel de los servicios, sin olvidar la importancia del apoyo técnico y formativo como herramientas que pueden garantizar la eficacia en las actuaciones.

Actuaciones y proyectos de futuro

La comarca cuenta, pues, con importantes recursos a nivel cultural, natural y económico, así como con políticas específicas de desarrollo que pueden ser determinantes para el progreso de la zona. Algunas de las actuaciones prioritarias estarían orientadas a los servicios de proximidad, que aumentarían los beneficios socioeconómicos para la comarca elevando las condiciones de vida de la población y generando empleo en nuevos yacimientos.

Así, deberían reforzarse los servicios de cuidado a la infancia y a los mayores, los servicios ligados al ejercicio del ocio y las acciones que faciliten el acceso de la población a los servicios telemáticos. En esta línea hemos de situar varios proyectos en diferente fase de ejecución, como la Escuela infantil municipal y el nuevo Centro de Salud, ambos en Tarazona, el Centro de Día de Novallas y el proyecto ZIP (Zaragoza Intranet Provincial) impulsado por Diputación de Zaragoza.

También habría que tener en cuenta las iniciativas orientadas a potenciar la agricultura alternativa y a la transformación y comercialización de productos derivados del sector primario primando las producciones de calidad.

En PYME'S y servicios, las actuaciones deberían apostar por la diversificación de las economías locales desde el punto de vista del territorio y de actividad, por la creación y consolidación de empleo con especial hincapié en los nuevos yacimientos, sobre todo si ofrecen buenas perspectivas para colectivos con mayores dificultades de integración en el mercado laboral, como es el caso de mujeres, jóvenes y discapacitados.

Por otra parte, sería necesario fomentar las acciones tendentes a valorizar el patrimonio cultural y natural como apuesta por un desarrollo alternativo. En este sentido, son destacables las obras de restauración del palacio de Eguarás en Tarazona, así como su futuro acondicionamiento como centro de servicios culturales y de ocio. En relación con esta valorización de los recursos del territorio,



Tarazona. Exposición Permanente de Arqueología del C.E.T.

las actividades en turismo pueden contribuir decisivamente a reactivar la actividad económica, generando empleo y favoreciendo el mantenimiento y el incremento de la población.

La apertura de nuevas viviendas de turismo rural o la remodelación de espacios como el Museo del Vino de Veruela, actualmente en ampliación, unidos a la organización de eventos culturales que aprovechen el potencial patrimonial son buenos ejemplos.

Pero todas estas actuaciones no lograrían mejorar la competitividad territorial sin una planificación formativa acorde a las necesidades y posibilidades de la población y del tejido económico que incida en medidas para revitalizar los sectores económicos más deprimidos y con mayores perspectivas y otorgue prioridad a aquéllas que tengan por objeto el aumento de la calidad de productos y servicios sin olvidar la previsión de las tendencias de demanda futura.

A este respecto, la solicitud de la creación de un centro asociado de la UNED y el inicio de proyectos formativos como los que integran el Programa Equal de la Diputación de Zaragoza –dirigidos a la formación de mujeres en nuevas tecnologías– resultarían decisivos por los efectos positivos para el futuro de la comarca.

En otro orden de cosas, también lo serían la inversión en las comunicaciones intermunicipales y, sobre todo, le ejecución de la autopista Soria-Tudela, incluida en el Plan de Infraestructuras de Transporte, que podría convertir a la comarca en un punto estratégico de comunicaciones.

Estrategias de desarrollo

Además de avanzar en aquellas actuaciones que constituyen ejes de desarrollo y de potenciar sectores como el turismo rural de calidad, resulta ineludible plantear objetivos estratégicos y metodologías de trabajo que son fundamentales en términos de futuro.

En primer lugar, es prioritario frenar la despoblación como objetivo sobre el que se deben fundamentar los restantes, pues esta tendencia demográfica de la comarca tiene efectos negativos en lo social, lo económico y lo cultural que pueden impedir la consecución de otros logros como la reactivación de la economía. Así, para contener la despoblación hay que articular medidas políticas directas y trabajar en otros ámbitos que repercuten en ella, de modo especial en la mejora de los servicios a los habitantes.

Por otra parte, para alcanzar un desarrollo coherente basado en la suma de esfuerzos y voluntades resulta necesario fomentar el dinamismo social a través de la iniciativa, la formación y la participación activa de la población.

Las iniciativas sociales, laborales y empresariales son los ingredientes imprescindibles para que surjan proyectos viables en los diferentes ámbitos. Sin iniciativa, sin impulso para emprender, las posibilidades de crecimiento de la comarca se verían reducidas, máxime considerando el freno que supone el envejecimiento. La formación como estrategia de apoyo que garantiza la eficacia puede ser clave para aprovechar las oportunidades y para hacer realidad la mayoría de las actuaciones.

Si queremos construir un buen futuro para el territorio, resulta prioritario contar con la población y trabajar por su participación activa, ampliar su conocimiento de los recursos y posibilidades de la zona y potenciar su contribución en el diseño de acciones y en la gestión de las mismas, pues ello propiciaría una dinámica de superación tendente a mejorar la calidad de vida.

A este respecto, la implicación de la población en los procesos de desarrollo, unida a la colaboración y a la concertación, aumentarían la eficiencia de todas las actuaciones que se planteasen y garantizarían la construcción de un futuro acorde con las necesidades y posibilidades del territorio.

Bibliografía

- Ley 14/2001, de 2 de julio, de Creación de la Comarca de Tarazona y el Moncayo, BOE n° 189 de 8 de agosto de 2001.
- *Producto turístico para las comarcas de Campo de Borja y Tarazona*, STOA propuestas culturales y turísticas, 1998.
- *Programa de la Iniciativa Comunitaria Leader Plus*, ASOMO, Tarazona, 2001.

Espacios para la cultura

LUISA M^a ESPINO GIL

La puesta en valor de los recursos culturales de estas tierras del Moncayo es una clara apuesta de futuro para un territorio cuyas raíces nos sorprenden con paisajes históricos, tradiciones y leyendas.

En los últimos años han surgido varias iniciativas privadas, asociativas e institucionales que han hecho posible la recuperación de parte del pasado de la comarca. Tradiciones, leyendas o el paso de otras culturas que formaron parte de la nuestra se han materializado en la apertura de exposiciones permanentes en muchos de los municipios.

Oficios tradicionales, arqueología, usos y costumbres o la brujería son algunas de las temáticas de estas exposiciones en las que no faltan personajes vinculados al territorio como el poeta Bécquer o el actor Paco Martínez Soria. Todas ellas proporcionan una buena forma de acercarse hasta esta comarca disfrutando de manifestaciones artísticas, históricas y del pasado más ligado al pueblo a través de la etnografía.

Próximo a Tarazona, puede visitarse en Santa Cruz de Moncayo el Museo de Alfarería que recoge la tradición alfarera de esta población materializada en los objetos de uso cotidiano donados por muchos de sus vecinos.

En Lituénigo, el Museo del Labrador ofrece los objetos que durante buena parte de su vida ha reunido y restaurado Jesús Hernández y que hoy nos muestran ocupaciones tradicionales como la agricultura, el pastoreo, la forja o la apicultura.

También en Novallas, la denominada Casa de Novallas, expone los objetos que a iniciativa de Miguel Ángel Notivoli fueron recuperados en lo que es una reconstrucción de vivienda local de 1940. Muy cerca, el Ayuntamiento y el Centro de Estudios Turiasonenses instalaron dentro del antiguo castillo, hoy casa consistorial, una colección de piezas arqueológicas aparecidas en el término municipal.

En Malón, el Museo del Agua, dedicado al río Queiles, nos permite realizar un recorrido multimedia y disfrutar de una espectacular visión de un vuelo aéreo por la cuenca fluvial.

La comarca cuenta también con dos centros de interpretación dedicados a las culturas musulmana y judía. El Centro La huella del Islam de Torrellas recuerda el pasado mudéjar y morisco de la villa y del conjunto de la comarca a través de imágenes y sonidos, mientras que el Centro de interpretación de la cultura judía Moshe de Portella, ubicado en Tarazona, da a conocer la judería de la ciudad, sus gentes, tradiciones y costumbres.

En los bajos del palacio Episcopal se exhibe la Exposición de arqueología de Tarazo-



Malón. Museo del Agua

na y el Moncayo, con piezas arqueológicas desde el Paleolítico hasta época romana. Finalmente, Tarazona también cuenta con la Exposición permanente sobre el actor Paco Martínez Soria, en el Teatro Bellas Artes, testimonio de su dilatada actividad teatral y cinematográfica.

Trasmoz nos sorprende con dos exposiciones permanentes: la de la brujería, impulsada por el Ayuntamiento, en la que se puede disfrutar de un espacio que nos aproxima a la superstición y a la historia mágica de estas tierras del Moncayo, y el Centro de interpretación del castillo de Trasmoz La Torre y el caballero que nos muestra vestigios de este emblemático recinto medieval, así como de la vida de un caballero de fines del siglo XV. Iniciativa de la Fundación Castillo de Trasmoz, este espacio representa la primera fase de un proyecto mucho más ambicioso que pretende la restauración completa del castillo y su transformación en Museo Rural Europeo de Mitos y Leyendas.

En el monasterio de Veruela, en las celdas que ocuparon los hermanos Bécquer allá por 1863, podemos descubrir cómo era entonces el monasterio y su entorno, la vida en la hospedería, una de las preferidas por los románticos, y la influencia del paisaje y sus gentes en la obra de los dos artistas.

En el mismo complejo verolense, el consejo regulador de la Denominación de Origen Campo de Borja amplía el Museo del Vino para ofrecer un espacio museístico de calidad en el que se integren la información, lo didáctico y lo lúdico de manera que sea un referente cultural de primer orden.



Lituénigo. Casa del Labrador

Esta oferta se completa con los centros de interpretación del Parque Natural del Moncayo, ubicados en Agramonte y Añón del Moncayo. El primero de ellos, es el centro de acogida de los visitantes al Parque Natural del Moncayo y constituye la mejor forma de acercarse al Moncayo como paso previo a la visita del Parque. El centro de Añón del Moncayo presenta las actividades humanas del Moncayo y su entorno –agricultura, ganadería, carboneo, etc.–.

A estas exposiciones se suman las fiestas y tradiciones que pueden disfrutarse a lo largo del año y las actividades culturales organizadas por organismos, entidades y particulares que alimentan una oferta cultural que destaca por su variedad. El esfuerzo y la coordinación de diferentes entidades han hecho posible que se celebren festivales de música, de poesía, jornadas como las de traducción literaria o las de montañismo, exposiciones, semanas culturales y actividades en torno a la cultura tradicional como los encuentros y ferias que se organizan con el nombre de «Tierras del Moncayo» y que tienen por objeto diversificar la oferta turístico-cultural poniendo en valor los recursos de los diferentes pueblos de la comarca.